

La homosexualidad: un debate abierto

F. Javier GAFO FERNÁNDEZ (ed.), *La homosexualidad: un debate abierto*, Col. Serendipity Crecimiento personal 16, Desclée De Brouwer, Bilbao 1997, pp. 223-263.

Índice

Documentos/*La homosexualidad: un debate abierto*

Presentación

Colaboradores

1. El debate psicológico

1. Datos y reflexiones
 1. Dimensiones de la homosexualidad
 2. La actividad sexual de los homosexuales
 3. Adaptación psicológica en la homosexualidad
 4. La sexualidad humana: consideraciones generales
2. Origen e interpretación de la homosexualidad según S. Freud
 1. El origen de la homosexualidad
 2. El diagnóstico freudiano de la homosexualidad
 1. Homosexualidad y elección narcisista del objeto
 2. Homosexualidad y perversión
 3. Interrogaciones últimas
3. Deformaciones y «olvidos» post-freudianos
 1. La pulsión y el objeto
 2. Narcisismo y elección de objeto
 3. Edipo, castración y elección de objeto
4. El debate clínico
 1. La homosexualidad como variante sexual
 2. La homosexualidad como conflicto
 3. Cambios socio-culturales en torno a la homosexualidad
5. Conclusiones finales
6. Referencias bibliográficas

2. Biología del comportamiento sexual humano: Genética y homosexualidad

1. Genética y sexo
 1. Determinismo genético
 2. Diferenciación sexual
 1. La diferenciación sexual primaria o gonadal
 2. La diferenciación sexual secundaria o extragonadal (genital)
2. Comportamiento homosexual
 1. Concepto genético de desarrollo
 2. Genética y comportamiento
 3. Substrato biológico: la sexualización del cerebro
 1. El papel de las hormonas sexuales en la sexualización del cerebro
 2. Dimorfismo sexual en la organización del cerebro
 4. Genética y homosexualidad
 1. Estudio de gemelos
 2. Estudios genealógicos

3. Análisis de ligamiento con marcadores moleculares del cromosoma X
5. Sociobiología de la homosexualidad humana
3. Referencias bibliográficas
3. **Homosexualidad e intimidad**
 1. La intimidad en la vida del adulto
 2. ¿Qué es la intimidad?
 3. Intimidad masculina e intimidad femenina: una comunicación diferente
 4. Experiencias y reflexiones sobre la intimidad en la homosexualidad
 5. ¿Son homosexuales todos los homosexuales?
 6. Homosexualidad femenina, homosexualidad masculina e intimidad
 7. ¿Son psicológicamente diferentes, en el tema de la intimidad, los homosexuales y los heterosexuales?
 8. Intimidad homosexual y psicoterapia
 9. Referencias bibliográficas
4. **Cristianismo y Homosexualidad**
 1. Introducción
 2. El mensaje bíblico sobre la homosexualidad
 3. La tradición de la Iglesia
 4. La enseñanza de la Iglesia Católica
 5. El debate teológico
 1. « No » a la orientación y al comportamiento homosexual
 2. « Sí » a la orientación y « no » al comportamiento homosexual
 3. « Sí » a la orientación y al comportamiento homosexual
 4. « Sí » a la orientación y « sí » —parcial— al comportamiento
 6. Reflexiones finales
5. **Los homosexuales vistos por sí mismos: Datos y conclusiones de una muestra española**
 1. Introducción
 2. Imagen de sí mismos
 1. ¿Libre opción o autodescubrimiento?
 2. Verbalizar «soy homosexual»
 3. Más allá del "continuum" homosexual-heterosexual
 4. ¿Se diferencian los homosexuales de los heterosexuales?
 3. Relación con su entorno
 1. Entorno familiar: los padres
 2. Miedos y fantasmas
 3. Evaluación u opinión del entorno
 4. Relación con diversas instituciones
 1. La Iglesia
 5. Diversos temas
 1. Mundo relacional
 2. Sexualidad
 3. ¿Cambiar la orientación sexual?
 4. ¿Hay posibilidad de futuro?
 6. A modo de conclusión
 7. Referencias bibliográficas

Colaboradores

F. Javier Gafo Fernández (Madrid, 1936)

Es Licenciado en Filosofía y Biología y Doctor en Teología de la Universidad Gregoriana.

Es catedrático de Teología y Director de la Cátedra de Bioética en la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid.

Ha editado la Colección «*Dilemas éticos de la Medicina Actual*», II Volúmenes), «*Ética y Legislación en Enfermería*», Ed. Universitas, Madrid, 1995 y *Dios viene siempre*, San Pablo, Madrid, 1996.

Es colaborador de la Parroquia S. Fco. de Borja de Madrid de la que ha sido párroco. Es, también, miembro y colaborador de la Fundación PROMI (centro que atiende a discapacitados mentales).

Carlos Domínguez (Huelva, 1946)

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación. Licenciado en Psicología (Univ. Complutense) y en Filosofía y Letras (Univ. de Valencia). Doctor en Teología (Facultad de Teología de Granada). Diplomado por la Asociación Médico-Psicológica A.M.A.R. de París. Diplomado en el Centro de Psicoterapia Analítica Peña Retama. Madrid.

Actualmente es Profesor de Psicología General y de la Religión en la Facultad de Teología de Granada. Psicoterapeuta en ejercicio privado.

Ha publicado: *El psicoanálisis freudiano de la religión*, Paulinas. Madrid 1991. *Creer después de Freud*, Paulinas. Madrid 1992. *Orar después de Freud*, Col. Cuadernos Fe y Sociedad, Sal Térrea, Madrid 1994. *Teología y Psicoanálisis*, Col. Cuadernos Cristianismo y Justicia, Barcelona 1994. Es colaborador habitual en revistas como *Proyección*, *Sal Terrae*, *Razón y Fe*, etc.

Sus intereses profesionales tienen que ver con la problemática psicoanálisis y fe, la psicoterapia analítica y el estudio de la obra de Freud.

Juan-Ramón Lacadena Calero (Zaragoza, 1934)

Doctor Ingeniero Agrónomo, Catedrático de Genética, Académico de Número de la Real Academia de Farmacia, Académico Correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Es Director del Departamento de Genética de la Facultad de Biología en la Universidad Complutense de Madrid.

Ha publicado los libros: *Genética*, AGESA, Madrid, 1988; *Citogenética*, Editorial Complutense, Madrid, 1996; *Genética y condición humana*, Alhambra, Madrid, 1983.

Es colaborador con la Cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, en su colección *Dilemas éticos de la Medicina actual*.

Sus intereses profesionales tienen que ver con los aspectos genéticos y bioéticos de la problemática humana.

Ana Gimeno-Bayón (Epila, Zaragoza, 1947)

Licenciada en Derecho (Univ. de Barcelona). En la actualidad prepara su tesis doctoral en Psicología sobre psicoterapias corporales (Univ. de Deusto). Es miembro fundador de Psicoterapia Integradora Humanista. Miembro de la FEAP.

Es co-directora del Instituto Erich Fromm de Psicología Humanista. Terapeuta individual y de grupos y profesora de cursos de psicoterapia. Es miembro del consejo de dirección de la *Revista de Psicoterapia* (Antes, *Revista de Psicología y Psiquiatría Humanista*) de la que es colaboradora habitual.

Sus intereses profesionales están relacionados con la investigación sobre la integración de metodologías en Psicoterapia Humanista, sobre Psicología del Arte y de la experiencia religiosa (transpersonal) y la psicoterapia preventiva.

José Luis Trechera (Cádiz, 1958)

Doctor en Psicología (Universidad de Comillas). Licenciado en Teología Moral. Miembro de la A.I.E.M.P.R. (Asociación Internacional de Estudios Médico-Psicológicos y Religiosos).

Profesor de Psicología del Trabajo y Ética empresarial en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (ETEA) de Córdoba. Psicólogo clínico.

Sus intereses personales tienen que ver con la investigación psicológica, la psicoterapia individual y de grupo, la relación entre Psicología y Ética, así como con intentar ofrecer instrumentos prácticos para la evaluación psicológica.

Recientemente ha publicado en esta misma colección su libro *¿Qué es el Narcisismo?*, que ha alcanzado ya su 2ª edición.

Presentación

«Serendipity» es el nombre de la colección de «Crecimiento Personal» en que aparece este libro. Ese término, extraño para la inmensa mayoría de los lectores, significa: «La facultad de hacer –por casualidad– descubrimientos afortunados e inesperados». Nos parece que «Serendipity» puede ser, de alguna manera, el hilo conductor de esta nueva publicación, a la que hemos titulado: «La homosexualidad: un debate abierto».

A lo largo de las páginas de este libro se pone de manifiesto la gran complejidad del hecho de la homosexualidad, la diversidad de las actitudes sociales que la han acompañado a lo largo de la historia, las distintas explicaciones de una realidad a la que los seres humanos difícilmente han podido ser indiferentes, las aproximaciones éticas que se han ido dando sobre esa situación.

Especialmente en los últimos años, se han ido aportando una serie de datos que parecen indicar que la homosexualidad puede tener una base biológica. La Genética, la rama de la ciencia que posee en el momento actual la mayor repercusión social y una extraordinaria pujanza, aporta nuevos datos que parecen indicar una correlación entre la homosexualidad y la existencia de una base hereditaria. El Prof. **Juan Ramón Lacadena** presenta con rigor, objetividad y actualidad la situación de este debate apasionante.

La aproximación psicológica al hecho de la homosexualidad ha dependido mucho de las aportaciones de **S. Freud** y de la escuela psicoanalítica. No es el único intento de explicación psicológica de esa condición, pero ha constituido un punto de referencia inevitable en todo este debate. El Prof. **Carlos Domínguez** aborda esta temática y aporta una profunda y novedosa interpretación del pensamiento del padre del Psicoanálisis, de lo que Freud dijo sobre el tema, y de lo que se le ha hecho decir. El analista clínico se junta aquí al observador psicosocial. **Ana Gimeno**, psicoterapeuta, incide en la relación entre homosexualidad e intimidad. Desde la teoría de **Erikson**, estudia la interrelación entre intimidad y vínculo. Recoge igualmente las aportaciones de distintos autores sobre la relación entre intimidad y homosexualidad, tanto la masculina como la femenina.

La realidad actual de la homosexualidad debe ser un elemento básico de aproximación a este complejo problema. Ese trabajo de campo lo hace, referido a la realidad española y a través de un sondeo con 137 preguntas a homosexuales, el Prof. **José Luis Trechera**: ¿cómo son y qué sienten estas personas, cómo ven la realidad que les rodea? Esta aproximación es un necesario punto de contacto para acercarse, no desde prejuicios y aprioris, a la realidad viva de las personas que tienen esa condición. Finalmente, yo mismo presento la perspectiva cristiana sobre la homosexualidad: el estudio de los datos bíblicos y los principales hitos de la tradición cristiana, las actuales tomas de postura del Magisterio eclesial y el álgido debate teológico existente en nuestros días.

Hemos elegido en nuestro título la expresión «debate abierto». Como escribo al final de mi colaboración: «Carezco de la competencia y, por supuesto, de la autoridad para dar una respuesta clara a esta difícil temática. Pero no carezco del amor hacia la comunidad eclesial, ni de la fe en la asistencia del Espíritu, para desear que se abra un debate franco, leal y comprensivo hacia un problema que afecta el núcleo de muchas personas humanas de carne y hueso, creadas por el buen Dios del amor y de la vida». Desde una actitud de respeto a opiniones contrapuestas y a las tomas de postura eclesiales, los autores de este libro consideramos que el debate sobre la homosexualidad, tomando como punto de partida actitudes de aceptación hacia las personas, debe ser continuado y profundizado de forma multidisciplinar, sensible hacia los datos aportados por las

ciencias humanas y hacia los sentimientos y vivencias de los que no han elegido esa condición y desean realizarse como personas.

Y, finalmente, volvemos al término «Serendipity». En el caso de la homosexualidad, se han hecho, mayoritariamente y no «por casualidad», una serie de «descubrimientos» que han aportado a esta orientación muchos aspectos «inesperados», insospechados en otras épocas. Nuestro deseo es que todas esas aportaciones sean igualmente «afortunadas» para las personas que tienen que realizar, en un clima de humanidad, su propio proyecto de realización personal.

La mecedora casera, que se ha elegido como anagrama de la colección «Serendipity», puede ser un símbolo de cómo debe continuar este debate «abierto»; desde actitudes de diálogo reposado, de aproximación cordial y humana, sin prisas, como los que viven esa situación y buscan un humano y real «crecimiento personal».

Javier Gafo (Ed.),
Director de la Cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia de Comillas,
Madrid, ESPAÑA

El debate psicológico sobre la homosexualidad

No hay posición inocente y objetiva sobre la homosexualidad. Si en el plano de la sexualidad, en general, el psicoanálisis nos ha mostrado la imposibilidad de ganar una perfecta neutralidad, en este campo particular, el problema se acentúa. Porque si frente al deseo hablan siempre, de una manera u otra, nuestros propios conflictos, anhelos, temores, fantasmas y represiones, frente a la cuestión homosexual esa intervención parece multiplicarse de inmediato. De algún modo, es como si todos estuviésemos amenazados.

Sin duda, la cuestión homosexual suscita toda una serie de fantasmas individuales y colectivos. Algo poderosamente destructivo parece anidar en ella. En el ámbito personal, parece como si por siempre permaneciera el riesgo de poner en peligro la imagen psico-sexual de hombre o mujer que, tan laboriosamente, hemos ido conquistando y defendiendo. En el ámbito social, parece como si todo se tambalease en la consideración de un modo de vivir la sexualidad al margen de la celosamente protegida institución familiar. Lo expresó bien Federico García Lorca en aquel diálogo de muchachos dentro de su obra *El Público*:

—¿Y si yo quiero enamorarme de ti?

—Te enamoras también, yo te dejo, y te subo en hombros por los riscos.

—Y lo destruiremos todo.

—Los tejados y las familias.

Indiscutiblemente, hoy se opera un cambio notable en el modo de afrontarse a la cuestión. En algunos momentos, parece como si ya se pudiera hablar sin más problema. Seríamos notablemente ingenuos, sin embargo, si pensáramos que el fantasma de la homosexualidad ha dejado de habitarnos. Aunque se modifiquen sus presentaciones. El hecho, por lo demás, es perfectamente explicable. Bastaría tener en cuenta lo que la homosexualidad ha significado en la historia. No es fácil permanecer indiferentes ante algo que, durante siglos, fue calificado de «pecado horrendo», «crimen nefando», «terrible perversión» o «enfermedad grave y contagiosa».

No obstante, algo cambia. Nuevos puntos de vista se abren sobre la cuestión homosexual poniendo en cuestión juicios y prejuicios procedentes tanto del campo ético como del científico. Particularmente, las investigaciones psicosociales, rompiendo el marco más estrecho de la clínica, han cuestionado los muchos estereotipos sociales existentes sobre la homosexualidad y de los que todos, en una medida u otra, hemos

participado. El famoso «Informe Kinsey», pese a todas sus debilidades, tiene que seguir figurando como el primero de estos estudios que vino a romper una imagen bien configurada sobre los homosexuales. Tras él, otras investigaciones psicosociales como las de Alan P. Bell y Martin S. Weinberg, y las de éste último y Colin J. Williams, corrigiendo las deficiencias del primer informe Kinsey, nos obligaron a replantear profundamente muchos de los enfoques tradicionales. A estos datos, que nos abren el campo de un modo particularmente amplio, vamos a dedicar la primera parte de nuestro estudio. Estaremos así mejor situados para plantearnos cuestiones más complejas y particulares.

Datos y reflexiones

El fenómeno homosexual ha sido afrontado casi siempre desde la psiquiatría y la psicología clínica. De este hecho se deriva, en gran parte, la consideración de la homosexualidad como fenómeno patológico, así como el amplio desarrollo de teorías etiológicas y psicoterapéuticas al respecto. El valor de muchos de estos estudios psicológicos y clínicos es, sin duda, incuestionable. Sin embargo, este hecho también ha contribuido a crear una limitación importante en el análisis de la temática homosexual. Han sido frecuentes y, a veces, hasta grotescas sus deficiencias metodológicas. Las muestras con las que trabajaron clínicos y psicoterapeutas fueron, generalmente, muy reducidas y, la mayor parte de las veces, muy poco representativas. La ausencia de grupos de control, el desconocimiento de muchas de las variables actuantes, la frecuente falta de precisión conceptual, etc. constituyeron limitaciones que, muchas veces, no se tuvieron en cuenta a la hora de evaluar los resultados.

Es un dato de sobra conocido la acusación de los investigadores sexuales a los psicólogos clínicos y psiquiatras en el sentido de que trabajan justamente con el sector más conflictivo y neurotizado de la población homosexual y que, desde ahí, extienden sus conclusiones, generalizándolas indebidamente a toda la población homosexual[1]. A todo ello se puede añadir la consideración realizada por C. A. Tripp de que la mayor parte de los psicoterapeutas derivan de una tradición psiquiátrica, que ha solido mantener el punto de vista de la sociedad como punto de referencia mayor, a partir del cual se habían de evaluar todas las conductas y señalar sus eventuales desviaciones. Frente a ellos, los investigadores sexuales, en desacuerdo generalmente con la consideración patológica de la homosexualidad, *proviene de una colección de antropólogos ambulantes de quienes se sospecha que son desleales a sus propias costumbres, a causa de sus intereses por las cruces culturales*[2].

De hecho, la primera investigación sociológica de envergadura realizada por el equipo Kinsey, supuso una fuerte controversia entre sociólogos y clínicos que, entre otras cosas, evidenciaba el malestar psiquiátrico ante el evidente derrumbamiento de muchas de las opiniones emitidas desde su propio ámbito. Si el informe Kinsey presentaba muchas limitaciones metodológicas, posteriormente, el equipo fundado por el mismo Kinsey, llevó a cabo una nueva investigación a lo largo de 10 años y dada a conocer en 1978, que presentó el indudable valor de acercarnos de un modo más amplio, por lo menos, y de un modo más objetivo, quizás también, a lo que el fenómeno homosexual significa en nuestra sociedad[3]. De dicho informe extraeremos los datos más significativos, bien por lo que suponga de ruptura con relación a los estereotipos sociales más extendidos, bien por lo que puedan suponer de confirmación de los mismos. Fijaremos nuestra atención en aquellos que afectan de modo más directo la temática del diagnóstico clínico sobre la homosexualidad. Dichos datos serán retomados a un nivel más profundo en el siguiente apartado de nuestro estudio, dedicado a las

investigaciones psicoanalíticas. Completaremos la información del nuevo informe Kinsey con los datos provenientes de la investigación psicológica llevada a cabo en otras áreas y realizada por M. S. Weinberg y C. J. Williams[4], así como en otras aportaciones de diversos campos de la psicología.

Dimensiones de la homosexualidad

El objetivo primordial del informe Kinsey, *Homosexualidades*, es el de buscar una diferencia tipológica en el mundo homosexual. Tal intento es ciertamente de agradecer dada la inobjetiva unificación de la homosexualidad que se advierte con frecuencia en los estudios de corte clínico, así como en la opinión popular más generalizada. Se habla de homosexualidad como si se diese un modo único y específico de serlo, identificado con frecuencia, por lo demás con su modo más problemático o caricaturesco. Los autores, correlacionando diversas medidas, según diversos aspectos de la experiencia sexual, han confeccionado una tipología con cinco grupos diferentes: el primero ha sido denominado *Emparejados cerrados*, y se corresponde con el grupo de homosexuales que viven en pareja con una relación casi matrimonial; el segundo, está formado por los *Emparejados abiertos* que se caracterizan fundamentalmente por una insatisfacción en sus vidas de pareja; los terceros son los llamados *Funcionales*, a los que corresponde tener un gran número de compañeros sexuales, así como una escasa pesadumbre por el hecho de ser homosexual; los cuartos son los llamados *Disfuncionales*, y presentan también un gran número de compañías sexuales pero, a diferencia de los anteriores, puntúan muy alto en pesadumbre por ser homosexuales así como en problemas de tipo sexual; por último, los *Asexuales*, que puntúan muy bajo en nivel de actividad sexual y muy alto en problemas sexuales, así como de pesadumbre por el hecho de ser homosexuales. Estas cinco grandes formas en que la homosexualidad puede ser vivida implican variedades psicológicas y sociales muy diversas[5].

Otro dato de más interés para nosotros, puesto ya de relieve en el primer informe Kinsey, viene dado por lo que los autores llaman el *continuo homosexual-heterosexual*. De hecho no existe el homosexual puro como tampoco existe el puro heterosexual; todo es un continuo más que una clara disyuntiva. En realidad, tal dato psicosociológico no es sino la expresión de la bisexualidad psicológica puesta ya de relieve por el primer psicoanálisis. Freud, estaba firmemente convencido de que en todo homosexual se puede encontrar un resto de orientación heterosexual, como en todo heterosexual existe siempre la posibilidad de una elección homosexual de objeto. Más aún, en la vida de todo individuo –hombre o mujer– se da una oscilación de la libido entre el objeto masculino y el femenino. *En general –afirma Freud– el hombre oscila durante toda su vida entre sentimientos homosexuales y heterosexuales, y la privación y el desencanto en uno de tales sectores le impulsa hacia el otro*[6]. Sobre ello volveremos en el siguiente apartado.

Es importante destacar que en la puntuación de 0 a 6 de la escala Kinsey, según el menor o mayor grado de homosexualidad, aparecen sujetos con puntuación 3, que deben ser considerados, por tanto, como bisexuales. En este caso, Masters y Johnson prefieren la denominación de *ambisexual*, distinguiendo así al sujeto que se siente igualmente confortable en una relación homo que heterosexual, del bisexual que, generalmente, presenta una preferencia mayor por uno de los sexos[7].

La actividad sexual de los homosexuales

Uno de los estereotipos más difundidos, tanto a escala popular como clínica, viene dado por la imagen del homosexual como absolutamente dominado por el sexo[8]. Los datos, sin embargo, no respaldan tal idea. Quizás la creencia popular y la afirmación de

muchos clínicos derive de una generalización indebida, realizada a partir de un grupo concreto de homosexuales que podría coincidir con los subgrupos *Funcionales* y *Disfuncionales* descritos por el nuevo informe Kinsey y que, probablemente, son los que con más frecuencia acuden en busca de ayuda psicoterapéutica. En tales casos, sí parece darse una cierta absolutización de lo sexual. De todos modos, los autores del informe *Homosexualidades* concluyen que *para la mayoría de los homosexuales el sexo no es una preocupación especialmente dominante*[9]. De ahí que en la actualidad muchos de ellos prefieran el término «gay», incluso en países de habla no inglesa, para evitar la connotación sexual del término homosexual. En el mismo sentido se ha intentado introducir, con menor éxito, los términos «homotropía» u «homofilia».

Si el interés sexual no es, en general, mayor en el homosexual, tampoco parece serlo el nivel de actividad sexual. En esto coinciden las investigaciones de Kinsey, Westwood, y las citadas de Bell y Weinberg. Estos últimos concluyen que *no se puede estereotipar sexualmente a los hombres y mujeres homosexuales como hiperactivos ni como inactivos* [10].

El porcentaje de personas con problemas de orden sexual es el mismo en homo que heterosexuales. Tales problemas –señalan los autores– en los sujetos homosexuales no eran, por lo general, convenientemente enfocados en el ámbito clínico hasta hace poco tiempo. Como afirman Bell y Weinberg, al considerar la homosexualidad como un problema en sí mismo, el terapeuta creía hacerse cómplice de algo patológico si intentaba atender los problemas sexuales concretos de los homosexuales. Masters y Johnson, por su parte, insistieron también en la necesidad de un cambio de orientación en el enfoque clínico de la homosexualidad. Para ello dedican tres capítulos de *Homosexuality in Perspective* a la información sobre la terapia de los problemas sexuales en hombres y mujeres homosexuales. Destacan que el porcentaje de sujetos con imposibilidad de orgasmo es el mismo entre homo y heterosexuales (3%) y que el criterio terapéutico fundamental es el de actuar del mismo modo con unos y otros[11].

En cuanto al conocimiento fisiológico en la respuesta a la estimulación sexual, la misma investigación de Masters y Johnson pone de relieve, de un modo categórico, la ausencia total de diferencias entre el sujeto homosexual y heterosexual. Los procesos de lubricación, erección y experiencia orgásmica son indistinguibles, lo cual lleva a los autores a concluir que existen más similitudes que diferencias entre el funcionamiento homo y heterosexual, contra lo que el público, en general, y muchos sectores de la comunidad científica han podido creer[12].

Atención especial merece el capítulo concerniente a la problemática de la promiscuidad en el mundo homosexual. El gran tópico, en este caso, parece revelarse cierto. Existe, efectivamente, una propensión entre la población homosexual a tener un elevado número de contactos sexuales. La mitad de los varones encuestados por Bell y Weinberg han tenido un promedio de 500 compañeros. Ese dato, probablemente, ha cambiado de modo importante en los últimos años debido al factor SIDA que, al parecer, ha modificado de manera considerable las costumbres y modalidades de contacto y encuentro. En cualquier caso, la promiscuidad parece caracterizar significativamente los ámbitos homosexuales. Venimos así, pues, a encontrarnos con un hecho que parece proporcionar bases suficientes para pensar en una dimensión patológica del mundo homosexual. Una dificultad especial para la vinculación afectiva y personal parecería inherente a su psicodinámica. Y, sin embargo, ni siquiera ante este elemento encontramos unanimidad a la hora de efectuar una interpretación y valoración[13].

La evaluación del dato, no obstante, ha de tener en cuenta un elemento de importancia. Todos los estudios ponen de manifiesto que el modo en que la mujer homosexual vive

su vinculación es notablemente diferente a como la realiza el homosexual masculino. En ella, las compañías sexuales son llamativamente más escasas, más continuas y parten generalmente de un conocimiento previo y no de encuentros fortuitos.

Sin duda, son muchos los factores que se encuentran implicados en la promiscuidad homosexual masculina y que sería necesario desentrañar previamente a la hora efectuar valoraciones. Para C. A. Tripp, por ejemplo, no resulta sorprendente que el deseo promiscuo específico sea algo masculino y no femenino, *se basa parcialmente en tradiciones biológicas: un elevado impulso sexual, una capacidad de respuesta de fácil desencadenamiento, y quizás una historia de la especie de la caza sexual* [14]. Según el mismo autor, los varones heterosexuales están limitados por la escasez de compañeras de disposición inmediata y por el hecho de que las mujeres se mueven con frecuencia, en su relación con el hombre, por motivos distintos al deseo sexual. Otros autores señalan como causas de la promiscuidad masculina homosexual la propensión del hombre, homo u heterosexual, a estimar su valía sexual en función de la cantidad de experiencias sexuales y a considerar la fidelidad como una restricción a la libertad. Pero dejaremos aquí el dato para retomarlo posteriormente a la hora de analizar la posible psicopatología de la orientación homosexual.

En cuanto a la durabilidad de la pareja homosexual, es sobradamente conocida la inestabilidad que, generalmente, presenta. El problema se muestra íntimamente conectado con toda la temática de la promiscuidad. A él, sin embargo, habría que añadir que la ausencia de sanción legal, la inexistencia de los hijos y las, generalmente, mayores diferencias sociales y culturales en la pareja homosexual constituyen factores que, sin duda, generan un difícil equilibrio para este tipo de relación. Si la pareja heterosexual cuenta con el apoyo y, a veces, hasta con la presión de todo el cuerpo social para asegurar su mantenimiento, es evidente que no sucede del mismo modo con la pareja homosexual. Más bien lo contrario. No habría que olvidar, por otra parte, que estabilidad no equivale a calidad. Bien lo sabemos a partir de la más que problemática situación de muchos matrimonios «estables».

Se ha indicado que un factor decisivo para la estabilidad psicológica general del homosexual viene dado por el *grado de aceptación* de la misma. En este punto son concluyentes tanto las investigaciones sociales realizadas como los resultados obtenidos en la clínica. Especialmente significativa a este respecto es la obra de W. J. Sengers, *Se reconnaître homosexuel*[15]. Cuanto más negativa es la percepción del homosexual, tanto mayores son los problemas psicológicos que se ve obligado a afrontar. Para S. Weinberg y J. Colin, la posibilidad de convertir en rutina comportamientos homosexuales secundarios (culturización), la aceptación de la homosexualidad (normalización) y la resistencia a abandonarla (compromiso) constituyen parámetros negativamente relacionados con los problemas psicológicos[16].

A este mismo respecto, no deja de ser sumamente revelador el hecho de que Masters y Johnson, que aseguraron en su momento haber tenido sólo un 35% de fracasos en el cambio de homosexualidad en heterosexualidad (el dato fue posteriormente muy discutido), insistan en que una condición fundamental para el cambio es la de no desvalorizar la actividad homosexual anterior[17]. Ello supone una puesta en cuestión muy seria de las motivaciones clínicas, morales y religiosas que se suelen presentar a la hora de estimular el, por otra parte, problemático paso hacia la heterosexualidad. En caso de que el cambio fuera efectivamente posible, la mayor parte de las motivaciones que se presentan (dejar de ser un enfermo o un pecador) vendrían justamente a entorpecer la posibilidad de cambio.

Con frecuencia se alude a las injustificadas pretensiones de los grupos homosexuales a considerarse a sí mismos normales o incluso mejores que los demás. Ciertamente una

minoría se ha rebelado y, en ocasiones, lo ha hecho de un modo desencajado y reactivo. La heterosexualidad ha sido considerada «normalidad sexual fascista», el concepto de homosexual ha sido declarado como fruto exclusivo de una ideología burguesa, se ha reivindicado para el homosexual los más altos valores y aptitudes humanas, y una intensa carga de agresión se ha desencadenado también en muchos de estos grupos contra la mayoría heterosexual. No conviene olvidar, sin embargo, que tales reacciones son minoritarias y que la inmensa mayoría de los homosexuales parecen haber escogido más bien el camino del espanto y la autorrepresión de sí mismos. No es justificable identificar, como hace M. Eck, a todo homosexual que disienta de los juicios psiquiátricos establecidos, con esa Sodoma recalcitrante y agresiva que de hecho se puede encontrar tan solo en algunos sectores minoritarios de militantes «gay»[18].

Adaptación psicológica en la homosexualidad

Numerosas investigaciones se han centrado en obtener las diferencias posibles entre la adaptación psicológica de homo y heterosexuales. No siempre han sido análogos los resultados. En cualquier caso, el conjunto de datos obliga a concluir, por el momento, que existe una imposibilidad de distinguir a los homosexuales de los heterosexuales. Dejando para más adelante las consideraciones de carácter más específicamente clínicas al respecto, resumiremos ahora brevemente los resultados de la investigación psicológica del nuevo informe Kinsey *Homosexualidades* sobre la adaptación psicológica de los homosexuales.

Para los autores resulta evidente que no se puede hablar de adaptación psicológica en términos generales. Se hace necesario distinguir entre los diversos subgrupos homosexuales. Sólo los «Disfuncionales» y «Asexuales», presentan un nivel más alto de problemas psicológicos que los heterosexuales. *Parece que los adultos homosexuales que se han adaptado a su homosexualidad, que no lamentan su orientación sexual y que pueden funcionar eficazmente en el aspecto sexual y social, no tienen más problemas psicológicos que los hombres y mujeres heterosexuales. Resulta evidente que el terapeuta que sigue creyendo que su labor consiste necesariamente en cambiar la orientación sexual de un cliente homosexual, desconoce cuál es el verdadero problema con el que se enfrenta*[19]. En el epílogo de la obra, los autores concluyen: *son relativamente pocos los hombres y mujeres homosexuales que responden al horrible estereotipo que la mayoría tiene de ellos (...) Quizás el resultado menos ambiguo de nuestra investigación es el de que homosexualidad y patología son términos que no están necesariamente relacionados* [20].

Queda por ver, sin embargo, a un nivel más profundo, si la historia que da origen a la orientación homosexual esconde una serie de traumas, fijaciones o desviaciones inconscientes que impliquen necesariamente una patología que estas investigaciones de carácter psicosocial no alcancen a detectar. Para ello, fijaremos nuestra atención, en el siguiente apartado del estudio, en las interpretaciones psicoanalíticas sobre el origen y el diagnóstico de la orientación homosexual.

Los datos psicosociales, pues, presentados hasta el momento no pueden ser concluyentes en orden a un diagnóstico de normalidad o patología. Sin embargo, pensamos que abren horizontes más amplios y ofrecen datos que pueden conducir a una reconsideración de algunos juicios emitidos en el más reducido, pero quizás también más profundo, marco de la clínica. Un acercamiento a la problemática de los orígenes y diagnóstico de la orientación homosexual exigirá previamente, sin embargo, llevar a cabo algunas consideraciones importantes sobre la sexualidad humana en general.

La sexualidad humana: consideraciones generales

Uno de los principales investigadores en las pasadas décadas en el campo de la motivación sexual ha sido Frank Beach. Su proposición es que la excitación sexual se hace enormemente variada y compleja a medida que se asciende en la escala filogenética y que la variedad de conductas sexuales en que se empeñan los animales superiores está correlacionada con el desarrollo de sus cortezas cerebrales. El control hormonal en los animales inferiores cede el puesto a un control neurológico en los animales superiores. En este sentido, afirma F. Beach que en el curso de la evolución, el grado con que las hormonas sexuales controlan el comportamiento sexual, va remitiendo progresivamente, con el resultado de que el comportamiento humano se hace relativamente independiente de esta fuente de control[21].

Los experimentos realizados por éste y otros investigadores sobre la castración artificial ilustran esta progresiva complejificación de la sexualidad. En animales inferiores, la castración supone la práctica anulación de las funciones sexuales. A medida que se avanza en la escala animal tal determinación va perdiendo poder, hasta llegar al hombre, donde la castración no supone en absoluto ninguna pérdida del interés sexual ni reducción en la frecuencia de copulación y placer[22]. El influjo del medio ambiente va de este modo cobrando progresiva importancia en la determinación de la conducta sexual. A medida que se avanza en la evolución de los patrones sexuales ya no están estereotipados ni se guían por señales específicas; resultan casi totalmente dependientes del aprendizaje individual. Como afirma C. A. Tripp, con cada progreso del cerebro, se ha ido produciendo una relajación progresiva del control específico fisiológico sobre la sexualidad[23]. La sexualidad del hombre muestra, en este sentido, un progreso máximo: la capacidad de imaginar una oportunidad, de planearla y de encontrarse a punto y dispuesto antes de que ésta ocurra.

En íntima concordancia con estos datos, el psicoanálisis, ha revolucionado por su parte también el concepto de sexualidad humana. Efectivamente, ésta ha dejado de comprenderse como una fuerza biológica al servicio exclusivo de la reproducción de la especie para pasar a ser considerada como una fuerza (*pulsión*) que, partiendo del organismo, aspira, en última instancia, a la satisfacción de un deseo imposible: un encuentro fusional, totalizante y placentero.

En palabras de Freud, la ampliación del concepto de sexualidad que ha llevado a cabo el psicoanálisis se efectúa a dos niveles diferentes. Por una parte, la sexualidad es desasida de sus vínculos demasiado estrechos con los genitales y postulada como una función corporal más abarcadora, que aspira al placer y que sólo secundariamente entra al servicio de la reproducción; en segundo lugar, se incluyen entre las motivaciones sexuales todas aquellas meramente tiernas o amistosas para las cuales el lenguaje usual emplea la multívoca palabra «amor»[24].

Más allá de la pura corporalidad, la sexualidad incorpora, pues, un conjunto anímico («psicosexualidad» fue el concepto que Freud consideró en algún momento como más adecuado[25]) de afectos, emociones y representaciones que se van derivando a lo largo de su compleja evolución y a partir de las vicisitudes de sus encuentros con los objetos de satisfacción. En la especie humana, pues, la sexualidad no se reduce a una mera cuestión de necesidad instintiva, sino que se abre a la realidad más compleja del deseo. Deseo que, orientado hacia la búsqueda de satisfacciones primitivas, no se dirige ya a un objeto real, sino a un fantasma: busca ser reconocido como objeto total y exclusivo por el deseo del otro.

Como bien afirmó Freud, hay algo que es inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa[26]. En el corazón de la sexualidad anida lo ilusorio, la aspiración a eliminar esa distancia que nos constituye como sujeto, la

pretensión de romper todo límite, barrera y separación. En definitiva, la sexualidad humana aspira a la ilusión suprema de borrar esa condición, adquirida desde el mismo día de nuestro nacimiento, de seres esencialmente «seres separados».

La sexualidad se constituye así como una fuerza, bastante indeterminada en sus orígenes, que va configurándose a lo largo de la infancia a partir de las relaciones interpersonales (básicamente las familiares). En el complejo juego de estas interrelaciones, la sexualidad irá encontrando sus particulares objetos de amor, sus identificaciones en el juego de lo masculino y lo femenino, sus propios temores, fantasmas y fuentes de ansiedad, sus prohibiciones y culpas, sus peculiares modos de satisfacción, de represión o de canalización sublimada. Historia, pues, biografía, y no biología, como determinante básico de la compleja estructura libidinal que cada sujeto va configurando en su vida.

Esa historia que marca a la sexualidad irá necesariamente forzando a una división del sujeto en una diferenciación de lo posible y lo imposible, de lo permitido y de lo negado. La sexualidad infantil, omnipotente en sus pretensiones, deberá afrontar una norma y limitación fundamental, como condición para acceder al nivel de lo humano. El objeto total del deseo (representado para el sujeto infantil en la madre o en el padre) está excluido del campo de satisfacción. «Complejo de Edipo» para el psicoanálisis, «prohibición del incesto» para el antropólogo, son los términos que responden a la diversa conceptualización de una realidad que afecta esencial y estructuralmente a la sexualidad humana. Sus desplazamientos y camuflajes por los campos de la moral y de la religión no han sido considerados ni anecdóticos ni banales.

A partir de este proceso fundamental y de otras complejas vicisitudes, la sexualidad humana irá también desplazándose y localizándose en una amplia zona de ignorancia: aquella que marginada de la conciencia, permanecerá por siempre sin palabra. Es el reino de lo inconsciente; masa profunda de hielo que, sumergida tras la superficie visible del mar, sostiene la pequeña punta del iceberg que conocemos.

Desde la profundidad de lo inconsciente, sin embargo, la psicosexualidad mantendrá su fuerza y exigirá secretamente la realización de sus más viejas aspiraciones. Contra ellas, de modo permanente y, las más de las veces, oculto también, se alzarán las defensas y las prohibiciones. El conflicto, pues, se presenta de la misma manera como una ineludible dimensión de la estructura sexual humana. Conflicto, que, como acertadamente se ha dicho, es *normal* y que solamente se constituye en algo verdaderamente problemático cuando ese conflicto se constituye en *la norma*. Todo dependerá de la diversa estructuración defensiva que cada uno haya acertado a elaborar en esta difícil dinámica.

Así pues, desde la perspectiva abierta por el psicoanálisis, en consonancia con datos procedentes de otras disciplinas, la sexualidad humana parece haberse alejado, y con mucho, de la rígida determinación del instinto biológico y de su objetivo primario de la procreación. La biografía viene a constituirse en el elemento básico de configuración y estructuración psicosexual del individuo, cómo búsqueda de una satisfacción cuyo objeto se irá determinando tan sólo a partir de esa misma historia y que se revelará últimamente, por lo demás, como imposible.

Origen e interpretación de la homosexualidad según S. Freud

Hasta ahora hemos fijado nuestra atención en aquellos datos psicosociológicos que están conduciendo a una nueva consideración del fenómeno homosexual. Vamos a concentrarnos ahora en la interpretación psicoanalítica de S. Freud sobre su origen y diagnóstico clínico. El fundador del psicoanálisis se presenta, sin duda, como el máximo exponente de la teoría psicogenética de la homosexualidad, existiendo acuerdo prácticamente unánime en considerar que las bases de los actuales discursos clínicos sobre ella fueron sentadas a partir de sus interpretaciones. Este es el motivo también por el que, para algunos, Freud aparezca como culpable en primer grado de la injustificada imagen negativa que sobre el homosexual se ha ido elaborando en el ámbito clínico. Para unos, Freud sentó las bases más sólidas para la consideración patológica de la homosexualidad. Para otros, sin embargo, representa la ruptura definitiva de los prejuicios sociales, al considerar lo homosexual como una dimensión fundamental de toda sexualidad humana.

Es posible que el discurso freudiano dé pie a todas estas interpretaciones; es posible, que abrirse unas fronteras revolucionarias en la consideración de la homosexualidad, al mismo tiempo que se hacía cómplice de las convicciones sociales propias de su época y que, de este modo, pueda ser utilizado «a favor» o «en contra» según los propios intereses, siempre actuantes de modo más o menos inconscientes, en esta cuestión. El hecho es que el discurso freudiano, con sus lagunas y contradicciones, se ofrece con rigor y una coherencia fundamental que, ciertamente, se echa de menos, como tendremos ocasión de comprobar, en la posterior literatura psicoanalítica sobre la homosexualidad. Modestas sugerencias freudianas se han convertido en dogmas, datos fundamentales son llamativamente relegados o tendenciosamente deformados y muchas cuestiones que en el discurso freudiano quedaron abiertas se consideran cerradas con una ligereza sorprendente. De ahí, que hayamos sentido la necesidad de acudir detenidamente a la obra freudiana para revisar, texto a texto, sus opiniones sobre la homosexualidad. El esfuerzo merece la pena dada la confusión reinante al respecto y las tergiversaciones de las que podemos ser víctimas a partir de los resúmenes que con frecuencia se ofrecen. No existe ningún gran tratado del fundador del psicoanálisis sobre el tema; sin embargo desde 1900 a 1939, la temática homosexual no deja de puntuar sus consideraciones metapsicológicas, clínicas o culturales. En el análisis de texto realizado hemos seguido dos líneas fundamentales. Por una parte, hemos recogido, cronológicamente, todo lo concerniente al origen de la homosexualidad. Por otra, hemos perseguido la evolución de Freud en referencia al diagnóstico que el fenómeno homosexual le merece. Dentro de este último apartado, hemos centrado separadamente la atención en dos puntos que son de suma importancia para la consideración del tema: la relación homosexualidad-perversión, por un lado, y la relación homosexualidad-narcisismo, por otro.

El origen de la homosexualidad

La reflexión freudiana sobre el origen de la homosexualidad parte de la afirmación de su carácter fundamentalmente psicogenético, oponiéndose así firmemente a las teorías de su tiempo que la consideraban como fruto de una degeneración nerviosa congénita. Desde los *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud se sitúa frente a las posiciones «degenerativas» o «innatistas». Lo adquirido se impone, pues, sobre lo congénito[27].

De ahí que Freud siempre se opusiera también a la pretensión de los homosexuales de su época que, siguiendo a Magnus Hirschfeld, pretendían considerarse como un «tercer sexo» biológico[28].

Esta insistencia freudiana en el carácter adquirido de la homosexualidad no significó nunca, sin embargo, una negación taxativa de posibles factores de orden constitucional. La disposición bisexual biológica es un dato nunca olvidado por Freud aunque, al mismo tiempo, insista en que ella no guarda equivalencia con la bisexualidad psicológica. No existe una dependencia entre el hermafroditismo somático y el psíquico[29]. De cualquier modo, queda siempre presente en Freud que, entre la multiplicidad de factores que intervienen en el nacimiento de la homosexualidad, hay que contar siempre con factores constitucionales, aunque no sea posible determinar sus modos de actuación[30].

Pero, sin duda, el dato más revolucionario en la concepción freudiana sobre la homosexualidad viene dado por la afirmación de su *carácter universal*; es decir, por la afirmación de que la sexualidad de todo sujeto humano entraña como una dimensión esencial lo homosexual. La disposición para la homosexualidad no constituye, por tanto, ninguna excepción sino que forma parte también de la constitución denominada normal[31]. De aquí se deriva el hecho de que todo individuo tenga que afrontar un cierto grado de homosexualidad biológica y psíquica que determinará, en gran parte, su futura orientación sexual, así como su grado de estabilidad psicológica. De las diversas soluciones que, según la constitución y el ambiente, se aporten a esta dimensión homosexual, dependerá que se desemboque finalmente en una situación de homosexualidad manifiesta, de neurosis o de «normalidad» (léase en este momento heterosexualidad)[32].

Pero vayamos al punto que más nos interesa sobre el origen de la homosexualidad manifiesta. Las fuerzas homosexuales actuantes en todo sujeto pueden, como hemos visto, conducir a diversas configuraciones según la constitución personal y los factores ambientales. ¿Cuáles son para Freud los elementos que determinan, pues, el que una persona se oriente de un modo fundamentalmente homosexual?

El primer apunte sobre el origen de la homosexualidad lo tenemos en la primera edición de los *Tres ensayos...*, de 1905. Fijando su atención en un nivel de influencia meramente externa, Freud se limita a señalar en el tercer ensayo sobre la pubertad, que la homosexualidad se puede ver favorecida cuando los primeros cuidados del niño son confiados a personas del mismo sexo. Tal situación podría entorpecer lo que para Freud constituye, en este momento, el origen de la heterosexualidad: el recuerdo infantil de la ternura de la madre y la rivalidad con el Padre. Estamos, pues, a un nivel psicopedagógico más que clínico y con un llamativo olvido de lo que pudiera ser el origen de la homosexualidad femenina. No será la única vez que constatemos tal olvido[33].

Tres años más tarde, en la investigación sobre las *teorías sexuales infantiles*, Freud expresa una idea que en adelante se convertirá en uno de los grandes pilares de su interpretación sobre los orígenes de la homosexualidad: el niño ignora las diferencias sexuales y atribuye a toda persona, incluso a las de sexo femenino, unos órganos genitales masculinos. Desde ahí, la fantasía de una «madre fálica» puede quedar fijada en la mente infantil de tal modo que, posteriormente, le sea imposible renunciar al pene en su posterior elección de objeto sexual. El sujeto, en este caso, *se hace necesariamente homosexual* [34]. La visión de los genitales femeninos la interpretará como resultado de una mutilación que asociará a sus propias angustias de castración y, de este modo, la genitalidad femenina le producirá espanto en lugar de placer. El paso desde el autoerotismo al amor de objeto se ve así dificultado, realizándose tan sólo de

un modo incompleto[35]. Así tenemos en 1908, los grandes rasgos de la estructura motivacional más importante y más repetida por Freud en relación al origen homosexual. Seguimos sin saber nada de la mujer.

En la segunda edición de los *Tres ensayos...*, en 1910, el esquema anterior queda firmemente perfilado. Aparece (por primera vez en la obra freudiana) el concepto de narcisismo así como los de *fijación e identificación con la madre*, asociados todos al origen homosexual. Tras confesar que el psicoanálisis no ha conseguido un total esclarecimiento del origen de la inversión, Freud afirma: *los invertidos pasan en los primeros años de su infancia por una breve fase de fijación en la mujer (a su madre en la mayoría de los casos) (...) después de esta fase heterosexual se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como fin sexual, esto es, buscan partiendo de una posición narcisista, hombres jóvenes y semejantes a su propia persona, a los que quieren amar como su madre los amó a ellos*[36]. En estos momentos, pues, parece que sólo existe para Freud un tipo concreto de homosexualidad: el exaltado por la civilización griega, aquel en el que se busca en el objeto una transacción, un compromiso o un pacto entre lo masculino y lo femenino, tal como se daba en la figura de Efebo. Nos encontramos con una evidente generalización al señalar Freud como objeto único de los invertidos *el reflejo de la propia naturaleza bisexual*[37]. Al menos, no se habla de otro tipo de objeto homosexual y, por tanto, no se investiga sobre otras posibles motivaciones de la homosexualidad. La adherencia a la madre, el narcisismo y la amenaza de castración quedan, pues, como los tres grandes elementos. El esquema sigue constituyéndose sin referencia alguna a la mujer.

En la tercera edición de los *Tres ensayos...* en 1915, Freud añade una larga nota que puede ser considerada como uno de los grandes textos sobre la homosexualidad. Ahora sólo nos interesa resaltar que, en cuanto a su origen, a Freud le parece esencial *la elección narcisista de objeto y la persistencia de la significación sexual de la zona anal*[38], sin que se detenga en la explicación de lo que significa tal connotación anal[39].

En el caso del *hombre de los lobos*, encontramos un nuevo orden de motivación en la causación de la homosexualidad. Se trata del ligamen incestuoso con el progenitor del mismo sexo a partir de la dimensión negativa del Edipo o del llamado *Edipo invertido*. De acuerdo con la disposición bisexual, la situación edípica, presenta siempre una fase activa y otra pasiva[40], de tal modo, que durante el Edipo, todo sujeto atraviesa por un período homosexual. De ahí, que en el texto de 1919, *Pegan a un niño*, aparezca de un modo explícito la bisexualidad edípica como un factor que puede determinar la aberración sexual, tanto en la vida infantil como en la adulta[41].

Hemos señalado en más de una ocasión el olvido freudiano sobre la homosexualidad femenina. No se distingue así del resto de los teóricos sobre el tema. pero en 1920 encontramos un interesante texto clínico dedicado por entero al tema de la mujer. Su título es: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Sin embargo, el texto, siendo muy importante desde un punto de vista clínico, no lo es tanto desde una perspectiva teórica. Hubiéramos esperado que Freud, ante un caso de homosexualidad femenina, se hubiese detenido en llevar a cabo algunas consideraciones generales sobre la génesis de lo homosexual en la mujer. Pero no es así. De cualquier modo, el texto, a partir del caso concreto de una chica homosexual, esboza algún rasgo de lo que posteriormente será una teoría sobre la génesis de la homosexualidad femenina.

Se trata de una chica de 18 años que decepcionada por el padre en el deseo de tener un hijo con él, rechaza, tras el desengaño experimentado, el deseo de un hijo, el amor al hombre y, en general, la feminidad. Su objeto homosexual pasará a ser, también en este caso, una transacción entre lo masculino y lo femenino: la señora a la que ama

condensa, por una parte, la imagen de la madre, y por otra, la del hermano mayor. La orientación homosexual de la chica es explicada por Freud como un *deseo de vengarse del padre*[42]. En una nota, sin embargo, nos apunta hacia otro tipo de motivación homosexual tanto masculina como femenina. Se trata –nos dice– *de la retirada en favor de un tercero*, por medio del cual, se elude la rivalidad con un competidor del mismo sexo (generalmente progenitor o hermano). La chica del caso que nos ocupa, deja el campo libre a su madre en el acceso al hombre o, como en otro ejemplo que Freud nos presenta, un sujeto renuncia a la mujer como un modo de evitar el intenso temor que le origina su padre[43].

A partir de 1920, en toda la obra freudiana se deja sentir el impacto de las *pulsiones de muerte*, cuya existencia argumentó en *Más allá del principio del placer*. El tema de la homosexualidad recibe también el impacto. Es lo que se deja ver cuando, en 1922, se señala *la transformación de impulsos hostiles en cariñosos* como posible motivo para la orientación homosexual. El caso más frecuente, nos indica Freud, es el de la rivalidad con un hermano mayor hacia el que se dirigieron en la infancia deseos de muerte que son posteriormente reprimidos y transformados en tal forma que *las personas antes consideradas como rivales se convirtieron en los primeros objetos eróticos homosexuales*[44]. Así mismo, en *El Yo y el Ello* (1923), la homosexualidad aparece como ejemplo de transformación de las pulsiones hostiles en eróticas: *La actitud hostil no tiene probabilidad ninguna de conseguir satisfacción, y en consecuencia (...) es sustituida por la actitud erótica*[45].

Paralelamente a la afirmación de las pulsiones de muerte, la *angustia de castración* se convierte en los últimos escritos freudianos en el motor más importante del conflicto psíquico en general y también de la orientación homosexual[46]. La amenaza de castración está íntimamente ligada al período fálico, durante el cual, el niño y la niña sólo reconocen un sólo órgano genital, el masculino. El tema de la castración como motor de homosexualidad estaba ya presente, según vimos, en 1908. Ahora cobra una nueva y progresiva importancia con el trasfondo de las pulsiones de muerte. En la *Autobiografía* (1925), Freud sintetiza el origen de la homosexualidad como *dependiendo de la bisexualidad constitucional y la primacía de la zona fálica*[47]. En el breve y denso texto *Fetichismo* de 1927, la angustia de castración aparece igualmente como uno de los modos de acceso de la homosexualidad; si bien se confiesa que no es posible explicar *por qué algunos se tornan homosexuales ante el terrorífico impacto de la amenaza de castración al contemplar los genitales femeninos*, mientras que otros niegan tal impresión creando un fetiche y otros la superan accediendo a la heterosexualidad sin ningún tipo de aberración[48].

La amenaza de castración constituye también la pieza clave en la explicación de la homosexualidad femenina. Hasta 1931 Freud no presenta ningún tipo de explicación específica sobre la elección homosexual en la mujer. Ella es, en expresión del mismo Freud, *«un continente ignorado»*. Pero en el texto *Sobre la sexualidad femenina* de 1931, nos señala los tres caminos que la mujer puede seguir ante el complejo de castración: apartarse de un modo global de la sexualidad, tomar al padre como objeto y entrar así en la forma femenina del complejo de Edipo con la consiguiente aceptación de su feminidad, o mantenerse en una tenaz afirmación de la masculinidad amenazada conservando la esperanza de poseer alguna vez un pene. Tal *complejo de masculinidad de la mujer puede desembocar en una elección de objeto manifiestamente homosexual*[49].

En la misma línea se sitúa el texto *La feminidad* publicado en 1933. La decepción que, una vez entrada en el Edipo, puede experimentar la niña respecto a su padre, puede provocar una regresión a la etapa anterior del complejo de masculinidad y, de este

modo, instaurarse una elección homosexual de objeto[50]. Idéntica motivación aparece en el texto inconcluso datado en julio de 1938 y publicado póstumamente en 1940, *Compendio de Psicoanálisis*: la persistencia en el deseo de ser varón constituye la pieza clave en la psicogénesis de la homosexualidad femenina[51].

Hasta aquí los textos más importantes de Freud en relación al origen de la homosexualidad. Sintetizando las motivaciones principales de tal orientación homosexual tenemos pues, en primer lugar la *adherencia a la madre* que conduce hasta la *identificación con ella* y, a partir de ahí, una *elección narcisista de objeto* por la que el sujeto busca en el otro su propia imagen, al mismo tiempo que elude la *angustia de castración*. En segundo lugar aparece el *Edipo invertido* por el que el padre (o la madre en la niña) se convierte en el objeto primario del deseo. Por último, existe según Freud, otro tipo de motivación enlazado con la problemática de la agresividad, bien *eludiendo la rivalidad de un tercero o bien por transformación de los impulsos hostiles en cariñosos hacia una persona del mismo sexo*. En cuanto a la mujer, aparecen como elementos específicos el *complejo de masculinidad* y la consiguiente *envidia del pene*.

El diagnóstico freudiano de la homosexualidad

Nuestra segunda línea de análisis de los textos freudianos está referida al diagnóstico de la homosexualidad. Para ello, hemos seguido separadamente dos conceptos sumamente importantes que, posteriormente, nos darán pie para una discusión sobre la psicopatología homosexual. Se trata, por una parte, de la relación homosexualidad-narcisismo y, por otra, de la relación homosexualidad-perversión.

Homosexualidad y elección narcisista de objeto

Ya hemos visto cómo en la teoría freudiana el narcisismo constituye uno de los pivotes básicos para fundamentar la etiología de la homosexualidad. A partir de la identificación con la madre, posterior a una intensa fijación en ella, el sujeto busca a otros individuos a partir de su propia imagen. Esto es, busca a otros que como él y como la «madre fálica» fantaseada no se encuentren desprovistos del pene. De este modo, el sujeto se asegura frente a la angustia de castración que remite a la diferencia sexual y, por tanto, a lo diferente, a lo otro. Se encuentra así recluido en lo «homoiós», en lo mismo. Sólo frente a su imagen como Narciso. Seguimos, no conviene olvidarlo, en un esquema elaborado para la homosexualidad masculina.

La relación entre homosexualidad y narcisismo está presente en Freud desde los comienzos: antes de investigar la cuestión de su origen y antes incluso de la misma aparición del concepto narcisismo. ya en 1900, en *La interpretación de los sueños*, al analizar un sueño de carácter onanista en el que no hace aparición objeto alguno a nivel imaginativo, Freud señala que se trata de una satisfacción *puramente autoerótica, o mostrando, a lo más, un matiz homosexual*[52]. Lo homosexual aparece así como muy cercano a lo autoerótico y bastante lejano del polo objetal.

En 1908, tratando ya la psicogénesis de lo homosexual y antes todavía de la aparición del concepto de narcisismo, Freud señala que, en la homosexualidad, el paso del autoerotismo al amor de objeto *no ha tenido efecto de un modo correcto y completo*[53]. En el mismo sentido se expresa en el *Caso Juanito* publicado un año más tarde[54].

En 1910, aparece por primera vez el concepto de narcisismo en una nota añadida a *Los tres ensayos...*[55] A partir de este momento, se establece una distinción entre los conceptos de autoerotismo y narcisismo. En éste último, es el *Yo*, como imagen unificada del cuerpo, el objeto de la libido narcisista. El autoerotismo responde, sin embargo, a un estado anárquico anterior a la constitución del yo y a una situación en la que las pulsiones parciales no poseen aún objeto común. A partir de este momento,

Freud hablará de narcisismo para referirse a la homosexualidad, puesto que en ella, es el yo el que se constituye como objeto de la libido.

El *Caso Schreber* publicado en 1911, supone la introducción del estadio *narcisista* como un período más de la evolución libidinal. Queda situado como un paso intermedio entre el autoerotismo y el amor objetal. Estamos ante un texto importante tanto en referencia al concepto de narcisismo como en lo que se refiere a la homosexualidad. La homosexualidad –nos indica Freud– aparece ligada a lo narcisista, pero al mismo tiempo, es necesario considerarla también como una especie de obligado paso intermedio entre ese narcisismo y la definitiva elección de objeto heterosexual. No es puro narcisismo, puesto que en ella se da una elección de objeto, pero, al mismo tiempo, no llega a lo que se considera el punto final que sería la heterosexualidad. Los homosexuales *no han logrado libertarse de la condición de que el objeto elegido posea genitales idénticos a los propios, conducta en cuya determinación ejerce intensa influencia aquella teoría sexual infantil, según la cual los dos sexos poseen órganos genitales idénticos*[56]. De la relación narcisismo-homosexualidad femenina no se dice nada...

Tres años más tarde, en 1914, aparece un texto de suma importancia en el conjunto teórico freudiano: *La introducción del narcisismo*. Tendremos ocasión de volver detenidamente a él. Baste por ahora señalar que, en este texto, el narcisismo aparece como una dimensión esencial de todo psiquismo humano en situación normal o anormal y, lo que es más importante para nosotros, como una pieza clave en la explicación de la vida amorosa. Por tanto, en toda elección de objeto, prescindiendo de que esta se lleve a cabo de modo homo o heterosexual.

El último texto en el que encontramos una relación directa entre narcisismo y homosexualidad es la *Introducción al psicoanálisis* publicada en 1916-1917. La elección de objeto homosexual –nos dice Freud– se halla *originariamente más cerca* al narcisismo que la elección de objeto heterosexual[57]. Probablemente no sea posible ir más allá de lo que en este último texto se dice sobre la relación narcisismo-homosexualidad: la elección de objeto homosexual está **originariamente más cerca** del narcisismo. Volveremos posteriormente sobre el tema.

Homosexualidad y perversión

La homosexualidad es una perversión. En esto parece haber unanimidad casi general. Freud así la calificó y así es considerada por la mayoría de los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas. Basta acercarse a la mayoría de los diccionarios de psicología, psicoanálisis o psicopatología. En su práctica totalidad la homosexualidad aparece incluida en el apartado «perversión»[58]. El esquema que se ofrece suele ser el proporcionado por Freud en el primero de los *Tres ensayos...* titulado *Las aberraciones sexuales*. La homosexualidad aparece como una perversión en cuanto se supone una *desviación del objeto sexual normal*.

Sin embargo, además de la evolución freudiana que observaremos a este respecto, hay que señalar que la gran revolución de este capítulo de los *Tres ensayos...* viene dada, no por la consideración de la homosexualidad como perversión, sino por la relativización de tal concepto en cuanto que deja de ser considerada el monopolio de unos cuantos seres anormales, para presentarse como algo universal y constitutivo de toda sexualidad humana. La existencia de una sexualidad infantil y la ruptura de fronteras entre lo «normal» y lo «perverso» tal como hasta entonces se entendió, constituyeron las piedras de escándalo de esta obra y lo que trajo consigo el aislamiento y el ostracismo de Freud. *En ningún hombre normal –nos dice– falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de*

emplear el término «perversión» en un sentido peyorativo. Precisamente en los dominios de la vida sexual se tropieza con especiales dificultades, a veces insolubles, cuando se quiere establecer una frontera definitiva entre las simples variantes dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos[59].

La supremacía de la organización genital y la paralela unificación en ella de todas las pulsiones parciales infantiles va a constituirse para Freud en el criterio último de «normalidad». La sexualidad adulta sería, pues, el intento de síntesis de un conjunto de pulsiones sexuales que antes fueron independientes, parciales autónomas en su búsqueda de satisfacción (pulsiones orales, anales, fálicas, exhibicionistas, voyeristas, sádicas, masoquistas, etc...). La multiplicidad de tales pulsiones constituye la fuente de las perversiones y sólo cuando quedan sometidas a la primacía de la organización genital puede hablarse de madurez sexual. El camino no es fácil, puesto que existe siempre el riesgo de la regresión a etapas anteriores y de fijación en las mismas. La sexualidad infantil puede, de este modo, continuarse en el adulto de tres modos diversos: o bien, las pulsiones parciales no se integran y dan lugar a la perversión; o bien las pulsiones parciales son reprimidas originando la neurosis; o logran ser integradas en la organización genital, en cuyo caso solamente podríamos hablar de normalidad.

El *Caso Dora*, publicado en 1905, delimita el concepto de perversión al definirlo como *extralimitaciones de la función sexual en cuanto a la región somática y al objeto sexual[60]*. En este texto, Freud relativiza una vez más el concepto al considerarlo como *desarrollo de gérmenes contenidos en la disposición sexual indiferenciada del niño* y es, precisamente con la homosexualidad, con lo que Freud intenta eliminar la carga emocional del concepto de perversión: *la homosexualidad masculina, fue tolerada e incluso encargada de importantes funciones sociales en un pueblo de civilización tan superior como el griego*. Sin embargo, la homosexualidad queda claramente incluida en el concepto de perversión, en tanto que constituye una extralimitación de la función sexual en relación al objeto que, en el planteamiento que mantiene Freud en este momento, ha de ser del otro sexo.

No obstante, a partir de 1909, parece percibirse como una dificultad cada vez que tiene que encuadrar la homosexualidad como perversión según el esquema de 1905. Se puede así advertir una clara evolución en cuanto a la relación homosexualidad-perversión, que conduce finalmente hasta una clara negación del carácter perverso y patológico de la orientación homosexual. Veámoslo más cerca.

En el *Caso Juanito*, publicado en 1909, Freud advierte la diferencia de la homosexualidad con el resto de las perversiones[61]. En la homosexualidad sólo encontramos una desviación del objeto sexual considerado normal, pero no una extralimitación de la región somática, que es lo que parece caracterizar más hondamente a la perversión. Así se deja ver en un texto del mismo año (*Psicoanálisis*) en el que ya desaparece el criterio mantenido hasta entonces de considerar como perversión la desviación respecto al objeto[62]. No es de extrañar que más adelante se hable ya de *homosexuales y perversos* como dos categorías diferentes[63].

En la *Introducción al Psicoanálisis* (1916-1917) advertimos un marcado interés por eliminar diferencias entre homosexuales y heterosexuales. De una parte se insiste en que los homosexuales sólo difieren en su vida sexual de lo considerado «normal» (entrecomillado por el mismo Freud) y que, fuera de esto, no presentan muchas veces ninguna otra tara. Pero además, se señala algo importante por lo que respecta a la relación de objeto: *se comportan, por lo menos con respecto a su objeto sexual, aproximadamente del mismo modo que los normales con respecto al suyo[64]*.

Significativamente en este texto se comienza a calificar la homosexualidad como *ramificación* de la vida sexual[65].

En el texto de 1920 *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* continua la misma línea de progresiva descalificación patológica de la homosexualidad. Freud se niega a considerar enferma a la chica por el hecho de ser homosexual. *La muchacha no era una enferma, no sufría por motivos internos ni se lamentaba de su estado— y la labor planteada no consistía en resolver un conflicto neurótico, sino en transformar una de las variantes de la organización sexual en otra distinta (eine Variante de genitalen Sexualorganisation in die andere überzuführen)[66].* Al concepto de perversión le sustituye el de « variante », al mismo tiempo que se relativiza el que lo heterosexual se pueda establecer como un obligado ideal[67].

A partir de este momento, prácticamente desaparece en la obra freudiana el diagnóstico sobre lo homosexual. Sólo en 1925, en la *Autobiografía*, se afirma que la homosexualidad *apenas merece el nombre de perversión* [68].

Sin embargo, todavía podemos contar con una afirmación enormemente significativa contenida en una carta (9 de abril de 1935) a una madre americana, que se había dirigido a Freud pidiéndole que curase a su hijo de la homosexualidad. El texto es revelador de la evolución de Freud a lo largo de los años en cuanto a la calificación de la homosexualidad: *Deduzco de su carta que su hijo es un homosexual. Me impresiona mucho el hecho de que usted no menciona esta palabra en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué evita el uso de tal término? La homosexualidad no es desde luego una ventaja, pero tampoco es nada de lo que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad.* Más adelante, tras considerar la dificultad para convertirle en heterosexual afirma: *Lo que el psicoanálisis puede hacer por su hijo ya es cosa diferente. Si es desdichado, neurótico, si vive desgarrado por sus conflictos, inhibiciones en su vida social, el análisis puede traerle armonía, tranquilidad mental, completa eficiencia, ya sea que siga siendo homosexual o cambie[69].* Ciertamente resulta sorprendente el contraste entre este modo en el que Freud enjuicia la homosexualidad en sus últimos años y las opiniones que posteriormente se van a desarrollar en determinados sectores del psicoanálisis.

Interrogaciones últimas

La homosexualidad es generalmente considerada como una perversión. En el caso de algunos psiquiatras, en razón de una clara extrapolación desde lo psicológico a lo ético[70]. Dejémosles al margen. Otros, situándose en marco más estrictamente psicológico, califican la homosexualidad de perversión ateniéndose a la primera fórmula freudiana (1905): el homosexual es perverso en cuanto desviado del objeto sexual normal.

No obstante, como hemos podido observar, existe una clara evolución en el pensamiento de Freud en cuanto a la relación entre homosexualidad y perversión. El esquema de 1905 no es nunca radical y explícitamente negado, pero se advierte una clara reducción de lo pervertido a la extralimitación de la función sexual en cuanto a la región somática, es decir, en cuanto que las pulsiones parciales infantiles no queden asumidas en la organización genital última. Lo homosexual, en cuanto que no constituye una pulsión parcial, sino sólo una desviación en cuanto al objeto, va dejando de ser considerada perversión. El que no se llegue a una negación explícita de la perversidad de la homosexualidad (si no lo es el texto de 1920, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*) quizás pueda explicarse por un intento de Freud de mantener a toda costa el esquema de 1905. De ahí que aunque en 1909 desaparezca el criterio de desviación de objeto, y se hable posteriormente de la homosexualidad

como *una de las variantes de la organización sexual* (1915), al final, se limita a afirmar que *la homosexualidad apenas merece el nombre de perversión* (1925). Pero no se niega explícitamente que lo sea.

Las ambigüedades y contradicciones, a veces, de las afirmaciones freudianas respecto al carácter perverso de la homosexualidad dejan entrever que, en última instancia, no encontró la posibilidad de llevar hasta sus últimas consecuencias su propia concepción de la sexualidad como fuerza originaria desligada ya de su función exclusivamente reproductora. Finalmente, el deseo queda encerrado en el esquema dominante de la familia y la reproducción de la especie, una vez que se le había proclamado libre respecto a tal vinculación exclusiva. Tal como afirma Hocquenghem, la idea biológica de la sexualidad como esencialmente reproductora no abandona del todo al pensamiento freudiano. No obstante, en el contexto global de su teorización, este aspecto resulta, hasta cierto punto, algo episódico. Los post-freudianos, sin embargo, consagran de nuevo la idea y la convierten en algo esencial y sistemático[71]. El movimiento progresivo, pues, que de conjunto advertimos claramente en la teorización freudiana sobre la homosexualidad perderá posteriormente casi todo su empuje para venir a caer en una dinámica regresiva que, en ocasiones, sitúa la problemática en unos estadios muy anteriores los primeros pasos de Freud.

Deformaciones y «olvidos» postfreudianos

No cabe duda que el pensamiento freudiano en torno a la homosexualidad, aun presentando lagunas y cierto número de contradicciones se nos ofrece como un conjunto bastante coherente y, sobre todo, abierto a elaboraciones posteriores. Freud era consciente de que el fenómeno homosexual posee una complejidad de proporciones suficientes como para no cerrar cuestiones de un modo definitivo o dogmático. Son numerosos los textos en los que confiesa las limitaciones de los conocimientos adquiridos psicoanalíticamente sobre el origen y la valoración de la homosexualidad. Quizás en pocos temas adoptó una postura tan modesta. *El análisis de la homosexualidad* –nos dice– *no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente*[72]. Al mismo tiempo, es consciente de las limitaciones metodológicas que la investigación psicoanalítica comporta. La diversidad de homosexualidades, que tan solo las investigaciones psicosociológicas posteriores pusieron de relieve, es sospechada de alguna manera por Freud, conduciéndole a admitir la posibilidad de estar reduciendo en su estudio a un solo tipo de ellas. En una nota añadida en 1919 al ensayo sobre Leonardo (1910), Freud señala que *aquello que por razones prácticas llamamos homosexualidad puede surgir de muy diversos procesos psicosexuales de coerción, y el proceso por nosotros descubierto no es quizás sino uno entre muchos, no refiriéndose sino a uno de los diversos tipos de homosexualidad*[73]. Del mismo modo, la continua referencia a la intervención de factores constitucionales y la confesada ignorancia en cuanto a sus modos de actuación, suponen siempre también una llamada de atención para evitar afirmaciones generalizadas y dogmáticas.

En definitiva, Freud es consciente de que la investigación psicoanalítica ofrece grandes posibilidades, pero implica también grandes limitaciones. Y es precisamente el tema de la homosexualidad uno de los que le hacen tomar conciencia más clara de tal limitación[74]. Justamente su estudio le hace ver que no siempre unas premisas permiten predecir unos resultados y que dada, por ejemplo, la premisa de la angustia de castración, no lleguemos a saber por qué *algunos se tornan homosexuales a consecuencia de dicha impresión, mientras que otros la rechazan, creando un fetiche, y la inmensa mayoría la supera*[75].

Esta actitud de suma modestia y prudencia científica, contrasta con la mayor parte de la literatura psicoanalítica posterior en torno a la cuestión homosexual. Se tiene la impresión de que cuanto más se avanza siguiendo las posteriores teorizaciones psicoanalíticas, más nos alejamos y perdemos las grandes intuiciones y descubrimientos de Freud. Son demasiadas las afirmaciones arbitrarias, dogmáticas y, muchas veces apasionadas que se han llevado a cabo sobre el fenómeno homosexual. Tanto, que han contribuido en buena parte a originar cierto desprestigio de los psicoterapeutas ante los psicólogos experimentales, investigadores psicosociales y antropólogos. Ciertamente, muchas de las interpretaciones realizadas dan pie para la fácil ridiculización de la técnica y de la interpretación psicoanalítica. Se podría fácilmente elaborar en este tema como en otros pocos una «antología del disparate psicoanalítico». Resultaría de utilidad para, después de sonreír un tanto, interrogarse sobre las motivaciones ocultas que han ido provocando tal movimiento regresivo respecto a las primeras formulaciones freudianas. No cabe duda de que el fantasma de la homosexualidad parece haber tendido sus trampas entre quienes, teóricamente, mejor estaban preparados para evitarlas.

La gran revolución que supuso la afirmación de la dimensión homosexual de toda sexualidad humana, y la consiguiente ruptura de la frontera bien establecida entre homo y heterosexuales, parece haber resultado también intolerable para mucho psicoanalistas. Todo el grupo norteamericano que defendió la idea de la homosexualidad como expresión de una *adaptación reactiva* en la huida del sexo opuesto, encontró el mejor camino para defender su teoría en la negación del concepto de bisexualidad. Un pilar clave, si no el pilar clave, de la teorización freudiana se vio de ese modo eliminado[76].

Esta puesta en cuestión del concepto de bisexualidad expresa mejor que ninguna otra el movimiento regresivo operado en el movimiento psicoanalítico respecto al tema de la homosexualidad. Que ese cuestionamiento se efectuase precisamente en Estados Unidos no es de sorprender, habida cuenta de la domesticación general que allí se efectuó desde muy pronto con el conjunto de la teoría psicoanalítica (y que ya el mismo Freud presagió y lamentó) y habida cuenta también de que la cultura norteamericana, como en la británica, no se dejó sentir la posición más tolerante respecto a la homosexualidad que tuvo lugar en muchos países europeos a partir de la instauración del código napoleónico[77]. Como afirma E. Van den Haag: *Como nuestra cultura ha absorbido el análisis, los analistas se hayan comprometidos con la cultura. La ganancia obtenida merece estar en tela de juicio*[78].

Lo cierto es que el discurso post-freudiano sobre la homosexualidad ha llegado a revestir tal confusión, tales contradicciones, tal falta de rigor científico, tal impregnación de prejuicios y actitudes defensivas, que hacen nacer la sospecha de que tras ellos se oculta una cierta imposibilidad teórica, fruto de la falsificación de unos presupuestos o de una insuficiente clarificación de los mismos. De hecho, el psicoanálisis parece estar todavía muy lejos de ofrecer una teoría consistente, mínimamente unitaria y totalizadora de la homosexualidad. Las contradicciones se multiplican en este tema como en pocos otros. Por ello, toda una serie de «olvidos» y de deformaciones post-freudianas obligan a intentar un serio replanteamiento de algunas cuestiones fundamentales. Entre ellas, hay que destacar la de las relaciones entre la pulsión y el objeto así como las concernientes al narcisismo y la castración.

La pulsión y el objeto

Quizá uno de los datos menos tenidos en cuenta, y que ha ido conduciendo a una progresiva ininteligencia del fenómeno homosexual, sea el de la *separación original de la pulsión y el objeto* establecida por Freud desde el principio. De ahí, se ha seguido el mantenimiento de la creencia en la intrínseca y necesaria orientación heterosexual de la

libido. Ello significa, sin embargo, olvidar uno de los pilares básicos de en los que se apoya toda la concepción psicoanalítica de la sexualidad. Desde los *Tres ensayos...*, Freud es claro al respecto: *Para el psicoanálisis, la falta de toda relación entre el sexo del individuo y su elección de objetos masculinos y femeninos (...) parece constituir la actitud primaria y original, a partir de la cual se desarrolla luego el tipo sexual normal o invertido, por la acción de determinadas restricciones y según el sentido de las mismas*[79].

Tal separación original entre la pulsión y su objeto viene a coincidir, por otra parte, con todas las consideraciones que desde la biología han venido ofreciendo: existe una progresiva relajación de los controles específicos de la sexualidad, que trae aparejada el que la masculinidad o feminidad de un sujeto no dependa tanto de imperativos biológicos cuanto de condicionamientos culturales y psicológicos. A partir de esta desconexión originaria entre la pulsión y el objeto, la heterosexualidad, pues, no aparece como algo espontáneo, sin más, sino explicable a partir de una historia determinada. A este respecto, Freud afirma: *En un sentido psicoanalítico, el interés exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química*[80]. La orientación sexual definitiva tiene efectos después de la pubertad y como resultado de toda una serie de factores constitucionales y accidentales, tanto para la constitución de la orientación homosexual como de la heterosexual.

Desde una perspectiva diferente a la psicoanalítica, Tripp ha insistido igualmente en la necesidad de no plantear lo heterosexual como algo natural y espontáneo: *La gente es específicamente heterosexual a causa de que ha sido condicionada por su educación para esperar y desear y quee así sea*[81]. De ahí que, en su obra *La cuestión homosexual*, dedique un todo significativo capítulo a la investigación del origen de la heterosexualidad, antes de entrar en el estudio del origen de la homosexualidad. En la misma línea se sitúa M. Hoffman afirmando que la mayoría de los sujetos eligen la heterosexualidad porque, de hecho, no se les presenta otra alternativa[82]. Tales afirmaciones pueden chocar a un profano, pero deberían constituir algo más familiar para los psicoanalistas, especialmente para aquellos que insisten en sus orígenes freudianos. Los datos procedentes de la biología y de la psicología experimental deberían también familiarizar con este hecho a los que no se inscriban en la línea psicoanalítica freudiana.

Por otra parte, tampoco deberíamos olvidar que la orientación sexual definitiva no se realiza nunca de un modo radical y completo. Existe toda una oscilación entre lo masculino y lo femenino en la vida erótica humana. *Nuestra libido* –afirma Freud– *oscila normalmente toda la vida entre el objeto masculino y el femenino*[83]. El cine y la novela han sabido muchas veces recoger esta oscilación mejor que muchos tratados de psicología.

Narcisismo y elección de objeto

Muy relacionada con la creencia de la inexorable heterosexualidad de la pulsión, se encuentra otro equívoco importante en la visión de algunos psicoanalistas sobre la homosexualidad. Se trata del convencimiento, más o menos manifiesto, de que sólo la elección de objeto homosexual está relacionada con el narcisismo. Existe un flagrante «olvido» en la cuestión. Por esta razón nos detuvimos anteriormente en analizar la relación entre narcisismo y homosexualidad que se establece en el texto freudiano. Retomemos, pues, la cuestión.

En la *Introducción al narcisismo* (1914), Freud ve en la vida erótica humana un camino importante para la investigación de la dimensión narcisista de la personalidad. Allí

distingue dos tipos de elección de objeto: una llamada de «apoyo» (o *anaclítica*) y otra de tipo «narcisista». La elección de «apoyo» es aquella en la que el objeto de amor se elige sobre el modelo de las figuras parentales; la narcisista, es aquella en la que la elección se efectúa sobre el modelo de la relación del sujeto con su propia persona. Nos detendremos más adelante en el análisis de la elección de objeto de «apoyo». Ahora nos interesa destacar que el segundo tipo de elección de objeto, el «narcisista», no constituye para Freud un monopolio de la elección homosexual de objeto.

El narcisismo infantil está presente en todo tipo de elección de objeto (incluso en la de «apoyo» o *anaclítica*) y se da, según Freud, de un modo especial en la elección de objeto de la mujer (heterosexual, se entiende). Resumiendo, pues, los modos de elección de objeto narcisista, se establecen los siguientes: buscar en el otro lo que uno es (a sí mismo), lo que uno fue alguna vez, lo que uno quisiera ser y, por último, la persona que fue parte de uno mismo. Tales modos de elección de objeto se pueden dar en el hombre y en la mujer (Freud piensa que más en la mujer) y, desde luego, no son privativos de la elección de objeto homosexual. Por otra parte, tampoco se debe pensar que ambos modos de elección de objeto, de «apoyo» y «narcisista», se excluyen mutuamente. Todo tipo de elección de objeto se realiza, de un modo u otro, con cierto carácter *anaclítico* y con unas dimensiones narcisistas. Ambos modos, no suponen, afirma Freud, *que los hombres se dividan en dos grupos según realicen su elección de objeto conforme al tipo de apoyo o al tipo narcisista, sino que (...) el individuo encuentra ante sí dos caminos distintos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno de los dos*[84]. Pero además, como afirma Freud también, la elección de «apoyo» se realiza igualmente con intervención, o por una transferencia, del narcisismo infantil[85]. Tenemos que siempre y en diferentes grados, amamos lo que se nos ha parecido, se nos parece, o corresponde a cierta imagen de nosotros no realizada en la vida (nuestra parte femenina o masculina). En este mismo sentido, ¿no lleva también razón O. Fenichel cuando afirma que *todo amor es una gratificación narcisista, una recuperación de omnipotencia perdida y proyectada*?[86] Expresado en la terminología empleada por C. A. Tripp, la relación amorosa, homo u heterosexual, se realiza bajo una dialéctica de «importación-exportación» en la que, añadimos nosotros, entran en juego tanto lo *anaclítico* como lo narcisista, la búsqueda de lo otro tanto como la búsqueda de uno mismo[87].

La insistencia de muchos psicoanalistas, psiquiatras y moralistas en el narcisismo fundamental del homosexual supone una tergiversación de los hechos, así como de los textos freudianos en los que pretenden apoyarse. Se olvida que el tipo de elección de objeto «narcisista» puede estar tan presente en el homosexual como en el heterosexual, y que, en todo tipo de elección de objeto se da una dimensión narcisista. *Por cierto*, afirma Hocquengem a este propósito, *el narcisismo se distribuye entre homosexualidad y heterosexualidad, en principio de igual manera... Pero, como por casualidad, el narcisismo se transforma en rigor en el tema operatorio de la historia homosexual, como la neurosis se había transformado en su modo de existencia*[88].

La *Introducción del narcisismo* supone para Freud una profundización de las tesis enunciadas poco antes en el *Caso Schreber*. Ya vimos, como en este último texto, había introducido dentro del esquema de la evolución de la libido, un estadio narcisista entre el autoerótico y el de la elección de objeto. Habría que preguntarse, pues, a la luz de las nuevas formulaciones manifestadas en la *Introducción al narcisismo*, si el esquema del Caso Schreber constituido por la secuencia autoerotismo-narcisismo-elección de objeto homosexual-elección de objeto heterosexual no debería ser modificado del modo siguiente:

| homosexual autoerotismo-narcisismo-elección de objeto — | heterosexual

Ya indicaremos posteriormente cómo la elección de objeto homosexual puede realizarse también bajo el modo de «apoyo» o *anaclítica*, pues, no olvidemos que Freud se reduce prevalentemente a un tipo de homosexualidad y, por lo tanto, a un sólo tipo de elección de objeto dentro de ella: la que se realiza bajo el modo «narcisista».

Según ya apuntábamos anteriormente, quizás no se pueda ir más allá de la afirmación de Freud en la *Introducción al Psicoanálisis* de que *la elección objeto homosexual se halla originariamente más cerca al narcisismo que la elección de objeto heterosexual*[89]. Los dos tipos de elección de objeto tienen que ver con el narcisismo y, los dos, ya lo veremos, tienen que ver con los deseos y las identificaciones infantiles. Del mismo modo, los dos han de enfrentarse al reto de superar tales raíces.

Por otra parte, no habría que olvidar el condicionamiento que supone también en el pensamiento freudiano la adhesión a un rígido y, a veces, forzado evolucionismo. Tal modo de pensar, sabemos bien, constituye una de las deudas de Freud a la moda darwiniana, tan imperante como esquema mental en su época. La necesidad de señalar pasos y estadios sucesivos se convierte en una obsesión que conduce, más de una vez, a una verdadera violencia de los datos[90].

El hecho de que lo heterosexual aparezca como la meta última del proceso de evolución libidinal parece reflejar bien ese substrato de tipo biologista al que ya nos hemos referido y según el cual la relación heterosexual ha de quedar privilegiada. Sólo en ella se da –como señala en los *Tres ensayos...– una subordinación a la función reproductora*[91].

El análisis clínico de muchos homosexuales y los datos provenientes del laboratorio experimental deberían, por otra parte, corregir, o, al menos, matizar muchas de las afirmaciones psicoanalíticas realizadas sobre la imposibilidad de los homosexuales para llevar a cabo un auténtico encuentro con el otro. Así, por ejemplo, la investigación de Masters y Johnson hace destacar de un modo prominente (según declaración de los autores constituye el dato más revelador del estudio) el hecho de que es mucho lo que la pareja heterosexual debe aprender del modo en que la pareja homosexual se encuentra en la relación sexual. Entre homosexuales –según estos investigadores– se da un mayor involucramiento subjetivo, que los autores atribuyen a una mayor comunicación e información existente entre ellos. Se advierte, en general, una mayor preocupación por la satisfacción del otro que en la pareja heterosexual, donde muchas veces se cometen auténticos atropellos por falta de información, de comunicación y debido, sin duda también, a la mentalidad machista prevaleciente en nuestra cultura[92].

En definitiva, la mayor posibilidad de elección de objeto narcisista que pueda darse en la orientación homosexual (volveremos sobre este tema) es tendenciosamente exagerada y tergiversada cuando se olvida que el narcisismo y su modo correspondiente de elección de objeto no constituyen un monopolio de la homosexualidad. Existe una tendencia a encerrar definitivamente al homosexual en un juego de espejos, en el que de ningún modo puede escapar a la búsqueda de sí mismo. No admite la «diferencia», se dice, y se dice con una insistencia tal, que merecería la pena interrogarse sobre si de este modo no estaremos precisamente negando la diferencia, la diferencia de lo otro negado en nosotros, es decir, de la homosexualidad como un modo más, diferente, de elección de objeto. Una vez más, nuestra propia identidad parece amenazada y nos conduce, paradójicamente, a la negación de la diferencia.

Edipo, castración y elección de objeto

Muchas veces, de la afirmación de que el homosexual ha realizado una elección de objeto de tipo «narcisista», parece colegirse, al silenciarse otros datos, que ha elegido «mal», que la elección correcta es aquella en la que se busca el objeto no por referencia

a uno mismo sino a otro, es decir, según el tipo de elección de objeto de «apoyo» o *anaclítica*. Con facilidad se opera una transposición de ejes de referencias, por el que se identifica narcisismo con egoísmo y elección de «apoyo» como entrega y amor. Todo ello, además de una injustificada extrapolación de planos, constituye también un equívoco.

Ya hemos visto que el tipo de elección de objeto narcisista no es exclusivo de la elección homosexual de objeto. Pero además, se hace necesario analizar más de cerca el tipo de elección de objeto denominada de «apoyo», como único modo de evitar ciertas idealizaciones derivadas de una lectura de contenido más moralizante que psicoanalítica. Veremos también, cómo tal modo de elección de objeto no ha de ser considerado necesariamente exclusivo de la heterosexualidad.

Si conforme al tipo narcisista, el sujeto elige lo que uno es, fue o quisiera ser, el tipo de elección de «apoyo» se realiza, según Freud, *conforme al modelo de la madre nutriz o del padre protector*. Las figuras parentales, en tanto que aseguran al niño alimento, cuidado y protección, se constituyen en modelos o «apoyos» del objeto que satisface sexualmente. La articulación de la elección de objeto en el adulto con las imágenes edípicas ha sido puesta en evidencia por Freud y constituye uno de los datos más fácilmente verificable a nivel clínico. Por eso, indica Freud, el enamoramiento, desde su articulación con lo edípico, *tiene el poder de levantar represiones y volver a instituir represiones (...), tiene efecto, según el tipo de elección de objeto por apoyo, y bajo la base de la realización de condiciones eróticas infantiles*[93]. La elección de la mujer o del hombre para formar la pareja se apoya, pues, en las imágenes parentales y viene a constituir, de algún modo, como una sublimación de los deseos incestuosos edípicos.

De todo ello se deriva que la elección de objeto heterosexual no tiene garantizada sin más el acceso a una meta en la que ya se hubiesen superado todas las barreras para, por fin, estar capacitado en la entrega, el reconocimiento del otro y del amor. Articulada con la situación edípica, puede quedar encerrada en sus fantasmas o puede, a partir de ella, dar base para un auténtico encuentro más allá de las imágenes de la mujer nutriz o del hombre protector. Todo esto resulta bastante evidente y casi de perogrullo. Ningún psicoanalista lo negaría. Sin embargo, la insistencia en que el homosexual, por serlo, ha elegido según unos modelos infantiles[94] pareciera a veces colegirse que la heterosexualidad, por serlo, tiene asegurada la madurez del encuentro con el otro. Subyace con frecuencia un discurso moralizante por el que se identifica *homosexualidad-narcisismo-imposibilidad de encuentro*, por una parte, y *heterosexualidad-búsqueda del otro-amor*, por otra; cuando en realidad, los seis elementos pueden combinarse entre ellos de todos los modos posibles.

Hay que preguntarse, por otra parte, si la elección de objeto de «apoyo» es exclusiva de la elección de objeto heterosexual. Un análisis clínico detallado no lo hace ver así. Más bien parece que una insuficiente diferenciación de estructuras homosexuales ha conducido en muchas ocasiones a una generalización injustificada sobre sus modos de elección de objeto. Ya indicamos anteriormente cómo Freud, en sus primeras incursiones en la explicación del origen homosexual, está refiriéndose sólo a un tipo concreto de homosexualidad: aquel que busca en su objeto una transacción o compromiso entre lo masculino y femenino. Más tarde reconoció que posiblemente estaba considerando un sólo tipo de ella y que habría que investigar otros muchos. Indicábamos también, cómo la búsqueda del padre o de la madre, según el modelo del Edipo invertido, apenas era destacado por Freud. El padre parecía ser sólo objeto de odio, a pesar de la insistencia freudiana en la ambivalencia afectiva respecto a él. Todo ello nos conduce, pues, a pensar «y la experiencia clínica fuerza a ello» que el modo de elección de objeto «narcisista», no constituye el único cauce de elección de objeto

homosexual; habría que considerar un modo de elección de objeto de «apoyo» en el que el homosexual podría estar partiendo de la búsqueda de un padre protector y la mujer homosexual de una madre nutriz. Ambos estarían así situándose en una clave distinta de la elección de objeto narcisista, sin que ello implique, desde luego, ninguna garantía de madurez frente al modo de elección de objeto conforme al narcisismo. Tanto el homosexual como el heterosexual pueden quedar apresados en las mallas de los fantasmas edípicos o del narcisismo; o pueden, a partir de los modelos edípicos y del narcisismo, caminar hacia un auténtico encuentro con el otro que supondría haber asumido la propia carencia derivada del complejo de castración.

Con ello entramos en uno de los puntos más debatidos en cuanto a los juicios clínicos emitidos sobre la homosexualidad. *La amenaza de castración* constituye para muchos autores la gran marca nunca superada en su dinámica particular. El homosexual es un ser asustado por la amenaza de castración. La mujer le suscita un fantasma de mutilación imposible de soportar, y, de allí, su búsqueda del pene que le reasegura frente a la amenaza continua. El miedo a la heterosexualidad queda así como la pieza clave del origen y la dinámica del homosexual.

Este presupuesto, en el que insistió particularmente el psicoanálisis norteamericano con su teoría adaptacionista, está lejos de tener una suficiente clarificación[95]. Parece, sin embargo, estar en la base de gran parte de la confusión teórica existente en torno a la cuestión homosexual. Muchos elementos quedan sin una explicación medianamente coherente cuando se intenta generalizar la no superación de la amenaza de castración a todo tipo de homosexualidad.

El esquema, sin embargo, comienza a mostrar sus fallas cuando se intenta explicar el esquema de la homosexualidad femenina. La mujer, en su intento de negar su propia mutilación, adopta una posición masculina y fantasea que posee un pene. De este modo, evita entrar en la situación edípica y su consiguiente búsqueda de la figura paterna y regresa al complejo de masculinidad previo al Edipo. La homosexualidad se presenta entonces como la solución para el mantenimiento de una fantasía masculina.

Esta teorización ofrece, en efecto, puntos muy débiles. No se ve, por ejemplo, cómo una valoración tan suprema del pene, que impide aceptar el no poseerlo, pueda conducir, no obstante, hacia un objeto amoroso (otra mujer) igualmente desposeída del mismo, es decir, mutilada. O falla la clave narcisista por la que el sujeto homosexual busca su propia imagen en el otro o falla la teoría del miedo a la castración por la que el sujeto homosexual evita a toda costa enfrentar la ausencia de pene. Para mantener el esquema narcisismo-castración en la homosexualidad femenina se hace necesario apuntalarlo con otros elementos que le sigan prestando validez.

Pero si el hecho tan escasamente tenido en consideración de la homosexualidad femenina comienza a cuestionar la argumentación, la existencia de bisexuales y ambisexuales[96] suponen un cuestionamiento más radical aún. No se ve cómo la dimensión homosexual manifiesta de estos sujetos pueda constituir una huida de la heterosexualidad originada en el miedo a la castración, cuando, en ellos, se da al mismo tiempo una búsqueda y un acceso tanto al hombre como a la mujer que, no parece responder en muchos casos a un modo de negar la diferencia de sexos. La dificultad es tan evidente, que E. Bergler, consciente de ello, arguye que no es posible la bisexualidad (contra la evidencia de los hechos) sencillamente porque *no es posible estar en misa y repicando*[97]. El argumento, como se ve, es un dechado de rigor científico. Para este autor, la amenaza de castración bloquea la heterosexualidad y conduce inevitablemente a la homosexualidad[98]. Con razón responde J. Corraze que defenderse de la mujer es una cosa, y pasar de ahí a la homosexualidad es otra. La huida de la mujer puede desembocar en diferentes sistemas de inhibición, en una estructura

neurótica o en prácticas perversas que, a su vez, no suponen tampoco necesariamente el levantamiento de unas defensas frente a una homosexualidad que no se quiere aceptar[99]. Parece, pues, que no toda huida de la castración conduce necesariamente a la homosexualidad, ni que en todos los casos la orientación homosexual implique una huida de la castración.

El miedo a la heterosexualidad puede constituir, qué duda cabe, una motivación importante en el origen de una orientación homosexual. Como también, según señalan Masters y Johnson, el miedo a la homosexualidad y al oprobio social consiguiente pueden constituir la base para decidir una orientación hacia la heterosexualidad[100]. Estaremos de acuerdo, sin embargo, en considerar una auténtica temeridad afirmar que todo acceso a la heterosexualidad supone de fondo un miedo a la homosexualidad.

En definitiva, parece que existen muchos caminos para acceder a la homosexualidad y que la amenaza de castración constituye quizás uno sólo de estos caminos. Hacerlo extensivo a todos sus tipos parece constituir una generalización injustificada. No todo homosexual va al hombre (o a la mujer) porque huye de la mujer (o del hombre). Su dinámica, a partir de unas vicisitudes biográficas particulares, puede responder a la búsqueda de algo específico en el hombre (o en la mujer). Como habría que afirmar también que el hecho de que el homosexual no se sienta especialmente atraído por los genitales del sexo opuesto, no tiene que significar siempre y en todo caso que huye de él por miedo a la castración; parece significar, en más de una ocasión, que, a partir de una dinámica concreta, ese tipo de genitalidad no se ha constituido en objeto de su deseo (sabemos lo relativa y artificial que es la soldadura entre la tendencia y el objeto); como por idénticos motivos no le interesa al heterosexual, a partir de su dinámica particular, los genitales de otro sujeto semejante a él[101]. A veces es la semejanza, otras la desemejanza, lo que tranquiliza la masculinidad o la femineidad[102].

J. Laplanche y J. B. Pontalis, son conscientes de que al situar Freud el establecimiento de la organización genital como único instaurador de la normalidad, la homosexualidad quedaría fuera del régimen de la perversión. Según ya vimos, Freud señalaba, en efecto, que los homosexuales en su modo de relación con el objeto sexual: *se comportan, por lo menos con respecto a su objeto sexual, aproximadamente del mismo modo que los normales con respecto al suyo*[103]. En la homosexualidad, señaló también, a diferencia de lo que ocurre en la perversión, lo genital presenta un carácter unificador en contraposición al libre juego de las pulsiones parciales. Se busca un objeto completo y de modo completo, no parcial[104]. En razón de todo ello, Laplanche y Pontalis argumentan, y probablemente con toda razón, que la organización genital implica la superación del complejo de Edipo, la asunción del complejo de castración y la aceptación de la prohibición del incesto[105]. De este modo parece quedar asegurada para los autores la integración de la homosexualidad como perversión, cuestión, sin embargo, bastante discutible.

En razón de todo lo dicho anteriormente, se hace necesario interrogarse si, en efecto, la homosexualidad implica de modo intrínseco la negación de alguno de estos criterios expuestos por Laplanche y Pontalis, o si existe alguna posibilidad de que, partiendo de la inevitable conflictividad edípica o del miedo a la castración, se llegara a superar estas determinaciones primeras para acceder a una situación que fuese algo más que una sempiterna repetición del narcisismo que huye de la castración o una incesante búsqueda de padre o de la madre. La elección heterosexual parte también de la amenaza de castración y de una búsqueda edípica de los progenitores; pero todos estaremos de acuerdo en considerar que partiendo de ahí, sea posible llegar a otra cosa.

Además de las razones ya expuestas para cuestionar tal negativa en excluir el carácter perverso de la orientación homosexual, habría también que plantear una nueva

interrogación. La de la posibilidad de combinar el hecho (admitido por Freud y muchos psicoanalistas) de que la homosexualidad puede no ir acompañada de ningún otro tipo de síntoma neurótico, con la afirmación de que el homosexual no ha superado el complejo de Edipo y no ha asumido la amenaza de castración. Admitir esa posibilidad supondría negar algo fundamental dentro del cuerpo conceptual psicoanalítico: el carácter nuclear atribuido al Edipo y la castración en la configuración de la personalidad y en la etiología de la neurosis. Referirse entonces en el caso de la homosexualidad como si se tratara de una patología con «monosíntoma» (es decir, como un síntoma único al margen de cualquier otra dificultad para desarrollar una vida plena, supondría una incoherencia que parece reflejar, quizás, el último reducto del clínico en su empeño por mantener el carácter patológico de la orientación homosexual. El único síntoma vendría dado por la desviación respecto al objeto sexual considerado normal. A partir de todo lo dicho, «normal» entonces sólo podría entenderse en un sentido estadístico, lo cual, evidentemente, no parece constituir una base muy sólida para fundar un juicio clínico.

El homosexual no necesariamente niega la diferenciación de los sexos ni pretende ineludiblemente de ese modo identificarse con una especie de género neutro (ni masculino ni femenino, es decir, situarse en un narcisismo primario absoluto), que figuraría como expresión fálica de la totalidad. Puede conocer la diferencia de sexos y asumirla, como asunción interna de la limitación, de la carencia, del reconocimiento de la muerte y del origen del deseo. Esa aceptación de la diferencia significa corte, censura, castración de las potencialidades de goce. Es posible así para el homosexual, como para el heterosexual, optar y, por ello mismo, renunciar, ceder, asumir una pérdida. No tiene que ser fatalmente deudor del fantasma de un género neutro, en el sentido en el que nos habla A. Green[106].

El análisis clínico muestra por lo demás que, generalmente, en el homosexual, hay una identificación preponderantemente masculina o femenina como complementaria y contradictoria con la que es enmascarada y dominada. El deseo, a través de la castración, se ha vectorizado en una dirección. Porque, como bien afirma Pontalis, *la diferencia actúa no tanto entre los sexos como sobre el sexo... La envidia y el temor del otro sexo son secundarios: vienen a dar un nombre y un soporte, un signo tangible, a todo aquello que desune al deseo de su objeto, a todo aquello que separa al sujeto de sí mismo* [107].

¿Qué constituye, pues, en último término, asumir la castración?

El conjunto de los datos parece hacer necesario ir más allá del supuesto de que la homosexualidad supone siempre una heterosexualidad bloqueada por el miedo a la ausencia del pene o por la no aceptación de la misma. En este sentido, habría que decir que, asumir la castración, supone algo más que caminar hacia una heterosexualidad inexorable. Más bien habría que situarla como la posibilidad de gozar y hacer gozar al otro sin la mala fe de creer que uno es todo para el otro o que el otro pueda constituirse en todo para uno. En definitiva, se trata, ni más ni menos, que de aceptar la contingencia y la limitación humana frente a la omnipotencia del deseo y, en último término, de aceptar la muerte. Esto, estamos convencidos, es tan posible y tan difícil para el sujeto homosexual como heterosexual. Porque, como canta Luis Cernuda, *el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe*[108].

El debate clínico

La homosexualidad como variante sexual

Una vez realizado el recorrido a través de los datos psicosociológicos y psicoanalíticos de más significación sobre la homosexualidad queda, finalmente, por determinar y extraer conclusiones acerca del carácter psicopatológico que se le pueda o no asignar. Los datos que provenían de los estudios psicosociológicos parecían apuntar claramente hacia la descalificación de cualquier tipo de patología como inherente a la misma. En psicoanálisis, como hemos visto, ha predominado la tendencia a encuadrarla como un tipo más de perversión. Es momento, pues, de elaborar una confrontación entre el conjunto de datos hasta ahora disponibles[109].

Según hemos visto, Freud comenzó incluyendo la homosexualidad entre las perversiones, evolucionando hacia un cuestionamiento de ese mismo esquema, sin llegar, no obstante, a eliminarlo de modo explícito. En cualquier caso, quedaba así la homosexualidad en un campo contradistinto del de la neurosis. Pues según reza la fórmula freudiana, consagrada por todo el psicoanálisis posterior, *la neurosis es el negativo de la perversión*. La homosexualidad así quedaría, propiamente, como una fijación o estancamiento en un período del desarrollo evolutivo y no como un conflicto neurótico o una enfermedad.

Muy pronto, sin embargo, se comenzaron a establecer relaciones entre la homosexualidad y la neurosis[110]. S. Ferenczi, uno de los primeros y más grandes de los psicoanalistas, fue el primero en establecer este tipo de relación, en particular, entre la homosexualidad y la neurosis obsesiva[111]. Freud, sin embargo, se opuso al establecimiento de dicha conexión[112]. Pues, en efecto, la vinculación existente entre la homosexualidad y cualquier otro tipo de neurosis es la misma que puede existir, según ya apuntábamos anteriormente, entre ella y los diversos niveles pregenitales. La homosexualidad puede ser vivida en diversos contextos neuróticos (obsesivos, histéricos, fóbicos...) o psicóticos (paranoicos, maníaco-depresivos o esquizofrénicos), sin que ello implique una relación íntima y necesaria entre la homosexualidad y tales cuadros clínicos[113].

Pero, como afirma G. Hocquenguem refiriéndose al cuidado de Freud por evitar el establecimiento de este tipo de relación entre neurosis y homosexualidad, *cualesquiera que fueran las precauciones (...) la perversión encuentra inevitablemente un carácter neurótico desde el momento en el que entra en el discurso explicativo de los psiquiatras*[114]. El precio a pagar, sin embargo, por esa impregnación psiquiátrica del discurso psicoanalítico sobre la homosexualidad fue muy alto. Sobrevino con ella una confusión que, por otra parte, venía también a poner de relieve los falsos presupuestos en los que se cimentaba la pretendida calificación de la homosexualidad como enfermedad.

De hecho, no existe ni un tipo de neurosis o de psicosis que no haya sido descubierta en la estructura de lo homosexual, ni rasgo psicopatológico que no le haya sido aplicado. Para unos existe una íntima relación entre la homosexualidad y la neurosis obsesiva; para otros, la relación se establece con la histeria, para otros con la neurosis fóbica. Hay quienes piensan que la homosexualidad está, más bien, cerca de la psicosis; para unos maníaco-depresiva, para otros paranoica y, para otros, en fin, esquizofrénica[115]. El homosexual –se nos dice– padece un masoquismo profundo, un sadismo intenso, un fondo autista, una viva depresión, un ausentado exhibicionismo, una soledad inexorable y de significación patológica, una angustia creciente, una imposibilidad de experimentar

emociones profundas, de actualizar su potencialidad intelectual, de aplicarse a un trabajo de modo continuo junto con una tendencia al parasitismo, vive animado por una fantasía de venganza, de deshumanizar la relación y de propinar daño a otro. Y, por supuesto, un narcisismo radical que le imposibilita absolutamente para aceptar la diferencia y, por tanto, al otro[116].

Como afirmó un psiquiatra homosexual, una actitud auténticamente racista se escondió en la teoría y en la práctica de muchos psicoanalistas. Y una mentira también, porque es de todas luces evidente, que todo rasgo psicopatológico, toda neurosis y toda psicosis puede ser hallada tanto en la población homosexual como en la heterosexual, sin que a nadie se le ocurra asociar tales psicopatías a la heterosexualidad. De ahí, la denuncia del citado psiquiatra homosexual: *Acuso a los psicoanalistas de mentir por omisión al ocultar a su público y a su clientela que todas las perturbaciones psíquicas o sexuales (...) que atribuyen con complacencia a los homosexuales se encuentran también más o menos en los heterosexuales*[117].

No todos los psicoanalistas, evidentemente, se han mostrado defendiendo posiciones tan alejadas de lo que fueron los planteamientos freudianos. No han faltado tampoco voces dentro de los ámbitos psicoanalíticos y psiquiátricos que se hayan pronunciado en un sentido muy opuesto a los señalados. Son muchos los que han comprendido y aceptado sin ningún tipo de problema que, efectivamente, en la homosexualidad se pueden presentar cuadros neuróticos o psicóticos de todo tipo como sucede en la heterosexualidad.

Si como parece, algunas características se ven en nuestro medio asociadas más a menudo con lo homosexual, es posible que tales características se originen en la relación de nuestra cultura con la homosexualidad, o también, que se las proyecte en los homosexuales. En este sentido el filósofo social y psicoanalista E. van den Haag señala: *No hay nada que pruebe que un tipo de carácter sea causado por la homosexualidad o que esté necesariamente vinculado con él (independientemente de factores culturales) y que sería evitado de evitarse la homosexualidad*[118]. Este mismo autor, se pregunta si, efectivamente la homosexualidad es una enfermedad, para responder: *Parece dudoso que la homosexualidad sea una enfermedad* y, tras citar la conocida carta de Freud a la madre americana negando que la homosexualidad pueda ser clasificada como algo enfermo, afirma: *comparto ese punto de vista aunque muchos analistas contemporáneos piensen de otro modo. La conducta homosexual es frecuentemente síntoma o parte de enfermedad; lo propio ocurre con la conducta heterosexual. Recuerdo –concluye– un colega mío que solía repetir: «Todos mis pacientes homosexuales son enfermos» a lo cual terminé por replicar: «así están todos mis pacientes heterosexuales»*[119].

Parece innegable que la medicalización de la homosexualidad responde a un movimiento de raíces bastante inconscientes y que conduce a revestir de ropaje científico lo que anteriormente fue lenguaje ético y religioso. Fue justamente cuando la ilustración hizo que la religión tuviera que ceder su puesto a la razón científico-técnica, cuando se inició el interés médico por la homosexualidad. Las categorías de crimen y pecado cedieron su puesto entonces a la enfermedad y perversión, que igualmente debían ser erradicadas[120]. La nueva religión de la ciencia médica se hizo cargo así de la defensa homofóbica. La medicina es ahora la que representa a la naturaleza y la que, en nombre de ella, dicta las leyes[121]. Habría que recordar, en este sentido, la denuncia efectuada por una figura como Th. Szasz a propósito de las relaciones de la medicina con la homosexualidad: *La preocupación de la psiquiatría por el concepto patológico de la homosexualidad oculta el hecho de que los homosexuales son un grupo de individuos estigmatizados médicamente y perseguidos socialmente (...) Es una despiadada hipocresía el pretender que médicos, psiquiatras o profanos «normales» se*

preocupen realmente por el bienestar de los enfermos mentales en general o de los homosexuales en particular. Si se preocupasen de veras, dejarían de torturarlos mientras proclaman ayudarles: esto es precisamente lo que los reformadores (sean teólogos o médicos) se niegan a hacer[122].

El psicoanálisis, en amplios sectores, parece haber padecido también los efectos de la medicalización y, desde ahí, sus consideraciones sobre la homosexualidad se vieron teñida por los discursos explicativos psiquiátricos y psicopatológicos. Sin embargo, cuando el psicoanálisis se atiene a sus propios criterios sobre la salud y la enfermedad y tiene en cuenta la relativización importante que llevó a cabo sobre ellos, tampoco ve en la homosexualidad la expresión de una enfermedad o de algo que haya que modificar en otro sentido.

En la medida en la que un o una homosexual puede gozar de una vida armoniosa, creativa y satisfactoria, en la medida en la que, como cualquier heterosexual, pueda trabajar y amar, llevar a cabo un proyecto de vida y relacionarse amorosamente con los otros desde la libertad y la diferencia, el psicoanálisis no verá en la homosexualidad un conflicto psíquico a resolver. Como señala G. Bonnet[123], el psicoanálisis no considera la homosexualidad como una tara o un handicap de que habría que desembarazar al sujeto a toda costa. Y no por falta de ambición o por cierto laxismo o rechazo a priori de toda normalidad, sino como resultado de una serie de constataciones. Entre otras, porque en el ejercicio de la sexualidad, la ley no tiene curso. Pertenece a los que se aman decidir lo que está permitido y lo que no. Y esto no en razón de un capricho de la condición amorosa (¡el amor no conoce la ley!), sino una condición misma para que la ley sea aceptable a otros niveles y lugares de la existencia. *Forma parte de nuestro juego perverso* –nos dice G. Bonnet– *el hacer creer que todo homosexual lo es*[124].

Este mismo autor se esfuerza en diferenciar al homosexual perverso (del que lleva a cabo una profunda interpretación psicoanalítica) de otros tipos de homosexualidades, neuróticas o no. Finalmente, concluye que los homosexuales que tienen prácticas sexuales conforme a su deseo profundo y al mismo tiempo una vida profesional o cultural fecunda pueden encontrar un excelente desarrollo personal y un inserción social bastante notable[125].

Desde una perspectiva diferente a la del psicoanálisis, habría que prestar atención también a las investigaciones de carácter psicodiagnóstico que se han realizado sobre la homosexualidad. Se trata de averiguar el grado de adaptación de los homosexuales medida por aplicación de una serie de tests clínicos y de personalidad. Resumiendo los resultados de las investigaciones realizadas, cabe concluir, en primer lugar, que no es posible distinguir homosexuales o heterosexuales en los resultados de pruebas como las del Rorschach, T. A. T. o M. M. P. I.. Y, en segundo lugar, que no es posible tampoco distinguir una patología que caracterice a la población homosexual. Las conclusiones de uno de los estudios de más interés de los que se han efectuado es la de que la homosexualidad como entidad clínica no existe, dado que sus formas son tan variadas como las de la heterosexualidad y que hay que considerarla, por tanto, como una desviación del esquema sexual, psicológicamente dentro del ámbito normal[126].

En razón del conjunto de datos que las diversas ciencias humanas implicadas han ido arrojando en las últimas décadas, la Asociación Americana de Psiquiatría dejó de incluir la homosexualidad en la lista de trastornos mentales en 1974[127]. Entre las razones aducidas para la eliminación se dan las siguientes: *Para que un estado mental sea considerado como una enfermedad psiquiátrica ha de causar regularmente una angustia afectiva, ha de estar asociado regularmente a una dificultad generalizada de funcionamiento social. La homosexualidad no satisface estos criterios. Un número importante de homosexuales está claramente satisfecho de su orientación sexual. La*

homosexualidad, en sí misma, no implica ninguna alteración del entendimiento, la estabilidad, la honestidad o la capacidad profesional[128].

La homosexualidad como conflicto

La descalificación de la homosexualidad como enfermedad no debe, sin embargo inducir a errores. No debe entenderse, por ello, que se dispone ya de una justificación para admitir como sana cualquier manera de vivirse dicha orientación sexual. Como dentro de la heterosexualidad, caben muchos modos, perversos y neuróticos, de conducirse. Mal servicio se le prestaría a la población homosexual si se le diera a entender que no existe problema alguno, sea cual sea la modalidad en la que se lleve a cabo la experiencia homosexual. Quizá determinados colectivos homosexuales, reaccionando ante las vejaciones de todo tipo que han padecido a lo largo de la historia, se encuentren ahora demasiado poco dispuestos a aceptar las dimensiones problemáticas que se puedan advertir en su propio modo de vivir el mundo afectivo sexual. La averiguación de los motivos y resultados de sus comportamientos menos sanos constituiría, sin embargo, una de las mejores batallas que podrían ganar frente a la sociedad homófoba que les excluye.

El hecho de la promiscuidad, por ejemplo, del que dimos cuenta en el inicio del trabajo queda ahí como un problema y un foco de conflicto digno de consideración, así como una expresión del, probablemente, mayor índice de conflictividad y neuroticismo existente dentro de la población homosexual masculina. Sería importante emprender un análisis y averiguación sobre sus raíces, una vez que se descarta la misma orientación sexual como fuente y origen en sí misma de la tendencia promiscua (ya apuntábamos en su momento que el hecho de no presentarse tal promiscuidad en la población homosexual femenina contribuye, con otras razones, a pensar en ese sentido).

Sin duda, el rechazo social introyectado constituye un elemento de primer orden en la explicación de la patología promiscua. Tal rechazo interiorizado desde la más temprana infancia se convierte en una fuente de división interior, de intensa represión, así como de una inhibición generalizada de todo signo que, por mínimo que sea, pueda levantar ante los otros y ante sí mismo la sospecha de homosexualidad. En definitiva, el rechazo internalizado conduce a generar una profunda ansiedad que, muchas veces, no encuentra como vía de escape más que una compulsividad autodestructiva y promiscua. En su trasfondo hay que advertir muchas veces una profunda animadversión y anhelo de transgredir unas normas y de agredir a una sociedad que supusieron la mutilación de las aspiraciones más íntimas. Al estar esa sociedad profundamente internalizada, la agresión a ella se convierte inevitablemente también en una autoagresión. Como señala Tripp, para comprender lo que conlleva el rechazo social introyectado tendríamos que imaginarnos cuál sería el efecto de someter a un sujeto heterosexual a las condiciones de represión que desde la infancia acompañan al homosexual[129]. Sabemos bien que la autoaceptación y reconciliación con la propia orientación homosexual lleva siempre aparejada consigo una disminución importante de la ansiedad y, con ella, también de la tendencia promiscua[130]. Esta es una razón fundamental (junto con los razonamientos anteriormente expuestos) por la que hoy día se habla cada vez menos de tratamiento de la homosexualidad, para centrarse en el tratamiento de los conflictos aparejados con ella.

La hipótesis del rechazo social introyectado como explicación de buena parte de la motivación en la promiscuidad homosexual masculina podría hacernos comprender, en parte también, el hecho de que en la mujer homosexual no se dé generalmente la patología promiscua. De un lado, tenemos el dato de que en nuestra sociedad, la mujer es sectorialmente enfocada en su formación hacia un hiperdesarrollo del mundo afectivo.

La familia y la maternidad constituyen los elementos capitales de las propuestas que se hacen en este enfoque de la afectividad femenina. Pero al mismo tiempo, la sexualidad, en su sentido más estricto, es especialmente reprimida. Se lleva a cabo así una exclusión de las vertientes más específicamente corporales y/o genitales. Todo contribuye a que la mujer se constituya dentro de nuestra sociedad en un objeto, más que un sujeto de sexualidad. Tal negación del mundo sexual femenino trae también consigo el que la homosexualidad de la mujer sea por ello comúnmente más aceptada o, quizás sea más exacto afirmar, menos condenada, o todavía mejor, menos tenida en consideración. Como es menos tenido en consideración todo el deseo y toda la subjetividad femenina. De este hecho dan testimonio elocuente las diversas legislaciones que sobre la homosexualidad se han ido sucediendo en la historia. Contrastan con las terribles condenas de la homosexualidad de la mujer. De ahí que se pueda afirmar con buen grado de verosimilitud que el evidente mayor rechazo de la homosexualidad del varón es el fruto y el precio también que éste paga por la mentalidad machista imperante en nuestra cultura. La mujer, prácticamente anulada como sujeto de sexualidad, no tiene que sufrir del mismo modo la condena interiorizada de la homosexualidad. Por eso mismo, quizás le sea posible vivir menos conflictivamente su propia homosexualidad y, con ello, verse libre también de las tendencias más destructivas de la promiscuidad. Como ya señalábamos en su momento, otro factor importante a tener en cuenta sería también el de la diversidad masculina y femenina a la hora de desencadenarse la estimulación de los mecanismos sexuales. Ello contribuye a que, en la relación heterosexual, el varón se vea obligado a efectuar todo un trabajo de conquista que, aparte de otros factores culturales, expresa también la diversidad en los «tiempos de reacción» de la sexualidad masculina y femenina. Cuando el objeto sexual pertenece al mismo género, la respuesta puede cobrar entonces toda la velocidad o la lentitud que cada género tiene como predisposición.

Con independencia además de estos factores señalados en el orden de lo socio-cultural y biológico, como elementos predisponentes a la promiscuidad homosexual masculina, habría que señalar también otros de carácter más personal, aunque siempre, en interacción con los anteriores. Es necesario pensar en los elementos propiamente perversos o neuróticos que intervienen con frecuencia en la experiencia homosexual.

El homosexual perverso (en su sentido psicoanalítico, evidentemente, y no ético) expresa una profunda dificultad para integrar el conjunto de su mundo pulsional, así como para entablar una relación profunda con el otro en tanto que sujeto libre y diferente. La homosexualidad entonces, como lo analiza con precisión G. Bonnet, se convierte en un imperativo absoluto, practicado con exigencias precisas y según un ritual y condiciones propias al sujeto en cuestión[131]. El homosexual perverso se ve así de tal modo sujeto a su práctica, que ya forma un cuerpo con ella. Queda pervertido, es decir, condenado a caminar por unas vías paralelas, sin saber porqué. No puede encontrar sentido a su existencia sino fundamentándola en una manera de vivir la sexualidad que se convierte en remolino de autodestrucción. Es el caso indicado en el que el psicoanálisis podría venir a modificar esa dinámica perversa. Pero no se trataría, entonces, de «curar» la homosexualidad, sino, según lo dicho más arriba, de posibilitar un mejor acceso a la castración simbólica; es decir a la aceptación de la imposibilidad de ser o encontrar un otro total, sin distancia ni diferencia, que viniera a colmar el mundo del deseo. Sólo de ese modo podría acceder el homosexual a la experiencia, dentro de su misma orientación afectiva, de un deseo propulsivo y creador.

Hemos advertido más arriba cómo la homosexualidad en sí parece independiente de los diversos modos de neurosis o psicosis, así como puede verse íntimamente involucrada en todas sus formas. Sin contradecir ese principio general, cabría, sin embargo, pensar

en ciertas prevalencias o tonos de conflictos más frecuentemente asociados a la afectividad homosexual. La polémica sobre su eventual condición patológica parece haber dejado poco espacio para indagar en esas posibilidades. Habría, sin embargo, que interrogarse por las relaciones existentes entre homosexualidad y ciertos trastornos de identidad, reveladores de una confusión afectiva muchas veces próxima a la problemática histérica. también habría que prestar atención a la intervención (particularmente en homosexuales masculinos) de ciertas modalidades de narcisismo que podrían verse acrecentadas en la orientación homosexual[132]. La asunción de ciertos modos de identificación de lo que podríamos denominar lo «cultural-femenino» estaría en su base. Se trataría en estos casos particulares de una identificación con el papel asignado socio-culturalmente a la mujer que, en tanto objeto para el varón, se ve propulsada a cultivar sobremanera su propia imagen. Sólo así puede acomodarse a la función que le ha sido asignada de constituirse en objeto atrayente. La cultura machista puede favorecer igualmente, por el contrario, identificaciones con el modelo del «puro-macho», que encierren de modo más intenso aún una dinámica de corte esencialmente narcisista. Nos encontraríamos, entonces, con el caso del homosexual que merodea por los espacios del culto al cuerpo y del culturismo.

Merecería también una atención clínica el papel que juegan, a veces, determinados modos de organización homosexual. Los colectivos que prefieren denominarse «gay» (habría que interrogarse porqué el término homosexual tiene que ser portador de connotaciones más negativas que las de este anglicismo) cumplen a veces funciones poco saludables en la inevitable dimensión de *ghetto* a la que se ven conducidos. Nadie que tenga cierta conciencia de la problemática homosexual les negará el papel fundamental que los colectivos homosexuales han jugado en orden a la liberación de sus componentes y en orden también al saneamiento de una sociedad homofóbica y heterosexista[133]. Pero también esos grupos, paradójicamente, se han hecho cómplices con demasiada frecuencia de la tendencia social a marginar y excluir al mundo homosexual de sus propios ámbitos. La sociedad les empuja fuera de sus propios límites y ellos se ven así reducidos a reconocerse casi exclusivamente en función de su orientación sexual. Como si esa dimensión fuera lo único y, ni siquiera, lo más importante o definitorio en la vida de un sujeto. De ese modo, los grupos, los grupos homosexuales, si no prestan atención, se ven fácilmente perturbados por los rasgos propios de todo grupo minoritario y cerrado. Como afirmó A. Baudry, fundador del grupo homosexual *Arcadie* en Francia: *El famoso ghetto homosexual es el refugio de dos miedos; miedo de los homosexuales de confrontarse con los heterosexuales, y miedo de los heterosexuales a descubrir en sí mismos una parte de homosexualidad* [134].

Pero el conflicto homosexual no es una cuestión de homosexuales. En él estamos todos, de un modo u otro, concernidos. Sabemos, por otra parte, que la elaboración de esa dimensión de nuestro mundo afectivo sexual no siempre resulta fácil. Las repercusiones, sin embargo, pueden ser importantes. De alguna manera, todo nuestro mundo relacional –con hombres y con mujeres– se ve afectado por los modos en los que resolvamos en nuestro interior la relación con los componentes homosexuales que –por constitución o por historia– formen parte de nuestra dinámica afectiva. Nuestra cultura, marcada por la mentalidad machista y por un cierto heterosexismo, no facilita demasiado la tarea. El empobrecimiento personal, cuando no el conflicto abierto, son sus derivaciones más importantes.

Esa dimensión homosexual puede bloquear muchas relaciones interpersonales, puede originar también en el heterosexual una confusión en la propia identidad parecida a la que señalábamos en el homosexual, puede condicionar de modo importante, y no

siempre positivamente, la elección de pareja, puede igualmente ser utilizada como un instrumento de autocastigo bajo la forma de fantasma que pretende esencialmente la autodestrucción (en cuyo caso estaría justificado hablar de «falsa homosexualidad») y puede, naturalmente, ser vinculada en forma homofóbica mediante el mecanismo de proyección. En este caso, la homosexualidad se convierte en un fantasma que hay que conjurar y que hace recaer sobre la homosexualidad como concepto o como realidad personal toda la agresividad que haría falta para aniquilar el propio fantasma. Las interpretaciones que se han hecho, por ejemplo, de la homosexualidad latente de Hitler parecen ofrecerse como una interpretación coherente de la necesidad que éste sintió de masacrar a miles de homosexuales.

Con razón afirma G. Weinberg: *Nunca considero sano a un paciente a menos que haya superado su prejuicio contra la homosexualidad*. Efectivamente, hay que considerar que el prejuicio es dañino también para el heterosexual, en la medida en que está expresando una parte de su enfermedad homofóbica. De ella hemos tenido muchas muestras en la exposición de las teorías concernientes al origen y diagnóstico de la homosexualidad, por no hablar de la marginación y las persecuciones sociales, políticas y religiosas habidas a lo largo de la historia.

Cambios socio-culturales en torno a la homosexualidad

Es evidente que, en la medida en la que el avance científico va desvelando más dimensiones de la orientación homosexual, la opinión general sobre la misma va reconsiderando buena parte de sus juicios y actitudes tradicionales. Todo el conjunto de datos que van ofreciendo las ciencias ponen, de hecho, en evidencia las deformaciones, desenfoques y racionalizaciones de unos discursos socio-políticos, morales y religiosos, que a lo largo de la historia dieron pie a la persecución, la marginación y, también, a unas graves psicopatías y conflictos en el mundo homosexual. Su fundamento no fue sino el de la ignorancia, alentada, a nivel individual, por el pánico de una identidad psicosexual amenazada y, a nivel colectivo, por una concepción de la sexualidad y de la familia que se sintió igualmente en peligro. Es evidente también que el fantasma no ha sido totalmente exorcizado. Sin embargo, hoy asistimos a un indudable e importante cambio de opinión que se extiende progresivamente entre las diversas capas del discurso social. Las formaciones socio-políticas, religiosas y médicas, que fueron las que de modo más importante canalizaron el juicio adverso frente a la homosexualidad, revisan en la actualidad sus posiciones tradicionales y se abren a nuevas perspectivas y enfoque sobre ella. Fijaremos brevemente nuestra atención en las formaciones religiosas y socio-políticas para hacernos cargo, a través de algunos datos significativos, de la evolución que tiene lugar en estos ámbitos particulares.

Existe común acuerdo en que uno de los factores que más decididamente han influido en la consideración negativa de la homosexualidad hay que situarlo en las raíces judeocristianas de nuestra cultura. Desde las condenas bíblicas del Antiguo y Nuevo Testamento, pasando por juicios, a veces de claro carácter homofóbico sustentados por muchos pensadores cristianos de relevancia, la tradición judeocristiana se presenta en su conjunto (si bien un análisis histórico detallado nos mostraría muchas sorpresas[135] como un factor de primer orden en la consideración negativa de la homosexualidad. La corriente moralizadora que se inicia a partir del siglo II con el estoicismo y neoplatonismo jugaron también un papel muy importante en el primitivo pensamiento cristiano y en las disposiciones legales que se inspiraron en él[136].

La legislación sobre la homosexualidad se remonta al Concilio de Elvira (300-306?). El Código de Teodosio (s. V) y el Código de Justiniano (s. VI) decretan la muerte en la hoguera para los homosexuales. El Concilio de Toledo XVI (693) dispone que los

eclesiásticos acusados de sodomía sean excomulgados, se les afeite la cabeza y se los destierre para siempre, recibiendo previamente cien azotes en la espalda. En la *Lex Visigothorum*, el rey Egica recoge la disposición del Concilio y añade la pena de castración para los culpables de homosexualidad[137]. Siglos más tarde, en Castilla y León, siguiendo las disposiciones del Fuero Juzgo, El Fuero Real de 1255 y el Código de las Partidas de 1265, los homosexuales eran colgados por los pies, una vez castrados públicamente. Los Reyes Católicos en la Programática de Medina del Campo de 1497 confirman la pena de fuego y añaden la de confiscación de todos los bienes. Carlos V en 1532 en el *Ordenamiento jurídico penal* dispone en el artículo 116 que siendo la costumbre común, *hay que hacerlos pasar de la vida a la muerte mediante el fuego*. Felipe II confirma el criterio de la Programática de los Reyes Católicos en la Programática de Madrid de 1598. Los casos de acusación y condena por homosexualidad son numerosos en los procesos de la Inquisición española desde su creación en 1478 hasta su disolución en 1834. La Revolución Francesa supone un freno en el proceso de acusaciones y condenas.

La posición del pensamiento cristiano actual deja ver de un modo bastante claro que tampoco es ajeno al cambio de mentalidad que se produce socioculturalmente en torno al tema. No podía ser de otro modo. La conciencia de haber actuado como factor de primer orden en la persecución de la homosexualidad empuja también a muchos creyentes a sentirse moralmente obligados a revisar sus propias concepciones al respecto. De alguna manera, se piensa que el asunto más grave que tienen las iglesias cristianas planteado en terreno de la moral respecto a la homosexualidad no es el de la justificación o no de sus comportamientos sexuales, sino el de hacer frente a la injusticia pasada y presente con ese colectivo y el de la necesaria toma de posición para evitar que se siga produciendo cualquier tipo de marginación o exclusión.

Diversas iglesias protestantes, por ejemplo, han llevado la iniciativa en ese sentido, no sólo con replanteamientos morales y religiosos sino, incluso, emprendiendo una lucha contra la marginación de los homosexuales. Así, la Asamblea Nacional de la Iglesia Unitaria (1970) rechaza en una declaración la consideración psicopatológica de la homosexualidad y ratificó los derechos civiles de los homosexuales. Las Asambleas Nacionales de Presbiterianos y Luteranos de Estados Unidos, aprobaron también una moción en favor de la reforma de la ley en materia homosexual[138].

La doctrina oficial de la Iglesia Católica no ha efectuado ningún cambio de posición en los últimos tiempos a propósito de la homosexualidad[139]. Apenas se puede advertir como paso hacia adelante una cierta discriminación de lo homosexual en el nuevo código de Derecho Canónico. Sin embargo, la evaluación que se hace del fenómeno homosexual sigue siendo prácticamente la misma[140]. Si a nivel institucional los planteamientos siguen siendo prácticamente inmutables, no sucede lo mismo en el ámbito de la reflexión teológica y moral. En esos campos se están llevando a cabo también importantes replanteamientos que se iniciaron hace ya algunos años con las figuras de M. Oraison[141], J. J. Mc Neill[142], o H. Van de Spijker[143]. En este sentido, hoy día, encontramos textos de pensadores cristianos que se pronuncian sobre el tema de un modo que no deja de resultar, en alguna medida, sorprendente. Así, por ejemplo, los que encontramos en la obra recientemente publicada *La sexualidad y lo sagrado* [144] en la que se aboga por la celebración religiosa y litúrgica de las parejas homosexuales o por la experiencia de homosexualidad en el seno de la vida religiosa o sacerdotal. Es evidente que, con independencia del juicio teológico o moral que se pueda emitir al respecto (y que será analizado con detalle en otro apartado del presente volumen), la manifestación pública de tales ideas revelan un cambio cualitativo en la

consideración del tema dentro de estos ámbitos cristianos no institucionales. *Nadie se salva* –se ha dicho– *por ser heterosexual, sino por convertirse al Dios de Jesús.*

Pero si al pensamiento judeocristiano le correspondió la triste gloria de justificar moral y religiosamente la aversión frente a la homosexualidad, fue sin embargo, en el área de lo socio-político donde la persecución llegó a adquirir sus proporciones más terroríficas. El fantasma de la homosexualidad, en este sentido, parece no necesitar el sustento religioso para desarrollar toda su virulencia. Si el código napoleónico introdujo en muchos países europeos una perspectiva de mayor tolerancia frente a la homosexualidad, en el siglo XX, la aparición del totalitarismo nazi y del estalinismo ruso supusieron el reavivamiento de la persecución más violenta contra ella. De pecado nefando pasó a ser considerada como una degeneración peligrosa para el Estado[145].

Máximo Gorki, refiere y hace suyo un dicho alemán: *eliminad a los homosexuales y el fascismo desaparecerá.* En 1934, el gobierno soviético condena los actos homosexuales con penas de cárcel que van de los tres a los ocho años. Poco después, en aquella Alemania donde iba a desaparecer el fascismo con la eliminación de los homosexuales, comenzó la más terrible persecución de la historia contra la homosexualidad. Marcados con la «estrella rosa», los homosexuales eran conducidos a los campos de nivel tres: es decir, campos de exterminio. La Iglesia Luterana austriaca situó el número de homosexuales muertos en unos 220,000 la cifra más alta después de los judíos. Los que lograron sobrevivir se vieron posteriormente marginados por las potencias aliadas cuando, al acabar la guerra, éstas emprendieron toda una serie de acciones de rehabilitación con los reclusos en los campos de exterminio nazis.

Los totalitarismos, de cualquier signo que sean, han demostrado habérselas muy mal con la homosexualidad. No dejan de ser significativas, a este respecto, las confesiones de un homosexual comunista durante los años del régimen franquista[146], las actitudes homófobas que tuvieron lugar en el seno del partido comunista francés[147] o las que se han desarrollado en la Cuba de Fidel Castro, tan atinadamente denunciadas en la película de Gutiérrez Alea, *Fresa y chocolate*. Todas ellas ponen de relieve la doble persecución de los autoritarismos de derechas o de izquierdas, frente al fenómeno homosexual. Las íntimas y complejas relaciones entre sexualidad y poder quedan así una vez más puestas de manifiesto[148].

La reflexión que se llevó a cabo tras los fenómenos del nazismo y del estalinismo impulsaron una nueva percepción de las relaciones entre autoridad y sexualidad y sobre los fantasmas homofóbicos no reconocidos que habitan en determinadas formas de machismo autoritario[149]. Desde ahí, se va operando un cambio importante de mentalidad a nivel sociopolítico, impulsándose una actitud de tolerancia y nueva comprensión del fenómeno de la homosexualidad. Así, el 1 de octubre de 1980, el Consejo de Europa hace una invitación a la O. M. S. para que ésta suprima la homosexualidad de la lista de enfermedades. En el informe se dice: *la teoría que considera a la homosexualidad como una forma de trastorno mental no tiene fundamentos científicos o médicos sólidos, y ha sido refutada por las investigaciones recientes* [150]. La O. M. S. retiró la homosexualidad de la lista de enfermedades poco tiempo después. El Parlamento Europeo solicitó también a los gobiernos de sus países miembros a suprimir cualquier tipo de discriminación en razón de la orientación sexual, así como a que se emplee preferentemente el término *tendencia sexual*, con objeto de asegurar a todos el disfrute de los derechos y libertades reconocido en la Convención Europea de los Derechos del Hombre[151]. La oficialización de las parejas homosexuales va siendo una práctica progresivamente extendida en los países europeos. En España, igualmente, vamos teniendo noticias de la celebración de bodas homosexuales civiles en algunos ayuntamientos del país.

A otro nivel, los grupos homosexuales, unas veces con actitudes violentas, otras con reivindicaciones desajustadas, y siempre, con el grito de justicia que corresponde a todo grupo marginado, reclaman su pleno acceso a la vida social y a la existencia como sujetos de pleno derecho sin ningún tipo de consideración, perdón, diagnóstico clínico o paternalista benevolencia. Hoy día, se advierte en nuestras sociedades occidentales más desarrolladas una clara tendencia a la manifestación pública de homosexuales, tanto a nivel de grupo militante como a nivel individual. En el ambiente universitario, por ejemplo, la homosexualidad va desapareciendo progresivamente como un modo más de situarse sexualmente en la vida. La reacción de susto va dejando paso, en estos ambientes, a la de una serena y cada vez menos problemática aceptación. En la opinión pública general va ganando, pues, terreno la idea de que el fenómeno homosexual responde a una discutible patología, pero sí a una indiscutible forma de marginación y de injusticia social.

Conclusiones finales

El intento básico del presente estudio se ha situado en la exposición de los datos psicosociológicos y, fundamentalmente, psicoanalíticos sobre el origen y diagnóstico de la homosexualidad. Si el psicoanálisis nos ilumina el origen homosexual y sus posibles avatares patológicos, la encuesta psicosociológica cumple la importante función de evitar las generalizaciones indebidas. La profundidad de la investigación psicoanalítica se complementa y matiza así con la mayor extensión del dato sociológico a través de la encuesta, y, a veces también, con la mayor objetividad del dato biológico obtenido en el laboratorio. Es evidente, que la complejidad del fenómeno homosexual exige como pocos una complementación de perspectivas y una multidisciplinariedad en la investigación. Negarse a ello puede suponer la superficialidad del puro dato (frecuente en la investigaciones psicosociológicas y experimentales) o la generalización injustificada de una investigación profunda, pero sectorizada y parcial (frecuentemente en las teorías psicoterapéuticas).

Sabemos que son muchas las cuestiones abiertas y por resolver tanto en el laboratorio de biología y psicología, como en la calle con la encuesta, así como en el diván del psicoanalista. Pero parece obligado extraer a la luz los datos ya disponibles hoy día, confortarlos y discutirlos, para seguir progresando en el exorcismo de un demonio que nos habita con frecuencia: el miedo y el conflicto con la homosexualidad.

Dentro del amplio debate llevado a cabo desde finales del siglo XIX, se pueden señalar una serie de elementos que han ido ganando una progresiva clarificación. Si fuera posible, pues, extraer algunas conclusiones sobre el estado de la cuestión en nuestros días, habría que destacar los puntos siguientes:

- ? Lo homosexual aparece como una dimensión inherente a toda sexualidad humana y a muchas especies del reino animal. Pertenece, pues, a la naturaleza.
- ? Esa dimensión ha sido organizada, reconocida y experimentada de modos muy diversos a través del tiempo y del espacio por las diversas sociedades y culturas.
- ? La civilización judeocristiana se ha distinguido por el favorecimiento de una actitud de rechazo y condena de ella. Ese rechazo ha influido notablemente en los modos de opinión pública, en las disposiciones legales y sociopolíticas, así como en los enfoques con los que la ciencia occidental ha enfrentado la cuestión.
- ? A este rechazo se añade lo que el psicoanálisis, particularmente, ha puesto de relieve: que esa dimensión de la sexualidad humana moviliza fantasmas inconscientes que, generalmente, ponen en funcionamiento defensas no siempre saludables para el propio sujeto y para su grupo social.

- ? No obstante, en la actualidad, se aprecia una progresiva y cada vez más decidida tendencia a despojar a la homosexualidad de connotaciones negativas, no sólo en el área de lo ético y lo legal, sino también en la de su interpretación y diagnóstico clínico.
- ? La imagen social y pública de la homosexualidad en nuestras sociedades occidentales evoluciona en la misma dirección que las disciplinas científicas. Los medios de comunicación, el arte, los movimientos de opinión, la política, etc... manifiestan conjuntamente una valoración diferente y progresivamente tolerante con la homosexualidad. Los estereotipos existentes sobre ella se van derrumbando progresivamente.
- ? Permanecen todavía, sin embargo, numerosos prejuicios sobre la homosexualidad en amplios sectores de la población.
- ? En el campo religioso se deja ver una reconsideración del tema en cuanto a la interpretación teológica y a la evaluación moral, si bien a nivel institucional no todas las iglesias presentan la misma dinámica de tolerancia. En el campo católico es donde el sector institucional (no en sus bases ni en sus reflexiones teológicas o morales) mantiene posiciones, en cierta medida, inamovibles.
- ? En el cambio general de consideración habido sobre la condición homosexual ha jugado un papel determinante la apertura de la investigación a espacios ajenos a los ámbitos clínicos que sustituyeron a los religiosos, morales y penales en la teorización del tema. Fue en este espacio clínico donde la ciencia realizó las consideraciones más negativas sobre ella.
- ? El debate sobre el origen y el diagnóstico de la homosexualidad se mantiene abierto en tanto que existen todavía una serie de puntos oscuros que impiden cerrar definitivamente el tema. Una serie de interrogantes sobre las causas últimas de la orientación homosexual permanecen aún en el terreno de las hipótesis que esperan clarificación.
- ? Cada vez va ganando más espacio la hipótesis de que sólo una actuación conjunta de elementos biológicos, psicológicos y sociales, en diversos grados de interacción, podrían dar lugar a una orientación homosexual prevalente, generalmente establecida desde muy temprano. Las potencialidades existentes en cada uno de esos órdenes diversos sólo llegarían a activarse en la medida en la que los otros restantes lo facilitasen.
- ? Va resultando abrumadoramente mayoritario el número de especialistas de las diversas ramas de la salud que dejan de considerar la orientación homosexual como expresión de un déficit de madurez humana, de una enfermedad o de un conflicto que genere un trastorno para el sujeto que es portador de ella.
- ? Se abre, pues, progresivamente paso a la idea de que la homosexualidad no constituye una entidad clínica y de que el conflicto psíquico, de cualquier tipo que sea, puede estar asociado a la homosexualidad de la misma manera que la heterosexualidad.
- ? La opresión y el rechazo social interiorizado se advierte como el factor más importante de conflicto y patología para los sujetos con una orientación homosexual prevalente. Ese elemento es el que hace que, probablemente, podamos encontrar un grado mayor de neuroticismo y conflicto psíquico en la población homosexual respecto a la heterosexual.
- ? El conjunto de datos obtenidos hasta el momento impulsa cada vez más a la práctica psicoterapéutica a centrar su trabajo y objetivo básico en la adaptación del homosexual a su condición y en la liberación de los elementos neuróticos que se encuentren asociados a ella. Es cada vez más raro el proyecto psicoterapéutico de cambiar la orientación sexual, que, por otra parte, se considera como muy

problemático, dada la profunda resistencia de toda orientación sexual a dejarse modificar.

Referencias bibliográficas

- BATALLER, S. A., *Aproximaciones teóricas en la investigación de la homosexualidad*, Martínez de Murgía, Madrid 1992.
- BELL, A. P. - WEINBERG, S., *Homosexualidades. Informe Kinsey*, Debate, Madrid 1979.
- BOSWELL, J., *Cristianismo, tolerancia y homosexualidad*, Muchnik Editores, Barcelona 1993.
- CORRAZE, J., *La homosexualidad y sus dimensiones*, Fax, Madrid 1972.
- FREUD, S., *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1973.
- HOCQUENGHEM, G., *Homosexualidad y sociedad represiva*, Granica, Buenos Aires 1974.
- KRICH, A. M., *Los homosexuales vistos por sí mismos y por sus médicos*, Morata, Madrid 1976.
- MASTERS, W. H. - JOHNSON, V. E., *Homosexuality in Perspective*, Little, Brown & Co., Boston 1979.
- McNEILL, J., *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona 1979.
- MIRABET I MULLOL, A., *Homosexualidad, hoy*, Herder, Barcelona 1985.
- RUITENBEECK, H. M. (Ed.), *La homosexualidad en la sociedad moderna*, Siglo XX, Buenos Aires 1965.
- RUSE, M., *La homosexualidad*, Cátedra, Madrid 1989.
- SCHOFIELD, M., *Aspectos sociológicos de la homosexualidad*, Fontanella, Barcelona 1969.
- SENGERS, W. J., *Se reconaître homosexuel*, Name, Paris 1970.
- SPIJKER, H. van de, *Homotropia*, Atenas, Salamanca 1976.
- TRIPP, C. A., *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid 1978.
- VIDAL, M. - FERNÁNDEZ MARTOS, J. M. - GAFO, J. - LASO, P. - RUIZ, G. - HIGUERA, G., *Homosexualidad, ciencia y conciencia*, Sal Terrae, Santander 1981.
- WEINBERG, M. S. - WILLIAMS, C., *Homosexuales masculinos*, Fontanella, Barcelona 1977.
- WEINBERG, G., *La homosexualidad sin prejuicios*, Granica, Barcelona 1977.

-
- [1] Cf. M. S. WEINBERG - C. J. WILLIAMS, *Homosexuales masculinos. Sus problemas y adaptación*, Fontanella, Barcelona 1977, 17-33.
- [2] C. A. TRIPP, *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid 1978, 261.
- [3] A. P. BELL - M.S. WEINBERG, *Homosexualidades. Informe Kinsey*, Madrid 1979. El estudio presenta también algunas limitaciones a tener en consideración. Por una parte, examina la población homosexual de la bahía de San Francisco, USA, que está considerada como la zona más permisiva con la homosexualidad en los Estados Unidos. Los resultados no se pueden trasladar sin más a otro tipo de sociedad. Al mismo tiempo, habría que señalar la necesidad de un estudio longitudinal para una mejor comprensión de muchos de los datos ofrecidos en un estudio sólo transversal. Así, por ejemplo, pensamos que muchos homosexuales pueden pasar a lo largo de sus vidas por más de uno de los subgrupos de la tipología presentada por los autores. A ella nos referiremos posteriormente.
- [4] M. S. WEINBERG - C. J. WILLIAMS, *Ibíd.* El estudio abarca, de un modo comparativo, muestras de tres tipos de sociedades occidentales: Estados Unidos de América (Nueva York y San Francisco), Holanda y Dinamarca.
- [5] A. P. BELL - M. S. WEINBERG, *Ibíd.*, 166-179.
- [6] S. FREUD, *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia («Dementia paranoides») autobiográficamente descrita*, O. C., II, 1509.
- [7] A esta cuestión, que puede ser muy debatida, los autores dedican todo un capítulo de la obra al estudio de los ambisexuales. Cf. W. H. MASTERS - V. E. JOHNSON, *Homosexuality in Perspective*, Little Brown and Co., Boston 1979, 144-173.
- [8] Marcel Eck, por ejemplo, afirma: *El heterosexual puede vivir aparte de su sexualidad, mientras que para el homosexual, su sexualidad es su mundo y su destino y todo lo juzga en función de su sexualidad*: M. ECK: *Sodoma. Ensayo sobre la homosexualidad*, Herder, Barcelona 1968, 243. Se podrían citar otros muchos textos de este mismo tenor dentro del campo médico.
- [9] A. P. BELL - M. S. WEINBERG, *Ibíd.*, 149.
- [10] *Ibíd.*, 94.
- [11] W. H. MASTERS - V. E. JOHNSON, *Ibíd.*, 235-232.
- [12] Cf. *Ibíd.*, 226-227.
- [13] . HOCQUENGEM, por ejemplo, ve la promiscuidad como el modo propio de existencia del deseo, *directo y menos culpabilizado que el sistema complejo de los «amores civilizados»*: Cf. *Homosexualidad y sociedad represiva*, Granica, Buenos Aires 1974, 93.
- [14] C. A. TRIPP, *Ibíd.*, 76. Cf. también a este propósito S. HITE, *Estudio de la sexualidad femenina*, Plaza & Janés, Barcelona 1977, e *Informe Hite sobre sexualidad masculina*, Plaza & Janés, Barcelona 1992.
- [15] Name, París 1970.
- [16] Cf. M. S. WEINBERG - C. J. WILLIAMS, *Ibíd.*, 253.
- [17] Cf. W. H. MASTERS - V.E. JOHNSON, *Ibíd.*, 357.
- [18] . M. ECK, *Ibíd.*, 346-347.
- [19] A. P. BELL - M. S. WILLIAMS, *Ibíd.*, 282.
- [20] *Ibíd.*, 303.
- [21] Cf. F. BEACH - C. L. FORD, *Patterns of sexual behavior*, Harper & Row, New York 1969, 266.
- [22] Cf. F. D. KELLER - W. N. SCHOENFELD, *Fundamentos de Psicología*, Fontanella, Barcelona 1975, 262-268.
- [23] C. A. TRIPP, *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid 1978, 40-41.
- [24] S. FREUD, *Autobiografía*, O. C., III, 2779.
- [25] Cf. S. FREUD, *El psicoanálisis «silvestre»*, O. C., II, 1572.
- [26] Cf. S. FREUD, *El malestar en la cultura*, O. C. III, 3042-3043.
- [27] Cf. S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1173-1177.
- [28] Cf. S. FREUD, *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, O. C., II, 1598-1599.
- [29] La idea de bisexualidad está presente en Freud desde los orígenes del psicoanálisis por la influencia de W. Flies.
- [30] . S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, 2560-2561. Freud señala tres series de características en la determinación de la

homosexualidad: 1) Caracteres sexuales somáticos (hermafroditismo físico), 2) Caracteres sexuales psíquicos –actitud masculina-actitud femenina, 3) Tipo de elección de objeto. En nota añadida en 1915 a los *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, –O. C., II, 1178– insiste en la intervención de factores constitucionales imperfectamente determinados aún. En la *Autobiografía* –O. C., III, 2779– señala como factores determinantes *la bisexualidad constitucional y la primacía de la zona fálica*.

[31] Cf. S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1193-1194.

[32] *Ibíd.*, 1193-1194. Desde un punto de vista económico, el factor cuantitativo va a jugar también un papel importante en la solución lograda. De él dependerá que todo quede en una lucha interior, o, cuando la pulsión es intensa, la adquisición de la perversión o de la neurosis. Cf. *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, O. C., II, 1253-1255.

[33] Cf. S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1229.

[34] S. FREUD, *Teorías sexuales infantiles*, O. C., II, 1266.

[35] Cf. S. FREUD, *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, O. C., II, 1253.

[36] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1178.

[37] *Ibíd.*, 1178.

[38] *Ibíd.*, 1178.

[39] Sólo en dos casos establece Freud una conexión necesaria entre las etapas pregenitales – oral y anal– y la homosexualidad. Uno es el texto que acabamos de citar y otro es el *Ensayo sobre Leonardo de Vinci* de 1910 –O. C., II, 1598. En éste último se habla de una conexión entre oralidad y homosexualidad que la investigación psicoanalítica con pacientes homosexuales le revela –nos dice– como *íntima y necesaria*. En el caso del «*Hombre de los lobos*», publicado en 1918, Freud establece una conexión entre homosexualidad y las etapas pregenitales, pero no ya como algo íntimo y necesario, sino como derivado de una dinámica concreta y, por tanto, accidental. Lo oral, lo anal y lo genital se encuentran en juego en el *hombre de los lobos*, pero se trata de *una disociación hacia tres niveles distintos* de una tendencia sexual hacia un objeto único –el padre– y con un fin sexual siempre pasivo (ser devorado, ser agredido y ser poseído por ese padre) (*Historia de una neurosis infantil*, O. C., II, 1975). Lo homosexual del *hombre de los lobos* aparece, pues, vivido a tres niveles distintos, sin que ninguno de ellos juegue un papel determinante en la causación de la homosexualidad. Llegados a la homosexualidad, las pulsiones orales, anales y genitales van a experimentarse homosexualmente, así como quien llega a la heterosexualidad, las experimentará de modo heterosexual. Creemos que tal debe ser el sentido de la conexión «íntima y necesaria» de la que Freud habla en su ensayo sobre Leonardo. En ningún texto posterior a los citados vuelve a establecer una conexión necesaria o causal entre lo homosexual y lo oral o lo anal.

[40] Cf. S. FREUD, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*, O. C., III, 2897.

[41] Cf. S. FREUD, *Pegan a un niño. Aportación al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*, O. C., III, 2477-2480.

[42] Cf. S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, 2553.

[43] *Ibíd.*, 2553.

[44] S. FREUD, *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, *Ibíd.*, 2617.

[45] S. FREUD, *El Yo y el Ello*, O. C., III, 2719.

[46] Sobre la progresiva importancia de la angustia de castración en la obra de S. FREUD, Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* –1926–, O. C., III, 2833-2883. La angustia –nos explica allí– no nace como fruto de la represión tal como hasta entonces se había afirmado, sino que es más bien la causante de ella. La angustia es fundamentalmente para Freud en esta obra angustia de castración.

[47] S. FREUD, *Autobiografía*, O. C., III, 2794.

[48] S. FREUD, *Fetichismo*, O. C., III, 2994.

[49] Cf. S. FREUD, *La feminidad*, O. C., III, 3175.

[50] S. FREUD, *La feminidad*, O. C., III, 3165.

[51] Cf. S. FREUD, *Compendio de psicoanálisis*. Cap. VII: *Un ejemplo de la labor psicoanalítica*, O. C., III, 3409.

- [52] S. FREUD, *La interpretación de los sueños*, O. C., I, 584.
- [53] S. FREUD, *La moral sexual cultura y la nerviosidad moderna*, O. C., 1253.
- [54] Cf. S. FREUD, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, O. C., II, 1421.
- [55] Cf. S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, *Ibíd.*, 1178.
- [56] S. FREUD, *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (« Dementia paranoides ») autobiográficamente descrita*, O. C., II, 1517.
- [57] S. FREUD, *Introducción al psicoanálisis*, O. C., II, 2388.
- [58] Cf. H. BLOCH y otros, *Gran diccionario de Psicología*, Ediciones del Prado, Madrid 1996; DORSCH, *Diccionario de Psicología*, Herder, Barcelona 1976; N. SILLAMY, *Diccionario de Psicología*, Plaza & Janés, Barcelona 1969; F. W. DOUCET, *Diccionario de Psicoanálisis clásico*, Labor, Barcelona 1975; L. EIDELBERG, *Enciclopedia de psicoanálisis*, Espax, Barcelona 1971; H. B. ENGLISH - A. C. ENGLISH, *Diccionario de Psicología y psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires 1977; Y. POINSO - R. GORI, *Diccionario práctico de psicopatología*, Herder, Barcelona 1976; J. LAPLANCHE - J. PONTALIS, *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Barcelona 1971. Todos estos autores coinciden en clasificar la homosexualidad dentro del concepto de perversión, si bien existe una diversidad de matices a la hora de hacerlo. Por ejemplo H. B. English señala que la homosexualidad debe ser considerada más bien como inversión que como perversión y proponen el concepto de *anomalía sexual* para evitar la carga emocional que comporta el término perversión. J. L. VALLS la incluye dentro de la patología narcisista: *Diccionario freudiano*, Julián Yebenes, Madrid 1995.
- [59] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1187.
- [60] S. FREUD, *Análisis fragmentario de una histeria*, O.C., I, 960. La extralimitación en cuanto a la *región somática* se refiere a la integración de las pulsiones parciales en la organización genital tal como ya hemos visto en los *Tres ensayos...*; la extralimitación en cuanto al *objeto sexual* se refiere a la desviación con respecto a la heterosexualidad.
- [61] Cf. S. FREUD, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, O. C., II, 1422.
- [62] *Puede suceder que no todas las pulsiones parciales se someten a la primacía de la zona genital, entonces la pulsión que ha quedado independiente constituye lo que llamamos perversión*, S. FREUD, *Psicoanálisis*, O. C., II, 1557.
- [63] S. FREUD, *Introducción al narcisismo*, O. C., II, 2025.
- [64] S. FREUD, *Introducción al psicoanálisis*, O. C. II, 2312.
- [65] *De este modo nos vemos obligados a ver en la homosexualidad un ramificación casi regular (regelmässige Abzweigung) de la vida erótica*, *Ibíd.*, 2314 (texto original alemán: G. W., XI, 318).
- [66] S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, 2547 (texto original alemán: G.W., XII, 276).
- [67] *Hemos de tener en cuenta que la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objeto, y que en general la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene muchas más probabilidades de éxito que la labor contraria, sólo que ésta última no se intenta nunca, naturalmente, por evidentes motivos prácticos*, *Ibíd.*, 2547.
- [68] S. FREUD, *Autobiografía*, O. C., III, 2779.
- [69] S. FREUD, *Carta a una madre americana*. Citada por E. JONES, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Paidós, Buenos Aires 1960, III, 214-215.
- [70] Así, por ejemplo, cuando M. ECK señala como criterios de perversión: la absolutización del mal, la autojustificación, la destrucción y el proselitismo. Cf. M. ECK, *Ibíd.*, 155-156.
- [71] Cf. G. HOCQUENGHEM, *Homosexualidad y sociedad represiva* (mala traducción del título original *Le désir homosexual*), Granica, Buenos Aires 1974, 41.
- [72] S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, Madrid 1973, 2560.
- [73] S. FREUD, *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, O. C., II, 1599.
- [74] S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, 2599-2560.
- [75] S. FREUD, *Fetichismo*, O. C., III, 2994.
- [76] Cf. S. RADO y otros, *Homosexualidad en el hombre y en la mujer*, Hormé, Buenos Aires 1967. RADO afirma, por ejemplo: *la bisexualidad no existe en el hombre ni en ningún otro vertebrado superior... Es imperativo suplantarlo el engañoso concepto de bisexualidad*. 17, 27.

- Y BIEBER, uno de los máximos exponentes de esta teoría que gozó de gran prestigio en medios analíticos, extendió la idea de que el homosexual *vive en una preocupación continua y obsesiva por la sexualidad* y de que la homosexualidad es *incompatible con una vida razonablemente feliz*. 117, 126. Estos autores, por otra parte, representan también la tendencia, que tan perjudiciales efectos tuvo en tantos casos, de plantearse como objetivo primero en el trabajo psicoterapéutico la transformación de la homosexualidad en heterosexualidad. *Cada vez es más fuerte la tendencia a orientar a los pacientes hacia la heterosexualidad, en lugar de ayudarlos a «adaptarse» a la homosexualidad*. Afirma también RADO. p.126. En una línea parecida cabe citar los trabajos de R. LINDNER, *La homosexualidad y el escenario social contemporáneo*, en H. RUITENBEEK (ed.), *La homosexualidad en la sociedad moderna*, Ed. Siglo XX, Buenos Aires 1965, 77-109 y STEKEL, W., *Onanismo y homosexualidad. La neurosis homosexual*, Ed. Imán, Buenos Aires 1952, donde se puede encontrar una de las mejores colecciones para la antología del disparate, siendo así que el autor perteneció al primer grupo de analistas del círculo de Freud.
- [77] Cf. M. RUSE, *Ibíd.*, Cap. 10: *Los homosexuales y la sociedad*, 262-293; A. MIRABET I MULLOL, *Ibíd.*: *Historia de un rechazo*, 111-166.
- [78] *Notas sobre la homosexualidad y su ambiente social*, en H. RUITENBEEK (ed.), *La homosexualidad en la sociedad moderna*, Ed. Siglo XX, Buenos Aires 1965, 363.
- [79] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, Nota añadida en 1915, 1178.
- [80] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C. II, 1178.
- [81] C. A. TRIPP, *Ibíd.*, 61.
- [82] Cf. M. HOFFMAN, *L'Univers homosexuel*, Laffont, París 1972, 162.
- [83] S. FREUD, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, 2552. En el mismo sentido se expresa en *Análisis terminable e interminable*, O. C., III, 3358-3359.
- [84] S. FREUD, *Introducción al narcisismo*, O. C., II, 2025.
- [85] *Ibíd.*, 2055.
- [86] O. Fenichel, *Teoría psicoanalítica de la neurosis*, Paidós, Buenos Aires 1973, 451.
- [87] C. A. Tripp, *Ibíd.*, 79-92. A propósito del narcisismo en general cf. J. L. TRECHERA, *¿Qué es el narcisismo?*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1996.
- [88] *Ibíd.*, 44-45.
- [89] S. FREUD, *Introducción al Psicoanálisis*, O. C., II, 2388. La negrita es nuestra.
- [90] Como he analizado en otro lugar, el tema se deja ver de modo particularmente importante en obras como *Tótem y tabú* y en *Moisés y la religión monoteísta*. Cf. *El psicoanálisis freudiano de la religión*, San Pablo, Madrid 1991, 453-454.
- [91] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1210.
- [92] Cf. W. H. MASTERS - V. E. JOHNSON, *Ibíd.*, 210-225.
- [93] S. FREUD, *Introducción al Narcisismo*, O. C., II, 2032.
- [94] *El amor entre adultos parece una experiencia rara en nuestra cultura y habría de ser aún más rara entre homosexuales, porque una persona con el grado de madurez necesario preferiría probablemente una relación heterosexual*. Así se expresa A. KARDINER, *Abandono de la masculinidad*, en H. RUITENBEEK (ed.), *La homosexualidad en la sociedad moderna*, Ed. Siglo XX, Buenos Aires 1965, 75. *El homosexual –afirmó W. STEKEL por su parte– no carece de amor, sólo que todo su amor es amor propio: Onanismo y homosexualidad. La neurosis homosexual*, Ed. Imán, Buenos Aires 1952, 552.
- [95] Cf. sobre todo la obra ya citada de S. RADO. Sobre este enfoque existe una buena revisión en el capítulo titulado *El análisis adaptacional* de la obra, ya citada también, de M. RUSE, *La homosexualidad*, 61-79.
- [96] Mantenemos la distinción realizada por MASTERS y JOHNSON según la cual, el bisexual presenta una orientación preferentemente por uno de los sexos, mientras que el ambisexual se encuentra igualmente a gusto con cada uno de los dos (Cf. *Ibíd.*, 145-146).
- [97] E. BERGLER, *La homosexualidad y la encuesta Kinsey* en A. M. KRICH, *Ibíd.*, 345.
- [98] *La homosexualidad no responde a un instinto sino a un mecanismo de defensa*, es su conclusión.
- [99] Cf. J. CORRAZE, *Ibíd.*, 253.
- [100] Cf. W. H. MASTERS - V. E. JOHNSON, *Ibíd.*, 339.

- [101] Afirma HOCQUENGUEM –siguiendo una línea de pensamiento en la dirección iniciada por DELUZE y GUATTARI y su teoría sobre el Anti-Edipo– que la relación entre la tendencia y el objeto sólo es significativa a partir de la intervención de una ideología social que da forma a la sexualidad según una ley que asigna objetos de un modo exclusivo. *Ibid.*, 77-82.
- [102] Así lo señala acertadamente A. FUARE-OPPENHEIMER (*La elección de sexo*, Akal, Madrid 1986, 138) cuando critica la posición de Stoller al hacer equivalente elección de objeto y elección heterosexual.
- [103] *Introducción al Psicoanálisis*, O. C., II, 2312.
- [104] Cf. S. FREUD, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, O. C., I, 1422.
- [105] J. LAPLANCHE, - J. B. PONTALIS, *Ibid.*, 285-288.
- [106] A. GREEN, A., *El género neutro*, en: OVIDIO y otros, *Bisexualidad y diferencia de sexos*, Ediciones del 80, Buenos Aires 1982, 81-95.
- [107] J. B. PONTALIS, *El inasible a medias*, en: OVIDIO y otros, *Ibid.*, 13-26.
- [108] Sobre toda esta cuestión cf. nuestro estudio *El deseo y sus ambigüedades*, *Sal Terrae* 84/8 (1996) 607-620.
- [109] Nos limitamos a considerar exclusivamente los datos psicológicos. Sobre los de carácter genético versará otro estudio dentro de este mismo volumen. Habría que señalar, sin embargo, que en muchas ocasiones se ha confundido lo que podría ser una variación en los estratos genéticos u hormonales con una enfermedad. Cf. a este respecto las acertadas reflexiones de M. RUSE, *Ibid.*, 146.
- [110] Como afirma G. HOCQUENGUEM, esta relación entre homosexualidad y neurosis *podría sorprender, puesto que todo el psicoanálisis siempre comienza con un sombrero respetuoso al principio freudiano de «la perversión es el negativo de la neurosis»*. *Ibid.*, 89.
- [111] Cf. *L'homoérotisme: nosologie de l'homosexualité masculine*, O. C., II, Payot, Paris 1970, 117-129.
- [112] Cf. nota de 1920 a los *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, 1178-1179.
- [113] Otro asunto diverso es el de la relación que pueda existir entre determinados conflictos psíquicos y la represión o escasa elaboración de los contenidos homosexuales tal como Freud apuntara en relación a la paranoia o a la histeria. Cf. *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia («Dementia paranoides») autobiográficamente descrito*, O. C., II, 2014-2016; *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, O. C., II, 1349-1353. Refiriéndose al carácter obsesivo, Freud señala una relación entre la acentuación del carácter anal y la homosexualidad, pero tal conexión aparece claramente como accidental y no necesaria, pues la refiere sólo a *determinados homosexuales*, (Cf. *El carácter y el erotismo anal*, O. C., II, 1354-1357).
- [114] G. HOCQUENGUEM, *Ibid.*, 89.
- [115] Cf. CH. SÓCRATES, *The overt homosexual*, New York 1968, en especial 35-102; E. BERGLER, *La homosexualidad y las encuestas Kinsey* en KRICH, A. M., *Los homosexuales vistos por sí mismos y por sus médicos*, Madrid 1966, 324-355; G. W. HAMILTON, *Incesto y homosexualidad*, en *Ibid.*, 308-323.
- [116] Todos estos rasgos psicopatológicos son recopilados de entre diversos autores psicoanalíticos por F. GIUNCHED, *La Chisea e l'omosessualità*, La Civiltà Cattolica 130 (1979), 468-478. El artículo de E. JONES, citado por el autor como *Early Development of Female Homosexuality*, (476) se titula realmente *Early Development of Female Sexuality*, *International Journal of Psychoanalysis* (1972) 459-472.
- [117] UN PSIQUIATRA HOMOSEXUAL, *¿Enfermos de la cabeza?*, en F. H. A. R., *Documentos contra la normalidad*, Barcelona 1979, 46.
- [118] E. VAN DEN HAAG, *Ibid.*, 361.
- [119] *Ibid.*
- [120] Los intentos de eliminación de la homosexualidad han dado lugar como sabemos a unas formas refinadas de persecución y tortura. Operación quirúrgica del hipotálamo (preconizada con gran apoyo social por el doctor F. Douglas Roeder en Alemania), electroshocks, drogas o las diversas técnicas defendidas desde la psicología conductual (Cf., por ejemplo, H. J. EYSENCK - G. WILSON, *Psicología del sexo*, Herder, Barcelona 1981, 244-259). Todas ellas partiendo del postulado, más que cuestionable, de una «curación», es decir, *la adopción de una conducta heterosexual exclusiva*.

- [121] Cf. G. LANTÉRI LAURA, G., *Lectures de perversions. Histoire de leur appropriation médicale*, Masson, Paris 1979. Como señala Ch. Delacampagne, en la época de la Ilustración el médico tomó el relevo del sacerdote asumiendo el carácter sagrado que éste antes poseía. Si bien la realidad apareció bajo sospecha y como generadora de males físicos y sobre todo mentales, las nuevas doctrinas de carácter empírico y racional, que vinieron a ocupar su espacio, llegaron a conquistar un estatuto que bien puede ser denominado como sagrado. *Si la religión y la medicina se separan, es porque la religión ha dejado de ser sagrada en el momento en que la medicina, como ciencia de la vida, ha empezado a serlo*. CH. DELACAMPAGNE, *Psiquiatría y opresión*, Destino, Madrid 1978, 34.
- [122] Citado por J. J. McNEILL, *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona 1979, 179.
- [123] G. BONNET, *Une forme méconne du désir: Lumière et Vie XXIX* (1980) 51-65.
- [124] *Ibid.* No resulta extraño encontrar en la literatura psicoanalítica actual la calificación de perversa para caracterizar determinados tipos de homosexualidades. Se deja ver de este modo que la homosexualidad en sí misma no se considera como sinónimo de perversión. La perversión en la homosexualidad se presenta cuando existe en ella un predominio de las dimensiones destructivas de la personalidad. Cf. A. PÉREZ SÁNCHEZ, *Estructura perversa de la personalidad y componentes aditivos*: Revista de Psicoanálisis de Madrid 14 (1996) 35-59.
- [125] G. BONNET, *Ibid.*, 61.
- [126] Cf. E. HOOKER, «La adaptación del homosexual manifiesto», en: H. RUITENBEEK, (ed.), *Ibid.*, 181-204. La prueba fue realizada a 30 homosexuales y 30 heterosexuales con edades comprendidas entre 25 y 50 años, con análogos Coeficiente Intelectual y niveles de educación. Ninguno de ellos estaba o había estado en tratamiento terapéutico. Se les aplicó una batería de test proyectivos (Rorschach, T. A. T. y M. A. P. S.), unas escala de actitudes y una serie de entrevistas intensivas. Los resultados eran analizados por dos jueces diferentes. En 42 de los 60 casos hubo coincidencia total entre ambos jueces. No se encontró modo de distinguir a través del material obtenido entre heterosexuales y homosexuales. Resultados parecidos fueron los que se obtuvieron en otras investigaciones mediante la aplicación de la escala M. M. P. I. Cf. M. SIEGELMAN, *Psychological adjustment of homosexual and heterosexual men: a cross-national replication*: Archives of Sexual Behaviour 7 (1978) 1-11 y *Adjustment of homosexual and heterosexual women: a cross-national replication*: Archives of Sexual Behaviour 8 (1979) 121-125.
- [127] La primera edición del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-I) clasificaba la homosexualidad como una desviación sexual dentro de la categoría general de «alteración sociopática de la personalidad». En el segundo manual (DSM-II), de 1968 se mantenía como desviación, pero bajo el rótulo de «trastornos de la personalidad». En diciembre de 1973 se efectuó el cambio, no sin un ambiente de confrontación. Nuevos datos de orden sociológicos fueron muy determinantes a la hora de promoverse el cambio de consideración. Un grupo de la Asociación, sin embargo, solicitó un referéndum sobre la decisión adoptada por el Comité. Fue la primera vez que la decisión clínica de una condición fue sometida a voto entre los afiliados. La decisión del Comité fue mantenida por el 58% de los psiquiatras. Cf. MEYER, J. K., *Homosexualidad egodistónica*, en KAPLAN, H. I. - SADOCK, B. J., *Tratado de Psiquiatría*, Masson-Salvat, Barcelona 1989 (2ª), Vol. I, 1048-1057.
- [128] Citado por A. MIRABET I MULLOL, *Ibid.*, 260. Cf. R. BAYER, *Homosexuality and American Psychiatry*, Basic Book, New York 1981.
- [129] Cf. C. A. TRIPP, *Ibid.*, 176.
- [130] M. SENGERS, *Ibid.*.
- [131] G. BONNET, *Ibid.*, 52-61.
- [132] Así se desprende del estudio de L. M. MOUKHTAR-BACZAKO, *Homosexuality in the Mirror of Narcissos* presentado en el First Congress On Psychotherapy, Viena 1996. Cf. en este mismo sentido la obra citada de José Luis Trechera *¿Qué es el narcisismo?*, 147-148, así como su estudio en este mismo volumen.
- [133] En la obra citada de M. MIRABET I MULLOL se puede encontrar una abundante información sobre las organizaciones homosexuales y sus funciones históricas en América, Europa y España –con especial atención a Cataluña– 221-461.
- [134] Citado por MIRABET I MULLOL, *Ibid.*, 203. Sobre la problemática de los ghettos cf. también, NICOLAS, J., *La cuestión homosexual*, Fontamara, Barcelona 1978, 45-49.

- [135] Cf. a este respecto J. BOSWELL, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Muchnik Editores, Barcelona 1993 y B. A. WILLIAMS, *Homosexuality and Christianity: A Review Discussion: The Tomist* 46 (1982) 609-625.
- [136] Cf. J. C. VILVERT, *Aux origenes d'une condamnation: l'homosexualité dans la Rome Antique et l'Église des premiers siècles: Lumière et Vie* XXIX (1980) 15-28; P. VANDERMEERSCH, *Passions and Virtues*, en: *Aiming at Happiness. The Moral Teaching in the Catechism of the Catholic Church*, Pharos, Kampen 1996, 93-112.
- [137] Cf. R. LORENZO SANZ - H. ANABITARTE RIVAS: *La homosexualidad persecución, tortura y muerte: Ajoblanco* 48 (1979), 56-61. Los autores ofrecen una buena síntesis de la persecución contra la homosexualidad a la que, sin embargo, hay que hacerle matizaciones, a veces importantes. Se afirma, por ejemplo, que el Concilio de Elvira en su canon 71 excomulga a los homosexuales privándoles incluso de la comunión en la hora de la muerte. Aunque la mayoría de los autores están de acuerdo en que el Concilio de Elvira supone el comienzo de la legislación eclesiástica contra la homosexualidad (Cf. J. J. McNEILL: *The church and the homosexual*, London 1977, 79 y A. KOSNIK y otros: *La sexualidad humana. Nuevas perspectivas del pensamiento católico*, Madrid 1978, 222) no puede afirmarse, sin embargo, que tal condena abarque todas sus formas. El canon dice textualmente «*Stupratoribus puerorum nec in finem dandam esse communionem*» (*Concilios Visigóticos e Hispano-Romanos*, Ed. J. VIVES, Barcelona-Madrid 1963, 14). Se trata exactamente de la corrupción de menores. Más grave es la confusión en la que incurren los autores citados entre dos tipos de legislaciones diversas, una civil y otra eclesiástica. Dicen los autores que *En tiempos del rey Egica (687-701), se dispone que los eclesiásticos acusados de sodomía sean excomulgados se los castre y se los destierra para siempre, recibiendo previamente cien azotes en la espalda*. En realidad se trata de un decreto del Concilio de Toledo XVI referido a los eclesiásticos homosexuales y en él no se incluye la pena de castración y, por otra parte, una disposición de Egica en la *Lex Visigothorum* en la que se incluye tal pena, pero sin referencia a los eclesiásticos (Cf. *Concilios Visigóticos e Hispano-Romanos*, Ib. 500 y *Lex Visigothorum* III, 5, 7. MGH. *Legum sectio I*, I 165). Una documentación bien fundada sobre la persecución de la homosexualidad puede encontrarse en S. BAILEY: *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, New York 1975, así como en A. MIRABET I MULLOL, *Homosexualidad, hoy*, Herder, Barcelona 1985.
- [138] Cf. M. S. WEINBERG - C. J. WILLIAMS, *Homosexuales masculinos*, Fontanella, Barcelona 1977, 444. Cf. también el Documento de la Iglesia Reformada Holandesa de 1979 en MIRABET I MULLOL, *Ibid.*, 475-483. Sobre la actitud de las iglesias en torno a la homosexualidad se ha dicho, probablemente con razón, que es la *cuestión más divisoria que las iglesias de Norteamérica han abordado, o han evitado, después de la esclavitud*: Cf. J. B. NELSON, *Fuentes para una teología del cuerpo: la homosexualidad como pleito de ensayo*, en: *La sexualidad y lo sagrado*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1996, 565.
- [139] Habría que pensar, no obstante, que la posición de la Iglesia Católica en este punto particular no es sino la expresión de una problemática más de fondo que concierne a las relaciones existentes entre la sexualidad y a determinadas representaciones de Dios y a determinados modos de ejercerse la autoridad. Así lo he reflejado en algunos trabajos: *Sexualidad e institución. Reflexión de cara a unha nova moral sexual*: Encrucillada 82 (1993) 115-134 [Traducción castellana y condensación: *Sexualidad e institución. Hacia una nueva moral sexual*: Selecciones de teología 33 (1994) 231-237] y *Sexualidad e institución eclesiástica. Anotaciones psicoanalíticas*, Área 3, 1 (1994) 45-54.
- [140] Cf. K. WALF, *Homosexuality and Catholic canon law*, *Theology Digest* 33 (1986) 309-312; R. NUGENT, *Homosexuality and Magisterial Teaching*: *Theological Quarterly* 53 (1987) 365-378; B. WILLIAMS, *Homosexuality: the new Vatican statement*: *Theological Studies* 48 (1987) 259-277; L. STANTON - D. WORKMAN, *Homosexuality: The Behavioral Sciences and the Church*: *Psychology and Theology* 17 (1989) 213-225.
- [141] *El problema homosexual*, Taurus, Madrid 1976.
- [142] *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona 1979.
- [143] *Homotropía. Inclinación hacia el mismo sexo*, Atenas, Salamanca 1976.
- [144] R. RADFORD RUETHER, *Homofobia, heterosexismo y práctica pastoral*, en: *La sexualidad y lo sagrado*, *Ibid.*, 583-597.

- [145] En este sentido resultan enormemente elocuentes las palabras de una figura como la del famoso criminólogo C. Lombroso en el VI Congreso Internacional de Antropología Criminal celebrado en Turín en 1906. Allí habló del paralelismo entre la homosexualidad y la criminalidad innata: *Homosexuales y criminales natos tienen una etiología análoga, si no idéntica. Ambos descienden de epilépticos, de neurópatas, de padres excéntricos o viejos (...) La edad en que el crimen hace más estragos para unos y para otros es de los 15 a los 25 años (...) Los dos, criminales natos y homosexuales, tienen un núcleo neuropático y morbosos, aunque para los últimos el histerismo sea más frecuente y en los otros la epilepsia, pero a unos y a otros, no obstante, la impulsividad excesiva, la precocidad, la simulación de locura, la imposibilidad de inhibición les da un color esencialmente epiléptico. y en ambos grupos la inclinación criminal o la inversión pueden constituir el equivalente de un ataque epiléptico, apto para reproducirse periódicamente.* Citado por A. MIRABET I MULLOL, *Ibíd.*, 180-181.
- [146] Cf. J. VILADRICH, *Anotaciones al diario de un homosexual comunista*, Mirasierra, Madrid 1977.
- [147] Cf. A. MIRABET I MULLOL, *Ibíd.*, 199-201.
- [148] Cf. a este respecto, M. de FOUCAULT, *Histoire de la sexualité*, Gallimard, París 1976-1984.
- [149] Cf. V. DOMINGO LOREN, *Los homosexuales ante la Ley*, Barcelona 1978.
- [150] Citado por A. MIRABET I MULLOL, *Ibíd.*, 262.
- [151] *Resolution regarding Equality of Rights for Homosexuals*: Documento A3.

Biología del comportamiento sexual humano: Genética y homosexualidad

El conocimiento de la existencia de dos cualidades distintas –*sexos*– en los animales en lo referente a la procreación es tan antiguo como el hombre mismo. Estas cualidades tienen como consecuencia general el apareamiento de dos tipos de individuos diferentes, uno de los cuales –el *sexo femenino*– concibe la descendencia (no es éste el caso de los peces) mientras que el otro actúa como fecundante: es el *sexo masculino*.

El tratamiento del sexo en la especie humana se puede abordar desde diversas perspectivas. Así, se hace referencia al *sexo genético* (constitución cromosómica sexual XX o XY), al *sexo gonadal* (ovario o testículo), al *sexo genital* (útero, vagina, etc. o próstata, escroto, pene, etc.), al *sexo psicológico* u *orientación sexual* (comportamiento heterosexual, homosexual o transexual) o al *sexo social* o de *género* (rol femenino o rol masculino).

Al tratar el comportamiento homosexual se plantea la cuestión de si existe alguna base biológica o genética en el trasfondo de tal conducta. En lenguaje coloquial podría expresarse en términos tales como: ¿el homosexual, nace o se hace? Por otro lado, es claro que la sociedad ha cambiado su actitud frente a la homosexualidad, pasando para unos de «delito» a «pecado» (el «pecado nefando»), de «pecado» a «enfermedad» y de «enfermedad» a «condición», mientras que para otros no es más que un «ejercicio de la libertad» humana, rechazando que haya algún tipo de condicionamiento.

Genética y sexo

Para una mejor comprensión del análisis de los posibles aspectos genéticos del comportamiento homosexual es conveniente hacer referencia previamente a algunas cuestiones generales de la genética del sexo (ver Lacadena, 1988, Cap. XX; 1996, Cap. 12).

Por *determinación* o *determinismo genético* del sexo se entiende el conjunto de la información genética que define el carácter «sexo» de un individuo, mientras que por *diferenciación sexual* se entiende la expresión fenotípica o manifestación de dicha constitución genética.

Determinismo genético

En la especie humana la determinación genética del sexo es de tipo cromosómico (*determinación cromosómica sexual*), en la que el *sexo homogamético* es el femenino (XX) y el *sexo heterogamético* es el masculino (XY). Ambos cromosomas sexuales X e Y tienen una región genéticamente equivalente (*segmento homólogo* o *apareante*) y otra diferente (*segmento diferencial*). No obstante, puede haber personas que tengan una constitución cromosómica sexual anómala; por ejemplo, los varones XXY (*síndrome de Klinefelter*) o XYY (*duplo Y*), o las mujeres XO (*síndrome de Turner*) o XXX (*triplo X*).

Diferenciación sexual

Los trabajos clásicos sobre la Genética del Sexo llevados a cabo en la década de los años veinte condujeron a las *formulaciones* de la teoría básica de la determinación genética del sexo que Hartmann (1939) expresó como *ley de la potencia bisexual*; es decir, la capacidad de cada organismo de desarrollarse en la dirección masculina o femenina, estableciendo que la diferenciación sexual es el resultado de la fuerza relativa

de los *realizadores sexuales* (*F*, tendencia femenina, y *M*, tendencia masculina) y los *factores modificadores externos*. En lenguaje genético moderno, por realizadores sexuales debe entenderse la información genética que determina el sexo y por factores modificadores externos no sólo hay que tener en cuenta cualquier factor ambiental físico o químico externo, sino también y, muy especialmente, los factores internos al propio individuo como son las *hormonas sexuales*. Las hormonas responsables del desarrollo de caracteres sexuales femeninos se llaman *estrógenos*, y *andrógenos* las de los masculinos; cada grupo está compuesto de numerosas hormonas específicas, pero todas ellas son lípidos que pertenecen al grupo de los esteroides.

La primera etapa de la diferenciación consiste en decidir la dirección masculina o femenina que va a tomar un blastema somático común indiferenciado de la gónada embrionaria indiferenciada. Los factores determinantes del sexo masculino inducirán a que se diferencie el blastema en células intersticiales productoras de andrógenos, transformando la gónada indiferenciada en testículo. Por el contrario, los factores determinantes del sexo femenino inducirán a la transformación del blastema en células foliculares productoras de estrógenos, dando lugar al ovario. En definitiva, nos encontramos ante una expresión particular de la *ley de potencia bisexual* de Hartmann mencionada anteriormente.

Normalmente, desde el punto de vista médico, la diferenciación sexual primaria (caracteres sexuales primarios) hace referencia a las glándulas reproductoras (ovarios y testículos) y al conjunto del aparato genital, mientras que la diferenciación sexual secundaria (caracteres sexuales secundarios) hace referencia a caracteres extragenitales que distinguen a los varones de las mujeres (pelvis, sistema locomotor, grasa subcutánea, sistema piloso, laringe, etc.). Sin embargo, desde el punto de vista genético, en la diferenciación sexual se suele distinguir la *diferenciación sexual primaria o gonadal* y la *diferenciación sexual secundaria o extragonadal* que incluye el desarrollo *genital* y la manifestación de los *caracteres sexuales secundarios*, que según las especies pueden presentar un dimorfismo más o menos acusado.

La diferenciación sexual primaria o gonadal

El comienzo de la diferenciación sexual primaria o gonadal en la especie humana es atribuida al gen *SRY* (por *sex-determining region Y*), que está localizado en la región diferencial del cromosoma Y, aunque muy próximo a la región homóloga o apareante. Por esta razón se puede explicar que, si en el proceso meiótico de la gametogénesis de un varón normal XY se produce un pequeño error en el apareamiento de los cromosomas X e Y, se originen gametos de tipo Y que no lleven el gen *SRY* y gametos de tipo X con el gen *SRY*. Por ello se pueden encontrar, aunque con muy baja frecuencia, varones XX y mujeres XY en las poblaciones humanas.

Al plantearse la cuestión de cuándo y dónde se producen los sucesos claves de la diferenciación sexual primaria o gonadal, hay que tener en cuenta que las gónadas de los mamíferos están compuestas por las células germinales (que podrán dar lugar a los gametos) y por tres tipos de células somáticas: las células soporte (*células de Sertoli* en machos, que segregan *hormona antimülleriana*, y *células foliculares o granulosa* en hembras), las células del estroma o intersticiales que darán lugar a las células esteroideogénicas (*células de Leydig*, que segregan *testosterona*, en machos y células tecales en hembras), y células del tejido conectivo. Los datos experimentales parecen indicar que las células germinales no están implicadas en las etapas iniciales de la diferenciación gonadal, sino que el compromiso de la gónada indiferenciada a diferenciarse como masculina (testículo) o femenina (ovario) debe ocurrir en el linaje celular de soporte; es decir, en células pre-Sertoli o en células pre-foliculares,

respectivamente. El primer signo de diferenciación sexual primaria en la gónada masculina se puede identificar con la aparición de las células de Sertoli y su agregación formando los cordones espermáticos que engloban a las células germinales. Esto sucede hacia la 6^a-7^a semana de desarrollo embrionario. Es, por tanto, el principio del dimorfismo sexual gonadal. Sin embargo, el desarrollo del ovario no se produce hasta los tres meses de gestación. (Para una revisión actualizada de la ontogenia de la diferenciación sexual ver Vaticón y Tresguerres, 1996).

El gen *SRY*—el antiguo *TDF*, *factor determinante de testículo*— codifica para la proteína *SRY* que se une al ADN por el surco menor de la doble hélice de una secuencia determinada, doblándola en un ángulo de 85°-130° (como hacen otras proteínas de la familia *HMG*). Una vez establecido el papel regulador del gen *SRY*, la cuestión que se plantea es saber qué gen(es) actuará(n) en cascada de forma inmediata. Teniendo en cuenta que el primer marcador bioquímico que aparece en la diferenciación masculina es la hormona antimülleriana o *MIS* (por *Müllerian inhibiting substance*) y ésta se produce en las células de Sertoli, es lógico pensar que el gen *SRY* puede actuar como regulador del gen *MIS*, que es un gen autosómico; es decir, la proteína *SRY* induce la transcripción del gen *MIS*. Por otro lado, es posible que entre el gen *SRY* y la expresión del gen *MIS* puede haber otros elementos reguladores como el factor esteroideogénico *SF-1*.

La diferenciación sexual secundaria o extragonadal (genital)

En el desarrollo embrionario de los mamíferos, cuando el destino de las gónadas está a punto de ser decidido, los embriones de ambos sexos tienen formados los conductos de Wolff y de Müller que, orientados paralelamente, desembocan en la cloaca. El desarrollo posterior de los conductos de Müller a trompas de Falopio, útero y vagina y del seno urogenital y genitalia externa a vestíbulo vaginal, clítoris y labios menores y mayores es un proceso de desarrollo programado que no necesita inductor. La regresión de los conductos de Wolff también es necesaria. Por el contrario, la presencia de testosterona induce el desarrollo de los conductos de Wolff en epidídimo, conducto deferente, vesículas seminales y conductos eyaculadores, a la vez que el seno urogenital y la genitalia externa se masculiniza transformándose en próstata escroto y pene. La regresión de los conductos de Müller es producida por la *hormona* peptídica *antimülleriana* sintetizada por las células de Sertoli.

Si el proceso de desarrollo es normal, la diferenciación gonadal será acorde con la constitución genética del individuo y la presencia de las hormonas sexuales producidas por las propias gónadas darán lugar a una diferenciación secundaria (genital) congruente con el sexo gonadal. Sin embargo, la constitución genética del individuo puede no ser decisiva para fijar su destino en cuanto al sexo se refiere puesto que, por ejemplo, tejidos genéticamente femeninos (XX) pueden diferenciarse en dirección masculina bajo la acción de andrógenos. De hecho, está bien demostrada experimentalmente la denominada *teoría hormonal de la diferenciación sexual*: «la diferenciación sexual en muchos grupos de organismos animales está mediatizada por sustancias químicas biológicamente potentes: las hormonas sexuales».

La era moderna en los estudios de la diferenciación fisiológica del sexo nació prácticamente con los estudios de Lillie (1917) y Keller y Tandier (1917), que condujeron al conocimiento del mecanismo del *freemartin*, nombre con que se conoce a las terneras sexualmente anormales gemelas de un ternero normal: los genitales externos *del freemartin* son femeninos así como la presencia de mamas, pero internamente las regiones genitales son de ambos sexos y las gónadas tienen estructura histológica de ovotestes con cantidades variables de material testicular, siendo estériles. Se ha

comprobado que para que se dé el *freemartin* es necesario que las placentas de los gemelos se unan en anastomosis vascular. Los autores citados postularon que el *freemartin* era un intersexo que resultaba de la acción de las hormonas sexuales secretadas por su hermano gemelo macho y que llegaban a la ternera a través de la anastomosis vascular placentaria.

Como consecuencia del fenómeno del *freemartin* se intensificaron los estudios sobre la diferenciación sexual, destacando las líneas de trabajo sobre injerto de gónadas o tejido gonádico en embriones de aves, injertos parabióticos en anfibios, empleo de hormonas puras como agentes diferenciadores del sexo y sobre *diferenciación sexual* en ausencia de hormonas, cuyo conjunto constituye la ya mencionada teoría hormonal de la diferenciación sexual en los vertebrados.

En los mamíferos existen pruebas que demuestran claramente que los testículos fetales producen hormonas que inducen el desarrollo de estructuras embrionarias masculinas. Así, Jost (1947) observó que al castrar embriones machos de conejos se desarrollaban como hembras. Si estos embriones hembras eran tratados con testosterona, se restauraban parcialmente el conducto de Wolff, la próstata y los genitales externos. En cambio, embriones hembras castrados originaban individuos adultos con las características esenciales femeninas, con la única diferencia de que los conductos de Müller eran algo menores de lo normal. Puesto que el desarrollo de los conductos de Müller no requiere la presencia de ningún inductor, puede aceptarse que todos los productos génicos implicados en el desarrollo de tales conductos son producidos de una manera constante; en cambio, los conductos de Wolff se desarrollan en presencia de un inductor (la testosterona) y regresan en su ausencia. Por tanto, desde el punto de vista de los mecanismos genéticos de regulación se puede decir que los conductos de Wolff y los de Müller son, respectivamente, *órganos inducidos y no inducidos*. En otras palabras, se podría decir que el programa básico de desarrollo es femenino, siendo la presencia de la testosterona la que produce el cambio de la diferenciación genital hacia el lado masculino. Investigaciones sobre la mutación *feminización testicular* en el ratón indican que el alelo normal de dicho locus situado sobre el cromosoma X controla el destino de los conductos de Wolff y, por tanto, la manifestación del fenotipo masculino. En resumen, la regulación del proceso de diferenciación sexual secundaria podría esquematizarse de la siguiente manera:

Desde el punto de vista cronológico pueden señalarse las siguientes etapas:

1. El sexo genético XX o XY queda establecido en el momento de la fecundación.
2. Hacia la 6^a-7^a semana el blastema indiferenciado inicia su desarrollo hacia ovario o hacia testículo, quedando establecido el sexo gonadal.
3. Hacia la 7^a semana el seno urogenital se transforma en órganos reproductores externos. Así, el tubérculo genital se transforma en pene o en clítoris, la fisura urogenital en conducto uretral o en labios menores y el rodete genital en escroto o en labios mayores, respectivamente, en embriones masculinos o femeninos.
4. Durante la 8^a y 9^a semana los conductos de Wolff o de Müller se transforman en los genitales internos: Epidídimo, conducto deferente, vesícula seminal y canal eyaculador o trompas de Fallopio, útero y vagina en embriones masculinos y femeninos, respectivamente. Queda así diferenciado el sexo genital.

En la especie humana se han descrito diversas anomalías en la diferenciación sexual, como por ejemplo:

- ? *Síndrome de feminización testicular*: Varones con constitución cromosómica normal XY que tienen apariencia externa femenina (vagina ciega, útero infantil, ginecomastia acusada) y testículos ocultos, localizados bajo los labios mayores, en los canales inguinales o en el interior del abdomen. Este síndrome fue descrito por Botella y Nogales en 1958.
- ? *Síndrome de ductos müllerianos persistentes*: Varones XY, testículos, criptorquidia, genitales externos masculinos, genitales internos masculinos y femeninos.
- ? *Síndrome 5-alfa reductasa*: Varones XY, testículos, genitales externos femeninos porque la testosterona no se transforma en dihidrotestosterona, que se encarga de la masculinización de los genitales externos. En la pubertad se produce una masculinización.
- ? *Síndrome adrenogenital o hiperplasia suprarrenal congénita*: Mujeres XX, ovarios, la corteza suprarrenal produce grandes cantidades de testosterona por deficiencia de la 21 hidroxilasa, masculinización de genitales externos.

Comportamiento homosexual

Concepto genético de desarrollo

El desarrollo puede definirse (ver Lacadena, 1988, Cap. XIX) como un proceso regulado de crecimiento y diferenciación resultante de la interacción núcleo-citoplásmica, del ambiente celular interno del individuo y del medio externo, mediante el cual se produce la formación del individuo adulto a partir de una célula inicial única: el cigoto. Cuando se produce la fecundación de los gametos se origina el cigoto que reúne, desde el mismo instante de su formación, la información genética necesaria para programar la formación del nuevo ser, de manera que, de no mediar alteraciones de cualquier tipo que interfieran con el proceso, a partir del momento en que empieza a funcionar el primer gen en dicha célula la programación genética conducirá inexorablemente a la formación del individuo adulto. Por tanto, el desarrollo constituye una secuencia programada de cambios fenotípicos (apariencia externa) controlados espacial y temporalmente que constituyen el ciclo vital del organismo. La Genética del Desarrollo trata de estudiar los procesos genéticos que controlan el paso de cigoto a adulto.

Podría definirse a cualquier *organismo o individuo* como *aquello que exige su ADN que sea*. Aunque a primera vista puede parecer esta definición excesivamente determinista, en realidad no lo es si se tiene en cuenta la definición de desarrollo antes indicada, ya que el desenvolvimiento o realización progresiva del programa genético contenido en el cigoto puede estar mediatizado por factores ambientales en mayor o menor medida, según sean los organismos, los caracteres y el tiempo de acción de que se trate.

Del concepto genético de desarrollo antes enunciado se deducen dos consecuencias importantes: la primera referente a la posibilidad de que se produzcan mutaciones genéticas (génicas y/o cromosómicas) que afecten al desarrollo normal de los individuos (*mutaciones deletéreas*), llegando incluso a producir su muerte (*mutaciones letales*). La segunda consecuencia se refiere a la posible influencia ambiental que pueda interferir en la realización del programa genético (genotipo) contenido en el cigoto. A este respecto hay que tener en cuenta los fenómenos de *penetración* (frecuencia o proporción con que un gen dominante o recesivo manifiesta el fenotipo que corresponde al genotipo de los individuos) y *expresividad* (fuerza con que se manifiesta un gen penetrante) de los genes, así como la existencia de *fenocopias* (modificaciones fenotípicas no hereditarias producidas por condiciones ambientales que producen un fenotipo atribuible a un

determinado gen) debidas a la acción ambiental durante la *fase sensitiva* o *fenocrítica* del desarrollo; es decir, cuando el gen se expresa. Por factores ambientales se entiende tanto los factores físicos o químicos como los culturales, cuando se trata de caracteres de comportamiento. En el gráfico adjunto se esquematizan estas ideas:

Dentro del proceso total cabe distinguir los siguientes fenómenos o componentes del desarrollo:

- ? el *crecimiento y proliferación celular*, aumento en masa del organismo.
- ? la *diferenciación celular* o *citodiferenciación*, fenómeno por el cual células que tienen un origen común y son, por tanto, genéticamente idénticas divergen en su estructura y/o función, dando lugar a líneas celulares morfológica y/o fisiológicamente diferentes. La citodiferenciación puede producirse por cambios cromosómicos o, más frecuentemente, por una activación génica diferencial.
- ? la *histogénesis*, como resultado de la agregación de células diferenciadas para constituir un tejido con función especializada.
- ? la *organogénesis*, como consecuencia de la asociación de tejidos.
- ? la *morfogénesis*, conjunto de procesos a través de los cuales los embriones cambian de forma porque grupos de células cambian sus posiciones relativas en el espacio (*movimientos morfogenéticos*). La morfogénesis da lugar a la forma final del individuo adulto, estableciendo un patrón específico de tejidos y órganos que implica relaciones definidas de unos con otros.
- ? el *comportamiento*, puede considerarse como la última expresión multidimensional del desarrollo: del gen unidimensional se pasa a las hojas blastodérmicas bidimensionales y al organismo tridimensional que tiene un comportamiento multidimensional.

Genética y comportamiento

El comportamiento puede considerarse como una expresión del desarrollo, quizás la más difícil de analizar pero no por eso fuera del alcance de un control genético. La definición más simple –y quizás por eso la más universal– de *comportamiento* es la de considerarlo como *cualquier reacción a cualquier estímulo*, incluyendo desde las formas más simples de conducta –como los tropismos y las taxias– a las más complejas, como son los reflejos, los instintos, el aprendizaje y la inteligencia. Dentro de la escala evolutiva de los seres vivos, el comportamiento se manifiesta a unos u otros niveles; en el caso humano las acciones razonadas predominan frente a las instintivas y reflejas (Pinillos, 1969; ver Lacadena, 1988, Cap. XXI; 1992). Así, podemos decir que:

- ? los *tropismos* son formas muy elementales de conducta originadas por una fuente exterior de energía que consisten en reacciones de giro u orientación de las plantas y otros organismos vivos;
- ? las *taxias* son reacciones de orientación y locomoción que se producen de forma necesaria en ciertos organismos libres al ser estimulados por una fuente exterior de energía (por ejemplo, fototaxia, termotaxia, quimiotaxia, geotaxia, etc.). Estas formas de comportamiento predominan en los invertebrados inferiores, tendiendo a desaparecer en los vertebrados superiores;
- ? los *reflejos* son reacciones adaptativas muy elementales más flexibles que las taxias. Aparecen en los metazoos, si bien disminuye su presencia en los invertebrados superiores y en los vertebrados;

- ? los *instintos* son patrones complejos de comportamiento o conducta no adquiridos de gran valor adaptativo que son esencialmente iguales para todos los individuos de una especie. Los instintos, que aparecen ya muy débilmente en los metazoos inferiores, dominan el comportamiento de los insectos y –aunque en menor proporción– de los peces, reptiles y aves. Sin embargo, ya en los mamíferos inferiores su importancia decrece para ser sustituidos por otros niveles superiores de comportamiento;
- ? el *aprendizaje*, o capacidad de mejorar con la experiencia propia los patrones de comportamiento, está íntimamente relacionado con el desarrollo del sistema nervioso. Los reflejos condicionados y los aprendizajes perceptivos se desarrollan ya considerablemente en las aves, mamíferos inferiores y primates, si bien algunas especies inferiores también son capaces de aprender con la experiencia;
- ? en cuanto a la *inteligencia*, puede decirse que la resolución de problemas elementales por parte de los mamíferos es una indicación de que estos animales poseen cierta comprensión de relaciones; es decir, que, en alguna manera, piensan.

En cuanto se refiere al *comportamiento humano*, es conveniente recordar que dentro del proceso evolutivo de los homínidos se produjo la aparición de la inteligencia gracias a una serie de cambios anatómicos genéticamente determinados que favorecieron el desarrollo progresivo del cerebro (proceso de cerebralización), de manera que, a partir de un cierto momento, el cerebro del homínido fue capaz de ejercer la actividad intelectual, pudiendo aprehender el medio que le rodeaba, no sólo ya como un mero estímulo, sino como una realidad producto de su propia reflexión. El homínido alcanza el punto crítico de su hominización cuando, al verter hacia el propio individuo esa capacidad de reflexión, surge la conciencia de sí mismo. Por eso, en el comportamiento humano predominan las acciones razonadas frente a las instintivas y reflejas.

En el presente contexto es interesante señalar que la evolución ha dotado a la especie humana de una singularidad que la diferencia de cualquier otra especie animal ya que el ser humano está genéticamente capacitado para ser *sujeto culto* (capaz de utilizar el lenguaje simbólico), *sujeto ético* (capaz de anticipar acontecimientos y hacer juicios de valor, distinguir el bien del mal y optar libremente) y *sujeto religioso* (abierto a la trascendencia al interrogarse sobre su propio origen y destino; el sentido de la vida).

La inteligencia humana permite el razonamiento abstracto, la categorización y el razonamiento lógico. Utilizando el lenguaje simbólico, el hombre es capaz de proyectar, crear lo proyectado y transmitir a los demás lo que por su cuenta hizo (P. Laín). El hombre ha sido capaz de crear el arte, la literatura, la ciencia y la tecnología.

Al considerar al hombre como sujeto ético hay que tener en cuenta que una cosa es el sentido moral y otra las normas o códigos morales. Las condiciones para que se dé el sentido moral son: tener la capacidad de anticipar las consecuencias de las acciones propias, tener capacidad de hacer juicios de valor y tener libre albedrío. El sentido moral es consecuencia de la evolución biológica, pero los códigos morales no; sin embargo, las normas morales pueden tener consecuencias biológicas. Se podría poner como ejemplo extremo una hipotética prohibición de tener hijos. Otras veces ocurre lo contrario; por ejemplo, dar la vida por alguien con quien no se comparten genes no tiene valor biológico.

Tratando de sistematizar el estudio genético del comportamiento humano sería conveniente dividir éste en:

- ? la *percepción de los sentidos*, analizando las causas genéticas que determinan anomalías en los órganos receptores o efectores o en el sistema conductor intermediario. Así, por ejemplo, podrían citarse la ceguera para el color (daltonismo), la sordera, la insensibilidad para ciertos sabores, la lateralidad, etc.;

- ? la *estructura de la personalidad*, entendida como el conjunto integrado de los rasgos del temperamento (base genética) y el carácter (comportamiento adquirido), incluyendo asimismo su relación con los tipos somáticos. Definiendo el *biotipo* de un individuo como el conjunto de sus características morfológicas, fisiológicas y psicológicas, no cabe duda la importancia que en ciertos aspectos pueda tener el componente genético;
- ? la *inteligencia*, cuyo análisis genético es sumamente complejo debido, por un lado, a la dificultad de medirla directa y objetivamente cuantificándola mediante valores de cociente de inteligencia (CI) y, por otro lado, a la importante influencia ambiental;
- ? las *anomalías genéticas* de la razón, teniendo en cuenta tres grupos distintos de situaciones según que la alteración implique *deficiencia o retraso mental*, *sicopatías con inteligencia normal* (por ejemplo, la esquizofrenia o la psicosis maniaco depresiva) o *demencia senil* (por ejemplo, la enfermedad de Alzheimer).

La *Genética del Comportamiento* estudia el control genético de las acciones de los organismos, entendiendo como acción cualquier respuesta a cualquier estímulo, tal como se definía antes el comportamiento.

El análisis genético del comportamiento presenta ciertas dificultades que provienen principalmente de tres fuentes:

- ? la *ambigüedad* con que se establece en ocasiones el propio concepto del comportamiento a estudiar: mal podremos analizar genéticamente algo sin saber a ciencia cierta de qué se trata. Por ejemplo, ¿qué es la inteligencia? ¿qué es la homosexualidad?
- ? la *distancia entre el fenotipo (pauta de comportamiento) y el genotipo* que lo determina, pues entre ambos media un complejo camino fisiológico que recorrer, ya que la acción génica primaria puede afectar a los órganos sensoriales (*receptores*), cambiando la información recibida; sistema intermediario nervioso o endocrino (*conductores*), alterando las capacidades de coordinación y percepción; y a los órganos *efectores* musculares o glandulares, modificando la respuesta.
- ? la *influencia del ambiente* en la manifestación del comportamiento. En el caso del comportamiento humano, qué duda cabe que el ambiente sociocultural puede tener una gran influencia en caracteres que afecten a la personalidad, la inteligencia y ciertas anomalías de la razón.

Desde el punto de vista metodológico, el comportamiento se puede analizar en dos direcciones contrarias: partiendo de genotipos mutantes tratar de estudiar las posibles variaciones del patrón de conducta (*método genotípico*) o bien, a partir de la variabilidad fenotípica observada, analizar su posible base genética (*método fenotípico*).

Substrato biológico: La sexualización del cerebro

Decía Gregorio Marañón que «el cerebro es el órgano sexual más importante del ser humano». En su obra «La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales». Marañón (1930, Cap. XIII) se refiere a la homosexualidad como una «anomalía del instinto», considerando que se trata de «un verdadero estado intersexual, por lo tanto con la peculiaridad de que el trastorno funcional es mucho más intenso que el anatómico»; además acepta el papel de las hormonas: «las hormonas no lo son todo, pero sí mucho».

La cuestión general que se puede plantear es si existe un *sexo cerebral* —es decir, una *sexualización del cerebro*— y, en el supuesto de que hubiera algún tipo de diferencia en

la organización del cerebro de varones y mujeres, si existe alguna diferencia entre heterosexuales y homosexuales dentro de cada sexo.

El papel de las hormonas sexuales en la sexualización del cerebro[1]

Investigaciones realizadas durante las décadas de los años setenta y ochenta por el grupo dirigido por el Dr. Günter Dörner, les permitió alcanzar las siguientes conclusiones sobre la organización sexual del cerebro en mamíferos de laboratorio y en la especie humana (Dörner, 1980, 1988):

1. En el cerebro hay regiones diferentes responsables para el comportamiento sexual masculino o femenino.
2. Alteraciones en los niveles de hormonas sexuales específicas de sexo producidas en periodos críticos del desarrollo dan lugar a cambios estructurales y/o bioquímicos permanentes. Tales cambios son asociados con variaciones a largo plazo en el comportamiento y orientación sexual. Así, el desarrollo de la bisexualidad o la homosexualidad puede ser producido por una deficiencia de andrógenos en los machos y un exceso de andrógenos en las hembras durante el periodo de organización sexual del cerebro. Por ejemplo, la castración de machos de rata nada más nacer y la posterior implantación de testículos o administración de andrógenos en el estado adulto producía un comportamiento homosexual. Por el contrario, el tratamiento de ratas hembras con andrógenos antes del nacimiento originaba una ulterior conducta homosexual.
3. La inyección de estrógeno produce un efecto positivo de retroalimentación en varones homosexuales, pero no en heterosexuales. Este hecho puede ser interpretado como si el cerebro de los homosexuales tuviera, al menos parcialmente, una cierta diferenciación femenina.
4. El estrés prenatal puede influir en un comportamiento homosexual en el estado adulto.
5. La deficiencia en la enzima 21-hidroxilasa puede representar una predisposición genética a la homosexualidad femenina y al transexualismo hembra-a-varón como consecuencia de un exceso de andrógeno de origen adrenal en el periodo pre- y postnatal de las hembras.
6. La deficiencia de 21-hidroxilasa inhibe la producción de andrógenos de origen testicular en los fetos masculinos, dando lugar a una feminización del cerebro que se manifestará posteriormente en un comportamiento sexual femenino.
7. En transexuales varón-a-mujer se han encontrado niveles muy altos de sulfato de deshidroepiandrosterona en comparación con los varones normales.
8. Los efectos de las hormonas sexuales sobre el desarrollo del cerebro están mediatizados, al menos en parte, por los neurotransmisores. Tales neurotransmisores son organizadores del cerebro dependientes tanto de los genes como del ambiente.
9. En cualquier caso, los efectos de los genes, las hormonas sexuales y el ambiente psicosocial sobre la diferenciación, maduración y función sexual del cerebro no pueden considerarse como alternativas, sino más bien como factores complementarios.
10. Los periodos críticos de diferenciación específica de sexo correspondientes a los llamados «centros sexuales», «centros de apareamiento» y «centros de rol de género» del cerebro no son completamente coincidentes, pero sí solapantes. Las hormonas sexuales son responsables, al menos parcialmente, de la organización de la secreción de gonadotropinas específicas de sexo, de la orientación sexual y del rol de género:

- a. Los «centros de sexo», que controlan la secreción de gonadotropinas de tipo femenino o masculino, son organizados exclusivamente por estrógenos que derivan principalmente de andrógenos sintetizados en el propio cerebro.
 - b. Los «centros de apareamiento», que controlan la orientación sexual, son organizados por la acción conjunta de estrógenos y andrógenos que pueden o no ser convertidos a estrógenos.
 - c. Los «centros de rol de género», que controlan el comportamiento sexual femenino o masculino, están organizados exclusivamente por andrógenos.
11. La diferenciación sexual del cerebro no depende sólo de los niveles de hormonas sexuales presentes, sino también de la proporción en que se encuentran. Ello explica las posibles combinaciones que pueden darse de presencia o ausencia de secreciones de gonadotropinas, orientación sexual y comportamiento sexual.
12. La etapa final en el proceso de diferenciación sexual del ser humano consiste en adquirir la *identidad de género*; es decir, tener el autoconcepto de ser varón o hembra. Este autoconcepto depende, por un lado, de la diferenciación somática y psíquica controlada por hormonas sexuales durante el periodo prenatal, y, por otro lado, de las influencias psicosociales postnatales.

A pesar de todo lo expuesto anteriormente, es obligado señalar que algunos autores rechazan como concluyentes las investigaciones realizadas sobre el posible papel de las hormonas sexuales en la sexualización del cerebro (ver Byne, 1994; Byne y Parsons, 1993; Lewontin y col., 1987). Por ejemplo, la reacción más fuerte de retroalimentación positiva a la inyección de estrógenos de los varones homosexuales frente a la de los heterosexuales, aunque ha sido ratificada por varios grupos de investigación fue refutada por otros. Además, algunos consideran que el mecanismo de retroalimentación positiva no es un rasgo dimórfico sexual en los primates. Por tanto, si el fenómeno es incapaz de discriminar entre varones y mujeres, no tiene sentido decir que está feminizado en los varones homosexuales (Byne, 1994).

Si se aceptara la hipótesis de «feminización» de la respuesta de retroalimentación positiva (sucesión de acontecimientos que produce el aumento brusco de hormonal luteinizante en la sangre), ello significaría –como corolario– que tales respuestas deberían estar «masculinizadas» en las mujeres lesbianas. Sin embargo, parece ser que es muy mayoritaria la proporción de lesbianas que tienen normal su ciclo menstrual; incluso es creciente el número de madres que se declaran homosexuales (Byne, 1994).

Aunque ya se ha señalado en un apartado anterior la importancia de las hormonas en la diferenciación sexual, sin embargo, algunos autores (Lewontin y col./ 1987) no aceptan la denominación de hormonas «masculinas» o «femeninas» –andrógenos y estrógenos, respectivamente– ya que ambos sexos secretan los dos tipos de hormonas; lo que varía es la proporción con que se encuentran en cada sexo. Las gonadotropinas, que son hormonas producidas por la glándula pituitaria del cerebro, regulan la descarga de las hormonas producidas por el ovario o el testículo y luego son transportadas a otras partes del cuerpo por el torrente circulatorio. No obstante, es importante señalar que ambas clases de hormonas se producen no sólo en el ovario o el testículo, sino también en la corteza de la glándula suprarrenal, tanto en varones como en mujeres. Además, ambas clases de hormonas son lípidos que pertenecen al grupo de los esteroides y pueden transformarse unos en otros por acción de determinadas enzimas presentes en el organismo y, por tanto, genéticamente determinadas. Por ejemplo, la progesterona –que es una hormona típicamente «femenina» porque afecta al desarrollo del útero, la vagina y las mamas y está íntimamente relacionada con el proceso del embarazo y el ciclo menstrual– está presente también en los varones, incluso a niveles semejantes a los que se encuentra en las mujeres en la fase de preovulación del ciclo menstrual. Además, la

progesterona puede ser un precursor químico de la testosterona, hormona típicamente «masculina». Por estas y otras razones, Lewontin y colaboradores (1987) reaccionaron – podría decirse que visceralmente– contra cualquier intento de sexualizar el cerebro.

Dimorfismo sexual en la organización del cerebro[2]

Las investigaciones de las posibles raíces biológicas de la orientación sexual en humanos se agrupan en dos clases distintas: unas de tipo genético (que serán analizadas en el apartado siguiente) y otras de tipo físico en las que se trata de encontrar diferencias neuroanatómicas entre los cerebros del varón y de la mujer.

En los primeros estudios realizados, la comparación de los cerebros masculinos y femeninos no permitía apreciar diferencias anatómicas entre ellos a excepción del tamaño, acorde con el mayor tamaño del cuerpo del varón. Por ello adquirió una significación especial el descubrimiento hecho en 1978 por Roger A. Gorski y colaboradores: un grupo de células situadas en la región preóptica del hipotálamo del cerebro de ratas macho formaba un conjunto de mucho mayor tamaño (hasta 7 veces) que en el cerebro de ratas hembra. A dicho grupo de células del área preóptica que mostraba dimorfismo sexual lo denominaron *núcleo con dimorfismo sexual del área preóptica* (SDN-POA). Es importante indicar que desde hacía tiempo se venía relacionando el área preóptica del cerebro con el comportamiento sexual. Posteriormente se comprobó que la diferencia de tamaños del SDN-POA se debía a la distinta exposición a los andrógenos en las primeras etapas del desarrollo. Más tarde se demostró que además del SDN-POA, hay otros núcleos en el hipotálamo de diversas especies de roedores que muestran dimorfismo sexual (ver Byne, 1994).

También es importante señalar el papel de los andrógenos en la generación del dimorfismo sexual durante el desarrollo. Las neuronas presentes en el grupo de células que forman los núcleos tienen gran cantidad de receptores de hormonas sexuales, tanto andrógenos como estrógenos. Aunque el número inicial de neuronas en el área preóptica medial es similar en ratas hembra, la secreción de testosterona por los testículos de feto macho poco antes del parto estabiliza la población neuronal del núcleo, mientras que la ausencia de testosterona en los fetos hembra produce la muerte de muchas neuronas con la correspondiente disminución de tamaño. Hay que señalar además que las neuronas de la región preóptica son sensibles a los andrógenos solamente en los días anteriores y posteriores al nacimiento.

Como era de esperar, a partir de los mencionados descubrimientos se trató de comprobar si en la especie humana también había núcleos hipotalámicos con dimorfismo sexual. Así, se estudiaron los denominados *núcleos intersticiales del hipotálamo anterior* (INAH-1, INAH-2, INAH-3, INAH-4) en cerebros de varón y de mujer, obteniéndose los siguientes resultados:

	Núcleo de mayor tamaño en varones que en mujeres			
Autores	INAH-1	INAH-2	INAH-3	INAH-4
SwaabyFliers(1985)	sí	–	–	–
Alien y col. (1989)	no	sí	sí	no
LeVay (1991)	no	no	sí	no
Byne(1995)	no	no	sí	no

A la vista de los resultados anteriormente expuestos, parece que el tercer núcleo intersticial del hipotálamo anterior (INAH-3) es el que muestra un dimorfismo más claro. El trabajo del grupo de Gorski (Allen y col., 1989) fue fundamental porque

demostraba que el tamaño del INAH-3 de la región preóptica medial del hipotálamo de los varones triplica al de las mujeres. Este dato llevó a Simón LeVay a comparar el tamaño del INAH-3 en cerebros de varones heterosexuales (LeVay, 1991, 1993; LeVay y Hamer, 1994), llegando a la conclusión de que el tamaño del INAH-3 de 16 varones presumiblemente heterosexuales duplicaba con creces el de 6 mujeres (sin orientación sexual declarada) y el de 19 varones homosexuales. No había diferencia entre los tamaños del INAH-3 de las mujeres y de los varones homosexuales.

Los resultados obtenidos por LeVay parecen concluyentes; no obstante, se les ha sometido a un análisis crítico muy fuerte habida cuenta de las repercusiones que se pueden derivar de su trabajo. Una de las críticas que se hacen (Byne, 1994) se refieren a que el estudio se había realizado en autopsias de varones homosexuales que habían muerto a causa del SIDA y ello podía haber afectado al tamaño de los núcleos hipotalámicos estudiados. Sin embargo, LeVay había comprobado que el volumen de los INAH-3 de varones heterosexuales muertos por SIDA que habían sido utilizados en la muestra no difería del de los varones heterosexuales fallecidos por causas distintas al SIDA. Incluso, en un estudio adicional, LeVay comparó en una «prueba ciega» el INAH-3 de un varón homosexual no fallecido por SIDA con los de otros varones heterosexuales de edad parecida, volviendo a encontrar que el volumen del INAH-3 de aquél era menos de la mitad que el de éstos (LeVay y Hamer, 1994). Se podría concluir, por tanto, que la enfermedad no había influido –al menos de forma importante– en el tamaño de los INAH-3 de los varones homosexuales utilizados en el trabajo principal.

¿Cómo interpretar la correlación observada entre la orientación sexual y el tamaño de los INAH-3? LeVay señala tres posibilidades (LeVay, 1991; LeVay y Hamer, 1994):

1. Las diferencias estructurales de los cerebros están presentes desde el nacimiento o, incluso, antes, contribuyendo así a establecer la orientación sexual del varón;
2. Las diferencias se producen en la madurez del individuo como consecuencia de su comportamiento sexual;
3. Aunque no existe una relación causal entre el tamaño de los INAH-3 y la orientación sexual, pueden estar ambos relacionados con una tercera variable; por ejemplo, algún suceso ocurrido durante el desarrollo perinatal.

De las tres posibilidades, la segunda parece ser bastante improbable porque datos obtenidos en rata demuestran que los núcleos dimórficos sexuales del área preóptica, que responden con cierta plasticidad a los andrógenos durante las primeras fases de desarrollo cerebral, sin embargo, no suelen cambiar en etapas posteriores.

Aunque LeVay se inclina por la primera posibilidad (relación causa-efecto), sin embargo, admite que cualquier conclusión en este aspecto es todavía especulativa ya que la respuesta de cada cerebro a los andrógenos supone unos procesos moleculares complejos que implican la interacción de receptores y una serie de proteínas desconocidas codificadas por unos genes aún no identificados (LeVay y Hamer, 1994).

Aunque también la *comisura anterior* (Alien y Gorski, 1992) y el *núcleo supraquiasmático* (Swaab y Hofman, 1990) muestran dimorfismo sexual, sin embargo no está del todo clara su relación con casos de homosexualidad. Para una revisión actualizada del dimorfismo estructural del cerebro ver Vaticón y Alvarez (1996).

En el contexto del dimorfismo sexual anatómico del cerebro hay que mencionar también el caso de la *transexualidad o disforia de género*. Las personas transexuales varón-a-mujer o mujer-a-varón no aceptan su sexo biológico, teniendo el fuerte convencimiento de haber nacido con el sexo equivocado. En los casos de transexualismo puro, la anatomía y los perfiles endocrinos de la persona están en conflicto con su sentido de género. Un varón transexual se siente mujer y, recíprocamente, una mujer transexual se siente varón.

La primera –y quizás, única hasta ahora– evidencia de una correlación entre la anatomía cerebral y la transexualidad fue descrita en 1995 por Zhou y colaboradores. Estos investigadores ratificaron, en primer lugar, que el tamaño del *núcleo del lecho de la estría terminal* (BST) del hipotálamo –que corresponde a un área del cerebro implicada también en el comportamiento sexual– es mayor en varones que en mujeres, tal como habían descrito Alien y Gorski (1990); en segundo lugar, estudiaron el hipotálamo de seis transexuales varones (varón-a-mujer), encontrando que el tamaño de los BST era equivalente al de las mujeres. Por otro lado, no había diferencias entre varones heterosexuales y homosexuales.

Finalmente, hay que señalar que hasta ahora las investigaciones realizadas sobre la posible influencia genética, las gónadas, la genitalia y los niveles hormonales de los transexuales no han dado resultado alguno que pueda explicar su condición (Zhou y col., 1995).

Genética y homosexualidad

La conducta sexual, como otros muchos caracteres de comportamiento, es el resultado de la interacción de factores de tipo genético, biológico, vivencial y sociocultural. Como se indicaba en un apartado anterior, una de las dificultades del análisis genético del comportamiento se encuentra en poder discriminar entre el efecto de los genes y la influencia ambiental de cualquier tipo.

Los estudios llevados a cabo para determinar la posible influencia genética del comportamiento homosexual se han realizado mediante planteamientos diferentes: el análisis de gemelos y familias o el análisis de ligamiento con marcadores moleculares en el ADN.

Estudio de gemelos

Para el análisis genético de caracteres de comportamiento y, en general, de todos aquellos que no sean considerados como congénitos sino como condicionales (propensión o susceptibilidad a tal o cual enfermedad si se producen determinadas circunstancias) o que estén sujetos a una posible influencia ambiental, resulta de enorme interés la utilización de gemelos (ver Lacadena, 1988, Cap. XXI).

Los gemelos pueden ser de dos tipos: *dicigóticos* (DZ) o *fraternales y monocigóticos* (MZ) o *identicales*. Los primeros están producidos por una fecundación doble (dos espermatozoides fecundan a otros tantos óvulos o al óvulo y a un cuerpo polar), mientras que los segundos se originan por segmentación de un embrión único. Estos últimos constituyen la única posibilidad real (en términos probabilísticos) de que haya dos personas genéticamente idénticas; en cambio, los gemelos dicigóticos no tienen por qué parecerse entre sí más que otros dos hermanos cualesquiera, con la única diferencia –que puede ser importante para el estudio de algunos caracteres– de haber compartido un ambiente prenatal intrauterino común.

Cuando se trata de analizar el componente genético de un carácter cualitativo que se puede clasificar como *todo o nada* (presencia o ausencia de una enfermedad o de una actividad de comportamiento, por ejemplo, la homosexualidad), se establece la comparación de los porcentajes de *concordancia o discordancia* observados entre pares de gemelos monocigóticos (CMZ) y dicigóticos (CDZ). Así, Holzinger (1929) propuso la utilización del valor $H = \frac{CMZ - CDZ}{100 - CDZ}$, cuyos límites oscilan entre 0 y 1. Si CMZ y CDZ son iguales querría decir que el componente genético no influye en el carácter en cuestión ($H=0$), mientras que $H=1$ cuando $CMZ=100$ (independientemente del valor de CDZ), lo cual podría interpretarse como que hay un elevado componente

genético ya que el carácter se manifiesta de igual manera en todas las parejas de gemelos monocigóticos estudiados.

Si se tratara de caracteres cuantitativos, en los que a cada individuo se le puede asignar un valor numérico (por ejemplo, su cociente intelectual, CI, si el carácter en estudio fuera la inteligencia), entonces la fórmula de Holzinger quedaría transformada en otra similar donde el valor de H vendría dado por la expresión: $H = r_M - r_D / 1 - r_M$, donde r_M y r_D son los coeficientes de correlación en las parejas de gemelos monocigóticos y dicigóticos, respectivamente.

Otro parámetro utilizable en el caso de caracteres cuantitativos es: $H = V_D - V_M / V_D$, donde V_D y V_M representan las medias de los cuadrados de las diferencias entre los miembros de cada par de gemelos dicigóticos y monocigóticos, respectivamente. Si $V_D = V_M$ se debería interpretar como que el valor del componente genético es muy pequeño ($H=0$), mientras que si $H=1$ (es decir, $V_M=0$) implicaría la ausencia de influencia ambiental al presentar cada componente de las parejas de gemelos monocigóticos el mismo valor fenotípico (Vandenberg, 1966).

El caso de la homosexualidad se consideraría como un carácter cualitativo puesto que se es o no se es homosexual. En los primeros estudios realizados se daban valores muy llamativos. Por ejemplo, Kallman (1952 a y b) obtuvo los siguientes resultados:

	Número de parejas	Concordancia (severidad 5-6)*	Concordancia (severidad 1-4)*	Discordancia	
MZ	44	31	13	0	CMZ=100%
DZ	51	2	11	38	CDZ=25%

* Grado de homosexualidad según la escala de Kinsey (Kinsey y col. 1948)

Otros autores daban también valores similares: CMZ=100% y CDZ=12% (Heston y Shields, 1968; Shields y Slater, 1968), lo cual permitiría inferir la existencia de un fuerte componente genético. A nadie se le escapa el sesgo que puede introducirse en los resultados debido a la influencia o dependencia mutua que puede darse sobre todo en las parejas monocigóticas. Por ello sería conveniente incluir en los estudios de gemelos parejas que se hubieran criado separadas, a ser posible en lugares y en familias muy diferentes; así como incluir también estudios de adopción. Por estos y otros motivos, la realidad es que los primeros estudios realizados con gemelos han sido muy cuestionados, dándoseles por ello poco crédito (para una crítica sobre la utilización de gemelos en estudios de caracteres de comportamiento ver Lewontin y col., 1987). Sin embargo, las investigaciones modernas parecen más fiables.

Los estudios modernos sobre homosexualidad utilizando gemelos se iniciaron en esta última década, tanto en varones (Pillard y Weinrich, 1986; Bailey y Pillard, 1991) como en mujeres (Bailey y Benishay, 1993; Bailey y col., 1993). En su estudio con varones homosexuales, Bailey y Pillard (1991) analizaron 56 parejas de gemelos monocigóticos, 54 parejas de gemelos dicigóticos, 57 hermanos adoptados (genéticamente no emparentados) y 142 hermanos normales (genéticamente emparentados). Las concordancias obtenidas –es decir, las probabilidades de que siendo homosexual un varón su hermano gemelo monocigótico, dicigótico, adoptado o normal sea también homosexual– fueron del 52%, 22%, 11% y 9%, respectivamente. Por otro lado, la probabilidad de homosexualidad masculina en la población general se estima entre el 1% y el 5%.

Por su parte, LeVay y Hamer (1994) resumían de la siguiente manera el conjunto de resultados de las investigaciones con gemelos realizadas por diferentes autores:

1. Reuniendo los datos referentes a varones se encuentra que en el caso de gemelos monocigóticos homosexuales la probabilidad de que sus otros hermanos gemelos sean también homosexuales es del 57%, mientras que en el caso de gemelos dicigóticos homosexuales es del 24%, y del 13-14%; la probabilidad de que sea también homosexual un hermano no gemelo de un varón homosexual;
2. Los datos referentes a la homosexualidad en mujeres indican que los porcentajes de hermanas lesbianas son de un 50% para el caso de gemelas monocigóticas homosexuales, de un 16% para el de gemelas dicigóticas y del 13% la probabilidad de que también sea lesbiana una hermana no gemela de una mujer homosexual;
3. En conjunto, la *heredabilidad*[3] del carácter «orientación sexual» resulta ser de un 53% (con un rango de variación del 31% al 74%) en varones y de un 52% (27-76%) en mujeres.

Estudios genealógicos

Es bien sabido que los caracteres que están influidos por los genes tienden a manifestarse en los miembros de una familia. En el caso de la homosexualidad, el hecho constatado de que los varones homosexuales tengan normalmente más hermanos gays que hermanas lesbianas y que, por el contrario, las mujeres homosexuales tengan más hermanas lesbianas que hermanos gays, parece indicar que los factores responsables de la concentración familiar del carácter homosexualidad deben ser diferentes en varones que en mujeres.

En 1993, Dean H. Hamer y colaboradores estudiaron las genealogías de 114 varones homosexuales, obteniendo los siguientes resultados:

Parentesco	Homosexual /total	Porcentaje
Probandos al azar* (n=76)		
Padre	0/76	0
Hijo	0/6	0
Hermano	14/104	13.5
Tío materno	7/96	7.3
Tío paterno	2/119	1.7
Primo materno, hijo de tía	4/52	7.7
Primo materno, hijo de tío	2/51	3.9
Primo paterno, hijo de tía	3/84	3.6
Primo paterno, hijo de tío	3/56	5.4
Probandos hermanos de homosexuales** (n=38)		
Tío materno	6/58	10.3
Tío paterno	1 /66	1.5
Primo materno, hijo de tía	8/62	12.9
Primo materno, hijo de tío	0/43	0
Primo paterno, hijo de tía	0/69	0
Primo paterno, hijo de tío	5/93	5.4

*Probandos homosexuales elegidos sin tener conocimiento previo alguno sobre la historia familiar de orientación sexual.

**Probandos homosexuales seleccionados por tener un hermano homosexual y no haber indicación alguna de transmisión de padres a hijos (es decir, ni el padre ni los posibles hijos del probando eran homosexuales) y no tener más de una pariente lesbiana.

Es importante señalar, en primer lugar, que la clasificación de las personas como homosexuales se hizo atendiendo a las condiciones más restrictivas (clases 5 y 6) de la

escala de Kinsey (Kinsey y col., 1948), lo cual supone una garantía para el estudio realizado. En segundo lugar, también se hizo una estimación de la frecuencia de varones homosexuales en la población, que resultó ser de un 2% (14 de 717). Valor inferior al 4-5% que normalmente se estima para la homosexualidad masculina en las poblaciones, pero que es explicable si se tiene en cuenta la clasificación más estricta de varón homosexual utilizada (clases 5 y 6 de Kinsey).

De los datos presentados en la tabla anterior se obtienen las siguientes conclusiones:

1. Los hermanos de los 76 probandos homosexuales tienen una probabilidad del 13.5% de ser también homosexuales; es decir, 6.7 veces mayor que la tasa (2%) de homosexualidad de la población;
2. Entre los parientes más alejados, solamente los tíos maternos (7.3% y 10.3%) y los primos maternos, hijos de tías (7.7% y 12.9%) presentan probabilidades más altas de ser homosexuales con diferencias estadísticas significativas respecto al 2% de la tasa de homosexualidad de la población;
3. Las elevadas tasas de homosexualidad encontradas en los parientes por vía materna sugieren que pueda tratarse de una herencia genética ligada al cromosoma X.

Análisis de ligamiento con marcadores moleculares del cromosoma X

Ante la evidencia de que los varones homosexuales tiene más parientes masculinos también homosexuales en la rama materna de la familia, Hamer y colaboradores (1993) se plantearon hacer un análisis de ligamiento del cromosoma X en varones homosexuales (ver también LeVay y Hamer, 1994). Si el cromosoma X contiene un gen que aumenta la probabilidad de que un varón (XY) sea homosexual, entonces los varones homosexuales que estuvieran genéticamente relacionados deberían compartir marcadores en el cromosoma X que estuvieran localizados en una posición próxima a dicho gen. Por el contrario, si tal gen no existiera, no se podría encontrar correlación alguna estadísticamente significativa entre la orientación sexual de la homosexualidad y los marcadores del cromosoma X.

Hamer y colaboradores utilizaron 22 marcadores moleculares del cromosoma X (consistentes en secuencias cortas repetidas en tándem un número variable de veces) y los estudiaron en 40 pares de hermanos ambos homosexuales y pertenecientes a familias que no mostraban indicios de transmisión no materna. Ellos demostraron que había cinco marcadores pertenecientes a la región Xq28 (región subtelomérica del brazo largo del cromosoma X) que en 33 de los 40 pares de hermanos analizados segregaban conjuntamente con la orientación homosexual, mientras que los 17 marcadores restantes mostraban total falta de ligamiento con el comportamiento homosexual. El análisis genético realizado indicaba un nivel de significación estadístico de más del 99% de que al menos un tipo de comportamiento homosexual masculino está genéticamente influido. Por otro lado, la presencia de 7 pares de hermanos homosexuales en los que no se daba el ligamiento entre los marcadores de la región Xq28 y la orientación sexual podría explicarse por la homocigosidad de las madres respectivas, por la posible recombinación entre el marcador y el locus del gen responsable del comportamiento homosexual, por la heterogeneidad genética o por causas no genéticas que producen variación en la orientación sexual. De cualquier manera, la probabilidad de que se diera por azar ligamiento en 33 pares de hermanos homosexuales y no se diera en 7 pares es de 1 cada 200; sin embargo, en un grupo control de 314 parejas heterosexuales los marcadores Xq28 se distribuían al azar.

¿Qué interpretación se puede dar a los resultados obtenidos? Hay que resaltar la prudencia con que Hamer interpreta sus propios datos (Hamer y col., 1993; LeVay y Hamer, 1994):

1. En primer lugar, plantea la repetibilidad del experimento para ratificar posibles conclusiones;
2. En segundo lugar, la región Xq28 está constituida por unos cuatro millones de pares de bases; es decir, podría contener varios cientos de genes. De hecho, en el mapa mórbido del cromosoma X se han descrito ya una veintena de genes (ver, por ejemplo, Abrisqueta, 1995). Por ello insiste en que todavía no puede decirse –como difundían los medios de comunicación– que ya se haya aislado el «gen gay»;
3. De los datos experimentales no se puede deducir aún la importancia cuantitativa de la información genética contenida en la región Xq28 en la manifestación de la orientación sexual de los varones. Queda por clarificar por qué había 7 parejas de hermanos en los que no se demostraba el ligamiento entre su homosexualidad y los marcadores de la región Xq28, ya sea por haber recibido genes distintos o por estar condicionados por factores no genéticos fisiológicos o socioculturales;
4. Para el conjunto de los varones homosexuales, la mayoría de los cuales no tiene hermanos homosexuales, la influencia de la información contenida en Xq28 es mucho menos evidente;
5. En cualquier caso, el papel de los genes en la orientación sexual puede ser más de predisponer que de determinar.

Respecto a cómo puede influir en la orientación sexual la región Xq28, el grupo de Hamer (Macke y col., 1993) demostró experimentalmente que no se trataba de un gen que codificara para el receptor de andrógenos, esencial para la masculinización del cerebro. Otra posibilidad sería que, de alguna manera, el supuesto gen de la región Xq28 influyera en el desarrollo de aquellas estructuras neuroanatómicas del cerebro que muestran dimorfismo sexual, como es el caso del tercer núcleo intersticial del hipotálamo anterior (INAH-3), que se ha descrito en un apartado anterior.

En noviembre de 1995, el grupo de Hamer (Hu y col., 1995) publicó el resultado de otra investigación realizada con el triple objetivo de ratificar la hipótesis del ligamiento entre la región Xq28 y la homosexualidad masculina, analizar la segregación de la región Xq28 en los hermanos heterosexuales de varones homosexuales y, por último, determinar si la región Xq28 está correlacionada con la orientación sexual de las mujeres. Para ello estudiaron 33 familias en las que había dos hermanos homosexuales y 36 familias con dos hermanas lesbianas. Los resultados obtenidos demostraron el ligamiento entre los marcadores Xq28 y la orientación sexual en las familias de varones homosexuales, pero no en las familias de mujeres homosexuales; es decir, la región Xq28 contiene una información genética que influye en la variación individual en la orientación sexual de los varones, pero no de las mujeres.

Sociobiología de la homosexualidad humana

¿Puede darse alguna interpretación sociobiológica a la homosexualidad en la especie humana? El comportamiento homosexual ha sido permitido y aprobado en muchas culturas diferentes; por ejemplo, se pueden citar las sociedades antiguas ateniense, persa o islámica, la del Imperio Romano, las culturas helenísticas del Medio Oriente, el Imperio Otomano, el Japón feudal, etc. En la civilización occidental moderna, no se pueden ocultar los datos obtenidos por Kinsey y colaboradores en los Estados Unidos de América (Kinsey y col., 1948) quienes encontraron que un 2% de las mujeres y un 4% de los varones eran exclusivamente homosexuales y hasta un 13% de los varones habían sido predominantemente homosexuales durante, al menos, tres años de sus vidas.

Ante esta situación, el sociobiólogo E. O. Wilson (1978) planteó la posibilidad de que la homosexualidad entre dentro de la normalidad en un sentido biológico, considerando que el comportamiento homosexual haya tenido efectos beneficiosos y haya

evoluciona como un elemento importante en la organización social primitiva humana. Argumenta también Wilson que el comportamiento homosexual es común en muchas especies animales, desde insectos a mamíferos, encontrando su más completa expresión como alternativa a la heterosexualidad en la mayoría de los primates inteligentes, incluyendo los macacos, papiones y chimpancés.

Como señalan Toro y Castro (1996), desde un punto de vista evolutivo, parece lógico pensar que los individuos homosexuales deberían tener menos descendencia que los heterosexuales y, por tanto, si hubiera genes que influyen en la orientación homosexual de sus portadores tendrían que haber sido eliminados por la selección natural. Por consiguiente, habría que buscar una explicación evolutiva a la posible presencia en las poblaciones humanas de genes que predisponen o condicionan a la homosexualidad. Un estudio evolutivo de la conducta homosexual en cualquier especie implicaría una triple aproximación al problema:

1. Demostrar que hay variabilidad genética para el carácter, puesto que si no la hubiera no tendría sentido hacer estudio evolutivo alguno;
2. Analizar la relación entre el comportamiento homosexual y la eficacia biológica[4] de los individuos y, así, poder comprobar si la homosexualidad es consecuencia de una estrategia reproductiva que, en conjunto, es más eficaz que otras estrategias en las que no hay comportamiento homosexual, y
3. Elaborar diferentes hipótesis sobre los posibles mecanismos implicados en la evolución del comportamiento homosexual, que sean experimentalmente contrastables a fin de poder elegir una de ellas.

En cuanto al primer punto, parece plausible aceptar la variabilidad genética a la vista de los resultados experimentales expuestos en el apartado anterior.

Respecto a la eficacia biológica de los individuos con comportamiento homosexual, parecería lógico admitir que, al menos en muchos casos, tales personas tienen menos descendencia que los heterosexuales. ¿Cómo se podrían mantener, entonces, los genes de homosexualidad en las poblaciones humanas? Una posibilidad sería que hubiera una «selección a favor de heterocigotos» (Hutchinson, 1959); otra posibilidad podría ser que se diera una «selección familiar» (Trivers, 1974; Ruse, 1981, 1989). Este segundo caso podría ser imaginado en una sociedad humana primitiva en la que los individuos homosexuales, al no tener hijos propios, podrían ayudar a alimentar y «sacar adelante» a los hijos de sus parientes, de manera que se compensara el menor número de descendientes de los homosexuales con el aumento de probabilidad de supervivencia de sus sobrinos, primos, etc. De esta manera podría asegurarse la supervivencia de los genes que predisponen o condicionan la homosexualidad. Esta argumentación, que podría tener cierta lógica en las primitivas sociedades humanas cazadoras y recolectoras, posiblemente no sería aplicable a las sociedades modernas.

El estudio de las posibles bases biológicas y genéticas de la homosexualidad humana ha producido en la comunidad científica y en la sociedad tanto reacciones positivas como negativas de rechazo. En cualquier caso, no pueden ser tomadas con fivolidad ni se debe hablar de «cerebros gay» o de «genes gay» en términos despectivos.

Desde el punto de vista científico, dos conclusiones parecen importantes: una, que los genes pueden predisponer más que determinar la conducta homosexual (LeVay y Hamer, 1994); otra, que aun cuando los rasgos genéticos y neuroanatómicos parecieran estar correlacionados con la orientación sexual, la relación causal no está ni mucho menos conocida (Byne, 1994).

Se indicaba al principio del presente estudio que en la sociedad se había producido un cambio en cuanto a la consideración de la homosexualidad como delito o pecado y después como enfermedad o condición. Por ello, decía Dörner (1991) que se deberían

aceptar la bisexualidad y la homosexualidad como variantes sexuales naturales, debiendo producirse, por tanto, su descriminalización, su despatologización y su desdiscriminización.

Referencias bibliográficas

- ABRISQUETA, J. A., 1995, «Mapa físico-patológico de los cromosomas humanos», *An. Real Acad. Farmacia*, 61:309-338.
- ALLEN, L. S. - GORSKI, R. A., 1990, «Sex difference in the bed nucleus of the stria terminalis of the human brain», *J. Comp. Neurol.*, 302:697-706.
- , 1992, «Sexual orientation and the size of the anterior commissure in the human brain», *Proc. Nat. Acad. Sci.*, 89:7199-7202.
- BAILEY, J. M. - BENISHAY, D. S., 1993, «Familial aggregation of female sexual orientation», *Am. J. Psychiatry*, 150:272-277.
- BAILEY, J. M. - PILLARD, R. C., 1991, «A genetic study of male sexual orientation», *Arch. Gen. Psychiatry*, 48:1089-1096.
- BAILEY, J. M. - PILLARD, R. C. - NEALE, M. C. - AGYEI, Y., 1993, «Heritable factors influence sexual orientation in women», *Arch. Gen. Psychiatry*, 50:217-223.
- BYNE, W., 1994, «¿Una determinación biológica?», *Investigación y Ciencia*, 214:13-19.
- , 1995. Citado por S. LeVay en la *Semana Marañón'95*, Madrid, sobre *La evolución de la sexualidad y los estados Intersexuales* (pendiente de publicación).
- BYNE, W. - PARSONS, B., 1993, «Human sexual orientation: The biologic theories reappraised», *Arch. Gen. Psychiatry*, 50:228-239.
- DÖRNER, G., 1980, «Sexual differentiation of the brain», *Vitamins and Hormones*, 38:325-381.
- , 1988, «Neuroendocrine response to estrogens and brain differentiation in heterosexuals, homosexuals, and transsexuals», *Arch. Sex. Behav.*, 17:57-76.
- , 1991, «Gene –and environment– dependent neuroendocrine etiology of homosexuality and transsexualism», *Ponencia, Curso de Verano de la Universidad Complutense sobre «Estados intersexuales»*, El Escorial, Madrid, 1991.
- HAMER, D. H. - HU, S. - MAGNUSON, V. L. - HU, N. - PATTATUCCI, A. M. L., 1993, «A linkage between DNA markers on the X chromosome and male sexual orientation», *Science*, 261:321-327.
- HARTMANN, M., 1939, «Geschlecht und Geschlechtsbestimmung im Tier und Pflanzenreich», *Walter de Gruyter, Berlin* (existe una traducción al castellano: «El sexo y su determinación en animales y vegetales», UTEHA, México 1961).
- HESTON, L. L. - SHIELDS, J., 1968, «Homosexuality in twins», *Arch. Gen. Psychiatry*, 18:149-160.
- HOLZINGER, K. J., 1929, «The relative effect of nature and nurture influences on twin differences», *J. Educat. Psychol.*, 20:241-248.
- HU, S. - PATTATUCCI, A. M. L. - PATTERSON, C. - LI, L. - FULKER, D. W. - CHERNY, S. S. - KRUGLYAK, L. - HAMER, D. H., 1995, «Linkage between sexual orientation and chromosome Xq28 in males but not in females», *Nature Genetics*, 11:248-256.
- HUTCHINSON, G. E., 1959, «A speculative consideration of certain possible forms of sexual selection in man», *Am. Nat.*, 93:81-91.

- JOST, A., 1947, «Recherches sur la differentiation sexuelle de l'embryon de lapin. III. Role des gonades foetales dans la differentiation sexuelle somatique», *Arch. Anat. Microscop. Morphol. Expti.*, 36:271-315.
- KALLMAN, F. J., 1952a, «Comparative twin study on the genetic aspects of male homosexuality», *J. Nerv. Mental Disease*, 115:283-298.
- , 1952b, «Twin and sibship study of overt male homosexuality», *Am. J. Hum. Genet.*, 4:136-146.
- KELLER, K. - TANDLER, J., 1917, «Über das Verhalten der Eihäute bei Zwillingsträchtigkeit des Rindes» *Wien. tierarztl. Mschr.*, 3:513-527.
- KING, M. C., 1993, «Sexual orientation and the X», *Nature* 364:288-289.
- KINSEY, A. C - POMEROY, W. B. - MARTIN, C. E., 1948, *Sexual behavior in the human male*, Saunders, Philadelphia.
- LACADENA, J. R., 1996, *Citogenética*, Editorial Complutense, Madrid, 9-931.
- , 1988, *Genética*, (4^a ed.) AGESA, Madrid, XXXII+1549.
- , 1992, «Aspectos genéticos de la deficiencia mental», en *La deficiencia mental. Aspectos médicos, humanos, legales y éticos*, (ed. J. GAFO), *Dilemas éticos de la medicina actual-6*, Publ. Univ. Pontif. Comillas, Madrid, pp. 13-62.
- LEVAY, S., 1991, «A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men», *Science*, 253:1034-1037.
- , 1993, *The sexual brain*, MIT Press, pp. 168 (traducido al castellano: *El cerebro sexual*, Alianza Editorial, Madrid, 1995).
- LEVAY, S. - HAMER, D. H., 1994, «Bases biológicas de la homosexualidad humana», *Investigación y Ciencia*, 214:6-12.
- LEWONTIN, R. C. - ROSE, S. - KAMIN, L. J., 1987, *No está en los genes. Racismo, Genética e Ideología*, Editorial Crítica, Barcelona, 357.
- LILLIE, F. R., 1917, «The freemartin: A study of the action of sex hormones in the foetal of cattle», *J. Exp. Zool.*, 23:371-422.
- MACKE, J. R. - HU, N. - HU, S. - BAILEY, J. M. - VAN KING, L. - BROWN, T. R. - HAMER, D. H. - NATHANS, J., 1993, «Sequence variation in the androgen receptor gene is not a common determinant of male sexual orientation» *Am. J. Hum. Genet.*, 53:844-852.
- MARAÑÓN, G., 1930, *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, (2^a ed.). Javier Morata Editor, Madrid.
- PILLARD, R. C. - WEINRICH, J. D., 1986, «Evidence of familiar nature of male homosexuality», *Arch. Gen. Psychiatry*, 43:808-812.
- PINILLOS, J. L., 1969, *La mente humana*, Biblioteca Básica Salvat de Libros RTV, 179.
- RUSE, M., 1981, «Are there gay genes?», *Homosexuality*, 6:5-34.
- , 1989, *La homosexualidad*, Ediciones Cátedra.
- SHIELDS, J. - SLATER, E., 1968, «Heredity and psychological abnormality», *Handbook of abnormal Psychology* (ed. H. H. EYSENCK), Pitma.
- SWAAB, D. E - FLIERS, E., 1985, «A sexually dimorphic nucleus in the human brain», *Science*, 228:1112-1115.
- SWAAB, D. F. - HOFMAN, M. A., 1990, «An enlarged suprachiasmatic nucleus in homosexual men», *Brain Res.*, 537:141-148.
- TORO, M. A. - Castro, L., 1996, «Sociobiología del comportamiento homosexual». Ponencia presentada en la XIII Universitat d'Estiu, *El debat sociobiologic*, Gandía (Valencia), 9-13 Septiembre 1996.
- TRIVERS, R. L., 1974, «Parent-offspring conflict», *Am. Zool.*, 14:249-264.

- VANDENBERG, S. G., 1966, «Contributions of twin research to psychology», *Psychol. Bull.*, 66:327-352.
- VATICON, M. D. - ALVAREZ, B., 1996, «Diferenciación sexual del cerebro», *Varones y Mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género*, (coord. J. FERNÁNDEZ), Ediciones Pirámide, Madrid, pp. 89-109.
- VATICON, M. D. - TRESGUERRES, J. A. F., 1996, «Ontogenia de la diferenciación sexual», *Varones y Mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género*, (coord. J. FERNÁNDEZ), Ediciones Pirámide, Madrid, pp. 63-87.
- WILSON, E. O., 1978, *On human nature*, Harvard University Press, Massachusetts, XII+260 s.
- ZHOU, J. N. - HOFMAN, M. A. - Gooren, L. J. G. - SWAAB, D. F., 1995, «A sex difference in the human brain and its relation to transsexuality» *Nature*, 378:68-70.

[1] Basado en la ponencia del Dr. Günter Dörner en el Curso de Verano de la Universidad Complutense sobre «Estados intersexuales», El Escorial (Madrid), 1991.

[2] Basado en LeVay (1991), LeVay y Hamer (1994), Byne (1994). Ver también Vaticón y Alvarez (1996).

[3] No debe confundirse lo que significa que un *carácter es heredable* (es decir, que tiene una base genética) con la heredabilidad (h^2) de un carácter en una población, que es la proporción de variación fenotípica (V_P) que es atribuible a la variación genética (V_G). Es decir, $h^2 = V_G/V_P = V_G/(V_G + V_E)$, siendo V_G la variación debida al ambiente.

[4] La *eficacia biológica* (también llamada *valor selectivo*, *valor adaptativo* o *fitness*) de un individuo se define como la proporción relativa de descendientes con que contribuye a la generación siguiente.

Homosexualidad e intimidad

La intimidad en la vida del adulto

Parece que, en conjunto –y con variantes de ritmo según las culturas y épocas históricas–, es hacia el final de la adolescencia cuando el individuo ha consolidado los fundamentos de su personalidad, en base a una revisión de los mensajes y valores recibidos de las figuras parentales y la sociedad. En esta revisión adolescente –en la que se incluyen exploraciones y ensayos de roles, muchas veces contradictorios– el individuo filtra todo ese bagaje de aportaciones externas e integra en forma peculiar y única, distinta en cada persona, parte de dicho bagaje con sus propias experiencias y opciones, constituyendo así los cimientos de su identidad.

Una vez lograda esa estructura básica de personalidad, en la cual va incluida la identificación en cuanto a preferencia sexual –heterosexual en la mayoría de los casos, homosexual en algunos– el énfasis evolutivo se dirige en buena medida hacia la vinculación afectiva intensa con otra u otras personas, o, dicho en términos ericksonianos: superada positivamente la tarea del adolescente consistente en el logro de una identidad, empieza la tarea del joven consistente en el logro de intimidad. La intimidad se convierte, en el conjunto de la evolución, en un puente que permite enlazar la identidad fruto de la adolescencia con la generatividad de la edad adulta. Un puente consistente en la experiencia interna del amor que se apoya en la fidelidad a sí mismo y se prolongará en el cuidado de otros. Nos recuerda Erickson que las fuerzas para ser fiel o cuidar, surgen tras un conflicto entre tendencias internas opuestas:

«En nuestra opinión, estos conceptos [*esperanza, fidelidad y cuidado*] se cuentan entre las fuerzas psicosociales que emergen de las luchas entre las tendencias sintónicas y las distónicas en tres estadios cruciales de la vida: la esperanza, de la antítesis de **confianza básica versus desconfianza básica** en la infancia; la fidelidad, de la antítesis de **identidad versus confusión de identidad** en la adolescencia; y el cuidado, de **generatividad versus autoabsorción** en la adultez» (Erickson, 1982/1985, p. 69).

En el esquema ericksoniano, el amor, como fuerza psicosocial, emerge de la lucha entre la intimidad y el aislamiento. En este sentido, el amor surge de la evolución de la propia fidelidad hacia la intimidad y se vuelca en la transitividad del cuidado.

En un desarrollo positivo de esa evolución, el sentido de identidad de la adolescencia se logrará mediante la diferenciación entre lo esperado por los otros acerca de uno mismo y la elección propia hecha desde la sumisión (autolimitación de la libertad), la rebeldía (autolimitación de la armonía) o desde una postura de discriminación y elección desde la libertad posible, ni omnipotente ni conformista. Dicha postura incluirá seguramente una dosis de paso por la soledad, de distanciamiento del entorno para realizar esta tarea de repliegue evaluación y selección de opciones, y frecuentemente habrá de soportar alguna dosis de hostilidad o rechazo tanto por parte del grupo familiar, que presiona hacia el conformismo como por parte del grupo adolescente que presiona hacia rebelión. Ese paso por la soledad aparece, pues, como un tramo imprescindible para llegar a la creación de una identidad con la suficiente solidez como para no confundirse en ese encuentro intenso y profundo con el otro que es la intimidad. Y sólo partiendo de esa identidad previa –que va enraizando a lo largo del proceso evolutivo– podrá conseguirse una relación de intimidad que merezca llamarse así.

No obstante ¡qué costoso puede llegar a ser el logro de esa intimidad! Cuando la persona que acude a psicoterapia confiesa sus sufrimientos más profundos, podemos decir que el logro de la intimidad ocupa un lugar claramente preponderante en la mayoría de los casos, de modo que –independientemente de la modalidad de diagnóstico– podemos hablar de que buena parte de los que acuden a solicitar la ayuda profesional del psicoterapeuta sufren la enfermedad de la soledad (no lograr una relación de intimidad) o la del aislamiento (no estar receptivos y activos respecto al amor). Por otra parte esa intimidad se expresa en la edad adulta, en la mayoría de los casos, en el deseo de vinculación permanente a una persona con la cual compartir el camino de la vida y con la cual mantener lo que se puede llamar «una relación privilegiada», en el sentido de que el cuidado de esa relación de «compañeros existenciales» tiene preferencia sobre el cuidado de otras relaciones, en caso de conflicto o incompatibilidad entre ambas.

Aún en los casos más felices en que se ha logrado esa vinculación íntima, sea a través de una relación de pareja, sea a través de relaciones de amistad profundas, no se puede dar por acabada la tarea: la evolución continúa y la dialéctica soledad-intimidad sigue vigente. Como señala Lepp:

«La mayoría de las decepciones que el hombre experimenta en las relaciones con que se liga a otros tras haber atravesado la experiencia de la soledad, provienen precisamente de que se ha creído no sólo superar sino destruir la soledad. Al perder contacto con esa fuente de enriquecimiento, que es la soledad, el hombre agota rápidamente lo que en ella había abrevado, y entonces poco a poco sus relaciones con los demás se transforman en vínculos objetivos, periféricos, en los que pronto nada habrá de lo que constituye una auténtica comunión interpersonal. El resultado es la recaída en un desamparo nuevo, en la soledad estéril, que es la suerte común del hombre moderno» (Lepp, 1964, pp. 19ss.).

Es así como el logro y mantenimiento de la intimidad se convierte en uno de los grandes retos para las personas a partir de la adultez. Un reto difícil, porque en cada proceso evolutivo personal se han dado situaciones que inciden negativamente en el logro de las «tareas» de las etapas anteriores sobre las que se apoyan éstas, y porque en la sociedad que nos ha tocado vivir, el amor parece ser muchas veces un bien escaso por el que hay que competir, y factores como el desasosiego por lograrlo y la falta de autoestima agravan las dificultades naturales del proceso.

En el ámbito de la psicoterapia, justamente por lo que tiene de confidencial, se pone de relieve la importancia que tiene de cara al equilibrio interno esa meta del logro de intimidad. Más de una vez, diferentes personas han respondido, al preguntárseles que cuándo sospechaban que acabarían su proceso terapéutico, aproximadamente esto: «cuando haya logrado una pareja estable y de la que confío que tiene buen futuro». Ello alude, por un lado, a las enormes expectativas que en el logro de una pareja se depositan, la mayoría de las veces muy por encima de las ventajas que puede reportar la vinculación de pareja. Mas, por otro lado, esas afirmaciones esconden, junto con expectativas engañosas, una parte de verdad, cual es el carácter curativo y enriquecedor de una relación afectiva relevante y persistente.

Y si hablamos de dificultades generalizadas en su consecución, podemos decir que en el caso de la homosexualidad (como colectivo, dejando a salvo, naturalmente, las diferencias individuales) esas dificultades se multiplican. Es por ello por lo que vale la pena plantearse qué clase de dificultades son éstas y cómo podemos ayudar a superarlas

en la medida que nuestra tarea como profesionales o nuestra situación como personas nos lo requieran.

Es más: como recuerda Gorbeña (1994), a partir de las conclusiones de los estudios longitudinales realizados por Grant con estudiantes de la Universidad de Harvard en 1942, en las que se les pasaron a éstos unos cuestionarios que se repetían cada año o cada dos años, se demostró que los que tenían capacidad de intimidad a los treinta años, a los cincuenta tenían un ajuste psicosocial superior a los que no la tenían. Estos estudios, ampliados en 1982 con una muestra de todo el territorio de Estados Unidos, con iguales resultados, pudieron mostrar que la capacidad para la intimidad es un buen predictor de la salud mental futura y de la sensación subjetiva de salud. Y ante ello no podemos contemplar el hecho de la capacidad y el logro de intimidad como algo simplemente agradable y deseable: se convierte también en una preocupación terapéutica *stricto sensu*.

¿Qué es la intimidad?

Antes de seguir, nos hemos de detener un momento en aclarar qué es lo que vamos a entender por intimidad a lo largo de este trabajo.

Carl Rogers la había definido brevemente (en una entrevista realizada en Barcelona, en abril de 1982) diciendo que «intimidad es compartir el poder y los sentimientos».

Eric Berne (1964, 1979) la entiende como un tipo de relación en el que se da esa especie de mezcla de autenticidad, afecto, sensibilidad e ingenuidad y apertura al presente que se da en la infancia, antes de que el niño se corrompa, y en la que dos personas mutuamente dan y reciben sin ningún tipo de manipulación o explotación. Desde el modelo analítico-transaccional se viene considerando la intimidad como una de las siete formas de estructuración del tiempo. Se caracteriza la intimidad –frente a las otras formas como el aislamiento, los pasatiempos, la actividad, los rituales o las secuencias estructuradas en forma manipulativa (los llamados «juegos psicológicos») o el juego lúdico– porque en ella el factor de riesgo, la posibilidad de ganar o perder mucho, dada la intensidad del compromiso personal involucrado, es más acusada que en ninguna de las otras formas. Todos sabemos que el rechazo o la agresión por parte de alguien a quien hemos entregado con inocencia nuestro afecto y nuestras confidencias es mucho más doloroso que ese mismo rechazo o agresión por parte de una persona de la que nos sentimos distantes. Y ese peligro existe, puesto que nada ni nadie nos puede garantizar de una manera absoluta que ese otro íntimo no hará eso en algún momento.

Uno de los principales investigadores actuales sobre el tema de la intimidad. Mc Adams (1983), en sus estudios acerca del «motivo de intimidad», describe éste como «una preferencia o disposición recurrente hacia experiencias de interacción cálida, íntima y comunicativa con otros» y señala que como rasgo de personalidad (es decir como patrón relativamente estable), este motivo energiza, dirige y selecciona los comportamientos personales en determinadas situaciones. Este autor integrará en el concepto de intimidad:

- a. una relación que no tiene más fin que la relación en sí misma, es decir, que se da no como compensación de un déficit, sino como «necesidad del Ser», usando el lenguaje de Maslow;
- b. las aportaciones evolutivas de Sullivan, que le llevan a situar las bases de la intimidad a partir de las relaciones de camaradería de los pre-adolescentes, en la que su propio desarrollo les permite darse mutuamente;
- c. el concepto de diálogo Yo-Tú de Buber, en el que se da una relación genuina total, donde cada uno está absorto en todo lo que el otro es, sin perder su propia

identidad, y en el que se encuentra al otro como sujeto (no como objeto) capaz de entrar en una relación total y con una aceptación del otro en tanto que diferente;

- d. el balance entre las dos orientaciones básicas de comunalidad e individualismo de Bakan.

Sternberg (1988), que entiende la intimidad como una de las tres dimensiones básicas del amor (junto con la pasión y el compromiso), la sitúa como un sentimiento global en el que se dan en buena medida los siguientes elementos:

- a. deseo de promover el bienestar de la persona amada;
- b. sentimiento de felicidad al estar junto a la persona amada;
- c. un gran respeto por ella;
- d. capacidad de contar con ella en momentos de necesidad;
- e. entendimiento mutuo;
- f. entrega de sí mismo y sus posesiones al otro;
- g. recepción de apoyo emocional por parte de la persona amada;
- h. comunicación íntima; e
- i. valoración de la persona amada.

La intimidad se perfila así como un determinado tipo de interacción (que incluye tanto lo verbal como lo no verbal y actitudinal) en la cual las personas están predispuestas a compartir aspectos significativos y vulnerables de sí mismas, y a comprometerse activamente en el cuidado mutuo, en la que se da la comunicación de sentimientos y la sensación de proximidad emocional y comprensión mutua.

La intimidad, por cuanto afecta a la totalidad de la persona, no puede estar desligada de lo corporal. Cuando hablamos de interacción tanto verbal como no verbal, se supone que ésta última será una comunicación a través de miradas, gestos, contacto físico, expresivos del mensaje afectivo total que se está dando; una caricia, una mirada cariñosa, una sonrisa, un abrazo, son expresiones de una proximidad e intimidad corporal que forma parte de la cercanía afectiva. Y esos gestos serán necesariamente sexuales, en el sentido de «sexuados», puesto que todo nuestro comportamiento se desarrolla «dentro de» y «a través de» nuestra existencia sexuada, como mujer o como hombre. Pero no necesitan ser sexuales en el sentido de «genitales». La genitalidad puede incluir o no la intimidad, y la intimidad incluir o no genitalidad. Dos personas pueden estar manteniendo una relación genital sin rozar tan siquiera la superficie personal del otro (por ejemplo en la prostitución, o en relaciones esporádicas en las que ambos individuos utilizan al otro exclusivamente como medio de obtener determinadas sensaciones físicas). Dos personas pueden estar manteniendo una relación de intimidad profunda con una expresividad corporal afectuosa coherente con la situación (por ejemplo, en el caso de la amistad, con gestos como secar las lágrimas al otro mientras se le consuela, pasarle el brazo por encima del hombro para darle apoyo, estrecharlo fuertemente entre los brazos, acogerlo en el regazo) sin vivir la relación genital. Algunas veces habrá gestos ambiguos en sí mismos que el contexto cultural se encarga de marcar si se trata o no de prolegómenos o insinuaciones de deseo genital, o si expresan intimidad emocional o un simple rito (dar un beso en la boca como saludo oficial en determinadas ceremonias o ir por la calle dos hombres cogidos de la mano, en nuestra cultura se traducen de forma distinta que en la cultura rusa o árabe, por ejemplo). El lenguaje de la intimidad no es propiamente la genitalidad, sino la ternura. Que ambos lenguajes pueden fundirse en un momento dado no excluye la legitimidad de la identidad propia de cada uno e ellos. Como hábilmente apunta Horney, tras haber señalado su vinculación y a la vez reclamado la diferenciación entre ternura y sexualidad:

«Además, si aceptamos la hipótesis de Freud de que la libido insatisfecha constituye la fuerza dinámica que impulsa a perseguir el afecto, difícilmente podríase comprender por qué hallamos idéntico anhelo insaciable de cariño [...] también en personas cuya vida sexual es por completo satisfactoria desde el punto de vista físico. Sin embargo, como es indudable que estos casos se dan realmente, impónese la conclusión de que, por lo menos en ellos, tal fenómeno no obedece a la libido insatisfecha, sino que sus motivos son ajenos a lo sexual» (Horney, 1937/1974, p. 124s.).

A la vista de lo dicho, y como condiciones para que se pueda dar la intimidad, serán precisas entonces:

- ? En primer lugar que cada una de las personas implicadas en la interacción esté en contacto consigo misma, es decir, que tenga capacidad de introspección, conciencia de sus sentimientos y experiencias internas, es decir «intimidad interior» que comunicar al otro.
- ? Que haya capacidad comunicativa. No basta tener algo que ofrecer. Hay, además, que ofrecerlo, y hacer ese ofrecimiento en un gesto inteligible para el otro, si no se quiere dejarlo caer en el vacío o convertirlo en un malentendido.
- ? Que haya un buen nivel de confianza básica en sí mismo y autoestima por parte de cada uno como para poder asumir el riesgo que la intimidad comporta. Como afirma Moursund (1985), cuando dos personas se encuentran en intimidad, se implican en un proceso en que se hacen vulnerables, puesto que no pueden controlar lo que va a ocurrir. Precisamente la apertura al otro significa que se le va a recibir tal como venga, y no dentro de unos límites prefijados y controlados. En ese caso sólo vendría lo que se espera, y la intimidad es apertura a lo inesperado. Puede entonces que lo que se reciba esté por encima de las propias esperanzas o deseos. Puede que lo que se reciba haga daño. Por eso es por lo que sólo se puede acceder a la intimidad desde una confianza básica en sí mismo, en la propia autonomía y en la posibilidad de sobrevivir incluso si se sale herido del encuentro. Una sana autoestima permitirá en esos momentos dolorosos el autoapoyo necesario para encontrar nuevas posibilidades a la relación. Sin ese respaldo interior, sería temerario permitir una entrega libre y sin inhibiciones al otro de nuestros aspectos más delicados.
- ? Capacidad de tener confianza básica en el otro. En la relación de intimidad, por cuanto es un verdadero encuentro significativo, nunca salimos de ella iguales que al entrar. Algo nos ha cambiado, al poner en contacto nuestro ser profundo con la esencia viva del otro. En otras palabras: al otro le damos el poder de que a través de la interacción con él nos cambie en el propio ser, en nuestra identidad. Estamos poniendo en sus manos lo más delicado y hondo que tenemos, todo lo que somos y que tanto nos costó ganar. Es como si le confiáramos un bebé para que lo cuide. Y normalmente cuando los padres –si no son padres inconscientes–dejan a su bebé con un *canguro* es porque tienen datos suficientes como para confiar en que no aprovechará la situación de desvalimiento del niño para hacerle daño. Ese mismo tipo de confianza es precisa para la relación de intimidad.
- ? Predisposición a la interacción cálida, próxima y comunicativa con los demás, es decir, el logro de un cierto grado de cordialidad, de visión del mundo benevolente. Por supuesto que la permanencia de esta predisposición estará vinculada a cierto grado de autoestima y confianza en sí y en el otro que hemos anotado antes. Sin duda que hay personas que no tienen estas características y pueden vivir momentos de intimidad. Pero es probable que sean más esporádicos y de menor duración que en las personas que tienen esa mirada cordial como actitud predominante, puesto que éstas últimas ven y generan múltiples posibilidades de intimidad.

? Tolerancia a la frustración y mantenimiento de una actitud proactiva, puesto que el camino a recorrer para lograr y mantener una relación de intimidad no es algo que se pueda obtener desde la mera pasividad o la queja. Precisa de la implicación personal y recíproca en la búsqueda de alternativas. La receptividad, la capacidad de comprensión, de respeto y aceptación incondicional del otro no pueden ser ajenas a la verdadera intimidad.

Después de enumerar esta serie de requisitos indispensables para una auténtica intimidad, parece difícil que muchos la puedan alcanzar. Quizá es así. Pero no hay que olvidar que somos seres procesuales y que todas esas cualidades psicológicas que permiten la intimidad, y la intimidad en sí misma, se pueden ir dando, ampliando y profundizando a lo largo de la vida. La experiencia de intimidad compensa sobradamente –tanto por la felicidad que conlleva como por la salud mental que aporta– de la energía (que no es lo mismo que «esfuerzo») invertida en ella.

Antes se había apuntado que la intimidad era más difícil para los homosexuales. Más difícil y más fácil, a la vez.

En general tienen, como grupo, más capacidad de introspección que el grupo heterosexual. Entre otras cosas porque para tomar una decisión socialmente difícil, como la de identificarse como homosexual, la mayoría ha explorado mucho en sus deseos, sentimientos y fantasías, es decir ha tenido que desarrollar su propia intimidad interior una y otra vez para cercionarse de que esa identificación «difícil» era correcta. Los homosexuales varones tienen a nuestro juicio, también como grupo, una mayor capacidad comunicativa, como luego veremos.

Mas, por otro lado, la autoestima, la confianza en sí mismos y –sobre todo– la confianza en el otro suelen estar bastante por debajo de la media. No es extraño, dadas las continuas agresiones sociales de que son objeto. Hace un tiempo, un grupo de profesionales de la salud mental, compartimos durante unas semanas nuestras reflexiones y experiencias sobre el tema de la homosexualidad desde el contexto psicoterapéutico. Al estar más atentos a lo que aparecía durante ese tiempo sobre el tema en los medios de comunicación, pudimos constatar cómo, en el lapso de poco más de un mes, habíamos recogido bastantes recortes de periódico en los que –de una manera u otra– eran tratados con desconsideración, subrayando la «anormalidad» del fenómeno y devaluando y uniformando la realidad de los homosexuales, incluso desde posturas claramente bienintencionadas. Difícilmente pueden invitar, esas experiencias repetitivas de desvalorización, hacia una mirada cordial y benevolente para con la sociedad, en general. Por otra parte, la continua defensa que han de estar haciendo de sus derechos a una opción sexual diferente de la mayoritaria, y el apoyo grupal que se prestan unos a otros en esta tarea, puede llevarles a un buen desarrollo de su autoestima como colectivo homosexual. Pero en bastantes ocasiones hemos observado que esa defensa, y la necesidad de mantener secreta su postura en el ambiente concreto familiar o profesional por miedo al rechazo que pueden provocar, no aumenta su autoestima como personas individuales globales (y no sólo en el campo de su elección sexual) quedando ésta fuera del foco de su atención. El énfasis queda focalizado en defenderse como grupo, cosa comprensible, por otro lado, en tanto que forman una minoría sobre la que recaen ataques injustos. Y el estilo agresivo que frecuentemente utilizan en su defensa (no más agresivo, por otra parte, que el que se utiliza con ellos) se constituye en múltiples ocasiones en un hábito –especialmente entre los varones– y dificulta las actitudes de calidez que predisponen hacia la intimidad.

Intimidad masculina e intimidad femenina: una comunicación diferente

Laura se casó con un hombre del que se sentía profundamente enamorada y con el que ha tenido una relación muy positiva. Al cabo de cuatro años de matrimonio su marido le confiesa que es homosexual, y aunque ha intentado superarlo para adaptarse a Laura, a quien quiere, no puede ya disimular ante sí mismo que sus impulsos homosexuales son más fuertes de lo que él desearía. Con mutuo dolor y comprensión, se separan. Laura, tras un período en el que se va rehaciendo poco a poco, encuentra un hombre con el que congenia, y nuevamente se vuelve a enamorar de él, y él de ella. Sólo que él, también es homosexual. Laura, preocupada, solicita terapia para ver qué anda mal en ella, qué hay de raro que le hace elegir hombres homosexuales.

Una de las experiencias repetidamente observadas en el contexto de la psicoterapia es la de una mujer heterosexual que se queja de haberse enamorado de un varón homosexual, en forma similar a la siguiente: «Por una vez que, al fin, encuentro a un hombre con quien realmente es fácil entenderse y por quien me siento comprendida, resulta que es homosexual».

¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué esa experiencia gratificante y frustrante a la vez, no es un caso aislado? Por otra parte ¿Por qué esa experiencia no se da a la inversa (un hombre heterosexual que se enamora de una lesbiana, con la sensación de que «por fin» hay una mujer que le comprende? ¿Por qué, en cambio, un porcentaje importante de mujeres heterosexuales, se queja de dificultades de comunicación con su pareja masculina por falta de intimidad en ella, y no así los hombres?

Entre los estereotipos más conocidos sobre características psicológicas diferenciales entre hombres y mujeres, se suele encontrar el que atribuye a la mujer una mayor sociabilidad. ¿Qué hay de cierto en ello?

A la hora de contrastar si esas afirmaciones tienen algún fundamento real, podemos contar en la actualidad con algunos estudios que van en esta dirección.

Podemos citar, por ejemplo, los experimentos de Downs e Hilije (1991), de los que resultaba, no tanto que las mujeres tuvieran mayor capacidad para la intimidad, cuanto que los factores que se incluían en esa intimidad (muestras de afecto, tiempo de dedicación al otro, animarle cuando se siente mal, sentirse cerca de él, revelar aspectos íntimos o dolor por las discrepancias, entre otros) tienen relevancias diferentes para unos y otros y también según que la persona con la que se comparte la intimidad sea hombre o mujer.

Otros extremos comprobados por buena parte de los estudiosos científicos del tema de la intimidad es el fenómeno de que las escalas para medir intimidad realizadas en relación con sujetos masculinos no sirven para medir la intimidad entre mujeres, puesto que entre ellas se da, en ocasiones, una categoría de relación más intensa que la relación de intimidad, que no aparece en los hombres adultos. Dicho en otras palabras: relaciones que «rompen el termómetro» de la intimidad por sobrepasar la escala. En este tipo de relación hay una pérdida del yo, y una de las dos mujeres domina y tiene el control emocional sobre la otra, que está absorbida y se pierde y confunde en el seno de la relación.

En el mismo sentido otras autoras que han estudiado las diferencias vinculares en la amistad entre hombres y la amistad entre mujeres, como Orbach y Eichenbaum, concluyen también en la mayor necesidad fusional de la mujer, que hace que sus relaciones con otras mujeres tengan un tipo de intimidad que no es posible entre la

mujer y el hombre. Para ellas, los vínculos fusionales entre las mujeres son consecuencia de la relación fusional con la madre y aclaran:

«La madre ve al hijo y a la hija de manera diferente. La madre puede ver a su hijo como «otro», como diferente, dada la diferencia de género que existe entre ambos, y que representa una clara división entre los dos. Él es él y ella es ella. En el caso de una hija, esta utilización del género que permita la diferenciación no existe. A lo largo de muchas fases de la vida de su hija, la madre se ve y se recuerda a sí misma en su propia juventud. Imágenes de su propia niñez asoman en esa interacción entre ella y su hija. Cuando mira a su hija ve en ella su propia niñez, sus anhelos de niña, los deseos y también las restricciones que experimentó. En otras palabras, **se ve a sí misma en su hija.**

[...]

Por consiguiente, el período de dependencia infantil viene marcado no sólo por la fusión psicológica y la necesidad que tiene la hija de la madre, sino también por la necesidad de la madre de fusión psicológica con su hija. Al incorporar esta necesidad de fusión y de conexión con su hija, deja de paso a ésta con la sensación de que es así como ella se descubrirá también a sí misma» (Orbach y Eichenbaum 1987/1988, pp. 79-81).

Si bien las aportaciones de Orbach y Eichenbaum nos parecen muy interesantes a la hora de comprender la relación entre mujeres (homo o heterosexuales), no nos convencería la hipótesis de que es la necesidad de fusión de la madre la que incorpora la hija como elemento de identidad femenina. La propia hija, aún cuando la madre no viviera esa necesidad fusional, parece desarrollarla por su cuenta. Hemos podido observar, en casos de lesbianismo, una profunda necesidad fusional, unida a una conciencia y añoranza de fusión con una madre a la que se ha vivido como fría y distante. No parece, pues, que esa madre tuviera demasiada necesidad psicológica de fusión. Sin embargo, su hija la vive de manera muy intensa y ansiosa. De ahí también que las envidias entre mujeres respecto a la intimidad de la amiga con otra mujer pueda revestir un marcado carácter de celos infantiles.

Cada vez es más patente que los intentos de reducir las diferencias entre hombre y mujer a las fisiológicas es un proyecto condenado al fracaso. También psicológicamente somos distintos, en cuanto grupo humano. Independientemente de si las diferencias psicológicas son sólo producto de la cultura o no (cosa, por otra parte, harto difícil de dilucidar, puesto que todo ser humano es «cultural» y no podemos estudiarlo como ser «químicamente puro» haciendo abstracción del carácter performativo del contexto), esas diferencias existen.

Estudios como los de Beck (1988), Sternberg (1988) y Hirsch y Love (1989), desde el campo de la psicología o los de Tannen (1990), desde el campo de la lingüística, nos remiten a una realidad diferenciada en la utilización de la comunicación por los dos sexos, y de cuyas observaciones vale la pena que destaquemos algunas de las conclusiones siguientes:

- a. Los varones utilizan la comunicación orientándola en dirección al logro de un respeto (en base a mostrar la superioridad), diferenciación, e independencia que parece decir «estamos separados y somos diferentes» (Tannen, 1990) En cambio las mujeres tienden, a través de la comunicación, a buscar la intimidad, el acuerdo, la igualdad y la cercanía. Su manejo de la intimidad parece decir «estamos cerca y somos lo mismo».

- b. Los hombres tienden a usar la conversación para transmitir hechos; las mujeres hacen de la conversación un fin en sí misma.
- c. Las mujeres suelen esperar que les adivinen lo que desean, y los hombres suelen esperar que lo digan abiertamente. Las mujeres preguntan como muestra de interés, mientras los hombres lo interpretan como afán de control.
- d. Las mujeres tienden a conversaciones con un contenido afectivo, acerca de sentimientos, secretos y temas íntimos. Los hombres tienden a conversaciones con un contenido informativo, y no suelen compartir con sus amigos cuestiones personales.
- e. La amistad en los niños y los hombres se desarrolla mediante compartir actividades. En las niñas y las mujeres mediante la conversación.
- f. A los hombres les molestan algunas expresiones (tales como «sensibilidad» o «relación significativa») que no molestan a las mujeres.
- g. Los hombres contestan menos, más tarde y con menos muestras de interés que las mujeres y tienden más a interrumpir.
- h. Las mujeres utilizan unas entonaciones más variadas y usan más gestos y pequeños sonidos para indicar que escuchan, mientras los hombres permanecen más inexpresivos, lo que a ellas les produce frecuentemente la impresión de «estar hablando con la pared».
- i. Las mujeres comentan sus problemas buscando compartir experiencias, comprensión emocional y consuelo. Los hombres lo entienden como una petición de ayuda y responden ofreciendo soluciones prácticas, cosa que las mujeres viven como una desvalorización de sus capacidades.
- j. Muchas veces las mujeres consultan a su compañero antes de decidir, para poner de relieve la relación, mientras él lo interpreta como un síntoma de indecisión y petición de que decida por ella.
- k. Las mujeres están más atentas a metamensajes, y tienden a buscar significados ocultos que no existen.
- l. Las mujeres tienden a ofrecer ayuda directamente y los hombres indirectamente (a través de la manipulación, de objetos).
- m. Las mujeres parecen interpretar la agresividad del interlocutor como un ataque que rompe la relación, mientras que para ellos es una simple forma de conversación.

Estas conclusiones son fácilmente constatables, en general, si bien hemos podido observar que esas pautas comunicativas quedan atenuadas y algunas de ellas invertidas en hombres y mujeres correspondientes a grupos de hermanos donde predominan de una manera notable los del otro sexo. Ello nos permite suponer que los modos de comunicación masculina y femenina son –al menos en parte– resultado del aprendizaje y pueden resultar alteradas, por lo tanto, por la cultura de la comunicación familiar.

Podemos resumir todo el conjunto de diferencias diciendo que la orientación comunicativa de las mujeres va hacia la proximidad y el énfasis en la unión y la orientación de los hombres hacia la diferenciación y la enfatización de las discrepancias y asimismo que una utilización de la comunicación por parte de las primeras en la que la presencia de confidencias sobre el mundo afectivo y aspectos íntimos es muy diferente de la comunicación masculina (más centrada en los hechos que en los sentimientos) las hace –en principio y como grupo– más aptas para las relaciones de intimidad que a los varones. En sus experimentos en el Laboratorio de Comportamiento Cerebral de la Sección de Neuropsiquiatría de la Facultad de Medicina de Pennsylvania, Gur (1995), ha recogido unos resultados que confirman a su vez investigaciones anteriores y que permiten entender las afirmaciones realizadas: parece ser que a la hora de hacer frente a

sus emociones, la mujer utiliza una zona más evolucionada del sistema límbico (la región límbico-cingular), mientras el varón utiliza más la zona más antigua (las regiones límbico-temporales), lo que explica, según este autor, por qué los hombres son más agresivos y las mujeres más sensibles, con mejor discriminación emocional y expresan mejor sus sentimientos. No resulta extraño, entonces, el hecho recogido por Sternberg (1988) de una mayor sabiduría de las mujeres para percibir lo que está ocurriendo en el interior de una relación junto con la mayor exigencia respecto a la misma. Especialmente se muestran diferentes los requerimientos en el terreno de la comunicación íntima. La queja más frecuente por parte de las mujeres que solicitan el divorcio (Tannen, 1990) se traduce en echar en falta más comunicación íntima entre ellos y en cuanto a las preferencias para hacer confidencias y sentirse escuchado, la mujer elige preferentemente a otra mujer, y el hombre elige también preferentemente una mujer. Orbach y Eichenbaum constatan que el apoyo emocional no se ofrece en forma simétrica en las parejas heterosexuales:

«La mujer llega al matrimonio con la esperanza y el anhelo de encontrar un compañero que la entienda profundamente, que la acepte y que le ofrezca su apoyo emocional; pero con demasiada frecuencia descubre que su compañero teme la intimidad, rehuye el contacto y el diálogo emocional y sus necesidades le asustan o le repelen un poco» (Orbach y Eichenbaum, 1987/1988, p. 206).

Por otro lado, no parece que las diferencias comunicativas entre ambos géneros sean rígidas e insalvables y más parecen fruto del aprendizaje del rol: de hecho, como antes dije, las mujeres criadas en un entorno masculino tienen una comunicación con más pautas masculinas que las otras mujeres, y a la inversa: los varones que crecieron rodeados de mujeres tienden a pautas de comunicación más femeninas que el promedio. Tampoco hay que olvidar cómo afectan a estas cuestiones los cambios culturales que estamos viviendo. Algunos de los más interesantes guardan relación con una potenciación de buena parte de los valores típicamente femeninos como positivos en sí mismos. Ello, junto con la divulgación de las teorías jungianas del *Anima* y el *Animus* están ayudando a que los varones se permitan conectar con sus facetas femeninas (y la mujer con las masculinas) sin dejar de sentirse por ello plenamente identificados con su rol genérico. Gracias a ello, muchos hombres están evolucionando en forma admirable – algunos a través de un loable esfuerzo por salir de sus rígidos esquemas– hacia pautas de comunicación más elaboradas y capacitadoras para el disfrute de la intimidad, en especial de la intimidad con la mujeres.

En la actualidad, y a raíz de las experiencias y los datos que hasta el momento poseo (que algunas investigaciones neurológicas, como las de Le Vay, 1991, postulan), me inclino a pensar que los varones homosexuales tienen unas pautas de comunicación más parecida a las de las mujeres que los varones heterosexuales (probablemente explicables a partir del papel predominante de la madre en la cultura de su infancia, a la que aludiremos en el próximo apartado). De allí resulta, como conclusión más directa, que los varones homosexuales, como grupo, se comunican mejor con las mujeres heterosexuales que los hombres heterosexuales (siempre que no se trate, claro está, de los casos en que la atracción por el hombre va acompañada del rechazo a la mujer, que se da en algunos casos) y por ello muchas mujeres heterosexuales disfrutan con la amistad de un varón homosexual como no lo hacen en la amistad con otros hombres. En cambio las mujeres homosexuales, como grupo, no se comunican mejor con los hombres que las mujeres heterosexuales y más bien les pueden inspirar temor, si son de

tipología excesivamente agresiva, porque el hecho de no poder colocarlas dentro del estereotipo les desconcierta y crea ansiedad.

Experiencias y reflexiones sobre la intimidad en la homosexualidad

Recuerdo que su aire duro y agresivo se desvanecía cuando hablaba de ello. Era como si todo su cuerpo perdiera su marcada angulosidad y la mirada se le ablandara y entristeciese cuando decía que no podía encontrar en su memoria ningún momento de su infancia o adolescencia en que su padre le tocara. Por suerte, comentaba. Jorge tenía una foto de muy pequeño en que estaba sentado sobre las rodillas de su padre, y eso le consolaba parcialmente, aunque con el pesar de no recordar aquella sensación de contacto físico con él y que suponía tan especial. Y a continuación confesaba que toda la vida había seguido buscando esa sensación, a base de provocar relaciones sexuales con hombres por las saunas y los bares «de ambiente».

Gemma perdió a su madre cuando era muy pequeña. El padre vivió los años siguientes más pendiente de encontrar una mujer que de hacerse cargo de lo que le ocurría a la niña. Cuando por fin se casó, la niña rechazó claramente a su «nueva madre» y ésta se despreocupó de Gemma, a la vista de su rechazo. Mientras, Gemma, busca amistades con mujeres que la acojan y comprendan en su queja de lo distinta que hubiera sido su vida si su madre no hubiese muerto. Y no es difícil que se enamore apasionadamente de la mujer que le sepa escuchar y dar muestras de afecto.

Enrique es un niño vital, travieso, con un padre muy perturbado y hostil y una madre cariñosa, protectora, puritana y confluyente, que tiene como meta la unidad de la familia, concebida como balsa de aceite, ante todo y sobre todo, aunque para ello haya que reprimir la ira o las discrepancias. Un día Enrique es sorprendido por su madre (a quien está muy unido) iniciando un juego sexual con una de sus hermanas. La madre reacciona de una manera exageradamente trágica e histriónica que asusta profundamente a Enrique, que no entiende nada. A los pocos días lo envía a otra ciudad para que en adelante viva con sus abuelos.

Elena, casada y con dos hijos, había ido desgranando, a lo largo de las sesiones, su dolor infantil, hecho de una profunda tristeza por el rechazo de su madre y del miedo que sentía hacia un padre machista y violento. Elena ha buscado como compañero a un marido sumiso, mientras ella organiza y dirige, en forma autoritaria, la vida de la familia. En un momento en que la terapeuta confronta un intento de manipulación por parte de Elena, ésta se hunde en una reacción emocional desmesurada y dramática. Acaba confesando haberse enamorado de la terapeuta –a quien adorna con toda clase de idealizaciones–, las dificultades de resistir sin verla de una sesión a otra, y su decisión de buscarse toda clase de conflictos para poder seguir acudiendo a terapia.

Son sólo algunos ejemplos de los que he ido conociendo (directamente o indirectamente en los grupos de supervisión de psicoterapeutas que dirijo), acerca de homosexuales (tanto hombres como mujeres) que echan en falta una relación de intimidad no sexual con el progenitor de su mismo sexo. Reiteradamente hemos ido observando cómo, en los y las homosexuales (y bisexuales), el contacto físico y emocional con el padre –en el caso de los hombres– o la madre –en el caso de las mujeres– ha sido muy precario durante la infancia, por razones muy variadas: el padre o la madre son marcadamente fríos o distantes, o irresponsables respecto al cuidado emocional, o se da un alejamiento

psicótico, o les apartan sus alianzas con otros miembros de la fratría, o por otros motivos no están asequibles al contacto afectivo con su hijo o hija.

Estas experiencias que establecen una relación entre la carencia de intimidad con el padre de igual sexo y la homosexualidad, han sido objeto de atención por parte de algunos autores que, de uno u otro modo, las han convertido en «explicación» de la orientación homosexual.

Así, Françoise Dolto apunta en esta dirección cuando explica la homosexualidad a partir de estas coordenadas. La homosexualidad femenina se da, según esta autora, a partir de la niña con un padre que representa una figura secundaria frente a la madre y una maestra que suple las funciones del padre de enseñarle la realidad. Por su parte, y para los niños varones, entiende que una madre dominante y cercana y un padre demasiado reservado, concentrado y reflexivo (en definitiva, más pasivo que la madre) puede conducir al niño varón hacia una visión invertida de los sexos. Mas si el padre está devaluado en relación con la madre, está «afectiva y genitalmente mermado en relación con su mujer», el niño varón Puede formarse como homosexual porque:

«para ser valorado hay que ser mujer. En su interior conserva perfectamente la noción de que convertirse en hombre es hacerse viril, pero viril según el ejemplo aportado por la madre. ¿Por qué no, si el niño no cuenta más que con este modelo?» (Dolto, 1988/1989, p.19).

Mas aquí la autora está confundiendo el ser varón homosexual con el identificarse como mujer. En ninguno de los casos de homosexualidad que he podido conocer se da esa confusión de identidad de género. El homosexual varón independientemente de si tiene o no comportamientos afeminados, se identifica como hombre y se siente bien de serlo, es más: en algunos casos hay un fuerte rechazo hacia la mujer y lo que simbólicamente representa para él. No es lo mismo, siguiendo la distinción y terminología de Otto Kernberg (1955), la orientación en la «elección de objeto dominante» (elegir hombres o mujeres para las relaciones sexuales) y la «identidad de rol genérico» (adopción de las conductas típicas de uno u otro sexo en la propia cultura) que la «identidad genérica nuclear» (saberse hombre o mujer), que nos llevaría, más que hacia la homosexualidad, hacia la transexualidad.

Si continuáramos la línea apuntada por Dolto, en relación a las anteriores distinciones, podríamos decir que el niño varón haría una identificación con la madre que afectaría en unos casos a la identidad de rol genérico («para ser valorado hay que tener comportamientos como los de mi madre, entre los que se incluye la elección del varón como objeto sexual») y que daría lugar a un homosexual varón con comportamientos afeminados, y en otros casos a la identidad de rol genérico concorde con la atribuida a su género en la propia cultura (identificación con el padre), y una identificación con la madre a la hora de elección de objeto dominante (varones).

Otro autor, que también refiere la homosexualidad a la necesidad de cercanía con el progenitor de igual sexo, es Arthur Janov.

Veamos primero la distinción que establece este autor entre lo que llama «el sistema real» y «el sistema irreal» presente en la neurosis:

«En cada acto del neurótico opera un sistema dual: el sistema real con sus privaciones y sus necesidades, y el sistema irreal que trata de satisfacer simbólicamente esas necesidades habitualmente inconscientes. Entonces el yo irreal parece tener una sexualidad madura mientras el niño interior está tratando de ser querido» (Janov, 1970/1975, p. 272).

La neurosis vendría marcada por la distancia entre los dos sistemas y por el fracaso a que conduce el pretender solucionar necesidades reales mediante actos irreales. En el terreno de lo sexual,

«por ejemplo, si una muchacha quiere el amor de su padre puede tener una gran actividad sexual con hombres, tratando de conseguirlo simbólicamente, pero es probable que tenga problemas de frigidez, porque mientras el sistema irreal está realizando un acto sexual con hombres, el sistema real inconscientemente, sólo trata de sentirse tomada en brazos (por el padre) y acariciada por él. La experiencia no es sexual, es infantil» (Ibidem, p. 274).

Pues bien: para Janov la homosexualidad es una búsqueda de afecto parental escondida bajo la búsqueda de sexo y recoge, en favor de esta posición, los testimonios de homosexuales de ambos sexos que, tras la psicoterapia, afirmaban que sus contactos homosexuales anteriores «parecían significar “Mami (o papi), quiéreme”» (Ibidem, p. 291).

Discrepante de la postura general, Isay (1989), desde su experiencia como psicoterapeuta –centrado en la homosexualidad masculina–, no ha encontrado diferencias en la evolución entre homosexuales y heterosexuales, apostando por un mayor peso de lo biológico y refiriendo que algunos niños homosexuales, entre los cuatro y los seis años, asumen características opuestas a las de su sexo para atraer y mantener la atención del padre, al igual que otros heterosexuales adquieren características del padre para atraer la atención de la madre. Lo importante para Isay es que este tipo de comportamiento parece ser posterior a la manifestación de orientación erótica hacia el padre. Mas también este autor reconoce que repetitivamente los gays que él ha tratado, de manera casi uniforme, se refieren a su padre como distante y censor del acercamiento, o un padre poco implicado, junto a una madre que ejerce la jefatura familiar y cree extensible este tipo de retrato familiar a los homosexuales varones que no están en terapia, a raíz de las investigaciones de otros terapeutas. Pero señala este autor, no deja de sorprenderle la coincidencia entre la manera de hablar los gays respecto a su padre con la forma de hablar los heterosexuales de su madre. El autor, centrado en una explicación básicamente biológica de la homosexualidad, lo justifica diciendo que probablemente esta percepción está distorsionada por la necesidad de defenderse de la atracción erótica que sienten los primeros hacia el padre y los segundos hacia la madre. Entiende entonces que la común creencia entre los analistas de la homosexualidad como consecuencia de perturbaciones en la evolución precoz no responde a otra realidad que los prejuicios de dichos analistas que ven la homosexualidad como patología y necesitan encontrarla en algún momento de la evolución de la vida del gay.

Sin embargo esta explicación no encaja con los estudios realizados por Saghir y Robins, citados por Fernández-Martos, en los que

«estudian una muestra de 104 varones y 61 mujeres y comprueban que durante la niñez o la adolescencia muchos de los homosexuales (35%) perdieron a uno o ambos padres, mientras que sólo el 12% de la muestra control lo había perdido. Es más, en el caso de los varones homosexuales, la pérdida solía ser del padre. En el caso de las chicas el 30% había perdido a uno o a ambos padres, mientras que sólo el 5% de la muestra control tenía la misma pérdida» (Fernández Martos, 1981, pp. 53s).

Aquí no se trata de defenderse de una atracción hacia el padre o la madre, puesto que ha desaparecido. La propia experiencia clínica, junto con las múltiples investigaciones de autores como Bieber, Dinco, Kremer, Rifkin y otros, llevan a afirmar a Fernández-Martos la hipótesis de que «perturbada o interrumpida la relación con los padres se perturba la identificación sexual».

Para Fernández-Martos, las conclusiones propias y de los estudios de estos autores (en relación con la homosexualidad masculina, aunque no lo señala expresamente), apuntan en dirección a una madre excesivamente posesiva, celosa de los otros afectos del hijo, sobreprotectora, estimuladora de una intimidad exagerada, con mala relación con los varones adultos, que desmasculiniza al hijo mediante el vestido y los juegos, y lo desexualiza a partir de una educación sexual puritana.

También Kernberg se alinea entre los autores que dan importancia a la relación de los primeros años para explicar la homosexualidad. Lo razona afirmando que según se avanza en la escala biológica del reino animal, son más relevantes las interacciones entre el cuidador y la cría para determinar su conducta de apareamiento, disminuyendo la importancia de los factores biológicos, y que «el control de la conducta real de apareamiento está en gran medida determinado por las interacciones sociales más tempranas» (Kernberg, 1995, p. 23). Para este autor la identidad genérica nuclear (sentirse hombre o mujer) depende –haciéndose eco del resultado de las investigaciones de Money, Ehrhardt, Stoller y otros– del género asignado por los cuidadores en la primera infancia; la identidad de rol genérico (identificación con comportamientos masculino o femenino), aunque más sensible a factores biológicos, está sumamente condicionada por factores psicosociales y son producto del contexto cultural, y está relacionada tanto con la identidad genérica nuclear, como con la elección de objeto dominante de modo que:

«Una orientación sexual hacia el propio género puede influir en la adopción de roles socialmente identificados con el otro género; a la inversa, una aculturación predominante hacia roles genéricos que coinciden con los del otro género podría disponer a la homosexualidad» (Ibidem, p. 34).

Recoge también los estudios de Green sobre el afeminamiento masculino, en los que se concede importancia a las actitudes que venimos anotando de sobreprotección de la madre y la ausencia y rechazo del padre, junto con otras circunstancias como el vestir al niño con ropas femeninas, la propia belleza física del niño y la falta de compañeros varones, pero ante todo el hecho de no haber desalentado en ellos la conducta femenina inicial.

Por su parte, la elección de objeto sexual dominante (búsqueda de hombres o mujeres para la satisfacción genital) básicamente depende de la experiencia psicosocial temprana, a través de la identificación con el progenitor del mismo sexo también en la preferencia por un tipo de objeto dominante, a la búsqueda de interacciones similares a las de dicho progenitor.

Me viene a la memoria Juan, único varón de siete hermanos. Es el pequeño, y las diferencias de edad con sus hermanas hace que ya desde sus primeros años las conversaciones que le rodean sean, de manera muy predominante, las de unas adolescentes y jóvenes preocupadas por iniciar un noviazgo y que comentan imparablemente la belleza del último chico que conocieron o el encanto del penúltimo. Cuando Juan crece, se casa y tiene tres hijos. Al cabo de doce años de casado, desaparece con un amigo.

Todas estas reflexiones, extraídas de contextos terapéuticos, nos llevan a plantearnos si hay alguna diferencia psicológica en los homosexuales, a propósito de la intimidad. Ciertamente no podemos concluir que «todos» los homosexuales (o bisexuales) hayan vivido una realidad similar, que sería una generalización muy peligrosa. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la mayoría de las personas que acuden a psicoterapia, sea cual sea su orientación sexual, aducen algún tipo de problema en la relación con sus padres en la infancia.

Lo que sí podemos concluir es que la experiencia vivida por terapeutas de orientación metodológica muy dispar es que los gays que acuden a sus consultas presentan como característica común (tanto si es o no la causa o una de las causas de su opción sexual) una vivencia de la figura paterna como distante, poco implicada, y frecuentemente débil u hostil. En el caso de las lesbianas existe menos literatura clínica mas de la experiencia compartida con otros profesionales parece deducirse que también presentan como característica la de haber experimentado a la madre como distante y hostil, junto con un padre también frecuentemente distante y hostil, o bien hostil hacia las expresiones de femineidad por parte de la niña. Tanto en la homosexualidad masculina, como en la femenina, nos aparece un diseño en el que los primeros años han venido marcados por una perturbación en la intimidad no sexual (lo que Rof Carballo denomina «la sexualidad diatrófica») con el progenitor del propio sexo.

A la vez que ello, ciertamente, llama la atención la coincidencia de las experiencias de los psicoterapeutas acerca de la viveza con que experimentan los homosexuales el conflicto por el logro y mantenimiento de una intimidad emocional con alguien de su propio sexo, coincidencia que apunta como una de las características destacables de su psicología.

Bien es cierto que no se trata de una característica exclusivamente reservada a los homosexuales: esa búsqueda tensa e intensa, acompañada de angustia y prisa, es comparable a la de algunas mujeres heterosexuales que se acercan a la edad crítica para despedirse de la maternidad biológica por no haber podido cuajar una relación de pareja. Lo común en ambos supuestos es la vivencia interior del logro de una pareja estable como una tarea difícil y urgente.

En todo caso nos parece un aspecto importante a tener en cuenta a la hora de comprender mejor la realidad homosexual, porque esas dificultades pueden estar fuertemente influidas por las que ya tuvieron con su padre o su madre. Nuestras constataciones nos llevan también a plantearnos hasta qué punto lo que busca la mujer o el hombre homosexual, es la genitalidad o si ésta es la forma que adopta en la conciencia la búsqueda inconsciente de intimidad.

¿Son homosexuales todos los homosexuales?

Ante todo es preciso poner de relieve la complejidad del campo de la homosexualidad. Algunos autores (unos desde la psicodinámica y otros desde un enfoque biologicista) parecen indicar que un sólo factor puede ser responsable del comportamiento homosexual, y de dar características precisas al comportamiento homosexual en bloque. Por mi parte me guardaré mucho de considerar determinante para la elección de relaciones homosexuales la presencia de la variable en el parentamiento a la que nos venimos refiriendo, o de cualquier otra variable única. Entre otras razones, porque también hemos podido escuchar en nuestras consultas a personas que habían sufrido esa misma carencia de cercanía de que venimos hablando y no eran homosexuales y porque, lejos de entender la homosexualidad como una realidad simple, se nos muestra, vista de

cerca, como un fenómeno complejo, en cuya formalización pueden entrar (en distintas proporciones, según cada caso) múltiples variables. Entre ellas la propia decisión del sujeto, puesto que, como afirma Janov «ninguna constelación familiar produce la homosexualidad» (Janov, 1970/1979, p. 29). Y la no generalización es especialmente indicada porque de otro modo se podría instrumentalizar ésta por parte de unos y otros, a favor de los propios prejuicios, en especial por aquellas personas que pretenden culpabilizar a los homosexuales como si se tratara de seres perversos o al destino biológico que los convierte en víctimas inocentes y patológicas y que ahora podrían –en cambio o además– culpabilizar a sus padres, cosa que en absoluto favorece ni a los unos ni a los otros.

Además de la presencia de múltiples variables, y al margen de la discusión de si hay o no una bisexualidad inicial, la diversidad de opciones de la sexualidad humana es sumamente rica, y los resultados son también variados. No todos los homosexuales son iguales, al igual que no lo son todos los heterosexuales, (es decir, no son iguales en absoluto), ni todos son homosexuales en el mismo grado, ni se sienten de igual manera respecto a su homosexualidad.

Algunos datos a tener en cuenta al respecto, antes de seguir, son:

- a. La diferenciación de los tres niveles citados a propósito de Kernberg (1995) y la posibilidad de diferentes variantes de homosexualidad, según que incluyan rasgos de identidad genérica nuclear correspondiente a su apariencia física o no (el caso de los transexuales), y según que se den características de comportamiento (voz, gestos, movimientos, interacción) típicas de las del sexo contrario, según su propia cultura (hombres afeminados y mujeres varoniles) o que no se den, siendo diferentes de los heterosexuales en este último caso –al menos a primera vista– sólo en cuanto a la elección del objeto sexual dominante, y teniendo en cuenta también que incluso algunos comportamientos que hace unos años se consideraban afeminados (como la pericia en la cocina y el cuidado de la casa, o la ternura y sabiduría en el trato con los bebés, la preocupación por determinados aspectos estéticos, simbólicos o espirituales), en estos momentos de crecimiento social de los valores femeninos es probable que se consideren «normales» y adecuados para un hombre abierto, sin por ello tildarle de afeminado; y que el comportamiento asertivo y autoafirmativo de una mujer a la hora de defender la igualdad de sus derechos en los momentos concretos de la vida cotidiana, que antes se podía ridiculizar como «de marimacho», ahora puede entenderse, simplemente, como una justa reivindicación.
- b. Los estudios realizados por Kinsey y sus colaboradores (Kinsey, Pomeroy y Martín, 1948, 1953), que describieron la homosexualidad a modo de *continuum*, dentro de una escala en la que distinguen siete grados que van de la heterosexualidad total a la homosexualidad total, con cinco grados intermedios entre la una y la otra (preponderantemente heterosexual y esporádicamente homosexual; preferentemente heterosexual y más que esporádicamente homosexual; tan homosexual como heterosexual; preferentemente homosexual y más que esporádicamente heterosexual; preponderantemente homosexual y esporádicamente heterosexual).
- c. El entendimiento de la sexualidad no sólo centrada en los actos físicos, sino en las experiencias y tendencias psicológicas. Podemos encontrarnos personas que tienen tendencias homosexuales y sin embargo su actuación es heterosexual, como es el caso de matrimonios con hijos en los que uno de los dos tiene tendencias homosexuales (con los correspondientes frustraciones y conflictos

internos y de pareja que la situación proporciona), o personas célibes de tendencia homosexual, sin actividad genital.

- d. Los cambios evolutivos de la persona a lo largo de su vida. Puede haber en una persona etapas homo o bisexuales, y heterosexuales en otra etapa, aunque en general al final de la adolescencia suele haber una elección básica a la hora de poner una etiqueta a la propia orientación sexual. El mismo proceso evolutivo tiene también su influencia en cuanto a este área, pues no es extraño –en especial entre los varones– que haya algún tipo de experiencia homosexual en la adolescencia, formando parte de los aspectos de exploración de la etapa, sin que ello cristalice posteriormente en una elección de esta clase.

A la vista de estos aspectos, la homosexualidad se nos aparece entonces como una realidad bastante más compleja que las simplificaciones a las que estamos acostumbrados en las conversaciones sociales en las que frecuentemente se habla de «los homosexuales» como un todo uniforme, cosa que más bien denota una falta de conocimiento o de respeto (incluso en personas bienintencionadas) al negar su individualidad y peculiaridad como personas.

Seguramente ese exceso de simplificación, es el que lleva a algunas personas (especialmente nos las hemos encontrado hacia el final de la adolescencia) a preguntar al terapeuta «¿soy homosexual?» como si se tratara de un acertijo con respuesta cerrada Sí/No y respecto a cuya respuesta son simplemente sujetos pasivos.

Una vez dicho lo anterior, nos resulta importante tener en cuenta que entre las variables que pueden intervenir en la elección de la homosexualidad (desde el marco de la psicoterapia nos las encontramos prácticamente siempre), figura la ausencia de soporte emocional para la intimidad afectiva desde el padre o madre de igual sexo. Subrayo que estas observaciones proceden del campo de la psicoterapia porque la generalización de las mismas a todo un colectivo ajeno a dicho campo puede resultar distorsionante, ya que precisamente las personas que acuden a recibir ayuda de este tipo –homosexuales o no– se caracterizan básicamente por un grado de conflicto o sufrimiento interno lo suficientemente importante y motivador como para solicitar la atención de un profesional.

Enrique se queda totalmente perplejo y desconcertado. A los dieciocho años ya se ha identificado como homosexual, aunque de cuando en cuando tiene alguna aventura esporádica con alguna mujer, en la que pasa mucho miedo.

Fernando tiene también una madre estricta en cuanto a normas de sexualidad. A su padre casi no lo ve, porque trabaja fuera de su lugar de domicilio y sólo aparece cuando acaba la temporada y, como va a casa de vacaciones, se desentiende por completo de lo que hacen o dejan de hacer sus hijos. Fernando está jugando con otros niños en el recreo cuando tiene un desvanecimiento. Uno de los profesores que lo ve, lo coge en brazos para llevarlo a la enfermería. Fernando recuerda despertarse mientras el profesor lo está llevando en brazos y me habla del resplandor que veía en su cara cuando le miraba, su ternura cuando le dirigía frases tranquilizadoras. A partir de ese momento, durante meses, empieza a soñar con el profesor. El curso siguiente ese profesor ya no está en la escuela, pero su recuerdo acompañará a Fernando a lo largo de los años. Ya cerca de la cuarentena, sigue soñando con él de cuando en cuando. Por cierto, que ahora también es profesor y da clases de la misma asignatura que aquél daba. Fernando interpreta su homosexualidad como una manera de mantenerse abierto a reencontrar algún día a ese profesor y poder hablarle de lo que significó para él ese momento de acogida entre sus brazos.

Otro varón homosexual –con una madre demasiado presente y un padre demasiado

ausente en su infancia– me comentaba que había visto una película en la televisión en la que un padre pasea con su hijo de doce o trece años, mientras va respondiendo sosegada y afectivamente a las preguntas que el niño le va haciendo. A ratos le pone la mano en el hombro, o se queda un momento mirándole a los ojos y sonriéndole con ternura. Me decía este cliente que la película le había suscitado un llanto imparable, una gran envidia, y que «nunca había imaginado que pudiera haber una relación amorosa entre padre e hijo que no fuera sexual».

¿Podemos hablar en estos casos de homosexualidad genuina? Para responder a la pregunta que encabeza el apartado, usaremos como referencia la discriminación que hacen Fernández-Martos y Vidal (1981) en cuanto a niveles de tendencias. Distinguen estos autores tres distintos niveles que podían darse en la afectividad homosexual, y que no siempre quedan suficientemente dilucidados. Distinguen los autores entre:

- a. Un nivel de homosexualidad como tal, es decir, de atracción predominantemente sexual, genital, centrada en la excitación corporal hacia personas del propio sexo y de cuyo resultado se obtiene placer.
- b. Un nivel de homoerotismo, con componentes anímico-sensuales, entendido como atracción hacia el amor humano en general, y hacia los valores de una persona, pero no hacia ella en su núcleo más íntimo y peculiar.
- c. Un nivel de hemofilia, en el que el énfasis está en conocer y relacionarse con el otro desde el amor a él como totalidad personal peculiar a individual.

Reflexionando sobre esta distinción y los problemas afectivos que veía a través de mi consulta, me planteaba cuántas veces había observado personas que se definían como homosexuales o bi-sexuales, cuando ante todo su base más profunda era claramente homoerótica. Esa parece ser también la experiencia de autores como los citados en el apartado anterior, y de los profesionales de la psicoterapia con los que he compartido el tema. Parecería entonces que al menos buena parte de los homosexuales, *so capa* de búsqueda de relaciones genitales, están buscando los valores propios de su género y, que no recibieron del padre o la madre de su mismo sexo y ser valorados por un compañero o compañera que consideran arquetipo de estos valores como un igual. Se trataría entonces de una confusión en la que no se discierne entre si se está deseando sexualmente a alguien (homosexualidad); se están amando unos rasgos que esa persona encarna o a la proyección idealizada de sí mismo –también en cuanto mujer u hombre arquetípicos– a través del otro (homoerotismo); o se está amando a una persona concreta en cuanto tal (el caso de la homofilia, si es de igual sexo), que incluye aspectos de riesgo y aceptación incondicional. Por cierto, ese tipo de confusión no es privativa de los homosexuales: he podido observar en ocasiones, entre mujeres heterosexuales, en concreto, que creían buscar sexo y posteriormente han caído en la cuenta que lo que buscaban era ternura y que el aceptar unas relaciones sexuales que no querían aparecía como el precio a pagar por obtener esta intimidad emocional que luego no les era ofrecida.

Por las experiencias percibidas parece ser que una buena parte de los que se autodenominan «homosexuales» son más homoeróticos que homosexuales, o dicho de otra forma: la tendencia primordial inconsciente sería la tendencia homoerótica, atracción que aparecería descodificada a nivel consciente como atracción homosexual. Incluso en algún caso pueden afirmar que, curiosamente y a pesar de ser homosexuales, se lo pasan mejor en la cama con alguien del otro sexo.

¿En qué consiste la atracción homoerótica? De hecho en la adolescencia suelen vivir este tipo de atracción tanto los hombres y mujeres heterosexuales como los homosexuales: un compañero o una compañera (bastantes veces un profesor o profesora

joven) a quien se idealiza y que sirve de modelo a imitar. En algunos casos se le copia en el vestir, en la gesticulación, en las opiniones... para aprender a ser un hombre o una mujer adultos. Forma parte del ensayo de roles para la vida posterior, del juego de ir ganando habilidades mediante la dramatización de aquellos papeles que más nos atraen. En el caso de la homosexualidad masculina, al no haber un modelo cercano de hombre adulto con el que identificarse, se vuelve la mirada hacia los hombres más próximos. Normalmente hermosos adolescentes que representan estéticamente la encarnación de lo ideal, ideal estético al que pueden quedar adheridos durante el resto de su vida y desde el cual se vive con dificultad el envejecimiento propio y ajeno que cada vez pone más costoso el alcance de esa perfección. En el caso de la homosexualidad femenina, muchas veces una mujer algo mayor.

«Roberto es homosexual, y ha tenido algunas experiencias sexuales con mujeres, sin mayor problema, como pasatiempo sin importancia. Pero, desde luego, le gusta ir a las salinas con la ilusión de probar a iniciar –a partir de un contacto sexual anónimo satisfactorio– una relación profunda, estable y comprometida con un hombre. Le gustan los dieciochoañeros guapos y, a poco de iniciar una relación con alguno, le parecen poco maduros, poco solidarios, y la relación se acaba. Les pide una madurez más propia de los treinta que de los dieciocho. Un día me cuenta que cree que se ha enamorado de una mujer a la que conozco. Se trata de una mujer hermosamente varonil, con una , belleza andrógina, que en su terapia está intentando aclarar si es o no homosexual.

Este es un problema repetitivo de bastantes de los homosexuales masculinos: buscan intimidad con personas que no tienen todavía realizada la evolución personal necesaria para poder ofrecerla, pero que se ajustan a sus cánones estéticos de perfección (en la que, por cierto parecen fundirse la belleza femenina de la madre y la belleza masculina infantil), que creen expresivos de una perfección psicológica a la altura de un adulto maduro.

Homosexualidad femenina, homosexualidad masculina e intimidad

Se acercaba ya el final de la adolescencia, cuando Marta se lamentaba de la situación caótica en que se encontraba interiormente. Era la mayor de dos hermanas y, desde muy pequeñas, el padre había optado por ella como favorita, mientras la madre había optado por su hermana. Ella empleaba buena parte de su tiempo libre compartiendo actividades con su padre, más, parecidas a las de los varones de su edad, mientras su hermana lo hacía con su madre. «Todo parecía estar bien», me decía. Pero a partir de la adolescencia algo empezó a ir mal. Veía que su padre ya no la quería como compañera en sus deportes y excursiones por el campo y se sentía muy abandonada por él. Además, ahora se veía muy distinta de las otras chicas de su edad, creía ser homosexual y no sabía cómo podía relacionarse desde esta elección tanto con su padre, como con su madre y su hermana.

Partiendo siempre del campo de la experiencia propia y de otros profesionales de la salud mental, en el caso de la homosexualidad femenina hemos podido observar que en la mayoría de ocasiones no sólo existe una madre distante, sino también suele haber un padre igualmente lejano o rechazante, en especial respecto a los comportamientos femeninos de la hija. Acaso por eso sea menor el número de lesbianas que el de gays: es

menos probable que los dos padres sean hostiles hacia la niña que el hecho de una madre invasiva y posesiva.

Son interesantes, al respecto, los estudios sobre psicología diferencial realizados por Johnson (1963, 1955), según los cuales (y de forma sorprendente) tras la convicción generalizada y las aportaciones de un buen número de autores según los cuales se aprenden los roles sexuales mediante la identificación con el progenitor del mismo sexo, muestra que este aprendizaje se da, tanto en el caso de hombres como de mujeres, a partir del padre. De este modo, el chico quiere ser como su padre y la chica agrada a su padre. Por ello, si la chica es rechazada por su madre, puede volver la vista hacia su padre y aprender de él el rol como mujer a través del descubrimiento de qué le complace (normalmente los comportamientos parecidos a los de la mujer que eligió como compañera). Ello explicaría que se puedan ver mujeres heterosexuales hijas de madres frías y distantes, que en general desarrollan rasgos histriónicos, preocupadas por agrada a los hombres, con los que se muestran seductoramente femeninas. A veces se emparejan repetitivamente con hombres mucho mayores que ellas. La figura de las «Lolitas» emparejándose una y otra vez con hombres maduros, resulta familiar para muchos psicoterapeutas. Y la relación resultante se parece más a la de un padre incestuoso con una niña sexualmente atrevida para hacerse la importante con él, que a la de una pareja constituida por un hombre y una mujer. En este caso también se podría hablar de integración de valores femeninos en la mujer, no como consecuencia de una buena identificación con la madre, sino a partir de los valores de la mujer que su padre ama, siendo una «buena niña» y estirándose internamente para lograr alcanzarlos. La relación entonces no es propiamente una relación heterosexual (es más sensual que genital), «infantil», como la llamaba Janov. Lo cual nos lleva a hacernos también la pregunta ¿son heterosexuales todos los heterosexuales?

Cuando el padre, en cambio, le valora si exhibe comportamientos masculinos, la niña puede desarrollar una identidad de rol genérico masculino, y vincular éste a una elección del mismo tipo de objeto sexual que la mayoría de los hombres: una mujer. En este caso, además, está la añoranza de relación fusional con la madre que no ha podido tener. Por eso, en la homosexualidad femenina, la relación es más fusional, como si se estuviera rehaciendo la simbiosis primitiva, que no se pudo concluir satisfactoriamente.

Nuria había sido hija única. Su padre era alcohólico y su madre estaba tan sumamente pendiente de él y tan atemorizada, que no tenía energía para darse cuenta de que a su lado había una niña que reclamaba sus cuidados y su atención afectiva. Nuria creció llena de rencor hacia ambos, con actitudes y modales varoniles. Recordaba las palizas de su padre, durante la adolescencia. Después, escapó de casa con un hombre que, al cabo de poco tiempo, empezó también a maltratarla físicamente. Nuria se escapa nuevamente y se hace militante feminista de la «línea dura», ingresando en un grupo de mujeres por las que se siente comprendida y de las que recibe solidaridad y apoyo de todo tipo. También apoyo afectivo por parte de una de ellas, igualmente maltratada por su padre, con la que comparte el odio a los hombres y la sensación de que sin ellos el mundo sería mejor. La relación evoluciona hacia una intimidad sexual, y ambas forman una pareja que perdura durante cinco años. Los celos posesivos de la compañera de Nuria y las escenas de agresividad verbal entre ellas se hacen cada vez más frecuentes. Al cabo de unos años, Nuria se separa. Tras un tiempo sola, decide que quiere ser madre y finalmente se casa con un hombre que le da una hija con la que está sumamente compenetrada.

Cuando conozco a Nuria, en el momento en que tiene la pareja homosexual, sobre todo destaca la continua crítica que hace a cualquier hombre, por el solo hecho de serlo. Todos son machistas y poco inteligentes. Si se quiere acercarse a ella, hay que empezar por manifestar sutilmente el desprecio que se siente hacia los hombres. Y esa es una actitud ampliamente compartida por buena parte de las que he tratado.

Ciertamente que también hay bastantes homosexuales masculinos en guerra con las mujeres, huyendo de lo que consideran su afán posesivo (cuando, por otra parte, la característica de celos y posesividad están tan presentes en sus ambientes). Bastantes de éstos narran alguna agresión o desprecio en la infancia o adolescencia por parte de alguna mujer, que han vivido en forma muy persecutoria y humillante para su narcisismo y que justifica la satanización del género femenino. Pero en proporción, el rechazo a la mujer es bastante inferior en los homosexuales masculinos que la presencia del rechazo al hombre en las mujeres homosexuales. En algunos homosexuales varones se da una cierta ambivalencia, e incluso la paradoja de criticar a todas las mujeres como egoístas y castradoras, salvando a su madre, que es la única excepción. La presencia de la relación narcisista se evidencia con todo su esplendor en este tipo de idealización de la propia madre.

Por otra parte, en las mujeres es más corriente la bisexualidad que en los hombres y la identificación como bisexuales se da, con más frecuencia que en los hombres bisexuales, tras una experiencia de fracaso matrimonial, y no al final de la adolescencia. Este descubrimiento suele ir acompañado de una fuerte exaltación de los valores femeninos, en la que mutuamente se refuerzan en su papel de mujeres y su valía como tales. La desvalorización paterna y del ex-marido, abre paso a una etapa en la que cada una de las mujeres de la diada ha encontrado en la otra los cuidados maternales que nunca tuvieron, el placer de la sensualidad no genital que el hombre no compartía, y un tipo de comunicación en el que se da una similitud de intereses que no habían podido experimentar en su matrimonio. Parece, entonces, que en bastantes casos de lesbianismo hay un deje de huida de un matrimonio en el que la mujer sigue sintiéndose atrapada, al estilo de las vírgenes juradas de algunas tribus amazónicas que, como recoge Danna (1994, p. 211), podían huir del matrimonio al que les habían comprometido, jurando ante los jefes de la tribu un voto de virginidad perpetua. Por ello, no es extraño que movimientos feministas y lésbicos se hayan dado la mano muchas veces a lo largo de las últimas décadas. Mas, en nuestra experiencia, no se trata tanto de huida respecto al rol, como de una búsqueda de intimidad y afecto que los hombres –a quienes eligieron como objeto sexual en su primera opción– no han sabido darles y que encuentran con mayor facilidad entre mujeres. Como señalan Orbach y Eichenbaum:

«la psicología de la mujer está por lo general hecha de tal forma que su capacidad para estar y dar, y su miedo a la separación, son psíquicamente inseparables» (Orbach y Eichenbaum, 1987/1988, p.85).

Por ello no es extraño que las relaciones entre lesbianas suelen durar más que las relaciones entre gays.

En las relaciones lésbicas suele predominar el aspecto de una intimidad fusional y sensual sobre el deseo genital y la relación es más con la persona global, porque reconocen fácilmente su deseo de ternura y comprensión y la delicia de la confusión, como algo tan o más importante que la genitalidad. Gloria Bosch lo explícita de manera expresiva:

«Entonces se besaban, se indagaban de nuevo

para cercionarse,
como si una en la otra se extraviaran.
Se rozaban, se tocaban
para poseer la certeza de ser materiales,
como si una en la otra se fundieran,
como si una en la otra se extinguieran,
y viceversa...» (Bosch, 1994, p.47).

En cambio, entre los varones homosexuales, los deseos se explicitan normalmente como centrados en el área de lo genital y la intimidad buscada se desplaza y convierte en imposible con frecuencia. Su promiscuidad y búsqueda de contactos sexuales anónimos (por ejemplo en las saunas), son mucho más frecuentes que en el caso de las lesbianas. De alguna forma parece que reproducen los patrones sexuales masculino y femenino típicos, en una forma exagerada: los hombres utilizando el sexo como manera de dar y recibir afecto, y las mujeres buscando la fusión global. Los más maduros e independientes de su imagen, sin embargo, aprenden a reconocer y explicitar sus necesidades afectivas de manera auténtica, y son los que más posibilidades tienen de lograr una pareja satisfactoria.

¿Son psicológicamente diferentes, en el tema de la intimidad, los homosexuales y los heterosexuales?

Cuando Fernández-Martos (1981), en el trabajo antes citado, comenta las dificultades más frecuentemente encontradas entre los homosexuales que intentan vivir plenamente desde su opción, llama la atención que, de las nueve citadas, siete guardan relación con el tema de la intimidad.

Igualmente, cuando solicito a un grupo de profesionales heterosexuales qué preguntas sugieren para reflexionar sobre el tema, algunas de las que más intrigan son las referidas al por qué duran tan poco sus relaciones, qué ocurre que no logran pareja o qué hay de la promiscuidad masculina. Ciertamente no hace falta hablar de homosexualidad para preguntarse por la precariedad de las relaciones de pareja, las dificultades en formarlas y la promiscuidad y dificultad de compromiso en los hombres.

El aislamiento afectivo, las relaciones deshumanizantes y supererotizadas, o el egocentrismo explotador de la relación, así como los problemas en el logro de una vinculación estable e íntima afectan a todo el conjunto humano. Más parece que el campo de la homosexualidad fuese un espejo de aumento respecto a esos problemas.

Seguramente la explicación la tengamos que buscar en los problemas que subyacen en su proceso evolutivo, al menos para el tipo de situaciones a las que nos venimos refiriendo por haber sido observadas en el marco de la psicoterapia.

Para el varón, si ha vivido enclaustrado en el afecto y la sobreprotección exagerada por parte de la madre, y el padre no supo, no pudo o no quiso romper ese idilio fusional, es probable que el hijo haya desarrollado aspectos narcisistas. Ha sido el centro del mundo para su madre, el foco de atención constante, lo más importante (tan importante como para no atreverse a abandonarla). Ahora, su necesidad de sentirse admirados y queridos incondicionalmente les hace entrar rápidamente en competencia con los otros varones que esperan también ser reconocidos como maravillosos centros del mundo. La discrepancia entre el trato recibido de la madre (que les ha dado una imagen de ellos idealizada, a la vez que les ha frustrado sus deseos de independencia) y el que reciben

de sus compañeros suele desencadenar una gran agitación en la que se dan fuertes sentimientos de humillación, persecución y desconcierto ante las respuestas. Las paradojas del narcisismo ponen de relieve la dificultad de establecer una intimidad auténtica y duradera. Schellenbaum habla de la búsqueda del reflejo de sí mismo en el otro (el mito de Narciso), lo que lleva a lo que él llama el «homosexual reflejado» a

«defenderse de ver en el amigo al “hijo de una madre”. No quiere que se le recuerde la propia fusión con la madre. Busca la unión con el varón como contrapeso a la fusión con la madre. Evita a la mujer porque le recuerda esta fusión, mientras el hombre lo desvía de ella. Sin embargo, tras el amigo de la imagen refleja busca en realidad el esplendor del espejo, la madre amorosa» (Schellenbaum, 1991/1993, pp. 107s.).

Fácilmente pueden escalar en juegos de poder, rivalizando en la exhibición de conquistas –algunas reales, otras ficticias y bastantes logradas en base a un acuerdo no hablado de fingir la relación para impresionar a los demás– en un círculo social muchas veces excesivamente reducido para escapar a los celos, envidias, chismes y resentimientos. Pueden oscilar rápidamente de una posición maníaca, a una posición sumamente depresiva, dependiendo para ello del impacto que creen haber causado en los otros. La propia ansiedad por formar pareja y las dificultades en lograrlo les hacen luchar más encarnizadamente en un medio con sensación de escasez de posibilidades. Por otro lado, la imposibilidad –por el momento– de legalización de un compromiso «oficial», que solemnice socialmente su deseo de permanencia como pareja, les resta un elemento psicológicamente tranquilizador para muchas de las parejas heterosexuales que lo utilizan.

Si además tenemos en cuenta que en las pautas de comunicación más típicas de las mujeres y que frecuentemente adoptan, se incluye que las agresiones verbales del interlocutor se utilizan no tanto como forma de conversación (pauta masculina), sino como símbolo de ruptura de la relación (pauta femenina), la inestabilidad se entiende que sea mayor en las parejas de homosexuales.

En el caso de las lesbianas, más parece que en lugar de pretender perpetuar una relación ideal con la madre, lo que hacen es precisamente constituir esa relación que nunca tuvieron. Es frecuente entonces que el problema sea, más que el de rivalizar, en demostrar quién seduce a quién (como ejercicio de poder que demuestra quién está arriba, propio de los varones) y vivir profundos sentimientos de humillación, de una profunda dependencia de la una respecto a la otra, y en especial la vivencia por parte de una de ellas (la más dependiente) de confusión con la personalidad más fuerte y la vivencia, ante el fracaso de la relación, de profundos sentimientos de depresión y abandono.

La rabia, los celos, el resentimiento, el deseo de venganza (más activa en los varones y más autodestructiva en las mujeres, como medio de atraer la atención) y la agitación emocional descontrolada, que se observan tanto en unos como en otras con una intensidad bastante superior a la que se da entre heterosexuales en situaciones similares, nos remiten a estilos de reacción que a veces suenan demasiado a infantiles. Es explicable tanto por el posible proceso evolutivo como por el estrés psicosocial mayor al que están sometidos y, por lo tanto, la mayor ansiedad con que viven la amenaza de ruptura o el efectivo acabamiento de una relación significativa, que muchas veces les ha implicado un grado de compromiso, de lucha y de enfrentamiento a la hostilidad del ambiente mayor que en el caso de parejas heterosexuales.

La corta duración de las relaciones homosexuales, con relación a las heterosexuales, se puede explicar con claridad, en los casos a que nos venimos refiriendo en los que se ha

experimentado un déficit en el parentamiento por parte del progenitor del mismo sexo, desde la concepción del proceso evolutivo común de la pareja, tal como la conciben Bader y Pearson (1983), siguiendo los cinco estadios de relación del niño con la madre desde el nacimiento hasta la constancia emocional descritos por M. Mahier. En un principio se da una vivencia fusional de la misma (enamoramamiento), una fase de dependencia simbiótica y una posterior diferenciación que dará lugar a las fases de exploración, acercamiento y, finalmente, la constancia hacia el objeto. Las dificultades habidas en la propia historia personal para hacer ese proceso se reproducirán en la historia de la pareja. La fase inicial suele ser muy rápida en el caso de la homosexualidad: el hecho de compartir una dolorosa marginación social en bastantes casos, y la sensación de similitud, entendimiento y armonía favorecen que se dé esta primera fase sin demasiada dificultad. Pero luego se agudizan las dificultades propias de toda pareja en las fases siguientes. En el caso de los varones homosexuales, el freno del crecimiento hacia la diferenciación por parte de la madre hará que, llegada esa etapa del crecimiento de la pareja por evolución de uno de sus miembros, se viva como un ataque a la relación. En el caso de las mujeres, la búsqueda de la relación se presenta, precisamente, como un mantenimiento de la fusión con la madre. En ambos casos la diferenciación, y mucho más la exploración y prácticas hacia el exterior, se vive como una traición al otro miembro de la pareja, que ya no puede confiar abandonadamente en su compañero.

Schellenbaum (1991/1993), por su parte, mantiene que es precisamente el exceso de similitud, la relación especular prolongada, la falta de polarización que aporta la dualidad sexual, lo que hace que la relación homosexual decaiga después de un tiempo, por falta de tensión y diferenciación. Por nuestra parte hemos de reconocer que así es cuando la pareja no se anima a crecer y se queda detenida en una cómoda simbiosis. Mas también hay parejas homosexuales que han podido madurar como personas y como relación más allá de los frenos que las experiencias infantiles conllevaban.

Intimidad homosexual y psicoterapia

No me resulta infrecuente escuchar comentarios de personas que no tienen conocimiento de la problemática homosexual, que dan por sentado que cuando un homosexual va a terapia es porque quiere cambiar su orientación objetal y convertirse en heterosexual, y que, caso de que no lo plantee, el terapeuta caminará en esa dirección. Ello da idea de lo arraigada que está aún, hoy día, la condición de anormalidad psicológica de la homosexualidad, pese a que en esa especie de «Boletín Oficial» de los profesionales de la salud mental que es el DSM (*Diagnosical and Statistical Manual of Mental Disorders*), es decir, el manual, elaborado por la *American Psychiatric Association*, en el que se pretende enumerar y clasificar todos los trastornos mentales conocidos, no incluye la homosexualidad dentro de éstos. Lo que sí entiende como trastorno es el «malestar profundo y persistente en torno a la orientación sexual» incluido dentro del «F52.9 Trastorno sexual no especificado [302.9]» (*DSM IV*, p. 551). Pero lo patológico no es la orientación en sí, sino el malestar por la misma. Por lo tanto podemos deducir que la tarea del profesional de la salud mental no es cambiar la orientación, sino disminuir el malestar.

Habrà quien alegue que, a pesar de todo, es «antinatural». Antes se utilizaba el ejemplo de los animales, para explicar que la naturaleza era heterosexual, pero en la actualidad el argumento no tiene sentido ante la comprobación de comportamientos homosexuales entre ellos. Si el argumento de que lo que es natural (sutilmente identificado con «lo correcto») en el tema sexual es la heterosexualidad porque permite la reproducción,

podríamos decir que los métodos anticonceptivos y el celibato son más antinaturales que la homosexualidad: no parece que haya animales que utilicen preservativos, se hagan ligaduras de trompas o sean célibes. Pero, a mi juicio, la plasticidad del ser humano le permite no quedarse encerrado en los límites de una biología concebida con la rigidez de otras especies. Y por otro lado, desde nuestra «naturaleza» como especie, ciertamente necesitamos de los actos heterosexuales para sobrevivir. Pero lo que es cierto como colectivo de humanidad no tiene por qué verificarse en cada uno de los individuos que la componen, y ello permite un grado de libertad en el que cada persona dispone de sí misma en congruencia con su experiencia interior y su propia identidad. Flaco servicio haríamos si pretendiéramos usar como patrón de referencia para la conducta del ser humano el de los otros animales. Y sería injusto, hipócrita y ridículo que en un mundo plagado de anticonceptivos y metralletas quisiéramos imponer precisamente a los homosexuales la tarea de salvar la especie mediante su contribución en la reproducción.

Hacen bien los gays, a mi juicio, en autoafirmarse y tomar con humor las diferentes especulaciones de unos y otros, como hacía la manifestación norteamericana que se paseaba con camisetas que llevaban la inscripción «Xq28. Gracias, mamá», a raíz de la difusión de las afirmaciones sobre el origen genético de la homosexualidad masculina, en base a una diferencia en la zona denominada Xq28, vinculada a la herencia materna (Hamer et al, 1993). A la mayoría de ellos, según mi experiencia, no les importa tanto por qué son homosexuales (y pueden vivir con mucho recelo las diferentes hipótesis que se barajan por la sensación de que en cualquier momento les puede caer un sambenito de patología), sino cómo vivir en forma sana su homosexualidad.

Por otra parte, y en consonancia con los apartados anteriores, también se puede alegar que en los que se llaman homosexuales y en realidad son primariamente homoeróticos, hay que desmontar su falsa identidad de homosexuales, que es una adaptación. Yo me pregunto ¿y no es también adaptación la de tantos heterosexuales que se buscan como pareja a una mujer o un hombre que tienen los mismos comportamientos que su madre o su padre respectivos? Y, sin embargo, a nadie se le ocurre pensar que en la psicoterapia, aunque ellos no lo pidan, haya que enfocar ese tema para desmontar su elección. Sean cuales sean los condicionantes que llevan a una persona a elegir como opción la homosexualidad, la persona es homosexual ante todo y sobre todo porque ella se experimenta como tal, y elige seguir experimentándose con esa identidad y es en torno a ella como se ha construido. ¿Cómo nos sentiríamos si llegara alguien que pretendiera llamarnos por un nombre diferente del nuestro, diciendo que ha averiguado que éste no es legal porque el secretario del Juzgado que nos inscribió se equivocó y nos inscribió con otro distinto? ¿Aceptaríamos ser llamados por el nuevo nombre, o más bien diríamos que el nuestro real es el que siempre hemos usado, aunque no sea el legal y oficial? Las estadísticas muestran, por otra parte, que no es una elección que comporte un equilibrio psicológico más frágil que el del heterosexual, a pesar de que estaría justificado por el mayor estrés que la hostilidad social le hace soportar como colectivo.

Por mi parte entiendo que se trata, independientemente de la orientación sexual del sujeto, de atender las demandas de la persona que acude a terapia. En el caso de los homosexuales que he conocido, directamente o a través de otros compañeros, no he sabido de ninguno que solicitase de entrada un cambio de orientación sexual como objetivo de la terapia. Sí, algunas veces, han solicitado clarificación para poder identificarse con una opción u otra. Y sí han tenido dudas acerca de su orientación sexual y se han preguntado el por qué, casi todos, en un momento dado a lo largo del proceso. Es en esas situaciones donde el terapeuta podrá ayudar a la persona a distinguir qué clase de necesidades y tendencias están en juego para poder elegir con lucidez y con

derecho a buscar, más que la homo u heterosexualidad por sí mismas, la opción que le aparezca más egosintónica y que le enriquezca más como persona. A veces, en el transcurso de la terapia, vivirán la homosexualidad como una adaptación patológica a los deseos inconscientes de sus padres (o la visión que de ellos tiene como niño o niña) para obtener su afecto y elegirán cambiar su pauta sexual. Otras, preferirán continuar dentro de la pauta homosexual, porque la experimentan más auténticamente suya, fuere cual fuere el origen. El terapeuta, a nuestro juicio, tendrá la tarea de un observador estimulante, respetuoso y vigilante de que no se cuelen en la elección elementos masoquistas de automarginación cuando la elección es la de homosexualidad, ni de represiones conformistas en el caso de la heterosexualidad.

Mas cuando la identidad está consolidada y el individuo está satisfecho con ella, la tarea del terapeuta, a mi juicio, no es tanto el cuestionar cómo llegó allí, sino ayudarle en el logro de los objetivos que desde esa identidad se ha marcado, con todo derecho. Entre ellos estarán seguramente algunos relacionados con la intimidad. El proceso terapéutico se orienta entonces a la consecución de aquellas cualidades de autoestima, aceptación de límites, perseverancia, expresividad, benevolencia y confianza, que facilitan el disfrute de la intimidad afectiva. La revisión de la perturbación en la intimidad con el progenitor del mismo sexo y el papel del otro progenitor, formarán parte del desarrollo de la psicoterapia, para poder confrontar las devaluaciones vividas, las distorsiones y desconfianzas respecto a su valía como hombre o mujer adultos y asumir la propia historia desde una perspectiva madura. La ventaja de esta revisión consistirá en que este nuevo enfoque contribuirá seguramente a despedirse de la inútil búsqueda del cariño y apoyo que no se recibió en la infancia a través de su pareja, liberando a ésta de su tarea reparadora y de la proyección en ella del padre o la madre idealizados que el otro no es, y de la dimensión cósmica que toman, en consecuencia, las dificultades que surgen en la relación.

Por suerte, en casi todos los casos el terapeuta se verá gratamente estimulado por la superior sensibilidad, conocimiento del mundo afectivo y capacidad de introspección que suele caracterizar a los homosexuales.

En bastantes casos se impondrá la revisión de rasgos narcisistas (en los varones) o dependientes (en parte de las mujeres) que impiden la verdadera intimidad (en cualquiera de los dos casos sólo hay sitio para uno en la relación). Isay (1989) señala, a propósito del narcisismo masculino, la dificultad que para la relación íntima se deriva de una madre que entendió al niño como prolongación de sí misma, con la rabia consiguiente del niño, al ver anulados sus esfuerzos por independizarse. Esa rabia derivará en un masoquismo auto-destructivo que le llevará a buscar relaciones en las que el que le ofrece apoyo y gratificación se convierte en objeto de desprecio y ridiculización; y también buscará relaciones humillantes con hombres, que le recuerden el rechazo paterno. Además, en torno al núcleo narcisista, a veces –especialmente en los afeminados– han desarrollado rasgos histriónicos de pequeños, como medio de llamar la atención paterna. Será un momento de trabajar con la agitación interna y con la capacidad de confiar en su realidad profunda, más allá de las superficies más o menos llamativas. En el caso de las mujeres habrá que luchar con sus sentimientos de depresión y desesperación tras los fracasos en la pareja y sus dificultades de autoestima y desconfianza hacia sí mismas.

En casi todos los casos de terapia con un/una homosexual constituirá el centro nuclear del proceso la aceptación de sí mismos como personas totales reales (no ideales) con los valores propios de su sexo que no necesitan buscar en los compañeros o compañeras en los que los están proyectando. Sólo así, desde su percepción como personas íntegras podrán vivir con otra persona concreta (no hecha de proyecciones idealizadas) una

intimidad gratificante y personalizada que les permitirá evolucionar hacia una generatividad rica, amorosa y creativa, que no necesita ser biológica, y de la que tan necesitados estamos socialmente.

Los heterosexuales, pueden tomar nota, porque también estos procesos proyectivos se dan fuera de la homosexualidad como deseo de posesión de los valores del sexo contrario a través de la persona a quien creen amar. Sólo desde la aceptación en sí de los valores del otro sexo pueden también encontrarse con un otro real/ que no necesita simbolizar a nadie más que a sí mismo.

Referencias bibliográficas

- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, WASHINGTON, D. C. (1994), *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM IV*. [Trad. cast.: *DSM IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Barcelona: Masson, 19.
- BADER, E. - PEARSON, P., (1983), «The Developmental stages of couplehood», *Transactional Analysis Journal*, XIII, 28-32.
- BECK, A., (1988), *Love is never enough*. New York: Harper & Row [Trad. Cast.: *Con el amor no basta*, Barcelona: Paidós, 1990].
- BERNE, E., (1964), *Games people play*, New York: Grove Press Inc. [Trad. Cast.: *Juegos en que participamos*, México: Diana, 1966].
- (1979), *Sex in human love*, Beverly Hills: National Bank [Trad. Cast: *Hacer el amor*, Barcelona: Luis Porcel, 1980.
- BOSCH, G., (1994), «... y viceversa», *Lambda XVI*, 17, p. 47.
- DANNA, D., (1994), *Amiche, compagne, amanti. Storia dell'amore tra donne*, Milano: Arnoldo Mondadori Editore S. p. A.
- DOLTO, F., (1988), *Quand les Parents Se Séparent*, París: Editions du Seuil [Trad. Cast.: *Cuando los padres se separan*, Barcelona: Paidós, 1989].
- DOWNS, C. - HILJE, E. S., (1991), «Reassessment of the Miller Social Intimacy Scale: use with mixed and same-sex dyads produces multidimensional structures», *Psychological reports*, 69, 991-997.
- ERICKSON, E. H., (1982), *The Life Cycle Completed. A review*, New York - London: W. W. Norton & company [Trad. Cast.: *El ciclo vital completado*. Buenos Aires: Paidós, 1985].
- FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M., (1981), «Psicología y homosexualidad», en VIDAL, M. - FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M. *et al.*, *Homosexualidad. Ciencia y conciencia*, 49-70, Santander: Sal Terrae.
- FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M. - VIDAL, M., (1981), «Aclaraciones fundamentales. Nombre, definición, tipos y normalidad», VIDAL, M. - FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M. *et al.*, *Homosexualidad. Ciencia y conciencia*, 9-18, Santander: Sal Terrae.
- GORBEÑA, S., (1994), *Motivaciones para la intimidad*, Curso dictado oralmente correspondiente al tercer ciclo de la Universidad de Deusto.
- GUR, R., (1995), «Cerebro. Mujeres. Por qué son diferentes», *Cambio 16*, 1212, 16s.
- HAMER, D., HU, S., MAGNUSON, V. L., HU, N., PATTATUCCI, A. M. L., (1993), «A linkage between DNA markers on the X chromosome and male sexual orientation», *Science*, 261, 321-327.
- HORNEY, K., (1937), *The neurotic personality of our time*, New York: W. W. Norton & Co. [Trad. Cast.: *La personalidad de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Paidós 1974 (12ª ed.).

- ISAY, R. A., (1989), *Being homosexual. Gay men and their development*, USA: Parrar, Straus & Giroux, Inc. [Trad. Italiana: *Essere omosessuali*, Milán: Raffaello Cortina Ed., 1996.
- JANOV, A., (1970), *The primal scream*, New York: Vintage Books [Trad. Cast.: *El grito primal*, Barcelona: EDHASA, 1979.
- JOHNSON, M. M., (1955), *Instrumental and expressive components in the personalities of women*, Tesis doctoral no publicada. Radclife, cit. en SHERMAN, J. A., (1971) *On the psychology of women. A survey of empirical studies*, Springfield: Charles C. Thomas [Trad. Cast.: *Psicología de la mujer*, Madrid: Marova, 1978].
- , (1963), «Sex role learning in the nuclear family», *Child Development*, 34, 319-334.
- KERNBERG, O., (1995), *Love Relations. Normality and Pathology*, New Haven - London: Yale University Press [Trad. Cast.: *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*, Buenos Aires: Paidós, 1995.
- KYNSEY, A. - POMEROY, W. - MARTÍN, C. E., (1948), *Sexual behavior in the human male*, Filadelfia: W. B. Saunders [Trad. Cast.: *Conducta sexual del varón*, México: Ed. Interamericana, 1949].
- , (1953), *Sexual behavior in the human female*, Filadelfia: W. B. Saunders [Trad. Cast.: *Conducta sexual de la mujer*, Barcelona: Siglo XXI 1967].
- LE VAY, S., (1991), «A difference in the hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men» *Science*, 253, 1034-1037.
- LEPP, I., (1964), *La comunicación de las existencias*, Buenos aires: Carlos Lohlé.
- MC ADAMS, D. P., (1983), «Manual de Evaluación del Motivo de Intimidad», GORBEÑA, S., (1994), *Motivaciones para la intimidad*, Curso dictado oralmente correspondiente al tercer ciclo de la Universidad de Deusto, 1994.
- MOURSUND, J., (1985), «Contact, intimacy and need», *Transactional analysis journal* VI, 1, pp. 61-68.
- ORBACH, S. - EICHENBAUM, L., (1987), *Bittersweet*, Londres: Century Hutchinson [Trad. Cast.: *Agridulce*. Barcelona: Grijalbo, 1988].
- SCHELLENBAUM, P., (1991), *Homosexualität im Mann*. Múnaco: Kösel Verlag [Trad. It.: *Tra Uomini*, Como: Edizioni di rec. studio redazionale, 1993.
- STERNBERG, R. J., (1988), *The triangle of love: intimacy, passion, commitment*, New York: Basic Books [Trad. Cast.: *El triángulo del amor. Intimidad, pasión y compromiso*. Barcelona: Paidós].
- TANNEN, D., (1990), *You just don't understand*, William Morrow and Company Inc. [Trad. Cast.: *Tú no me entiendes*, Buenos Aires: Javier Vergara, 1991.

Cristianismo y homosexualidad

Introducción

Cuando se escriba la historia del siglo que está próximo a su fin, se subrayará sin duda, como una de sus características más significativas, la llamada, de acuerdo con el título de la obra de W. Reich, «revolución sexual»[1]. Un factor básico que ha desencadenado esta revolución es la aparición, ahora hace 35 años, de los anovulatorios, que ha venido acompañada por una gran difusión de otros métodos anticonceptivos que han permitido que la humanidad, por vez primera en su historia, haya podido dissociar sexualidad y reproducción.

Sin embargo no ha sido solamente la disponibilidad de anticonceptivos baratos, sencillos y eficaces, lo que ha originado la revolución sexual, sino que han confluído otros muchos factores en este importantísimo cambio social que se ha operado en el último tercio del siglo XX: los nuevos roles de la mujer, la creciente conciencia de la libertad humana, el influjo de los medios de comunicación y su recurso a la genitalidad como medio de propaganda... Pero nos parece, entrando ya en el tema al que dedicamos este capítulo, que debe subrayarse también la gran importancia de las investigaciones en las ciencias humanas que han permitido un conocimiento muy superior acerca de la sexualidad humana, menos cargado de falsos tabúes y de prejuicios injustificados.

En este contexto debe situarse la que podríamos llamar, de forma similar, «revolución homosexual»: en un clima de mayor libertad, las personas homosexuales han aparecido ante el gran público y comienzan a afirmar su condición, algo que era absolutamente insospechado hace pocos años. El considerado «vicio secreto» se ha comenzado a manifestar públicamente; son muchas más las familias que saben que uno de sus miembros es homosexual y se valoran más las actitudes humanas presentes en las personas con esa condición. De forma gradual, aunque sin duda queda mucho por avanzar, se tiende menos a considerar al homosexual como un «perverso», se van desvaneciendo las actitudes homófobas –de miedo y rechazo instintivo ante el homosexual– y se está llegando a una visión al menos neutra de esa condición. El mismo uso de la expresión «condición homosexual» refleja una aproximación más libre de prejuicios negativos hacia tales personas.

Por otra parte, las ciencias humanas, como lo muestran otros capítulos de este libro, nos están hablando de la complejidad del hecho homosexual y de su resistencia a condenarse en un concepto unívoco, de su enraizamiento estructural en las personas afectadas, de la casi imposibilidad de una reorientación de esa condición... todos estos hechos obligan, como mínimo, a repensar la valoración ética de ese comportamiento y a reestudiar la moral católica sobre una situación que probablemente afecta a un 5% de las personas[2]. Éste es el objetivo que nos proponemos en este capítulo.

El mensaje bíblico sobre la homosexualidad

Ante todo debe recordarse que la Biblia no es primariamente un código ético, sino que es el mensaje salvífico de un Dios que sale al encuentro del hombre en la historia y que culmina con la encarnación de la Palabra del mismo Dios. También es verdad, sin embargo, que el encuentro del ser humano con Dios hace que surja en él la misma pregunta que los primeros creyentes hicieron a los apóstoles el día de Pentecostés:

«Hermanos, ¿qué tenemos que hacer?» (*Hch 2, 37*). Esta pregunta es el arranque de toda ética que brota de la revelación de Dios manifestada en Jesús de Nazaret.

Ciertamente la Biblia contiene numerosas referencias éticas, pero nos parece importante subrayar que las exigencias que se presentan no se centran primariamente en el ámbito de la sexualidad, sino que el verdadero centro de gravedad se sitúa en una adecuada relación con el único Dios y en la justicia interhumana. Es lo que expresará Jesús al afirmar los dos mandamientos principales de la ley y al subrayar la identidad entre los dos preceptos del amor a Dios y al prójimo.

En contra de lo que suelen afirmar numerosas personas, la tradición bíblica no es hostil hacia la sexualidad humana. Los relatos de la creación del libro del *Génesis* no recogen el mito andrógino –que expresa Platón[3] y que aparece igualmente en otras culturas– sino que presenta al ser humano que nace sexuado de las manos del Creador; más aún, la dualidad de los sexos es la que parece realizar la semejanza del ser humano con Dios. El hombre Adán supera su soledad gracias al encuentro con la mujer Eva. En el conjunto del mensaje bíblico –salvo ciertas inflexiones en el libro del Levítico y en algunas pocas afirmaciones de los escritos paulinos– no hay una obsesión por el tema sexual, como si se tratase del primer y fundamental mandamiento. Tampoco hay en la Biblia, por otra parte, una visión ingenua y «naturista» acerca de la sexualidad: hay una conciencia, que expresa paradigmáticamente la historia del pecado del rey David (*2Sm, 11*), de que esa dimensión está impregnada de la misma ambigüedad que afecta toda la condición humana, pero sin que constituya un ámbito especialmente amenazador o sospechoso. Puede afirmarse que predomina en la Biblia una visión sana, positiva y no problemática de una dimensión del ser humano que ha sido creada por Dios.

En este contexto deben integrarse los pocos textos bíblicos que se relacionan con la homosexualidad. Suelen citarse seis, tres en el Antiguo y otros tantos en el Nuevo Testamento, que pasamos ahora a estudiar[4].

Lv 18, 22 y 20, 13

«No te acostarás con un hombre como con mujer. Es una abominación»; «Si uno se acuesta con un hombre como con mujer, ambos cometen una abominación. Son reos de muerte. Caiga su sangre sobre ellos» Se trata de dos leyes que pertenecen a la Ley de Santidad y que condenan solamente la homosexualidad masculina. varios autores consideran llamativa la repetición de la expresión «como se hace con mujer», que parece indicar que ese comportamiento sexual pasivo conlleva algo degradante para el sexo masculino. El castigo que se impone es la pena de muerte[5]. Algunos autores consideran que se trata de una mera prohibición cültica. Sin embargo, todo el contexto lleva a afirmar que se trata de una verdadera descalificación del comportamiento homosexual masculino, sin que se cite el lesbianismo.

También pueden citarse en este contexto *Dt 22, 5* y *23, 18-19*: «La mujer no llevará artículos de hombre ni el hombre se vestirá con ropas de mujer, porque el que así obra es abominable para el Señor, tu Dios»; «No habrá prostitutas sagradas entre los israelitas ni prostíutos sagrados entre los israelitas». Son textos pertenecientes al núcleo más antiguo del Deuteronomio, que condenan las prácticas homosexuales y de travestismo en relación con los cultos cananeos de la fecundidad, que incluían la prostitución sagrada.

Gn 19, 1-28 (y su paralelo Jc 19, 22-30).

Es el conocido texto de Sodoma, que ha originado el término «sodomía» para referirse al pecado homosexual. Esta narración tiene un significado etiológico: pretende dar una explicación de la destrucción de algunas ciudades y de la existencia de la gran

depresión, carente de vida, del Mar Muerto. ¿Cuál fu el pecado de los habitantes de Sodoma al pretender penetrar por la noche en la casa del advenedizo Lot y «conocer» a los huéspedes que el sobrino de Abraham había acogido? La interpretación más frecuente de este texto ha sido la de considerar que el pecado de los habitantes de Sodoma fue la homosexualidad. Sin embargo, hoy existe una importante corriente que afirma que el pecado de los sodomitas fue la violación de la ley de la hospitalidad, de tanta relevancia en los pueblos primitivos[6]. Se ha dado también la interpretación, relacionada con la Gnosis, de que el pecado de los habitantes de Sodoma fue el de desear una «carne diferente» –ya que los invitados de Lot aparecen, a veces y dentro de una narración confusa, como «ángeles»–; sin embargo, esta interpretación no puede aplicarse a la narración de *Jueces* 19.

No podemos ahora, dentro de los límites de este trabajo, extendernos con amplitud sobre este debate. No obstante, es significativo resaltar que las alusiones a este pasaje, presentes en otros textos bíblicos, no expresan el significado homosexual del pecado de Sodoma (*Is* 1, 10; 3, 9; *Jr* 23, 14; *Ez* 16, 49; *Eclo* 16, 8; *Sab* 10, 8; 19, 14; *Jds* 6-7; *2Pe* 2, 4, 6-10). La interpretación homosexual surge en la literatura intertestamentaria del siglo I a.C.. En favor de esta interpretación se cita, sobre todo, el hecho de que Lot, para evitar el abuso de sus huéspedes, ofrece la entrega sexual de sus propias hijas a los habitantes de Sodoma. Por el contrario, se insiste en que el verbo hebreo «yadá» –traducido por «conocer»– sólo tiene una connotación sexual, al margen de los textos que estamos comentando, en 16 de las 822 veces que se utiliza en la Biblia y siempre se refiere a la relación heterosexual. De ahí que se interprete este relato subrayando que Lot era un advenedizo, un meteco, y que, por ello, era peligroso que alojase a gente extraña en su casa, a los que los sodomitas deseaban «conocer», es decir, cerciorarse de quiénes eran. Desde nuestro punto de vista, coincidimos con la opinión compartida personalmente con José Ramón Busto que aún ambas interpretaciones: el pecado de los sodomitas fue una violación de la ley de la hospitalidad, que se manifestó en el deseo de abusar sexualmente de los invitados de Lot.

Rm 1, 26-27

San Pablo aborda el tema de la homosexualidad en el contexto de la tesis general de su gran carta a la comunidad de Roma: ni los judíos, ni los paganos pueden encontrar su salvación fuera de Jesucristo[7]. Al referirse a los paganos, san Pablo resalta dos actitudes que eran especialmente hirientes para una mentalidad judía: la idolatría y la homosexualidad. Éste es el único texto bíblico en que se condena el lesbianismo –«Sus mujeres sustituyeron las relaciones naturales con otras antinaturales» aunque alguna opinión minoritaria considera que se refiere a la condena de actos no naturales dentro de la relación heterosexual. Igualmente se condena la homosexualidad masculina: «dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en deseo mutuo, cometiendo infamias hombres con hombres».

Nos parece importante añadir tres precisiones sobre este texto. En primer lugar, refleja el concepto estoico de ley natural, que vuelve a parecer en *Rm* 2, 13-14 y que tanta relevancia ha tenido en la aproximación eclesial al tema de la homosexualidad; en segundo lugar, el interés central de san Pablo en este texto no es la condena ética de la homosexualidad, sino la afirmación de que el mundo pagano no encuentra la salvación fuera de Jesucristo. Finalmente, san Pablo parece entender que el comportamiento homosexual procede de una persona heterosexual que *abandona* el uso natural de la mujer, por lo que no se refería a una verdadera *condición* homosexual.

1Co 6, 9; 1Tm 1, 10

«No sigáis engañados: ni fornicarios ni idólatras ni adúlteros ni *afeminados* ni *homosexuales*, ni ladrones ni avaros ni borrachos ni calumniadores ni explotadores heredarán el reino de Dios»; «la ley no se dicta para los honrados, sino para rebeldes e insumisos, impíos y pecadores, irreligiosos y profanadores, parricidas y matricidas, asesinos, fornicarios e *invertidos*, secuestradores, estafadores, perjuros...». Los términos griegos utilizados son *malakoi* y *arsenohoitai*. Este último aparece dos veces. *Malakós* significa literalmente blando y, en sentido figurado, desidia, falta de control... Es discutible su traducción por «afeminado». En la patrística griega se utiliza para referirse a la conducta disoluta en general y, en ocasiones, a actividades sexuales concretas, pero no a la homosexualidad como tal. Tampoco el término *arsenokoitai* era el habitualmente utilizado para referirse en griego a los comportamientos homosexuales, para los que se recurría a otros como *paidesrestés*, *pallakós*, *kínados*, *arrenomanés*, *paidoforos*... por lo que puede pensarse que, si san Pablo hubiese querido referirse a dicho comportamiento, hubiese utilizado uno de los términos citados[8].

A los textos que acabamos de explicar debe añadirse el pasaje de la creación de la pareja humana, tal como viene descrita en los dos relatos del *Génesis*. Indiscutiblemente, el plan creador de Dios culmina en la pareja heterosexual, que recibe la bendición de Dios estrechamente unida a la procreación.

Los textos que acabamos de reseñar son los utilizados por el Magisterio y la enseñanza de la Iglesia en su aproximación reciente al hecho de la homosexualidad. En resumen, puede afirmarse que hay únicamente tres textos bíblicos que condenan claramente la homosexualidad, los dos del Levítico, que se refieren exclusivamente a la masculina, y el de la carta a los Romanos, que incluye también la femenina. Existe la polémica, antes citada, sobre el significado homosexual del pecado de Sodoma, Y aún menos claros los dos textos de las otras dos cartas de san Pablo. Es relevante subrayar igualmente que los textos bíblicos se refieren al comportamiento homosexual y que no reflejan la existencia de una condición homosexual no elegida.

La tradición de la Iglesia

En todo el actual debate sobre la crisis medioambiental son varios los autores que responsabilizan de ese problema a la tradición judeocristiana. De forma equiparable, también se culpabiliza al cristianismo de responsabilidad de las actitudes homófobas vigentes en la cultura occidental, a diferencia de otras culturas indulgentes y permisivas con el comportamiento homosexual, como indican en su obra clásica Beach y Ford[9]. Así lo afirma también E. Westermarck, para el que la legislación romana contra la homosexualidad «permaneció dormida durante siglos... Pero cuando el Cristianismo se convirtió en la religión del Imperio Romano, comenzó una verdadera cruzada contra aquella»[10]. Ideas similares aparecen en autores como G. R. Taylor[11] y A. Kinsey[12]. D. S. Bailey, en la obra a la que enseguida haremos amplia referencia, resume así esta acusación: «Se ha asegurado no infrecuentemente que el fanatismo y el oscurantismo religiosos han sido los principales responsables del antagonismo hacia los homosexuales, que ha sido un rasgo de la actitud del Occidente... Es lugar común afirmar que la discriminación existente contra los homosexuales es residuo del barbarismo y la beatería eclesiástica. En apoyo de ello, se alega habitualmente que la Iglesia Medieval persiguió constante y despiadadamente con un celo furioso a aquellos que condescendían (o se creía que condescendían) con actos homosexuales... y que, por esta actitud general, se hizo imposible el cultivo de una actitud más liberal y de sentimientos más humanos»[13].

Sin embargo, los estudios del mismo Bailey y los más recientes de John Boswell[14] llegan a conclusiones más matizadas, que pueden sintetizarse en las siguientes afirmaciones:

1. La actitud de Occidente está condicionada por factores múltiples: Ciertamente influyen los textos bíblicos –más el pasaje de Sodoma que los textos del *Levítico* o de la *Carta a los Romanos*–. También lo hacen los juristas romanos que, ya antes de Constantino, consideraban la sodomía, especialmente con niños, como delito capital[15]. Taylor insiste en el carácter patriarcal de la cultura occidental y añade que estas culturas, a diferencia de las matriarcales, tienden a ser autoritarias, represivas, subordinadoras de la mujer y manifiestan un marcado rechazo ante la homosexualidad. Tales sociedades aceptan mejor la fornicación y el adulterio que el comportamiento homosexual.
2. Se da una relevancia menor al lesbianismo: En la Biblia únicamente lo cita la *Carta a los Romanos* y esa práctica tiene poco relieve en la literatura medieval y canónica. La razón de esta inconsecuencia puede estar en el hecho de que en la homosexualidad masculina hay algo degradante para el varón, más aún, para la misma condición masculina: la asunción del rol sexual femenino y pasivo –algo que parecen insinuar los textos del *Levítico*. Al mismo tiempo, la homosexualidad masculina, al llevar consigo la emisión de semen, aparece especialmente inmoral de acuerdo con las teorías precientíficas –que tendrían gran relevancia hasta el preformismo– que creían que el nuevo ser ya estaba prefigurado en la aportación germinal masculina.
3. Toda la tradición de la moral sexual de la Iglesia ha estado marcada por la distinción entre los pecados *contra/secundum naturam*, que ya se insinuaba en el texto de la *Carta a los Romanos*. Lo que diferencia el carácter natural o innatural de la actividad sexual es la apertura a la procreación que, lógicamente, no está presente en la relación homosexual[16]. Por ellos la homosexualidad masculina aparece como un pecado mayor, *vitium nefandum*, que la inmoralidad en la relación heterosexual. La prostitución o la fornicación proclaman la virilidad del hombre; la condenará el moralista, pero el varón que practica aquéllas no es un afeminado. Por ello, la homosexualidad es condenada con mayor fuerza que el adulterio.
4. La homosexualidad aparece como signo especialmente relevante de decadencia moral: ya lo refleja la *Carta a los Romanos* y San Agustín continúa esta línea. Se tiende a convertir a la homosexualidad en una especie de macho cabrío sobre la que se vuelcan las causas de la decadencia moral y que, a su vez, origina los grandes males para la sociedad –no se olvide que el pecado de Sodoma llevó aparejada la destrucción de las ciudades pecadoras...
5. La tradición eclesial no ha distinguido entre «inversión» y «perversión». Dicho con otras palabras, no fue conciente –¡ni podía serlo!-- de que la homosexualidad es una condición y no una consecuencia de una elección. Es verdad que algunos Penitenciales y escritores medievales, distinguían diferentes tipos de pecados homosexuales, de mayor o menor gravedad, pero la convicción, presente en san Pablo o en santo Tomás de Aquino, era que la caída en actos homosexuales expresaba que una persona era depravada. Al mismo tiempo, la homosexualidad fue valorada desde una perspectiva exclusivamente genital, sin reflejar las resonancias interpersonales y afectivas implicadas.
6. La Tesis de la obra de Boswell es que los homosexuales existieron en la sociedad medieval occidental, sin ser perseguidos de forma significativa, existiendo una subcultura gay que era tolerada. Será a partir del siglo XIII, cuando se acentúa la tendencia a la uniformidad en las sociedades cristianas europeas y el fortalecimiento de las autoridades religiosa y civil, junto con una fuerte reacción contra los

albigenses, a los que se acusaba de practicar la sodomía y delitos contra natura. Se inicia así una dura persecución contra los homosexuales, así como contra otros grupos minoritarios, como los judíos[17].

7. La última obra de Boswell presenta una aceptación de las amistades entre personas del mismo sexo, incluso con la existencia de rituales para la celebración de la unión. Cita, por ejemplo, un «oficio de unión entre personas del mismo sexo», en que invocando a los santos Felipe y Bartolomé, Sergio y Baco, se ora así: «Bendice a tus siervos N. y N., no unidos por naturaleza... Y (concédeles) amor recíproco y que permanezcan libres de odio y escándalo...[18].

La enseñanza de la Iglesia Católica

Las recientes tomas de postura de la Iglesia sobre la homosexualidad se inscriben en un doble contexto[19]. Por una parte, no puede negarse que en torno al Vaticano II surge en la teología y en la enseñanza eclesial una nueva perspectiva en la valoración de la sexualidad, que hace más justicia a la riqueza de significados presentes en esta dimensión humana. Sin embargo, ese nuevo horizonte no afecta al tema de la homosexualidad hasta que aparece la Declaración *Persona Humana* (1975). Al mismo tiempo, la fuerza de los movimientos gays, especialmente en E. E. U. U., llevan a la pastoral eclesial a afrontar esta problemática y a la creación de cauces pastorales para la aproximación a las personas homosexuales.

Hasta 1975 seguía, pues, en alguna forma vigente la aproximación a la homosexualidad presente en los Manuales de Teología Moral, que se utilizaban todavía en los años anteriores al Vaticano II. Cifrándonos a uno de los Manuales, el de Merkelbach, la homosexualidad formaba parte de los pecados *contra naturam*, que repugnan «al orden y al modo instituidos por la naturaleza en el acto venéreo hacia la generación, hacia el cual está únicamente ordenado por la naturaleza». Dentro de estos pecados antinaturales, el más grave es la *bestialitas* –relación sexual con animales– apareciendo inmediatamente después la sodomía[20]. Es un pecado execrable, *vitium nefandum*, subrayándose que los animales no lo hacen regularmente[21].

La Declaración *Persona humana* de la Congregación para la Doctrina de la Fe (1975) aborda tres temas de moral sexual: la masturbación, las relaciones prematrimoniales y la homosexualidad[22]. Al tratar este último tema, el documento hace una distinción «que aparece con algún fundamento» entre dos tipos de homosexualidad: «la que procede de una falsa educación, de falta de desarrollo sexual normal, de hábito adquirido, de mal ejemplo y otras causas semejantes», a la que califica de «transitoria o, al menos, curable» y, por otra parte, la homosexualidad definitiva «a causa de cierto instinto innato o constitución patológica que se suponen incurables». Por eso no puede decirse que «todos cuantos padecen esta anomalía son personalmente responsables de ella». Según la Declaración *Persona humana*, al referirse a esa homosexualidad definitiva, es donde surgen voces que justifican las relaciones homosexuales «dentro de una sincera comunión de vida y amor análoga al matrimonio, en la medida en que estos homosexuales se sienten incapaces de soportar una vida en soledad».

Persona humana considera que tal postura se encuentra en oposición a «la enseñanza constante del magisterio y al sentido moral del pueblo cristiano», si bien afirma que debe proporcionarse a los homosexuales un tratamiento pastoral comprensivo y actuarse con prudencia al juzgar su responsabilidad, pero afirmando taxativamente que «no se puede aplicar ningún método pastoral que justifique moralmente estos actos sobre la base de que estarían de acuerdo con la condición de estas personas», ya que «los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados y en ningún caso pueden aprobarse»,

de acuerdo con los textos bíblicos antes citados y por el hecho de carecer de la finalidad esencial inscrita en la sexualidad humana.

La misma Congregación para la Doctrina de la Fe aborda de nuevo el tema en la *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales* (1986)[23]. La Congregación considera que, a raíz de *Persona humana*, han surgido «interpretaciones excesivamente benévolas de la condición homosexual misma, hasta el punto de que alguno se atrevió incluso a definirla indiferente o, sin más, buena». En contraposición a esta opinión, la Carta afirma taxativamente: «La particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, constituye sin embargo una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada». Ésta es, sin duda, una afirmación importante de este documento, muy mal recibida en amplios sectores gays[24].

La Carta se sitúa en la línea de *Persona humana*, abordando específicamente el tema del trato humano y pastoral de la colectividad homosexual. Por ello, deplora que las personas homosexuales hayan sido objeto de «expresiones malévolas y de acciones violentas», afirmando que «la dignidad propia de toda persona siempre debe ser respetada en las palabras, en las acciones y en las legislaciones». Pero, al mismo tiempo, se opone a la fuerte presión existente, aun dentro de la Iglesia, para modificar la legislación civil en materia de homosexuales, llevando a considerar aceptable la postura de personas «que no tienen intención alguna de abandonar su comportamiento homosexual». Finalmente, la Carta afirma con rotundidad que, «ningún programa pastoral auténtico podrá incluir organizaciones en las que se asocien entre sí personas homosexuales, sin que se establezca claramente que la actividad homosexual es inmoral».

Por último debe hacerse referencia al *Catecismo de la Iglesia Católica*, que dedica tres números, 2357-59, a la homosexualidad, subrayando la existencia de sus diversas formas y que «su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado». La postura católica se apoya en los textos bíblicos y en la tradición. Expone sucintamente la triple argumentación por la que se condenan los actos homosexuales: «son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual». El *Catecismo* repite la aproximación positiva pastoral hacia estas personas afirmando que «no eligen su condición homosexual; ésta constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba», por lo que «deben ser acogidas con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará... todo signo de discriminación injusta». Finalmente insiste en que «están llamadas a la castidad».

Como resumen de estos documentos de la Iglesia Católica, pueden subrayarse los siguientes aspectos:

1. La condición homosexual, en sí misma, no aparece descalificada, aunque la *Carta a los Obispos* la considera «objetivamente desordenada», por llevar a un comportamiento moral no aceptable. El *Catecismo* no recoge este aspecto de la *Carta*. En todo caso, se descalifican claramente los actos homosexuales, aunque se insiste en la prudencia en su valoración.
2. Esta postura de la Iglesia aparece fundamentada en la Biblia, afirmándose la validez probatoria de los textos escriturísticos antes citados, algo que no aparece con tan nítida claridad en las actuales discusiones exegeticas.
3. El *Catecismo* expresa claramente los tres argumentos en que se justifica la condena de los actos homosexuales, basándose en la tradición eclesial y en la ley moral: su carácter no natural, la falta de complementariedad afectivo-sexual y de apertura a la transmisión de la vida.

4. Las tomas de postura eclesiales insisten en la necesidad de actitudes de comprensión y de no-discriminación hacia las personas homosexuales, subrayando, al mismo tiempo, que nunca debe darse a la unión entre personas del mismo sexo un rango equiparable al de las parejas heterosexuales.
5. Especialmente la *Carta a los Obispos* insiste en que se tienen en cuenta las aportaciones de las ciencias humanas en relación con el tema de la homosexualidad. Nos parece, sin embargo, que esta afirmación no está suficientemente justificada.
6. Un tema que ha surgido en los últimos años es el de los derechos sociales de las personas homosexuales y el intento de conferir un contenido más amplio a los conceptos de «matrimonio» y «familia», de tal forma que esos términos puedan aplicarse a las parejas homosexuales[25]. Este debate ocupó un lugar importante en las discusiones y documentos en torno a la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo[26]. Ahí se inscribe, igualmente, el debate sobre la adopción de niños por parte de las parejas homosexuales. Las tomas de postura de la Iglesia sobre este tema, sobre el que volveremos más adelante, al mismo tiempo que están abiertas al reconocimiento de ciertos derechos de dichas parejas, sin embargo se oponen a su equiparación con el matrimonio heterosexual y la familia, y rechazan la adopción, basándose en el bien del niño.

El debate teológico

W. Müller, al exponer las principales tomas de posturas cristianas en relación con el tema de la homosexualidad, las divide en tres grupos, que pasamos ahora a exponer[27]:

«No» a la orientación y al comportamiento homosexual

Para los autores incluidos en este grupo, la orientación homosexual aparece en alguna forma como irreconciliable con la voluntad de Dios. Ello significa que, no sólo el comportamiento homosexual es considerado pecaminoso, sino que la misma condición es calificada como problema moral. Dentro de este grupo, hay quienes consideran que los homosexuales son responsables, al menos parcialmente, de su orientación. De ahí, que el cambio hacia la heterosexualidad aparezca como una exigencia a la que está llamado el homosexual.

Los autores que comparten este punto de vista son minoritarios, pero pueden citarse algunos documentos procedentes del protestantismo fundamentalista y varias posturas del judaísmo ortodoxo[28]. Es común en estas tomas de postura un recurso literalista a la Biblia y no tomar en cuenta toda la complejidad de la orientación y el comportamiento homosexual, bastándoles los textos bíblicos antes citados para descalificar la misma inclinación.

Müller incluye en este grupo a un gran teólogo protestante del siglo XX: Karl Barth. Para el teólogo suizo, no existe ninguna vida de varón cerrada en sí misma, sino que hace referencia a la mujer y ésta al varón. En obediencia al plan de Dios, tal como aparece en los relatos del *Génesis*, el varón y la mujer viven en una referencia mutua, que es esencial en su ser humano. La humanidad del varón y la de la mujer consisten en concreto en que existan «cohumanamente» –«*mitmenschlich*»–: el varón con la mujer y la mujer con el varón. Por ello la homosexualidad representa una perversión, una decadencia; en ella, cada uno de los sexos no es cuestionado por el otro, sino que «vive para sí, se basta a sí mismo». En lugar de la humanidad, entendida como «cohumanidad», aparece una inhumanidad, que lleva a una idealización de la virilidad sin mujer o de la feminidad sin varón[29].

«Sí» a la orientación y «no» al comportamiento homosexual

Dentro de este grupo se incluye la gran mayoría de las tomas de postura teológicas, tanto en el campo católico como en el de otras Iglesias cristianas. Como ya afirmaba el documento *Persona humana*, los autores aquí incluidos distinguen entre orientación y comportamiento homosexual, dando juicios diversos de ambos. El comportamiento homosexual es considerado como «falso», incorrecto, pecaminoso, del que la persona homosexual es responsable, pero no lo es de su orientación, que recibe diversas interpretaciones desde el punto de vista teológico. Por tanto, «no» a las acciones y al estilo de vida homosexual; «sí», en parte o limitado, a la orientación; y un claro «sí» a la persona homosexual.

Aquí deben incluirse claramente las tomas de postura de la Iglesia Católica en *Persona humana* y en el *Catecismo*. Pueden citarse varias tomas de postura episcopales como las de los norteamericanos Weakland y Mugavero[30], la del Cardenal J. Ratzinger[31], entonces Arzobispo de Munich... Igualmente existen varias tomas de postura de Iglesias protestantes en la misma dirección.

Müller cita otro gran teólogo protestante dentro de este grupo: Helmut Thielicke[32]. En una línea similar a la de Barth, afirma que el orden de la creación diferencia ambos sexos y exige su unión en el matrimonio heterosexual, algo que se mantiene a pesar del pecado y que Jesús reafirma en *Mt* 19, 4-6. La relación varón-mujer es una estructura fundamental que tiene un significado esencial para la humanidad. Sin embargo se diferencia de Barth, al distinguir entre orientación y comportamiento. Aquella forma parte de la psicopatología, de la enfermedad y el dolor, como consecuencia de la destrucción del orden de la creación y es, por tanto, algo no pretendido por Dios. La homosexualidad es consecuencia del pecado original y constituye algo no querido por Dios.

¿Cuáles son, entonces, las exigencias éticas para el homosexual? Thielicke afirma que, si es posible modificar la orientación, existe obligación de hacerlo. Si esto no es posible –y el teólogo alemán es consciente de que esto no lo es en la mayoría de los casos– se debe intentar sublimar las necesidades sexuales y no practicar la homosexualidad. Si tampoco esto es posible, el homosexual debe configurar una relación sexual de forma ética, en una vinculación adulta y comprometida. Los que así actúan deben recibir respeto y comprensión por parte de la Iglesia, pero no se debe juzgar esa situación como obvia ni idealizarla. Al contrario, tales relaciones deben mantenerse ocultas para evitar su difusión y el escándalo. Por tanto, la cuestión ética del homosexual se plantea desde el hecho de que éste no ha elegido esa situación, sino que se ha sentido como «arrojado» a ella.

Un autor muy representativo de este grupo es Harvey[33], uno de los teólogos más importantes en E. E. U. U.. Toma, como punto de partida, la afirmación de que las relaciones genitales entre homosexuales son totalmente distintas de las que acontecen entre heterosexuales. Además, se trata de relaciones estériles: «no hay niños, ni historia familiar, ni pasado, ni futuro». Al mismo tiempo, les falta la riqueza de la relación varón-mujer, que se completa en el matrimonio en una profundidad inalcanzable en la relación homosexual. Siguiendo las declaraciones oficiales católicas, Harvey afirma que la mayoría de los homosexuales no ha elegido su orientación pero tienen la libertad para abstenerse de la expresión genital, aunque concede que tal libertad está disminuida en muchos casos[34]. Considera que los homosexuales son capaces de relaciones intensas e íntimas con otras personas, sin expresión genital, y que la falta de tal expresión no es una pérdida de humanidad. Añade que resulta irónico que los moralistas que reprochan a la Iglesia su fuerte énfasis en los aspectos biológicos del acto sexual, sean los que afirman la necesidad de la expresión genital del amor.

«Sí» a la orientación y al comportamiento homosexual

Los autores de este tercer grupo no sólo no descalifican la orientación homosexual, sino que aceptan éticamente el mismo comportamiento homosexual cuando se dan las mismas condiciones que legitiman el comportamiento heterosexual. Aquí deben citarse varias tomas de postura de varias Iglesias protestantes: la episcopal, ciertas Iglesias anglicanas y evangélicas estadounidenses o de Alemania, una toma de postura de los cuáqueros... Según Müller, el documento «Personas homosexuales en la sociedad», del Concilio Católico holandés para la Iglesia y la sociedad, 1979, mantiene este mismo posicionamiento[35].

Dentro de este grupo es relevante el tratamiento de la homosexualidad en el libro, realizado por encargo de la Asociación de Teólogos de USA, *Human Sexuality*[36]. Allí se afirma que la moralidad de los actos homosexuales debe determinarse por los mismos principios generales que regulan el comportamiento heterosexual. Las expresiones homosexuales son en sí mismas neutras y su moralidad depende del hecho de que sean forma de expresión genuina de amor: «Los homosexuales tienen el mismo derecho a la intimidad y a las relaciones que los heterosexuales. Como los heterosexuales, están también obligados a aspirar en sus relaciones a los mismos ideales... Las normas que rigen la moralidad de la actividad homosexual son las mismas que gobiernan toda actividad sexual». Podría decirse que, para los autores de este libro, el «género» sexualidad se realiza en dos «especies»: la hetero y la homosexualidad, de las que la primera es mucho más frecuente que la segunda, pero los criterios de evaluación de ambos comportamientos dependen de la existencia de un amor fiel y exclusivo en que se vivan ambas relaciones.

Un planteamiento similar es el del ex-jesuita y homosexual John McNeill[37], quien pide una revisión de la doctrina católica sobre la homosexualidad, ya que los datos bíblicos y de la tradición de la Iglesia deben ser revisados a la luz de los nuevos datos aportados por la exégesis bíblica y las ciencias humanas. Afirma que «si un individuo con tendencias homosexuales puede, con la gracia de Dios, emprender con éxito una vida de abstinencia sin conflictos emocionales destructores ni naufragio de la personalidad, no hay duda de que es aconsejable que lo haga». Pero afirma que, antes que la promiscuidad, es preferible el «mal menor» de las relaciones homosexuales – postura que es compartida por M. Oraison. De ahí que McNeill afirme que en las conductas homosexuales «son aplicables las mismas reglas morales que se aplican a la heterosexualidad», en las que el criterio decisivo es la existencia de fidelidad y estabilidad.

También N. Pittenger se sitúa dentro de este grupo. Toma como punto de partida su afirmación de Dios como «un amante cósmico», su comprensión de «un Dios actuante con amor», un amor que se despliega especialmente en el ser humano. Por ello, el hombre se realiza cuando su amor es expresión del amor cósmico de Dios, en un amor que se realiza en las relaciones humanas y que incluye las dimensiones corporal y espiritual[38]. Por ello, la sexualidad humana es una estructura corporal fisiológico-psicológico-emocional, capaz de amar. Es el amor el que confiere significado a la sexualidad humana. Esto lleva a la consecuencia de que los homosexuales realizan a su manera ese amor para el que han sido creados y es normal que concreten su amor total, que incluye el componente sexual, en una relación de amor con una persona del mismo sexo. Por ello, las relaciones homosexuales son realización del amor cósmico: «El hombre y la mujer homosexuales quieren y aman indiscutiblemente el sexo físico, pero sobre todo quieren y aman ser amados... Cuando una persona homosexual actúa expresamente de forma sexual y genital, el deseo que le empuja no es “tener sexo”, sino “amar”. Quieren sobre todo experimentar amor»[39].

«Sí» a la orientación y «sí» –parcial– al comportamiento

Al iniciar este apartado dedicado a las posturas teológicas hoy existentes, siguiendo el planteamiento de W. Müller, dividí tales opiniones en torno a los tres grupos que acabamos de exponer. Sin embargo, considero que puede hablarse de un cuarto grupo de autores, hasta ahora no mencionados. Se trataría de posturas que, por una parte, no descalifican la orientación homosexual, pero sin ponerla al mismo nivel de la heterosexualidad –como lo hacen los autores del apartado anterior– y por otra afirman una aceptación ética, ciertamente matizada del comportamiento homosexual[40].

Un autor que forma parte de este grupo es P. S. Keane[41]. El teólogo católico estadounidense afirma que, en las acciones homosexuales de una persona homosexual que actúa responsablemente y en la medida de sus posibilidades, existe un mal *óntico*, pero no necesariamente *moral*. Al fundamentar esa posición, Keane subraya que existen muchas acciones humanas que no llegan al nivel de su pleno potencial de bien, ya que el quehacer humano nunca puede actualizar la plenitud de sus potencialidades existentes. Por ello, el mal óntico significa que el mal forma parte del ser de una acción, pero sin que sea posible una condena moral. Es lo que otros autores califican como mal *pre-moral* o *no-moral*, planteamiento que fue rechazado por la Encíclica *Veritatis Splendor* (1994).

Desde ese planteamiento, las acciones homosexuales constituyen, en un ámbito significativo, un mal óntico, por su falta de apertura a la procreación y a la relación y complementación varón mujer. Sin embargo, no constituyen un mal moral objetivo, si una persona homosexual, que carece de libertad para ser distinto o vivir castamente, intenta vivir, a través de tales relaciones, una amistad responsable y un crecimiento personal. Sería una acción *ónticamente* mala, pero que no constituye un mal moral objetivamente grave, ya que el mal óntico es aceptable por el buen fin que se pretende. La consecuencia de Keane es que los homosexuales no son, a los ojos de Dios, menos morales o dignos de respeto que otros, pero la Iglesia y la sociedad no pueden prescindir de que la acción homosexual no llega a la plenitud de posibilidades de la acción humana: «Para la raza humana, los actos homosexuales matrimoniales tienen siempre prioridad, ya que aquélla no puede quedar satisfecha con los actos homosexuales, aun en los casos en que tales acciones deban ser valoradas como morales de acuerdo con sus circunstancias especiales». La Iglesia y la sociedad deben apoyar la actividad sexual que fomente el crecimiento y el desarrollo de la comunidad humana[42].

Un planteamiento similar es el de Charles Curran[43]. Formula una «teoría del compromiso» entre las dos afirmaciones siguientes: «Todos los actos homosexuales son objetivamente malos» y «los actos homosexuales son neutros». Sin duda, las relaciones heterosexuales matrimoniales constituyen el ideal. Pero, dado que el homosexual no es responsable de su orientación, de que no es posible el cambio hacia la heterosexualidad y que la sublimación celibataria no es siempre posible –y, Curran añade, apenas deseable para la mayoría de los homosexuales– las relaciones homosexuales estables, que proporcionen plenitud y satisfacción, son mejores que la promiscuidad sexual. Además, según su teoría del compromiso, una unión homosexual permanente es la mejor posibilidad para las personas que tienen esa orientación y, a veces, la única forma de conseguir algo de humanidad: «De la misma forma que la propiedad privada está justificada como consecuencia del pecado en el mundo, considero moralmente justificadas las acciones homosexuales para el homosexual irreversible en el contexto de una relación amorosa que aspira a la estabilidad. Por otra parte, tal concepción no es el ideal y los que no son irreversiblemente homosexuales, tienen la obligación moral de esforzarse por una relación de amor heterosexual»[44].

Reflexiones finales

1. No es misión de un teólogo católico hacer suyas doctrinas contrarias a las que oficialmente está presentando la Iglesia, tanto en el tema de la homosexualidad, como en otros. Sin embargo sí lo es, más aún cuando se tiene una importante dedicación al ministerio sacerdotal, presentar las aporías y las dificultades que surgen al afrontar el problema ético de la homosexualidad. Mi acción pastoral y mi relación con otros sacerdotes me lleva a afirmar la dificultad existente cuando deseamos ayudar a un homosexual y únicamente se puede presentar la doctrina existente en los documentos recientes de la Iglesia como respuesta a la trágica situación existencial que viven esas personas, que no han escogido su condición y que tienen una afectividad humana que se orienta hacia los que tienen su mismo sexo. ¿Lo único que puede decir la Iglesia es que deben asumir una opción, en la práctica, celibataria –la misma que es vivida en muchos casos gozosamente, pero también con indiscutibles dificultades, por los que la han asumido libremente por la causa del Reino de los cielos– pero sin el horizonte de los valores religiosos que configuran dicha opción?
2. Me atrevo a afirmar que el tema de la sexualidad constituye una cierta «asignatura» pendiente para la reflexión teológica católica. Como indicamos anteriormente, no puede negarse el contraste existente entre la aproximación bíblica a esta dimensión humana y la que posteriormente ha existido en muchos siglos de la tradición eclesial. Ciertamente no existe en la Biblia una obsesión por el tema del comportamiento sexual, como si fuese el centro de gravedad en la vida ética del creyente, y, en su conjunto, se considera la sexualidad como una dimensión dada al ser humano por su Creador, tendente ciertamente hacia la procreación, pero sin que se afirma que el significado de la sexualidad se agote en la fecundidad. Tampoco aparece como negativo, sospechoso, cuyo ejercicio exija una justificación en la apertura a la fecundidad. Sin duda la fuerza del sexo, en sus múltiples significados, puede llevar a comportamientos éticamente inaceptables, pero este riesgo no es privativo de la sexualidad, sino que es común con otras dimensiones de la personalidad humana. Es significativo señalar que, cuando san Pablo presenta una lista de «las obras de la carne», cita «la fornicación y la impureza», pero también reprocha los «odios, discordia, celos, ira, rencillas, divisiones...» (*Gál 5, 20*). El mal y la ambigüedad del hombre no sólo se dan en el terreno del cuerpo y de la sexualidad, sino que –si es posible hacer esta nítida división– afecta también a su dimensión espiritual. Fueron factores al margen de la Biblia y del cristianismo, los que contribuyeron inicialmente a una visión negativa y reduccionista de la sexualidad, sobre todo el estoicismo, el neoplatonismo y la reacción cristiana contra el hecho gnóstico[45].
3. La interpretación de los pocos textos bíblicos que condenan el comportamiento homosexual presenta las dificultades y las opiniones contrapuestas que antes hemos expresado. Pero sea cual fuere, la interpretación del pecado de Sodoma, queda siempre abierto el interrogante sobre su aplicación tal como hoy se comprende. Esa misma dificultad puede extenderse a la tradición eclesial. Nos parece objetivo afirmar que esas tradiciones no fueron conscientes –ni podían serlo– del carácter estructural inherente a la inmensa mayoría de las homosexualidades. Las aportaciones de las ciencias humanas, aun dentro de sus limitaciones a la explicación del hecho homosexual, son prácticamente unánimes en afirmar que no es una «elección» lo que lleva, quizá hasta el 5% de la población, a sentirse atraída exclusiva o muy preferentemente por personas del mismo sexo. Los recientes datos, que parecen apoyar una base biológica de la homosexualidad, tampoco son significativos en el debate ético. Por una parte, coincido con la opinión, presentada en este mismo libro por J. R. Lacadena, de que la posible base genética no puede

entenderse como «causa» de la homosexualidad, sino como factor que puede predisponer hacia la misma. Pero, sobre todo, considero que esa fundamentación biológica no altera la gravedad del problema moral: sea por la existencia de una base genética o biológica, por el entorno social circundante o por otros factores, más o menos conocidos, el hecho dramático y real es que un porcentaje importante de personas, en un ámbito tan significativo, como es el de su sexualidad y su psicoafectividad, se siente atraída por otras de su mismo sexo y buscan su realización humana a través de una vinculación afectivo-sexual. Ése es el grave dilema ético y humano de la homosexualidad que se mantiene abierto y urgente, haya o no factores genéticos o biológicos implicados.

4. Desde mi personal punto de vista y siendo consciente de afirmar algo contrario a una línea muy dominante en nuestros días, considero que no puede ponerse la homosexualidad al mismo nivel de la heterosexualidad. Ciertamente ha sido positivo mucho de lo que ha reivindicado el «orgullo gay», como reacción justa contra una sociedad y una cultura muy injustas contra los homosexuales. Hay que subrayar los importantes valores presentes en los que tienen esa condición, como en toda otra persona –yo mismo he conocido algún testimonio de vida realmente admirable. Muy probablemente tiene razón McNeill cuando especifica las importantes aportaciones sociales del colectivo gay a una visión más justa y humana de lo masculino[46]. También considero acertado y justo que se haya excluido a la homosexualidad del catálogo de enfermedades psiquiátricas. Considero que el planteamiento de M. Oraison[47], que valora la homosexualidad como una detención en el proceso de maduración de la sexualidad humana, caracterizado por la no-aceptación de lo distinto como fuente de gratificación y complementación, es significativo de una importante limitación en la condición homosexual y en la estructura de su personalidad. Nos parece que la estabilidad de la pareja homosexual es especialmente problemática –más aún que en la heterosexual– y que ello no se debe sólo a la falta de apoyo social sobre dichas parejas, que ciertamente existe en el caso de la heterosexual. En una conversación con un homosexual, activista de los movimientos gays en otro país y, sin duda, buen conocedor de ese grupo, me afirmaba la gran dificultad de esa estabilidad porque «la convivencia entre dos varones es algo que no funciona». Por otra parte y aun reconociendo que debe existir un menor énfasis en el significado procreador de la sexualidad, no puede sin embargo irse al extremo contrario de considerar irrelevante la falta de apertura a la fecundidad existente en las parejas homosexuales. Recuerdo también otro testimonio de alguien que conocía bien el mundo gay y que me subrayaba –lo que también me expresó un joven homosexual– la gran limitación que significa tratarse de una relación que no tiene posibilidad de perpetuarse en una descendencia fruto de una vinculación de amor existente.
5. Esto me lleva a tratar un tema hoy fuertemente debatido: el de la adopción de niños por parte de parejas homosexuales, así como el de reconocimiento a las mismas de una serie de derechos sociales, presente en una reciente recomendación del Parlamento Europeo[48]. Al tratar el tema de la adopción, suele argüirse que en España, así como en otros países, está permitido que una persona soltera pueda adoptar a un niño. Sin embargo también debe subrayarse que esas situaciones sólo han sido posibles, en la práctica, cuando se trata de niños de edad avanzada, principalmente niños institucionalizados, mientras que, por el contrario, no se ha hecho con los recién nacidos o de pocos días o meses, en donde se ha extremado la selección de posibles padres adoptivos. Indiscutiblemente, lo que ha estado en la base de esta política ha sido la convicción de que el nuevo ser está totalmente por

hacer y exige un hogar que mejor le posibilite su desarrollo. No puede discutirse la trascendencia del entorno familiar para el proceso de personalización del nuevo ser. En este sentido y porque lo que está en juego es un ser débil y dependiente, nos parece totalmente inaceptable que se le haga crecer en el ámbito de una pareja homosexual. Todo psicólogo reconoce la gran relevancia de las imágenes paterna y materna en el troquelado de la persona del nuevo ser y la gran importancia de que éste posea en su ámbito más cercano un progenitor que le sirva de modelo de identificación y otro que le proporcione un modelo de complementación. Recuerdo que alguien ha escrito que la pareja homosexual, a pesar de sus limitaciones, ha servido históricamente para el desarrollo de la personalidad humana; ello significa que, dado que lo que está en juego es una persona humana, que debe ser siempre tratada en su condición de fin y no como modelo experimental, es inaceptable ese sumamente arriesgado modelo de adopción que ahora se quiere proponer. Pensemos, por ejemplo y en el actual esquema social, en lo que significaría para un niño vivir en un hogar homosexual en sus relaciones con los compañeros de estudios o de juego...[49].

Por el contrario y sin entrar en especificaciones concretas, sí considero justo y urgente el reconocimiento de la mayoría de los derechos a estas parejas homosexuales, que se reconocen a las heterosexuales: herencia, pensiones, propiedad de viviendas[50]. Naturalmente que esto exige un paso previo de delimitación de qué es lo que constituye una pareja homosexual y, también, una regulación de las uniones de hecho incluidas, en su caso, las heterosexuales. Ello exigirá la delimitación de un plazo cronológico de convivencia que pueda justificar la transmisión de los derechos antes citados. Igualmente consideramos que la condición homosexual no debe excluir del ejercicio de las profesiones, basándose precisamente en la exigencia de esa orientación.

6. Ya antes hemos apuntado la presión, actualmente existente, para ampliar los conceptos de matrimonio y familia, de tal forma que puedan equipararse a la pareja homosexual. Este punto fue uno de los más conflictivos en los debates de la Conferencia de El Cairo (1994)[51], sin que se llegase a un acuerdo. En efecto, el documento final aparece con una cierta ambigüedad en este punto. Las posturas eclesiales son claramente opuestas a estas pretensiones[52]. Nuestro punto de vista es contrario a esa pretensión, aun a sabiendas de que los modelos familiares han cambiado históricamente y existen relevantes variantes interculturales. Sin embargo, no debería perderse de vista que las palabras son significativas y que reflejan realidades humanas importantes, que deben ser mantenidas. Aun con las variantes antes citadas, los conceptos de familia y matrimonio se han vinculado, histórica y culturalmente, el ámbito heterosexual y a la apertura a la procreación que, por hipótesis, no se da en la pareja homosexual. Dada la gran importancia de la realidad de la familia como célula básica de la sociedad y como principal protagonista de los procesos de personalización y socialización del nuevo ser, nos parece que ese término, así como el de matrimonio, debe vincularse a la pareja heterosexual. Nos parece que las reflexiones de Thielicke, que indicamos antes en otro contexto y que hacían referencia a la primacía que la pareja heterosexual debe tener en la sociedad, son aplicables a este tema. Por otra parte, consideramos que no es necesario el recurso a esos términos para poder reivindicar los legítimos derechos de la pareja homosexual constituida.
7. Anteriormente hice referencia a la no-discriminación de las personas homosexuales de las actividades profesionales. Ello nos lleva a un tema sensible, especialmente para la Iglesia Católica: el de la aceptación de candidatos o candidatas con

orientación homosexual a la vida religiosa o al sacerdocio. Existe una literatura, de dudoso rigor sociológico, que está resaltando la frecuente presencia de homosexuales en las citadas formas de vida. En el caso español no existen datos, ni estudios serios que muestren la prevalencia de personas homosexuales en la vida religiosa o sacerdotal. Quizá no pueda negarse la sospecha de que el estilo de vida comunitaria con personas del mismo sexo pueda ser un elemento adicional en la génesis de una opción celibataria junto a otros motivos religiosos y humanos. También se ha escrito que una serie de características, asociadas por algunos autores a la personalidad homosexual, guardan una estrecha relación con el estilo de vida, de acción y de servicio propios del trabajo pastoral de sacerdotes y religiosos. Nos parece que en este tema, en principio, deben hacerse tres afirmaciones previas:

- a) La condición homosexual, en sí misma, no debería convertirse en óbice para una opción celibataria asumida por motivos religiosos;
- b) Probablemente es y será siempre inevitable que haya personas homosexuales, tanto en el sacerdocio como en la vida religiosa;
- c) Es evidente que no deben ser admitidas a estas formas de vida aquellas personas que no sean capaces de asumir la opción celibataria –algo que también es lógico para los heterosexuales. En este último punto, creemos que los fallos aislados en este terreno deberían recibir una valoración equiparable tanto en el heterosexual como en el homosexual, sin que signifiquen, por sí mismos, una incapacidad para la opción celibataria.

Hay autores, sin embargo, que consideran que la aceptación de la opción celibataria es más difícil en el homosexual que en el heterosexual. Oraison afirmaba que la sublimación de la sexualidad –no la represión– es más difícil en personas, como los homosexuales, en las que no se ha dado adecuadamente la maduración de su sexualidad. Un especialista, con experiencia en la praxis psicológica y en el discernimiento vocacional, me subrayaba que la orientación homosexual es un hecho psicológico mayor, que con cierta frecuencia viene acompañado por algunas características personales difícilmente asimilables desde las coordenadas de vida celibataria o comunitaria. No nos atrevemos a pronunciarnos con autoridad sobre este tema, pero sí a afirmar que no se puede ni debe excluir absolutamente la posibilidad de que personas con condición homosexual puedan ser admitidas en estas formas de vida, si tienen la capacidad de asumir la opción celibataria y el conjunto de su personalidad es compatible con ese estilo de vida[53]. También sobre este tema es inevitable y urgente que se instaure un diálogo serio y abierto, que tenga en cuenta las aportaciones de las ciencias humanas y los datos de la experiencia, para llegar a conclusiones que estén seriamente fundadas.

8. Nos parecen muy positivas y valiosas las afirmaciones presentes en los documentos eclesiales que insisten en la necesidad de cautela a la hora de valorar subjetivamente los comportamientos homosexuales y en la gran importancia de una pastoral de acogida comprensiva hacia las personas que tienen esa orientación. Algo característica de las posturas eclesiales –y que ha sido frecuentemente alabado en los buenos moralistas o canonistas– ha sido el rigor y la precisión en la afirmación nítida de los principios morales, que iba acompañado de actitudes pastorales más flexibles y dotadas de importantes componentes de comprensión hacia las personas afectadas. Sin embargo, esta especie de «doble-moral» –rígida en los principios, pero atenuada en sus aplicaciones concretas– sugiere el interrogante sobre si está justificada la rotundidad y la generalización tan intensa al nivel de los principios éticos implicados.
9. De las posturas existentes en el actual debate teológico, nos parece que la presentada en el **precedente apartado** en torno a Keane y Curran, merece una seria y

especial consideración. Estos autores priman indiscutiblemente la pareja heterosexual, pero mantienen abierta la posibilidad de una aceptación ética de la homosexual en el contexto de una relación estable y fiel. Como ya indicamos anteriormente, sus afirmaciones sobre el mal pre-moral y óntico no son aceptables en el marco de la Encíclica *Veritatis Splendor*. Sin embargo, tanto desde la reflexión teológica, como desde la praxis pastoral, tales posturas podrían ofrecer unas pistas importantes de aproximación a este grave problema que afecta a personas que no han elegido su condición homosexual y que quieren hacerla compatible con su pertenencia a la comunidad cristiana.

No nos parece positivo que se cierre de forma tajante este complejo y doloroso debate[54]. Como hemos indicado muchas veces a lo largo de estas líneas, lo que está en juego son personas de carne y hueso, hijos e hijas de Dios, que se han encontrado en su vida con una orientación que ellos no han elegido y que desean vivir un proyecto de vida personal, en donde siempre la afectividad juega un papel trascendente. Nos parece importante que en varios documentos episcopales se hable ya de otra forma de la amistad entre personas homosexuales –que, en el pasado, podría juzgarse meramente como «ocasión próxima de pecado»[55]. A ello puede aludir el catecismo, al referirse al «apoyo de una amistad desinteresada» (nº 2358). La historia muestra cómo determinadas posturas de la Iglesia se han ido modificando a lo largo de los siglos –piénsese no sólo en el tema de la usura, sino en los más recientes sobre la aceptación de la libertad religiosa o las formas de interpretación de los textos bíblicos. En estos temas se han dado cambios importantes, basados en las mismas aportaciones de las ciencias humanas, sin que ello haya hecho perder credibilidad a la Iglesia, que lógicamente se ha ido expresando a la luz del Espíritu, pero también de sus mismos conocimientos. Las frases de Jesús en la Última Cena sobre el Espíritu, que animará a la comunidad creyente a lo largo de la historia y que la llevará a «la verdad plena», deben ser un punto de referencia en el tema que nos ocupa así como en otros.

Carezco de la competencia y, por supuesto, de la autoridad para dar una respuesta clara a esta difícil temática. Pero no carezco del amor hacia la comunidad eclesial, ni de la fe en la asistencia del Espíritu, para no desear que se abra un debate franco, leal y comprensivo hacia un problema que afecta al núcleo de muchas personas humanas de carne y hueso, creadas por el buen Dios del amor y de la vida.

-
- [1] REICH, W., *La revolución sexual*, Ruedo Ibérico, París 1970.
- [2] La posición de otras religiones sobre la homosexualidad puede estudiarse en SWIDLER, A. (ed.), *Homosexuality and World Religions*, Trinity Press, Valley Forge 1993.
- [3] PLATÓN, *Banquete*, 190, d-e.
- [4] Cf. RUIZ, G., «La homosexualidad en la Biblia. ¿Es tan taxativa la condena bíblica de la homosexualidad?», en VIDAL, M. y otros, *Homosexualidad: ciencia y conciencia*, Sal Terrae, Santander, 1981, 97-111; COLEMAN, G. D., *Homosexuality. Catholic Teaching and Pastoral Practice*, Paulist Press, Nueva York/Mahwah 1995, 56-72.
- [5] Cf. CAZELLES, H., *Introducción crítica al Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1981, 256-257; FUCHIS, E., «Une approche théologique», en *Lumière et Vie* 29 n° 147 (1980) 67-82.
- [6] Cf. RUIZ, G., «La homosexualidad en la Biblia...» p. 99; GILBERT, M., «La Bible et l'homosexualité», en *Nouvelle Revue Théologique* 109 (1987) 80-83.
- [7] Ver THÉVENOT, X., «Les homosexualités. Eléments de réflexion éthique», en *Études* 358 (1983) 339-354.
- [8] Cf. McNEILL, J., *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona 1979, 87; WRIGHT, D. F., «Homosexuals or Prostitutes? The meaning of "arsenokoitai"», en *Vigiliae Christianae* 38 (1984) 125-153; PETERSEN, G. «Can "arsenokoitai" be translated by homosexuals?» en *Vigiliae Christianae* 40 (1986) 187-191.
- [9] BEACH, F. A. y FORD, C. S., *Conducta sexual*, Fontanella, Barcelona 1969.
- [10] WESTERMARCK, E., *Christianity and Morals*, Londres 1939, 371-2; ver también *The Origin and Development of the Moral Ideas*, Londres 1908; *Early Beliefs and their Social Influences* Londres 1932.
- [11] TAYLOR, G. R., *Sex in History*, Londres 1953.
- [12] KINSEY, A., *Sexual Behavior in the Human Female*, Londres 1953, 484.
- [13] BAILEY, D. S., *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, Longmans & Green, Londres-Nueva York-Toronto 1955, 122; Cf. GAFO, J. «Cristianismo y homosexualidad. Luces y sombras de una interpretación histórica», en VIDAL, M. y otros, *Homosexualidad: ciencia y conciencia*, Sal Terrae, Santander 1981, 113-125.
- [14] BOSWELL, J., *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, 1980; *Las bodas de la semejanza*, Barcelona, Madrid 1996. Ver también GARCÍA VALDÉS, A., *Historia y presente de la homosexualidad*, Akal, Madrid 1981.
- [15] Cf. VILBERT, J. C., «Aux origines d'une condamnation: l'homosexualité dans la Rome antique et l'église des premiers siècles», en *Lumière et Vie* 29, n°147 (1980) 15-28.
- [16] Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, II-II, q.154, a. 12.
- [17] Cf. WILLIAMS, B. A., «Homosexuality and Christianity. A Review Discussion», en *The Thomist* 46 (1982) 609-625.
- [18] BOSWELL, J., *Las bodas de la semejanza...*, pp. 490-491.
- [19] Cf. COLEMAN, G. D., *Homosexuality. Catholic Teaching...*, 73-103.
- [20] MERKELBACH, B. H. *Summa Theologiae Moralis*, Descleé, París 1942, 947-952; Ver también De LIGORIO, A. M^a, *Theologia Moralis*, lib III, Tract IV, db. III; ZALBA, N., *Theologia Moralis Compendium*, BAC, Madrid 1958, 780-1.
- [21] TOMÁS DE AQUINO trata el tema de la homosexualidad en *Summa Theologica*, II-II, q. 153, 3; cf. q. 153, 2; 154, 1.
- [22] Cf. VIDAL, M., «Comentario a la Declaración de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe "Acerca de ciertas cuestiones de ética sexual"», en *Pentecostés* 14 (1976) 98-102.
- [23] Cf. *Ecclesia*, n°2293, 15 de noviembre de 1986, 1579-1586.
- [24] Cf. LAHIDALGA, J. M., «La "carta" de Roma y los homosexuales», en *Lumen* 36 (1987) 97-121; WILLIAMS, B., «Homosexuality: the New Vatican Statement», en *Theological Studies* 48 (1987) 259-277.
- [25] Ver CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «Algunas consideraciones concernientes a la respuesta a proposiciones de ley sobre la no discriminación de personas homosexuales», en *Ecclesia*, n° 2594-95, 1 de agosto de 1992, p. 1288; COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, «Matrimonio, familia y uniones homosexuales», en *Ecclesia*, n°2694, 23 de julio de 1994, p. 1116-19.
- [26] *El Cairo*, PPC, Madrid 1995.

- [27] MÜLLER, W., *Homosexualität - eine Herausforderung für Theologie und Seelsorge*, Grünewald, Mainz 1987.
- [28] *Ibid.*, pp. 61-63.
- [29] BARTH, K., *Kirliche Dogmatik*, Band III, 4, Zurich 1951, 181 (versión francesa: *Dogmatique*, vol 3, t 4, Ginebra 1964, 168).
- [30] MUGAVERO, F., *Sexuality God's Gift*, Brooklyn, Nueva York 1976; Cf. MÜLLER, W., *homosexualität...*, 77-81.
- [31] RATZINGER, J., *Brief an die Regionalgruppe München der AG " Homosexuelle und Kirche*, 22 de mayo de 1981.
- [32] THIELICKE, H. *Theologische Ethik*, Bd. III, Tübingen 1968, 788 ss.
- [33] HARVEY, J., «Group Support in helping to Homosexual to Live in a fully Integrated Life», en LEOPOLD, K. y ORIAN, T. (ed.), *Theological Pastoral Resources. Dignity*, Washington 2 (1981) 24-26.
- [34] Una postura similar es la que sostiene HÄRING, B., «Homosexualidad», en ROSSI, L. - VALSECCHI, A., *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*, Paulinas, Madrid 1974, 454-460; LÓPEZ AZPITARTE, E., *Praxis Cristiana II*, Paulinas, Madrid 1981, 375-398; y *Ética de la sexualidad y el Matrimonio*, Paulinas, Madrid 1992; THEVENOT, X., *Homosexualités masculines et morale chretienne*, Les Éditions du Cerf, Paris 1988; TREVIJANO, P., *Madurez y sexualidad*, Sígueme, Salamanca 1988; PIANA, G., «Homosexualidad y Transexualidad», en COMPAGNONI, F. - PRIVITERA, S. - VIDAL, M., *Nuevo Diccionario de teología Moral*, Paulinas, Madrid 1992, 825-882.
- [35] MÜLLER, W., *Homosexualität...*, 115-119.
- [36] KOSNIK, A., —ed.—, *La sexualidad humana*, Cristiandad, Madrid, 1978.
- [37] McNEILL, J., *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona 1979; *Taking a Chance on God*, Beacon Press, Boston 1988; *Libertà, gioiosa libertà*, Grupo Abele, Turín 1996.
- [38] PITTENGER, N., «A Theological Approach to Understand Homosexuality», en *Religion and Life* 43 (1974) 436-444.
- [39] PITTENGER, N., *Gay-Life_styles*, Los Ángeles 1977, 56.
- [40] Dentro de este grupo deben citarse: VAN DE SPIJKER, H., *La inclinación homosexual*, Fontanella, Barcelona 1971 (en que modifica la postura previamente expresada en su libro *Homotropía*, Atenas, Salamanca 1976); CAHILL, L. S., «Catholic Sexual Ethics and the Dignity of the Person: a Double Message», en *Theological Studies* 50 (1989) 120-150; McCORMICK, R. A., *The Critical Calling*, Georgetown University Press, Washington 1989, 289-314.
- [41] KEANE, P. S., *Sexual Morality. A Catholic Perspective*, Nueva York 1977, 86ss.
- [42] Una postura similar la mantienen los siguientes autortes: FORCANO, B., *Nueva Ética Sexual*, Paulinas, Madrid 1981, 365-382; PESCHKE, K. H., «Homosexualidad», en ROTTER, H. y VIRT, H. (ed.), *Nuevo Diccionario de Moral Cristiana*, Herder, Barcelona 323-328; VIDAL, M., (*Moral de la persona*, PS, Madrid 1991, 281; «Valoración moral de la homosexualidad», en VIDAL, M. y otros, *Homosexualidad, ciencia...*, 127-149) se expresa de una forma muy matizada y, quizá podría citarse dentro de este grupo.
- [43] CURRAN, Ch. E. «Homosexuality and Moral Theology, methodological and substantive Considerations», en *The Tomist* 35 (1971) 447-481; *Catholic Moral Theology in Dialogue*, University of Notre Dame Press, Notre Dame 1976, 184-219.
- [44] CURRAN, Ch., «Moral Theology, Psychiatry and Homosexuality», en *The Bulletin of the National Guild of Catholic Psychiatrists* 24 (1978) 30.
- [45] Cf. NOONAN, J. T., *Contracepción*, Troquel, Buenos Aires 1967.
- [46] McNEILL, J., *La Iglesia ante la homosexualidad...*
- [47] ORAISON, M., *El problema homosexual*, Taurus, Madrid 1976.
- [48] Cf. PARLAMENTO EUROPEO, *Resolución 28/1994 sobre la igualdad de derechos para homosexuales en la Comunidad*: «La recomendación deberá buscar poner fin... a los obstáculos puestos al matrimonio de parejas homosexuales, llevando a una institución jurídicamente equivalente, garantizando plenamente los derechos y ventajas del matrimonio y consintiendo el registro de las uniones, y a cualquier limitación del derecho de los homosexuales de ser padres o adoptar o poder educar niños».

- [49] Piénsese, *mutatis mutandis*, en el tema de la procreación en el caso de parejas deficientes en donde se ha resaltado la gran dificultad para el desarrollo de un hijo cuando se perciba de la deficiencia mental de sus progenitores...
- [50] Cf. PÉREZ CÁNOVAS, N., *Homosexualidad: homosexuales y uniones homosexuales en el Derecho Español*, Comares, Granada 1996.
- [51] *Conferencia de El Cairo*, PPC, Madrid 1995.
- [52] Ver CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Algunas consideraciones concernientes a la respuesta a proposiciones de ley...*, 1288; COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, «Matrimonio, familia y uniones homosexuales», en *Ecclesia*, nº 2694, 23 de julio de 1994, 1116.
- [53] Cf. BOSWELL, J., «Homosexualidad y vida religiosa», en NELSON, J. B. y LONGFELLOW, S. P., *La sexualidad y lo sagrado*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1996, 544-562; KRAFT, W., «Homosexuality and Christian Life», en *Review for Religious* 40 (1981) 370-381; HARVEY, J., «Reflections on a retreat for Clerics with homosexual Tendencies», en *Linacre Quarterly* 46 (1979) 136-140; FUCEY, Y., «Omossessuali nel celibato e nel matrimonio: alcuni casi», en *Periodica de re canonica* (1994); HEINZ, H. P., «Homosexualität und geistliche Berufe», en *Stimmen der Zeit* 121 (1996) 681; MÜLLER, W., *Homosexualität...* 196-219.
- [54] Ver COLECTIVO HOMOSEXUALES CATÓLICOS, «La iglesia ante la homosexualidad», en *Misión Abierta* 77 (1984) 202; Hunt, M. E., «Amor entre personas católicas del mismo sexo», en *Pastoral Misionera* 190/191 (1993) 39.
- [55] NATIONAL CONFERENCE OF CATHOLIC BISHOPS, *Principles to Guide Confessors in Questions of Homosexuality*, Washington, D. C. 1973; Cf. COLEMAN, G. D., *Homosexuality. Catholic Teaching...*, 86-88.

Los homosexuales vistos por sí mismos. Datos y conclusiones de una muestra española

Introducción

«La verdad que hace a los hombres libres es para la mayoría la que prefieren no oír»
(Herbert Agar).

Al acercarnos al tema de la homosexualidad, teníamos la sensación de que nos aproximábamos a un recinto prohibido y, como ante nueva «caja de Pandora», estábamos dispuestos a que comenzaran a salir truenos, tempestades y tormentas. Desde el primer momento en que optamos por este campo de estudio, fuimos consciente de ello, en parte por mentalización propia y especialmente por los «*feed-backs*» o respuestas que recibíamos de todo aquel al que comunicábamos el objetivo de nuestra investigación. En la mayoría, la reacción era de sorpresa, e inmediatamente expresaban una frase muy repetida: «¿Cómo se os ocurre meteros en ese “embrollo”?».

Esa actitud social ambigua y quizás «esquizofrénica» que se mantiene ante la homosexualidad, ha sido uno de los motivos que nos ha impulsado a realizar este trabajo. A pesar de estar a las puertas del siglo XXI, la homosexualidad sigue siendo un tema «tabú» (no es raro, que aún se utilice como objeto de chistes y bromas), el cual, si se puede, se intenta evitar. Por tanto, la homosexualidad se presenta como uno de los puntos sensibles de una sociedad. En palabras de Michel Foucault una «*zona erógena*» de una cultura, que para bien o para mal consigue provocar a los sujetos pertenecientes a dicho contexto cultural.

Sin embargo, la realidad camina por otro lado, y no porque se ignore, deja de existir. La homosexualidad, por mucho que se quiera ocultar, sigue estando presente en nuestra sociedad y engloba a un número no despreciable de personas. Atreverse a dar una cifra sobre la población homosexual es casi imposible. Según el informe Kinsey, alrededor del 5% de sujetos en la población americana se presentan con homosexualidad «estructural»[1]. Otros estiman entre un 4% y un 17% el porcentaje de homosexualidad en la misma realidad social[2]. El resultado final dependerá del método o fuente que se utilice para cuantificarlo. No olvidemos que usualmente los homosexuales son identificados por sus propios autoinformes. Es decir, son considerados como personas gays o lesbianas, si ellas mismas se definen como tales[3].

¿Por qué tiene que ser la homosexualidad un tema tan problemático? La verdad es que no es fácil realizar una investigación empírica sobre tal tipo de orientación sexual. Nada más comenzar nos encontramos con una gran dificultad, ¿cómo acercarnos a la realidad homosexual? ¿Es la homosexualidad un «colectivo» o «clase social» a la que podamos acceder directamente? Al mismo tiempo, otros interrogantes se suscitaban: ¿somos unos observadores neutrales? ¿sería más conveniente que esa descripción la hiciera alguien que tuviera dicha orientación sexual? etc.

Obtener una muestra significativa de la población homosexual es imposible[4]. A lo más que podemos acceder es a aquellas personas que tienen aceptada y asumida su homosexualidad y a escasos homosexuales de ambos sexos que lo viven de manera oculta o clandestina y que por diversas circunstancias (trabajo psicoterapéutico, pastoral, etc.) tenemos la posibilidad de conocer.

A este respecto, resulta curioso observar la metodología empleada para obtener la muestra en algunos estudios. Por ejemplo, Humphreys[5] empleó un método muy «*sui*

generis», apuntó las matrículas de los coches que solían acudir a lugares de encuentro homosexual y a partir de ahí, logró establecer algunas entrevistas con los mismos. La misma metodología la realizaron Stern y Stern[6] en los transportes públicos de Rusia. Otros acudirán a la iniciativa de poner anuncios en los periódicos[7].

No es sólo un inconveniente de nuestro trabajo, la mayoría de los estudios que se han realizado, utilizan muestras de la «*subcultura gay*», es decir de colectivos o grupos que explícitamente se proclaman como tales. Con lo cual el sesgo es evidente, en estos grupos predomina un cierto grado de apertura y aceptación de su orientación sexual, a veces acompañado de un alto nivel educativo y socioeconómico[8].

A su vez, la muestra o número de sujetos participantes en las diversas investigaciones realizadas no suele ser muy numerosa. Por ejemplo, Ross trabajó con una muestra de 11 homosexuales casados en Bélgica o en un trabajo anterior en España se consiguieron 28 entrevistas en profundidad[9].

Desde el principio conviene que aclaremos nuestra metodología de trabajo. Dada la amplitud del tema que nos ocupa, no vamos a plantear ninguna problemática conceptual –por ejemplo, ¿qué hay que entender por homosexualidad?– o científica –tales como el dilema herencia-ambiente–, temas que serán abordados en otros capítulos de la obra, sino que vamos a partir de la realidad que tenemos a nuestro alrededor, e intentar describirla.

Por un lado, hemos elaborado un cuestionario de 137 preguntas. Somos conscientes de que en este tipo de investigación, trabajar con pruebas cuantitativas no tiene gran valor estadístico. Sin embargo, pueden aportar información que haga sospechar ciertas relaciones en muestras más significativas. Por otro lado, hemos realizado varios grupos de discusión y diversas entrevistas en profundidad[10].

En general se distribuyeron unos trescientos cuestionarios, de los cuales se recibieron 126. A su vez, se formaron seis grupos de discusión y se tuvieron veinte entrevistas personales. Excepto algunos cuestionarios provenientes de la comunidad madrileña, valenciana y canaria, en su mayoría la investigación fue realizada con personas de la región andaluza[11]. La edad media de los participantes en el estudio ronda los treinta años[12]. La mayoría de los entrevistados han sido hombres –82% de la muestra–, frente al 18% que son mujeres. En su mayoría, los participantes presentan un nivel cultural de tipo universitario[13] y una situación laboral en la que predominan los trabajadores por cuenta ajena, es decir, funcionarios, empleados, etc.[14] Políticamente, el 70% se sitúa en planteamientos de izquierda[15].

Nuestro objetivo es describir la situación actual del homosexual, tal cual él la percibe, en relación a varios apartados fundamentales: la imagen de sí mismo (aceptación, autoestima, etc.); la relación con su entorno (familia, amigos, relaciones laborales, etc.); relación con diversas instituciones (Iglesia, grupos o colectivos sociales, etc.) y algunos temas significativos (sexualidad, perspectiva de futuro, etc.).

Por ello, respetando en todo momento el anonimato, nos interesa dejar hablar a las personas involucradas y que sean estas páginas un medio en el que se puedan expresar sus experiencias.

Imagen de sí mismos

«Somos lo que pensamos.
Todo lo que somos surge con nuestros pensamientos.
Con nuestros pensamientos hacemos el mundo»
(Buda).

Desde hace ya algunas décadas, los psicólogos no dejan de manejar términos como «self», «identidad», «autoconcepto», «autoestima», etc., lo cual nos demuestra la importancia que ha ido adquiriendo la imagen que cada sujeto tenga de sí mismo, para el logro de una buena maduración personal.

No en vano, una de las principales características que diferencian al *homo sapiens* del resto de los animales es la «consciencia» –y no sólo la conciencia–, que tenga de sí mismo, o lo que es lo mismo, la capacidad que desarrolle para darse cuenta de su realidad, construir una identidad y posteriormente darle un determinado valor. Por tanto, cada sujeto tiene la posibilidad de definir quién es y luego evaluar si le gusta o se siente cómodo con ese autoconcepto o no.

El problema surgirá cuando se rechacen parcelas o dimensiones de uno mismo, ya que se destruirán estructuras psicológicas necesarias para poder seguir vivos. Es decir, sin ciertas dosis de autoestima, la vida puede resultar enormemente penosa y dicha carga impedirá satisfacer muchas necesidades humanas.

¿Libre opción o autodescubrimiento?

Ese «autodescubrimiento» de lo *propium*, la manera en que el individuo percibe, concibe, valora y responde a sí mismo es un proceso gradual que se realiza en interacción con su contexto social más inmediato (familia, entorno social, etc.).

Si se tiene presente lo anterior, podemos plantearnos si la homosexualidad es una opción libremente elegida o más bien un autodescubrimiento progresivo en el que uno se va reconociendo de una determinada forma.

En nuestro estudio se manifiestan expresiones que parecen cuestionar el concepto de libertad de elección en la orientación sexual. En general, para casi la totalidad de los entrevistados, su homosexualidad se va a presentar como una tendencia innata, no como una elección sino como una fuerza de la naturaleza que va desarrollándose en el interior del individuo. Para el 80% se presenta como algo innato o genético, frente a un 20% que lo considera adquirido o aprendido a lo largo de su vida. Las mujeres destacan significativamente en cuanto a la manifestación de considerarlo más adquirido que innato[16].

Es común repetir la experiencia de que poco a poco uno se va autodescubriendo o sintiendo atraído por personas del mismo sexo. Exponemos algunas de dichas descripciones:

«Yo soy invertido y me he ido sintiendo tal, en el sentido más preciso del término: instintos de mujer en un cuerpo de hombre».

«En cada fibra de mi cuerpo me siento homosexual».

«La homosexualidad no es “contra natura”. No he tenido nunca necesidad de forzarme para amar a los hombres. Lo que sería “contra natura” es una continencia sexual impuesta que te obligue a no poder nunca expresar totalmente tus sentimientos».

¿En qué momento tiene lugar ese autodescubrimiento? La mayoría de los sujetos encuestados reconocen que se dieron cuenta de su homosexualidad antes de la adolescencia (un 49% en la primera infancia, previo a los doce años)[17]. Curiosamente, aquellos casos (un 8%) en que descubren su homosexualidad en la edad adulta (en nuestra investigación, entendida como después de los 20 años) reconocen que una cierta ambigüedad se había ido desarrollando en su vida y que fue un determinado episodio o circunstancia (una amistad, una crisis de identidad, una depresión, etc.) la que propició

el autodescubrimiento, y en muchos casos, fue el detonante que desencadenó el paso para la realización de actos sexuales con personas del mismo sexo.

Puede apuntar también hacia la idea de ese autodescubrimiento progresivo, el hecho de que casi 8 de cada 10 personas (77%) hayan tenido su primera experiencia sexual con personas del mismo sexo. Es decir, en la mayoría de los sujetos entrevistados existía ya una cierta orientación o tendencia anterior a la realización de las propias prácticas sexuales. En este punto, las mujeres homosexuales difieren de los hombres homosexuales. En ellas es más normal que la primera relación sexual haya sido con alguien de distinto sexo[18].

Entre ambos acontecimientos, autodescubrimiento y ser consciente del mismo, se ha ido desarrollando un proceso de aceptación y reconciliación con su propia realidad, una necesidad vital de «*salir del armario*»:

«Asumir mi homosexualidad ha hecho de mí un hombre normal. Eso significa que mi homosexualidad no me diferencia ya de un heterosexual como el ser diestro no me diferencia de un zurdo. La liberación del homosexual ocurrirá cuando la palabra homosexual pase de ser un sustantivo que designa a un individuo y se convierta en un adjetivo calificativo de un tipo de conducta sexual».

«Aceptarme, asumir mi homosexualidad y vivir desde ella, ha sido la única manera de ser normal».

Sin embargo, la aceptación ha supuesto en muchos un gran costo psicológico:

«El reconocer que soy homosexual, no es ni una afirmación, ni una reivindicación sino una necesidad más o menos confusa de vaciar mi interior, y desembarazarme de una pesada carga».

«Sí, puedo decir que me he tirado toda mi adolescencia y casi juventud (hasta los 24 años en que lo hablé con alguien por primera vez) negándomelo a mí mismo, arrinconándolo en un hueco de mi conciencia, como soportándolo pero sin querer verlo y mucho menos reconocerlo o asumirlo».

«Por supuesto, ésto no quita que atrás quede mucho camino andado, muchos años de lío moral, de culpabilidad, de sentirme indigno, malo, pecaminoso,... Hasta que te das cuenta que la tendencia sexual no tiene nada que ver con los valores morales, con tu ser persona ante todo».

Casi 6 de cada 10 de las personas entrevistadas (un 58%) manifiestan la experiencia de que al ser conscientes de su homosexualidad, la vivieron con sentimientos de culpa. Sin embargo, de esos mismos sujetos, sólo un 7% vive en la actualidad la misma experiencia de culpa. Dicho sentimiento de culpa aparece aumentado significativamente con la edad, de tal manera que aquellas personas de más edad son las que tienen una vivencia mayor de culpabilidad en su vivencia actual homosexual.

Verbalizar «soy homosexual»

Para la mayoría, un momento crucial va a ser aquél en el que van a explicitar o verbalizar a otros su homosexualidad. El decir «soy homosexual» es un paso decisivo. Una toma de conciencia propia y en público. Para muchos es el momento más

significativo y con una gran carga emocional, incluso, superior a la primera experiencia sexual.

«Lo primero que se me viene a la mente fue la primera vez que lo conté a alguien. Creo que incluso podría dividir toda mi historia personal en “antes de...” y “después de...” refiriéndome a este momento. Pronunciar ante alguien la frase “soy homosexual” para mí fue muy fuerte y liberador. (Ahora me doy cuenta de que a la vez, me lo decía a mí mismo). Lo tenía tan en secreto, gastaba tanta energía en que no se notara.... Fue hacer todo un “borrón y cuenta nueva” en mi vida, un “volver a empezar”».

«Fue fundamental la primera vez que se lo dije a alguien porque fue un momento especial de comunión con esa otra persona amiga mía. Además, su actitud de aceptación me ayudó a contárselo posteriormente a más personas».

«Destacaría también el día que me reconocí tal cual era, la primera vez que me “encasillaba” (por así decirlo) y me reconocía a mi misma como homosexual, lo cual supuso para mí una liberación de un gran peso que arrastraba, y una inmensa paz interior, que aún hoy se mantiene».

En cuanto a la aceptación de su realidad homosexual, no se aprecian posturas de defensa «reactivas» de dicha situación. Estamos lejos de situaciones propias de otros contextos (por ejemplo, el norteamericano) en los que, a veces, se plantea la homosexualidad como el estado ideal de realización humana[19]. En general, en nuestra realidad social la aceptación o el reconocimiento de la homosexualidad no es una reafirmación contra la heterosexualidad. En un grupo de discusión un participante lo expresaba con cierto humor:

«Estoy orgulloso de ser como soy, el que quiera verme que me vea y el que no que se pegue dos tiros».

Más allá del “continuum” homosexual-heterosexual

Desde el famoso informe Kinsey, se suele aceptar en relación a la vivencia de la orientación sexual, que ésta puede vivirse como un «*continuum*» desde el sentirse exclusivamente heterosexual hasta sentirse exclusivamente homosexual, siendo el punto intermedio de esta escala la vivencia de la bisexualidad. En nuestra investigación 1 de cada dos sujetos (49%) se expresan como exclusivamente homosexuales y un 30% más casi predominantemente homosexuales. Es decir, 8 de cada 10 personas de nuestra muestra se consideran fundamentalmente homosexuales.

Sí se presenta una importante diferencia en cuanto a la vivencia de la orientación sexual. Las mujeres tienden a percibirse más como bisexuales que plenamente homosexuales, y a defender posturas más de «universalización» de la bisexualidad. Curiosamente puede confirmarse la tendencia de las mujeres a considerar la homosexualidad como algo más adquirido que innato, frente a los hombres que manifiestan considerarla más con carácter innato[20].

Al mismo tiempo, se observa cierta crítica a aquellas personas que se presentan con posturas o alternativas intermedias (por ejemplo, reconocerse bisexual)[21]:

«La mayoría de los que se consideran bisexuales, no son ni “chicha ni limoná”, y en el fondo son homosexuales acomplejados que no aceptan abiertamente su homosexualidad y, de ese modo, intentan disimularla».

«En los bisexuales que he conocido hay mucho homosexual camuflado. Una cosa es que te atraigan o caigan bien personas de ambos sexos por su simpatía, cualidades o belleza, pero otra muy distinta querer liarte con cualquiera. O hay mucho vicio o mucho miedo, o quizás mucha hipocresía para no reconocerse como homosexual».

¿Se diferencian los homosexuales de los heterosexuales?

En cuanto a diferentes variables –autoestima, imagen distorsionada, narcisismo, maquiavelismo, dominancia, empatía, exhibicionismo– no aparecen diferencias significativas entre el grupo de homosexuales como tal y un grupo comparativo de heterosexuales. Se confirma la misma tendencia de investigaciones anteriores[22]. Es decir, las diferencias se presentarían no tanto entre la distinta orientación sexual (homosexual-heterosexual) sino entre los diferentes sexos, los hombres frente a las mujeres. Así, por ejemplo, las mujeres (tanto las homosexuales como las heterosexuales) se manifestaban más empáticas que los hombres. En nuestro estudio, sólo se percibe una relación negativa entre la edad y el exhibicionismo: los sujetos de más edad son menos exhibicionistas que los jóvenes[23].

En relación a diversas variables, podemos destacar que fundamentalmente van a resaltar aquellas relacionadas con el mundo afectivo o la expresión de sentimientos. Por ejemplo, no van a autoperibirse como sujetos con especiales cualidades distintas al resto; sin embargo, sí se describen como sociables, extrovertidos y abiertos y especialmente como personas que muestran afecto con facilidad (8 de cada 10 van a destacar la afectividad como su punto débil).

«Soy un “corazón con patas”. Constantemente estoy a la intemperie en el terreno afectivo. Reconozco que soy vulnerable y me doy totalmente. No escarmiento, ni aprendo de los fracasos y desengaños».

«Cuando me tocan la tecla afectiva no soy dueño de mí. Toda mi coraza racional se difumina en el terreno de los sentimientos. Dicen que para la mayoría de los seres vivos, “lo afectivo es lo efectivo” pero en mi caso es lo único».

Relación con su entorno

«Uno para otro es un espejo que lo refleja cuando pasa» (Ch. Cooley)

Aparte de la imagen que uno tenga de sí mismo, desde la Psicología también se va a insistir en la importancia que va a tener para la construcción de la imagen propia, la relación con los demás. Así, para algunos autores, el autoconcepto surgirá en la interacción social como consecuencia del interés de los individuos por las reacciones de los demás hacia ellos[24].

La adolescencia va a ser un periodo decisivo en la experiencia homosexual, ya que es el tiempo de la prueba y de los descubrimientos. Es la hora de la revelación a sí mismo y a los otros. El sujeto se verá obligado a elegir entre desvelar su identidad o mantenerla en secreto, entre el retraimiento y la soledad o el abrirse hacia fuera.

Entorno familiar: los padres

Un punto crucial en la vida de todo homosexual va a ser la experiencia de relación con sus padres. De las descripciones realizadas, podríamos afirmar que el retrato robot que se presenta de la figura paterna sería la de una persona que tiende a ser autoritaria,

indiferente, afectivamente frío y más injusta que justa en su trato familiar. Por contra, la madre aparece como menos autoritaria, sobreprotectora, cariñosa y justa en la relación con ellos.

«Yo era la “oveja negra”, mi padre me pegó “guantás” hasta en el carnet de identidad».

«Mi padre es ordeno y mando. Ante él todo el mundo tiene que postrarse».

«Mi madre murió en mis brazos. Era mi madre y mi amiga».

«En cada fibra de mi cuerpo me siento parte de mi madre».

Si bien, hay que destacar que no se presenta especialmente ninguna referencia en cuanto a trato a favor o en contra, en relación con los demás hermanos. No aparece ninguna característica diferenciadora, ni especial cuidado ni rechazo absoluto.

En estudios anteriores, se afirmaba que 6 de cada 10 homosexuales nunca compartieron la homosexualidad con su familia[25]. En nuestra investigación, se destaca especialmente que esta comunicación se realiza con amigos también homosexuales (el 70% afirma que «todos» sus amigos homosexuales conocen su realidad homosexual), en menor medida con amigos heterosexuales (un 21% afirma que la comunica con «todos» sus amigos heterosexuales y un 19% con algo más de la media, si bien un 43% afirma que la comparte con muy pocos o casi ningún amigo heterosexual).

Respecto a la familia, un 58 % –es decir, casi 6 de cada 10, con lo que se confirmaría la misma realidad que en investigaciones anteriores– le oculta su homosexualidad. En su entorno familiar sólo la conocen unos pocos o casi nadie. De otros colectivos de su entorno, por ejemplo, vecinos o compañeros de trabajo o estudio, en general suponen que no conocen su orientación sexual, al menos ellos no se lo han comunicado.

«Vivo la experiencia que leí en una obra de Proust, somos hijos sin padres a los cuales estamos obligados a mentir toda la vida e incluso a la hora de cerrar los ojos».

«Poco después de asumir mi homosexualidad, recién cumplidos mis 19 años, lo hable con mis padres y fue poco más que una catástrofe familiar. Tanto mi madre como mi padre tuvieron una dura depresión, y esos han sido los peores meses de mi vida porque me sentía culpable de su dolor. Yo por mi parte no los puedo culpar de nada. Fue la reacción normal de unos padres educados en los años cincuenta que de repente descubren que su hijo es homosexual, frente a la imagen de hijo ideal que ellos se habían ido formando. Hoy por hoy, la mala racha ya ha pasado y aunque creo que aún pasarán unos años para que además de aceptarlo lo comprendan y lo entiendan, me siento querido, pero un poco atrapado. Atrapado por no poder hablar con ellos de mis sentimientos (sé que no les agrada), no poder decirles que tengo pareja... y todas esas cosas que me veo obligado, sin que nadie me obligue, a mantener ocultas».

«Soy cobarde y llevo una doble vida. En mi casa soy incapaz de afrontar el tema a mis padres o hermanos y en la calle soy otra persona que incluso participa en colectivos de liberación homosexual. El miedo al rechazo o a hacer sufrir, me impide contar mi situación a mi familia».

Una experiencia parecida refleja el personaje Joaquín en la obra *No se lo digas a nadie* de Jaime Bayly:

«Lloraba porque tenía ganas de decirle a su madre “tienes que entender que soy homosexual, mamá, siempre fui homosexual, probablemente cuando estaba en tu barriga ya me estaba haciendo homosexual, pero no por eso soy una mala persona, no por eso dejo de quererte, si sólo pudieras entender que no soy maricón para fregarte, para vengarme de ti, que soy homosexual porque esa es mi naturaleza y porque yo no la puedo cambiar, y por favor, no veas mi homosexualidad como un castigo de Dios, no lo veas como algo terrible, porque no lo es, míralo más bien como una oportunidad para entender mejor a la gente, para entender que las cosas son más complejas de lo que a veces parecen, que las cosas no siempre son blancas o negras...»

Miedos y fantasmas

Al mismo tiempo, ya que en general la homosexualidad se mantiene oculta, nos interesaba conocer ¿cuál sería la reacción que ellos suponían que iban a tener cuando la descubrieran? Es decir, ¿cuáles son los miedos o «fantasmas»?

Para evaluarlo, le planteamos una serie de preguntas, sobre la reacción de diversas personas, ante las cuales tenían que situarse en una escala que iba desde la plena aceptación (punto máximo) al rechazo total (punto mínimo). Sintetizamos los datos obtenidos en la tabla 1.

De los resultados podemos destacar diversas reacciones. Se espera la mayor aceptación fuera de la familia, el mejor amigo o amiga del mismo sexo y el mejor amigo o amiga de distinto sexo. Respecto al entorno familiar, se intuye una mayor aceptación de las figuras femeninas, madre y hermana (s) y el mayor rechazo de la figura paterna. La sospecha de reacción de intolerancia del padre se aproxima a los valores que se esperarían obtener con aquellos que se vivencian como más alejados, los vecinos o los heterosexuales en general, o sobre los que se pueda tener alguna perspectiva de mando, por ejemplo, subalternos o alumnos.

«No puedo comunicar mis sentimientos, compartirlos con ellos, lo cual me duele porque es con ellos con quienes comparto mi vida y no saben una parte importante de mí. Por tanto, no me llegan a conocer en plenitud. Sé que para ellos sería un golpe saberlo por eso me mantengo en silencio, un silencio que me incomoda».

Aparecen algunas relaciones significativas. Por ejemplo, se presenta una diferencia en cuanto al sexo respecto a la figura parental sobre la que se espera una menor aceptación: las mujeres sospechan un mayor rechazo de sus madres que los hombres. También, se apunta una diferencia en relación a la edad: los más jóvenes apuntan un mayor rechazo en la figura paterna.

Tabla 1					
Supuesta reacción de personas que no conocen su homosexualidad, una vez que la descubrieran					
PERSONAS	Aceptación	Comprensión	Tolerancia	Intolerancia	Rechazo
Madre		?			
Padre				?	
Hermano(s)		?			
Hermana(s)		?			
Familiares			?		
Mejor amigo/a	?				

mismo sexo					
Mejor amigo/a distinto sexo	?				
Compañeros/as Trabajo			?		
Subalternos/Alumnos			?		
Vecinos				?	
Heterosexuales en general				?	

Tabla 1

Evaluación u opinión del entorno

Si la imagen que uno se va construyendo de sí mismo va a depender en gran medida de la evaluación que sobre nosotros nos proporcionen los otros, puede ser interesante ver en qué medida afecta a la propia persona, la opinión que de uno mismo tengan los demás. Es decir, el que los otros tengan una «buena opinión de uno» nos dará una pista de cuáles son las personas que influyen sobre el propio sujeto.

Podemos expresarlo en la siguiente tabla, en la que describimos como valores representativos la media de la puntuación obtenida en una escala que va de 1 (Ninguna importancia) a 6 (Muy importante) y la moda, es decir, el valor que ha sido más elegido[26].

Tabla 2		
Grado de influencia de la opinión que sobre uno mismo tengan otras personas		
PERSONAS	Media	Moda
Madre	5.036	6
Padre	4.524	6
Hermano(s)	4.679	6
Hermana(s)	4.821	6
Familiares	3.155	6
Amigos/as heterosexuales del mismo sexo	3.155	1
Amigos/as heterosexuales de distinto sexo	3.976	4
Los demás heterosexuales	2.857	1
Compañeros de trabajo/estudio	3.512	4
Vecinos	2.821	1
Mejores amigos homosexuales	4.786	6
Demás homosexuales	3.464	1

Tabla 2

La madre vuelve a presentarse como una figura crucial respecto a la persona homosexual[27]. El 50% de los sujetos le van a dar una puntuación de 6 que equivale a un nivel de máxima importancia, y el porcentaje aumentará al 84% si le unimos el valor 5 de la escala. En general, el entorno familiar va a tener una gran influencia para la persona homosexual, tanto la opinión de los hermanos como la propia de la figura paterna. Entre el entorno no familiar, la imagen que de uno tengan los amigos homosexuales va a ser la más valorada.

Relación con diversas instituciones

«El ejército me ha dado una medalla por matar a un hombre y me arroja fuera por amar a otro» (Soldado estadounidense).

En el vivir cotidiano se está en contacto con diversos grupos sociales. Al mismo tiempo, determinadas instituciones tienen una gran influencia en los procesos de socialización e integración social. ¿Cómo se sitúa la persona homosexual ante las diversas instituciones sociales?

En la tabla 3 describimos el grado de confianza que los sujetos entrevistados tienen en relación a diversas instituciones[28]:

En general, existe una cierta desconfianza respecto a las instituciones sociales. La institución ante la que se manifiesta menor confianza son las Fuerzas Armadas, seguida posteriormente por la Iglesia y el Parlamento del Estado. Dentro de una cierta desconfianza, la Prensa y el Sistema de Enseñanza presentarían un menor rechazo. Aparece una relación significativa entre la edad y el sistema de Leyes y la edad y la Policía. Es decir, a mayor edad más desconfianza respecto a las Leyes y a la Policía.

Tabla 3	
Grado de confianza en las distintas instituciones	
INSTITUCIONES	Grado de confianza
La Iglesia	No mucha (3.2)
Las Fuerzas Armadas	Casi ninguna (3.7)
El sistema de Enseñanza	No mucha (2.9)
El sistema de Leyes y Códigos	No mucha (3.1)
La Prensa	No mucha (2.9)
Los Sindicatos	No mucha (3)
La Policía	No mucha (3)
El Parlamento del Estado	No mucha (3.2)
El Parlamento Autonómico	No mucha (3.1)

Tabla 3

Si les pedimos que ordenen las diversas instituciones en cuanto a su valoración personal, el resultado lo exponemos en la tabla 4.

El 86% de los sujetos entrevistados sitúan en el primer lugar a la familia como institución más valorada. La iglesia con el 42%, (4 de cada 10 sujetos la coloca en el último lugar) y el ejército con el 48%, (casi 5 de cada 10 sujetos, la valora en último lugar) vuelven a presentarse como instituciones menos valoradas[29].

Tabla 4	
Valoración por orden jerárquico de diversas instituciones	
1. La familia	
2. Organizaciones No Gubernamentales	

	3. Partido Político		
	4. La Iglesia		
	5. El Ejército		

Tabla 4

La desconfianza hacia las instituciones se manifiesta en la escasa participación en los colectivos o grupos con capacidad para influir en la sociedad. Así, el 37%; no participa en ningún grupo o colectivo social. Sólo un 14% colabora en alguna organización no gubernamental. Un 2% participa en asociaciones de vecinos, y ninguno de los entrevistados está afiliado o colabora con los diferentes partidos políticos. Es en la vinculación o colaboración en colectivos o movimientos, fundamentalmente de liberación gay, donde la participación llega al 47%.

Si bien, tales datos no desentonan respecto a la media nacional. El compromiso de la población general en las diversas instituciones es casi nulo y la desconfianza en algunas de ellas, por ejemplo las fuerzas armadas o los partidos políticos, presentan la misma tendencia que en nuestra investigación[30].

La participación en colectivos gays es una variable importante en nuestro estudio, ya que mantiene bastantes relaciones positivas y negativas con otras. Por ejemplo, la mayor participación en colectivos gays va unida a una mayor aceptación de sí mismo y de su realidad homosexual, junto a un menor sentimiento de culpa en la vivencia actual de la misma. A su vez, incluye una mayor empatía o capacidad de captar los sentimientos y emociones del otro con el que entra en relación, junto a una menor importancia respecto a la opinión que de él tenga su entorno externo a la familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, etc. No olvidemos que en general, aún participando en colectivos gays, se oculta la homosexualidad a la familia. En cuanto a los cambios de hábitos en su conducta por miedo al Sida, la participación en colectivos gays asegura una mejor comprensión de la enfermedad del Sida y un menor miedo a la misma.

La Iglesia

Dado el contexto cultural en el que nos movemos, en el que la Iglesia ha tenido un papel fundamental en la formación de valores y pautas culturales –por ejemplo, la educación religiosa, la experiencia de pecado, etc.–, dedicamos un apartado especial a la relación de la persona homosexual con la experiencia religiosa.

Casi 5 de cada 10 personas encuestadas se consideran religiosas (30% religiosas y un 17% muy religiosas). Un 15% se define como poco religioso. El 38% restante no se autocalifica como tal. Un 4% se describe como ateo, el 20% como agnóstico y el 14% indiferente. Al mismo tiempo, la religión ha sido una experiencia importante a lo largo de su vida. Para el 30% ha sido una experiencia muy importante y sólo para el 7% ha estado ausente de sus vidas[31]. Los hombres se presentan más religiosos que las mujeres.

Curiosamente, el considerarse actualmente religioso no presenta ninguna relación con el vivir en el presente sentimientos de culpa por su homosexualidad o por su práctica sexual. Sin embargo, sí aparece una correlación significativa con el peso que la experiencia religiosa haya tenido a lo largo de su vida. De tal manera, aquellos que actualmente presentan sentimientos de culpa por su homosexualidad o tras la realización de prácticas sexuales, son los que han apuntado una gran importancia de la experiencia religiosa en su desarrollo.

En general, existe un rechazo generalizado a la postura oficial de la Iglesia ante la homosexualidad. El 87% de los sujetos encuestados está totalmente en contra.

«La respuesta es que la vivo mal, o mejor dicho, no la vivo. Paso olímpicamente de una actitud tan poco acertada y desviada del equilibrado juicio moral que pretendía Jesús de Nazaret. No se pueden hacer afirmaciones intolerantes sin conocimiento cercano de nuestra realidad, de mi realidad, y la verdad, no siento que la Iglesia jerárquica intente acercarse a mí, conocerme y, por lo tanto, no creo que tenga elementos de juicio y mucho menos capacidad para hacerlo».

Sin embargo, cuanto mayor es la experiencia religiosa, menor es el rechazo frontal a las posturas de la Iglesia oficial respecto a la homosexualidad, y mayor es el intento por dejarse interpelar por ella, aunque no se acepte totalmente.

«No la entiendo en cierta medida, pero intento comprenderla. Siento a la Iglesia como mi madre, porque desde ella he desarrollado mi fe, desde ese planteamiento de fondo, siento como si mi madre me rechazara. Todos tenemos cabida en Dios ¿por qué no en la Iglesia? Somos los hombres los que ponemos las condiciones, y desde ahí intento comprender a aquellos que nos dejan fuera».

Al mismo tiempo, se vislumbra un nuevo planteamiento de la relación como homosexual dentro de la Iglesia. Se manifiesta la separación entre Iglesia institución, dictadora de normas o prohibiciones, y la Iglesia de base o pueblo de Dios.

«Somos parte integrante de la Iglesia, somos Iglesia, somos pueblo de Dios. No debemos vivir ya en el temor o en el miedo, sino en la esperanza. Si somos juzgados un día, lo seremos sobre la manera en que como creyentes homosexuales, hayamos dado testimonio y amado al otro como una criatura y un don de Dios».

Se percibe una relación significativa en los homosexuales creyentes entre aceptación de la condición homosexual y deseo de vivir como tal dentro de la comunidad eclesial. De tal manera que aquellos que la viven más ocultamente, expresan una mayor vivencia de pecado y fuertes sentimientos de culpa. Mientras que para los creyentes que quieren vivir su realidad dentro de la Iglesia, la propia homosexualidad aparece como una «gracia» que les ha acercado a Dios.

«La homosexualidad la vivo como una “gracia”, sin ella yo no amaría y me comprometería con los demás como amo y me comprometo».

«La homosexualidad también ha sido una “gracia”. No sé si Dios quiere que yo sea homosexual, sin embargo he encontrado una persona con la que intento vivir la fe, en una pareja abierta hacia el exterior. Nos reencontramos el uno en el otro, de modo que cada uno se desarrolle según su propio horizonte, enriqueciendo el proyecto del otro ¿es esto escandaloso para la Iglesia?»

«Si Dios es Dios me entenderá y no necesitaré explicarle nada».

No olvidemos que para algunos, 1 sobre 3 según un estudio realizado con homosexuales cristianos franceses, su condición de homosexual les ha ayudado a acercarse a Dios[32]. En la misma línea, podemos destacar los movimientos de homosexuales cristianos (por ejemplo, *Dignity* en Estados Unidos, *Arcadie* en Francia, etc.) que resaltan su condición

homosexual como una gracia que les ha posibilitado profundizar en el misterio de la fe cristiana [33].

Diversos temas

«Lo peor de nuestra historia –me decía uno de mis compañeros de servidumbre– es lo que tiene de callejón sin salida, que a ninguna parte puede conducir ni sirve para nada. Para nosotros no cabe explicación posible. No hay una metafísica que nos apoye. No hay más remedio que aceptar que en la vida hay “fallos”, golpes fallidos, errores. Hay hermanos siameses, hay seres acéfalos... y nosotros» (M. Van der Meersch).

La experiencia que describe Maxence Van der Meersch en su obra *La máscara de carne*, ¿es posible aplicarla actualmente a la realidad homosexual? Damos por supuesto, que el mundo homosexual es muy amplio y diverso, y necesariamente habrá personas que puedan vivir su homosexualidad como «callejón sin salida». Sin embargo, ¿hay otra manera de plantearse la vivencia homosexual en el futuro? ¿cuáles son los proyectos, deseos o perspectivas de nuestra muestra de estudio? A continuación, describimos diversas variables:

Mundo relacional

En cuanto a su mundo relacional, se presenta una separación entre la vivencia específica de su homosexualidad y el vivir en sociedad. En general, se mantiene un buen nivel de relación con amigos heterosexuales. A la mitad más o menos de los cuales, se les oculta la homosexualidad. Si bien se reconoce que se han tenido muy pocos problemas por el hecho de que alguien sospechara o conociera que uno es homosexual.

Sin embargo, la dimensión más personal de la homosexualidad se tiende a vivir en círculos específicamente homosexuales. Casi 6 de cada 10 sujetos (un 57%) suelen frecuentar los clubes o bares homosexuales con cierta asiduidad. De éstos, el 17% va más de una vez a la semana y el 26% al menos, una vez a la semana. A su vez, un 23% no los frecuenta casi nunca.

Se refleja una constatación unida a una cierta crítica a determinadas maneras de relacionarse en los entornos del «ambiente» (puro contacto sexual, mentalidad de usar y tirar, etc.), que crean una gran desconfianza y potencian el anonimato. Aunque lo critiquen son conscientes de que lo siguen realizando.

«No podemos decir ni nuestro nombre, ni mucho menos dar nuestros datos, señas o número de teléfono. Somos tan “puñeteros” que luego nos podemos hacer daño».

«Sé que voy a utilizar a otros como desahogo y voy a ser utilizado. Es algo habitual y hay que aceptar esas reglas de juego si quieres estar en el “ambiente”».

«En el “ambiente” hay mucho vicio. Se juntan unos con otros por el puro interés: los jóvenes con los viejos para sacarles el dinero, o con otro que tenga poder para que lo sitúe, etc.»

Los propios colectivos gays se presentan como nuevos lugares de encuentro, sin la carga «despectiva» que para muchos tienen los lugares tradicionales de relación (*pubs*, bares, etc.). El cambio de lugar no es sólo geográfico sino también simbólico. Para muchos se plantea una nueva manera de relacionarse a través de diversas actividades: información, solidarias, de sensibilización social, culturales, etc.

Sexualidad

¿Qué lugar ocupa la sexualidad en sus vidas? En general, es un tema en el que nadie es neutral. Así, en los grupos de discusión o en las entrevistas, casi no hay que preguntar, sino que directamente se afronta, en un principio para oponerse a la imagen social, que reduce al homosexual a la pura perspectiva genital y posteriormente para cuestionar ciertas conductas sexuales, en las que personalmente, a veces, se sienten involucrados.

«Somos personas y en nuestro corazón tenemos la necesidad de amar. Nos tienen que considerar como personas y no sólo como actos homosexuales o realidad genital».

«No soy un cuerpo sexuado sino que tengo un cuerpo sexuado».

En la actualidad, se mantiene una cierta actividad de contactos sexuales. Para un 8% son muy frecuentes y para el 41% frecuentes. Para el 32% son esporádicos y un 19% no practican ninguna relación sexual. Aparece una relación significativa entre la existencia de sentimiento de culpa o pecado tras una relación sexual en aquellos que menos encuentros sexuales realizan.

En general, no se vive la realización de prácticas sexuales con vivencia de culpa o pecado. El 95% de los sujetos entrevistados se inclinan por dicha opinión. Sí, se presenta una mayor relación entre el sentimiento de culpa o pecado tras la realización de actos sexuales entre aquellos en los que la experiencia religiosa ocupó un importante papel a lo largo de su desarrollo.

Al mismo tiempo, se insiste en la dimensión compulsiva de la vivencia de la práctica sexual. Es una experiencia bastante común, el no sentirse dueños de sí mismo en este terreno. Para 1 de cada 3 sujetos entrevistados no está en su poder el controlar la realización de actos sexuales, hacia los cuales se sienten arrastrados por sus pulsiones.

«En ciertos momentos estoy poseído. No soy yo, mi deseo me puede».

«Vivo distante de mi propia piel e incómodo».

«Vivo una esquizofrenia, intento pero no puedo. La soledad me impulsa a buscar un compañero».

J. R. Ackerley en su obra *Mi padre y yo* refleja dicha experiencia:

«Como parecía que era incapaz de llegar al sexo a través del amor, inicié una larga búsqueda del amor a través del sexo».

En este punto, se presenta una diferencia importante entre los hombres y las mujeres homosexuales. Éstas potencian más lo afectivo, la ternura y los sentimientos en las relaciones, frente a la compulsividad o necesidad de realizar actos genitales por parte de los varones.

«No puedo tener una relación con alguien con la que no sintonice o sienta algo».

«Los hombres consumen sexo como el que consume cigarrillos. Reproducen el esquema “machista” o “falócrata” que asimila el ser más macho con el número de relaciones sexuales que tengan».

La sexualidad compulsiva o la promiscuidad es una realidad presente en el mundo homosexual. Son frecuentes las experiencias de encuentro homosexual en lugares típicos (jardines, saunas[34], etc.) y con personas no específicamente percibidas socialmente como homosexuales (hombres casados, sacerdotes-religiosos, etc.). No olvidemos que el 60% de los sujetos estudiados, 6 de cada 10, no tenían un compañero sexual estable.

He ahí la gran paradoja, por un lado se ansia la búsqueda de personas con el deseo de encontrar un compañero estable, pero dado el tipo de ambientes que se frecuenta, es muy difícil hallarlo en esas circunstancias. Por tanto, las experiencias de frustración y de imposibilidad de establecer una relación de pareja estable aumentan.

M. Van der Meersch lo expresaba magníficamente en su obra *La máscara de carne*:

«Estoy condenado a no conocer mas que su aspecto carnal, condenado a no poder decir jamás a nadie, “te quiero” sin provocar una carcajada. Un castrado del alma. ¡Pero un castrado que conserva toda la fuerza del deseo!
Estoy condenado a seguir llevando puesta la máscara, a callar, a ahogar mi corazón... Y como el bruto no ha muerto en mí, estoy condenado a dejarlo vivir, a dejarlo agitarse de vez en cuando y aun a darle de comer algo una que otra vez, sin mezclar en ello para nada, mi corazón desdichado y desequilibrado. Un hombre partido en dos, por mitad del cuerpo».

Al mismo tiempo, se corre el riesgo de caer en la hiperidealización del compañero. La cual puede convertirse en un mecanismo de defensa que impida captar la auténtica realidad de la persona con la que se establece la relación. Tal tipo de idealización está siempre marcada de narcisismo, de manera que «el otro (el objeto en términos psicoanalíticos) es tratado como el yo propio»[35]. Es decir, se proyecta o se pone en el compañero las propias fantasías, deseos, ilusiones, etc., es el «amigo de su vida». De manera, que tal hiperidealización es un mal presagio de la duración de la pareja. Según la experiencia percibida en los contextos homosexuales, la duración media de las parejas suele ser de tres a seis años y puede ser normal que haya una ruptura después de los dos años. A pesar de ello, se conocen ejemplos de pareja que superan los diez años[36].

J. R. Ackerley en la obra *Mi padre y yo* describe dicha realidad:

«Y, sin embargo, a pesar de esas aventuras, si alguien me hubiera preguntado qué estaba haciendo, no creo que habría respondido que estaba tratando de pasarlo bien. Creo que habría dicho que estaba buscando el Amigo Ideal. Si no lo habría dicho al principio, estoy convencido de que mas tarde si lo habría dicho. Aunque a lo largo de los años pasaron por mis manos doscientos o trescientos jóvenes, no me consideraba libertino sino monógamo, todo se debía a la mala suerte, y a medida que pasaba el tiempo más serio me volvía al respecto».

Sin embargo, sí se percibe la vida en pareja como un «antídoto» contra la compulsividad sexual, es decir, el vivir en pareja libera del ejercicio de la genitalidad compulsiva. En nuestro estudio, aunque el ideal general es encontrar a una persona con la que compartir la vida, sólo viven en pareja un 18%. La mayoría o vive solo (24%) o con su entorno familiar, los padres fundamentalmente (43%). Dado que normalmente se les oculta a los padres la homosexualidad, éstos son los que tienen que acudir a encuentros o prácticas en condiciones menos apropiadas o ideales. Por ello, es

significativo que por ejemplo, los que viven en pareja frecuentan escasamente los *pubs* o bares de ambiente homosexual.

De ahí que comience a cobrar importancia el tema del Sida. En general, para la mayoría se plantea como una enfermedad más. Sólo un 2% lo vive como un castigo o condenación divina y para un 30% es el mayor problema actual del homosexual. Sin embargo, sí se reconoce que el Sida ha cambiado determinados hábitos o estilos de vida. Aunque un 32% afirma que no ha cambiado en nada su modo de vivir, para el 57%, casi 6 de cada 10 sujetos, confiesan que sí les ha afectado en sus hábitos de vida.

Al mismo tiempo, se cuestiona la imagen social que ha creado el Sida respecto al colectivo homosexual y a las propias actitudes entre ellos de miedo e inseguridad ante el otro.

«El Sida no es sólo una enfermedad, es también un mal porque es la sospecha a la consideración del otro, porque es la explotación del miedo que hace todavía más mal que la propia enfermedad».

¿Cambiar la orientación sexual?

A pesar de las dificultades e incomprensiones del entorno, el 87% no quiere cambiar su orientación sexual si pudiera. Es decir, la mayoría de los homosexuales están satisfechos con su orientación sexual. Es necesario resaltar que los sujetos disconformes, lo estaban debido principalmente al rechazo social[37].

«¿Puede elegirse el cambiar el color de los ojos? La homosexualidad en mí es un hecho, una realidad que responde a mi disposición natural».

«Un ser humano privado de su homosexualidad sería golpeado muy gravemente en su humanidad o ser persona».

«Importa la manera de amar, no la orientación sexual, todos tenemos la misma ternura, el mismo dolor, las mismas alegrías y los mismos sufrimientos».

«El objetivo de toda vida sexual es el encuentro con el “hetero” es decir con el otro, sea homosexual o heterosexual».

«Antes sí quería cambiar mi orientación. La vida heterosexual es mucho más fácil y más sencilla. Hasta la búsqueda de trabajo la vivo con miedo, “¿se me notará?”, etc. Sin embargo, luego me doy cuenta de que también es una ventaja, “¿Tú has visto a algún ‘mariquita’ en el paro?” Todos se buscan la vida como pueden, unos limpiando escaleras, otros pintando, etc., pero todos tienen “cúrrelo”».

Precisamente, aquellos que quieren cambiar de orientación sexual presentan imágenes de sí más distorsionadas. Es decir, existe una autoestima o autoconcepto más bajo en dichos sujetos y el tener una baja aceptación de su homosexualidad puede que sea lo que propicie el posible intento de cambiar la misma.

Entre las razones para el cambio se apuntan especialmente, el poder llevar una vida “normal”, fundar una familia, no ir disimulándolo en su existencia cotidiana, etc.

«Me posibilitaría fundar una familia».

«Me evitaría complicaciones sociales».

«Podría ir por la vida –trabajo, calle, etc.– expresándome sin miedo al qué dirán. Podría expresarme sin ocultamientos ni máscaras».

«Para que mi familia y mis amigas no se avergonzaran de tener una hija o amiga lesbiana».

No olvidemos que una cierta actitud negativa ante la homosexualidad se presenta, incluso, en personas de las que por su formación profesional, se podría esperar otra distinta. Según diversas investigaciones, la mayoría de los terapeutas minimizan o no prestan atención al impacto de la heterosexualidad en la vida de su cliente[38] y tienden a focalizar la orientación sexual gay o lesbiana como patológica y la fuente de todos los problemas del paciente[39].

A pesar de que la Asociación Americana de Psiquiatría eliminó la homosexualidad de su repertorio de trastornos mentales a finales de los años setenta, da la sensación que a los diferentes especialistas les cuesta asimilar dicho cambio. En diferentes estudios, sigue apareciendo la homosexualidad como una «enfermedad mental»[40].

Puede que haya contribuido a ello, el que las descripciones de sujetos homosexuales, por ejemplo en las obras literarias, hayan enfatizado los prejuicios más que la tolerancia[41]. En esta línea M. Dew realizó una investigación sobre la descripción de rasgos físicos y cualidades sobre fotos de supuestas mujeres heterosexuales y homosexuales. Los participantes en la investigación tenían que calificar las fotografías con diversas frases, «esta mujer tiene una cara preciosa», «esta mujer es lesbiana», etc. Las mujeres definidas como homosexuales eran percibidas como menos extrovertidas y poco atractivas. A su vez, vestían mal y no presentaban un peinado agradable. En definitiva, no era tan deseable relacionarse con ellas como con las mujeres heterosexuales[42].

Por tanto, el problema se presenta por la no comprensión o el posible rechazo del entorno.

«Quizás hasta no hace mucho hubiera respondido que sí. Siempre pensaba lo fácil que sería ser “normal” ante esta sociedad que etiqueta sin escrúpulos. Poder besar a mi pareja o darle un abrazo sin que los demás nos crucificaran, poder expresarme sin que la presencia de los demás interfiriera. Poder estabilizar mi relación sentimental dentro de la sociedad a la que, quiera o no, pertenezco. Ahora creo que la respuesta es no. Quiero ser como soy porque ahora siento que lo que interfiera mi orientación sexual en los demás no es problema mío; y por que si tengo esos sentimientos, es por que todo eso forma parte de mí mismo».

«No, ¿por qué tendría que hacerlo? El enriquecimiento personal que he experimentado siendo homosexual no lo habría alcanzado ni por asomo siendo heterosexual. He aprendido mucho de todo esto».

«Es posible que si hubiera tenido la capacidad de elegir, hubiera preferido elegir lo que se considera “normal”, pero ahora mismo no cambiaría ser homosexual porque soy así y así soy feliz».

¿Hay posibilidad de futuro?

«La homosexualidad no es un capricho o una moda. La homosexualidad es la vía estrecha, más dura, más difícil ¿pueden conocer la alegría los que optan por ella?» (A.

Baundry).

A. Baundry es el fundador del movimiento francés *Arcadie* que aglutina a homosexuales cristianos y en sus palabras puede expresar un hecho que no por duro deja de ser real: por un lado, va la teoría sobre la orientación sexual y por otro, la vida real de las personas homosexuales.

Casi 7 de cada 10 sujetos se perciben con experiencia de soledad en sus vidas a pesar de estar rodeados de gente. Para algunos el precio a pagar en la sociedad por ser homosexual es la «exclusión».

«El lugar más solitario de este mundo está reservado a los “sin patria” del sexo».

«La Iglesia es uno de los lugares de exclusión sexual, sus bendiciones, su “buena nueva” están reservadas a los “normales”».

«Tenemos derecho al amor y a la dicha. Somos numerosos y no se nos puede ignorar. No podemos aceptar una “marginalidad” impuesta».

A la pregunta de si te consideras una persona feliz, la mayoría responde que sí. Casi 7 de cada 10 sujetos, el 68%, se considera una persona feliz.

¿Cuales son las grandes preocupaciones de los sujetos entrevistados? En general, la mayoría resalta la salud, la estabilidad afectiva, que conlleva también una cierta estabilidad social y económica, y el miedo a la soledad, en especial en la vejez. Sin embargo, si hiciéramos la misma pregunta a los heterosexuales los resultados no serían muy diferentes[43].

Al mismo tiempo, se percibe que la sociedad va cambiando, pero a un ritmo muy lento. Muchos son conscientes de que ellos no verán esa nueva realidad.

«En general la sociedad empieza a considerar el tema pero creo que aún tiene muy aferradas enseñanzas tradicionales que aunque aparentemente no se vean, sí están arraigadas en lo más profundo o interno. Yo, desde luego, no llegaré a ver la sociedad plural con que siempre he soñado...»

A modo de conclusión

«Podrán cortar las flores, pero no podrán frenar la primavera» (Ignacio Ellacuría).

Tras el estudio realizado, podemos resaltar lo siguiente:

- a) Frente a la práctica generalizada de incluir toda conducta sexual no heterosexual dentro de la perspectiva homosexual, habría que resaltar que la realidad homosexual, como la heterosexual, es muy compleja. Por ello, no se debe hablar de homosexualidad, sino de personas homosexuales, personas con historias y experiencias distintas. Por ejemplo, entre un pederasta y un homosexual con pareja estable, puede haber menos puntos en común que entre aquél y un heterosexual. No olvidemos que se trata de personas, no «de sólo sexo».
- b) En general, se puede afirmar que un individuo se va descubriendo en un determinado momento homosexual y con una orientación definida hacia sujetos del mismo sexo. Dicha tendencia, en muchos casos, no es fruto de una «elección» personal, sino de un proceso a lo largo de la construcción de su personalidad. Por tanto, la distinción entre

persona que tiene una condición (orientación) homosexual y la que puede realizar actos homosexuales es importante, ya que ésta última puede tener o no una orientación homosexual.

Al mismo tiempo, como afirman algunos autores, sería conveniente no emplear el término de «elección» o «preferencia» sexual. Nadie elige su sexualidad como nadie elige ser alto o bajo, zurdo o diestro, o tener los ojos de distinto color. La sexualidad es un estado u orientación, no una preferencia. La elección es un concepto erróneo y políticamente peligroso[44].

- c) Sí es verdad que para muchas personas conlleva un alto coste psicológico la vivencia de su orientación homosexual. Bien por vivirla de manera oculta y clandestina, o bien por intentar abiertamente ser consecuente con su orientación. Evidentemente, supone una mayor «carga existencial» que la vivencia de la heterosexualidad, a la cual contribuye en gran medida el contexto social en el que nos movemos.
- d) No aparecen posturas defensoras a ultranza del «orgullo gay», las cuales han sido características de otros contextos culturales, en especial, algunos movimientos de liberación gay norteamericanos. Es decir, la aceptación de la orientación homosexual no va acompañada de una postura reactiva que afirma, a veces, la exaltación de la misma como la alternativa más adecuada y enriquecedora para el ser humano, en oposición a la «rutina» heterosexual.
- e) Se presentan diferencias en cuanto al reconocimiento y aceptación explícita de la homosexualidad en los hombres y las mujeres. En general, las mujeres lo viven más ocultamente, quizás tal vez, porque sean las que más fácilmente lo pueden disimular. El que una pareja de mujeres vivan juntas o vayan del brazo por la calle se acepta socialmente como algo normal. Sin embargo, las mujeres homosexuales tienen más miedo al rechazo social. A su vez, se plantean las relaciones más en una dimensión afectiva de ternura y sentimientos y cuestionan el «consumo genital» de los hombres.
- f) Siguen teniendo una gran importancia las figuras paternas, en especial la madre, en la relación con la persona homosexual. Tales resultados confirmarían las aportaciones realizadas por autores clásicos sobre la importancia de la figura materna (Kohut, Harlow, etc.). No en vano, a lo largo de la historia psicológica se ha insistido en la importancia que tiene la relación madre-hijo para el futuro desarrollo del sujeto. Nuestra investigación confirma dicha hipótesis. La madre es para el niño, la piel, calor, caricia, alimento y voz. Fruto de una correcta relación se construyen las «aferecias emocionales» que son el campo y el camino para la madurez biológica y psicológica. La relación madre-hijo crea en éste un sentimiento básico que Erikson ha denominado «confianza básica», mediante el cual el niño siente que la madre, o más tarde el entorno cercano, no le va a fallar cuando la necesite.
- g) La experiencia de vida va haciendo a los sujetos más desconfiados. Por ejemplo, la edad es una variable significativa de desconfianza respecto a instituciones como la Ley o la Policía. Es decir, la vida pasa factura y endurece a los sujetos. Así, los más jóvenes se sienten con más posibilidad o deseo de cambiar prejuicios sociales. Los de más edad vienen ya un poco de vuelta y desconfían de las instituciones y del propio cambio social. En cuanto a la Iglesia, la mayoría no acepta sus planteamientos respecto a la homosexualidad; sin embargo se presenta en los sujetos creyentes una actitud positiva por intentar comprender dichos planteamientos aunque no se compartan. Al mismo tiempo, frente a un rechazo de lo «jerárquico», se propugna por parte de los creyentes, una nueva manera de estar como homosexual dentro de la comunidad eclesial, cercana a los movimientos alternativos o comunidades de base.
- h) Existe el peligro de «endogamia» homosexual. Es decir, se corre el riesgo de reducir el círculo de relación y socialización al entorno homosexual. De esa manera, el

mundo homosexual puede desarrollarse como un recinto cerrado, con la tentación de idealizarlo. No es raro, por ello, encontrar intentos de crear sus propios medios de comunicación, su propia radio, sus propios lugares de esparcimiento y diversión, etc. Al mismo tiempo, se puede caer en un «elitismo» en donde se cultive y potencie el trato con personas socialmente consideradas como interesantes (artistas, intelectuales, etc.).

- i) Se vislumbra una nueva manera de establecer relaciones y nuevos lugares de encuentro. Aunque la promiscuidad es un hecho, se va percibiendo una crítica generalizada contra la mentalidad «*Kleenex*», de usar y tirar, en las relaciones humanas y sexuales. Sin embargo, se es consciente de la realidad y de la dificultad de la tarea. Así por ejemplo, en el aspecto sexual aunque son sensibles a la situación de promiscuidad y críticos ante ella, a veces se sienten arrojados a la misma. Son cuestionadores de ese mundo, pero tienen una gran dificultad para encontrar otro distinto.
- j) A su vez, se observa una tendencia a la «normalización» social. Es decir, cada vez más se aspira a adoptar roles e instituciones típicas de la sociedad tradicional. En diversos países, la comunidad gay empieza a adoptar los tradicionales «valores familiares». Bien sea por el Sida o por otras circunstancias, se van cambiando hábitos sexuales y relacionales.

Estas nuevas actitudes se observan tanto en las descripciones sociales sobre la homosexualidad (literatura, cine, etc.) como en la práctica de la vida. Por un lado, en la literatura la homosexualidad es un tema que ya va perdiendo su condición de secreto para normalizarse. Quedan lejos ya los textos que resaltaban la marginación o los mundos turbios[45], para pasar a ser explorada la homosexualidad desde la perspectiva de lo cotidiano, sin plantearse grandes interrogantes antropológicos[46].

Por otro lado, se potencia menos la relación sexual y más el encuentro y el mantenimiento de relaciones afectivas estables. No es raro por tanto, que ya no se presente un rechazo frontal a instituciones clásicas como la familia, sino que ésta pasa a ser la institución más valorada. Por ello, muchos intentan legalizar su relación de pareja, de manera que puedan recibir los beneficios de dicha institucionalización (por ejemplo, problemas de herencia, alquiler de vivienda, cobro de pensión, etc.). En la misma línea, muchos homosexuales comienzan a plantear el querer ser padres, a través de la posibilidad de adopción, inseminación artificial, etc. Todo ello está cuestionando el sistema legal para adaptarlo a las nuevas circunstancias[47].

En definitiva, no ignoramos la complejidad del fenómeno homosexual; si bien creemos que a su vez, «ese mundo desconocido» rompe esquemas y causa miedo a una cultura que se ha caracterizado por la importancia dada a determinados modelos culturales (entre los que hay que resaltar la supremacía de los patrones masculinos sobre los femeninos y sus connotaciones: poder, sexo...), marginando y dejando fuera todo aquello que era distinto, extraño o cuestionaba su «identidad». Somos hijos de una cultura «androcéntrica» y puede que la homosexualidad represente un ataque frontal a esa cultura.

El ser consecuentes con la realidad, nos exige un replanteamiento de la actitud hacia la homosexualidad. A las puertas del siglo XXI, el ostracismo no es una alternativa válida, como tampoco lo es la tolerancia más o menos paternalista, sino que se impone una respuesta coherente a las personas homosexuales y a su situación. Reconocemos que son muchos los interrogantes que siguen abiertos (¿cuál es su origen?, ¿estabilidad de la pareja?, ¿promiscuidad?, ¿es posible el cambio de orientación sexual?, etc.), pero sólo a través de un estudio profundo e interdisciplinar y con una actitud dialogante y libre de

prejuicios, podremos disipar los «fantasmas», los miedos y los tabúes que nos dificultan el acercamiento a la realidad homosexual.

Por tanto, habría que resaltar que lo fundamental no es el punto de llegada –no hay un modelo único de realización en cuanto a la orientación sexual–, sino el punto de partida, es decir, tanto los sujetos homosexuales como los heterosexuales tienen que realizar un adecuado camino de humanización, maduración y desarrollo personal. Hoy más que nunca, nada humano tiene que ser ajeno a la persona, y de esa forma nos haremos realmente solidarios «del género humano y de su historia» (*Gaudium et Spes*, nº 1).

Referencias bibliográficas

- BELL, A. - WEINBERG, M., *Homosexualities: A study of diversity among men and women*, New York, Simon & Schuster, 1978.
- BERGER, R., *Gay and Gray. The older homosexual man*. New York, Harrington Park Press, 1996.
- BOZET, E., *Homosexuality and the family*, New York, Haworth, 1989.
- GONSIORÉK, J. - WEINRICH, J., *Homosexuality: Research implications for public policy*. Newbury Park, CA, Sage, 1991.
- GREENE, B. - HEREK, G. (eds.), *Lesbian and Gay Psychology*, London, Sage Publications, 1994.
- KINSEY, A. - POMEROY, W. - MARTIN, C., *Sexual behavior in the human male*, Philadelphia, W. B. Saunders, 1948.
- ISAY, R., *Being homosexual: Gay men and their development*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 1989.
- ISENSEE, R., *Love between men*. New York, Prentice-Hall, 1990.
- LACROIX, X. (ed.), *L'amour du semblable. Questions sur l'homosexualité*, París, Les Editions du Cerf, 1996.
- ROSS, M., *The married homosexual man. A psychological study*, London, Routledge & Kegan Paul, 1983.
- RUSE, M., *La homosexualidad*, Madrid, Cátedra, 1989.
- THEVENOT, X., *Homosexualités masculines et morale chrétienne*, París, Les Editions du Cerf, 1985.
- WEINBERG, T., *Gay men, gay selves: The social construction of homosexual identities*, New York, Irvington, 1983.
- WEINBERG, M. - WILLIAMS, C., *Male homosexuals: Their problems and adaptations*, New York, Penguin, 1975.

-
- [1] Aunque no se pueden trasladar automáticamente los resultados de una investigación de un contexto social y geográfico a otro, si por mera curiosidad aplicásemos estos datos a la población española nos daría un número aproximado de dos millones de sujetos.
- [2] GONSIORREK, J. & WEINRICH, J., *Homosexuality: Research implications for public policy*. Newbury Park, CA, Sage, 1991.
- [3] En general, a lo largo de nuestro trabajo utilizaremos el término «homosexual» para referirnos tanto a hombres como a mujeres.
- [4] Todos los estudios realizados sobre el tema, resaltan la dificultad de obtener una muestra significativa. Por ejemplo, cf. WEINBERG, M. S. & WILLIAMS, C. J., *Male Homosexuals: Their Problems and Adaptations*. New York, Oxford, 1974; ROSS, M. W., *The married homosexual man. A psychological study*. London, Routledge & Kegan Paul, 1983.
- [5] Humphreys, R. A., *Tearoom Trade*, London, Duckdworth, 1970.
- [6] STERN, M. & STERN, A. *Sex in the Soviet Union*, London, W. H. Allen, 1981.
- [7] ROSS, M. W., *The married Homosexual Man. A psychological study*, London, Routledge & Kegan Paul, 1983.
- [8] No es raro, por tanto, que en los testimonios presentados a lo largo de nuestro trabajo se traduzca también esta imagen homosexual. Fundamentalmente hemos trabajado con homosexuales que se aceptan como tales, donde predomina una formación universitaria y que pretenden llevar hacia delante su orientación homosexual. Aunque sea una parte de la realidad homosexual, no podemos negar que refleja a un grupo nada despreciable de personas con orientación homosexual.
- [9] Cf. ROSS, M. W., Modes of adjustment of married homosexuals. *Social Problems*, 197-1,18, 385-393. LASSO, P., «Sociología de la homosexualidad. Aproximación a la realidad española», en VIDAL, M. (et al.), *Homosexualidad: ciencia y conciencia*, Santander, Sal Terrae, 1981, pp. 71-95.
- [10] Los datos numéricos utilizados en el trabajo se refieren al estudio realizado con este cuestionario.
- [11] Hemos de expresar nuestro agradecimiento a todos aquellos que han colaborado en la realización de la investigación. En general, la actitud ha sido de acogida y sumo interés, en especial algunas personas se han esmerado en la distribución y la recogida de los cuestionarios, lo que ha dado lugar a que la participación haya sido bastante alta. Hemos recibido 126 cuestionarios (42%) de los 300 enviados. A su vez, tanto en la formación de grupos de discusión, como en las entrevistas, la disposición de los participantes ha sido muy positiva, con gran espontaneidad y sinceridad.
- [12] Entre los valores extremos podemos destacar los siguientes: un 14% de la muestra tiene menos de 20 años y un 19% más de 40 años.
- [13] La distribución respecto al nivel de estudios realizados es la siguiente: Graduado escolar (12%); Bachillerato-BUP (19%); Formación Profesional-FP (16%); Universidad (53%).
- [14] En la muestra investigada el 15% está en el paro, el 25% es estudiante, el 44% es trabajador por cuenta ajena y el 16% es trabajador por cuenta propia.
- [15] La distribución en cuanto a la orientación política es la siguiente:
Nadie se sitúa en la extrema derecha,
el 3% en planteamientos de derecha,
el 25% en posturas de centro,
el 70% en la izquierda y
el 2% en la extrema izquierda.
- [16] Desde la Psicología, adquirido no quiere decir libremente elegido sino fruto de un proceso de interacción con el ambiente. Es decir, a pesar de los determinantes genéticos, la tendencia sexual de los niños se modula y cristaliza en circuitos plásticos del cerebro que tienen como base a la experiencia y a las referencias psicosociales del entorno. La conducta sexual se adquiere, se desarrolla y aprende. Por ello, el medio ambiente no es un determinante absoluto, pero sí poderoso.
- [17] Se presentaron los siguientes datos:
49% antes de los 12 años;
22% en la pubertad, 12 a 15 años;

- 21% en la adolescencia, 15 a los 19 años;
8% en la adultez, después de los 20 años.
- [18] Si bien, conviene resaltar que nuestra muestra de mujeres homosexuales es muy pequeña. Sólo comprende el 18% de las personas investigadas.
- [19] Por ejemplo, el movimiento Radicalesbians definía el lesbianismo como una forma definitiva de solidaridad entre las mujeres. Cf. RADICALESBIANS, «Woman identified woman», en KOEDT, E. - LEVINE, E. (eds.) *Radical feminism*, New York, Quadrangle Books, 1973, pp. 240-245.
- [20] En la investigación realizada por Kinsey y colaboradores, también se halló que las mujeres diferían en cuanto a sus posiciones en esta escala, especialmente eran menos las exclusivamente homosexuales. Cf. BERGLER, A. (*et al.*), «La homosexualidad y la encuesta Kinsey», en KRICH, .A. (*et al.*), *Los homosexuales vistos por sí mismos y por sus médicos*, Madrid, Morata, 1976, pp. 324-355.
- [21] La escala que se les planteó fue la siguiente:
exclusivamente heterosexual (1),
predominantemente heterosexual (2),
más heterosexual que homosexual (3),
bisexual (4),
más homosexual que heterosexual (5),
predominantemente homosexual (6),
exclusivamente homosexual (7).
Los porcentajes fueron los siguientes:
Nadie se definió como exclusivamente heterosexual
ni como más heterosexual que homosexual,
un 1% como predominantemente heterosexual,
un 7% como bisexual,
un 13% como más homosexual que heterosexual,
un 30% como predominantemente homosexual y
un 49% exclusivamente homosexual.
- [22] Cf. TRECHERA, J. L., *¿Qué es el narcisismo?*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 1996.
- [23] Estos resultados coinciden con los obtenidos trabajando con los mismos cuestionarios en la población general. Cf. TRECHERA, J. L., *¿Qué es el narcisismo?*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 1996.
- [24] Cf. MEAD, G., *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934.
- [25] BERGER, R. M., *Gay and Gray. The older homosexual man*, New York, Harrington Park Press, 1996.
- [26] No olvidemos que la media tiene en cuenta todos los valores elegidos, sin embargo la moda nos va a resaltar aquel valor en el que coinciden el mayor número de elecciones.
- [27] En especial el enfoque psicoanalítico va a resaltar esta variable para explicar el origen de la homosexualidad.
- [28] La escala sigue el siguiente baremo:
Mucha (1),
Bastante (2),
No mucha (3),
Ninguna (4).
En la tabla señalamos la puntuación media obtenida por cada institución.
- [29] Cf. JONES, Fr. & KOSHES, R., «Homosexuality and the military», *American Journal of Psychiatry*, 1995, 152, 16-21.
- [30] Cf. GONZÁLEZ BLASCO, P. (*et al.*), *Jóvenes españoles 89*, Madrid, Fundación Santa María, 1989; JUÁREZ, M.(ed.), *V Informe sociológico sobre la situación social en España*, Madrid, Fundación Foessa, 1994.
- [31] A la pregunta de en qué grado ha estado presente la experiencia religiosa en su vida, la distribución es la siguiente:
Ausente (7%),
Ignorada (6%),
Algo presente (20%),
Culturalmente presente (18%),

- Importante (19%),
Muy importante (30%).
- [32] En el estudio de Thevenot se les pregunta a los participantes en la investigación cómo ha influido el ser homosexual respecto a su relación con Dios. Se describen los siguientes datos: al 34% la homosexualidad les ha ayudado a acercarse a Dios, para el 14% la homosexualidad les ha servido para alejarse de Dios, para el 26% la homosexualidad es un hecho indiferente en su relación con Dios y el 18% no contesta a dicha pregunta.
- [33] THEVENOT, X., *Homosexualités masculines et morale chrétienne*, París, Les éditions du Cerf, 1988 ; MCNEILL, J., *The Church and the Homosexual*, Beacon Press, Boston, 1988, 3ª ed.; MCNEILL, J., *Taking a chance on God*, Boston, Beacon Press, 1988.
- [34] Se constata por parte de la mayoría, la ausencia de tales lugares de encuentro entre las mujeres.
- [35] Cf. TRECHERA, J. L., *¿Qué es el narcisismo?*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 1996.
- [36] Estos valores coinciden con los que han apuntado otras investigaciones sobre el tema. Cf. BON, M. - D'ARC, A., *Rapport sur l'homosexualité de l'homme*, París, Ed. Universitaires, 1974; BELL, A. - WEINBERG, M., *Homosexualidades. Informe Kinsey*, Madrid, Debate, 1978; BELL, A. - WEINBERG, M. - KIEFFER, S., *Sexual Preference. Its Development in Men and Women*, Bloomington, Indiana University Press, 1981; THEVENOT, X., *Homosexualités masculines et morale chrétienne*, París, Les Editions du Cerf, 1985.
- [37] Estos resultados coinciden con investigaciones anteriores. Cf. BELL, A. - WEINBERG, S., *Homosexualities. A Study of Diversity among Men and Women*, New York, Simon & Schuster, 1978; RUSE, M., *La homosexualidad*, Madrid, Cátedra, 1989.
- [38] GARNETS, L. - HANCOCK, K. - COCHRAN, S. - GOODCHILDS, J., - PEPLAU, L., «Issues in psychotherapy with lesbians and gay men: A survey of psychologists», *American Psychologist*, 46, 941-947. YOUNGSTROM, N., «Lesbians and gay men still find bias in therapy», *APA Monitor*, July, 1991, pp. 24-25.
- [39] MARKOWITZ, L., «Homosexuality: Are we still in the dark?», *The Family Therapy Networker*, January-February, 1991, pp. 26-35; DWORKIN, S. - GUTIÉRREZ, F., «Gay, lesbian and bisexual issues in counseling», *Journal of Counseling and Development*, 68, 1989, 6-96.
- [40] KITE, M. - DEAUX, K., «Attitudes toward homosexuality: Assessment and behavioral consequences», *Basic and Applied Social Psychology*, 1986, 7, 137-162; LEITNER, L. - CADDO, S., «Personal constructs and homosexual stress», *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 869-872; PAGE, S. - YEE, M., «Conception of male and female homosexual stereotypes among university undergraduates», *Journal of Homosexuality*, 12, 109-118.
- [41] STEVENSON, M., «Promoting tolerance for homosexuality: An evaluation of intervention strategies», *Journal of Sex Research*, 25, 1988, 500-511.
- [42] DEW, M., «The effects of attitudes on inferences of homosexuality and perceived physical attractiveness in women», *Sex Roles*, 12, 1985, 143-155.
- [43] En una investigación realizada en Norteamérica no se encontraron diferencias significativas respecto a cómo afrontar la vejez entre homosexuales y heterosexuales. Sí se percibía que diferían las fuentes de soporte social. Los homosexuales recibían más soporte de los amigos que los heterosexuales y éstos más de la familia. Por ello, se apuntó como necesario redefinir el concepto de familia, incluyendo el término «*friendship families*». DORFMAN, R. - WALTERS, K. - BURKE, P., «Old, sad and alone: The myth of the aging homosexual», *Journal of Gerontological Social Work*, 1995, 24 (1-2), 29-44. En la misma línea se expresa la obra de BERGER, G., *Gay and Gray. The older homosexual man*, New York, Harrington Park Press, 1996.
- [44] Cf. MONEY, J., *Gay, straight and in between: The sexology of erotic orientation*, New York: Oxford University Press, 1988; GREEN, B. - HEREK, G. (eds.), *Lesbian and Gay Psychology. Theory, Research, and Clinical Applications*, London, Sage Publications, 1994.
- [45] Cf. VAN DER MERSCH, M., *La máscara de carne*, Barcelona, Plaza & Janés, 1961; UMBRAL, F. *El Gioconda*, Barcelona, Planeta, 1970.
- [46] Cf. ACKERLEY, J. R., *Mi padre y yo*, Barcelona, Anagrama, 1991; BAYLY, J., *No se lo digas a nadie*, Barcelona, Seix-Barral, 1994.

[47] No entramos en el debate ético-moral de estas nuevas alternativas, en el que al mismo tiempo que se reconozcan los derechos de unos a la paternidad, necesariamente han de plantearse como prioritarios los derechos del niño a desarrollarse en una familia en la que pueda identificarse con las imágenes de padre y madre.